

Una francesa en Nueva York



.Anna Adams.

Tabla de Contenido

[Una francesa en Nueva York](#)

[Aviso de copyright](#)

[Newsletter](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Libros de Anna Adams](#)

[Banda sonora original](#)

[Acerca de la autora](#)

Una francesa en nueva york
Anna Adams
Marta Jiménez Miranda (Traductor)
Elvira García Alonso (Redactor)



Libro 1
de la serie de libros de la chica francesa

A Régine, mi madre



Aviso de copyright



© ANNA ADAMS, 2012, todos los derechos reservados en todo el mundo. Está prohibido reproducir, enviar por correo electrónico, subir o descargar de una plataforma para compartir archivos o copiar sin permiso del autor ninguna parte de este libro. Si no ha pagado por este libro o lo ha recibido por vía gratuita, excepto mediante promoción directamente autorizada por el autor a través de Amazon, está incurriendo en la violación de este copyright.

Anna Adams le agradece su comprensión y su apoyo.

Portada de Landry Laurie



Newsletter



¡Subscríbete a mi [newsletter](#) de forma gratuita y recibe GRATIS una canción de la banda sonora original de *Una francesa en Nueva York!*



Prólogo



JUNIO DE 2012



–VALE, YA ESTÁ. ¡AHORA, date prisa! –exclamó la maquilladora–. Tienes que salir en dos minutos. ¡Ni se te ocurra volver a estropearte el maquillaje!

Maude salió corriendo, intentando no tocarse las mejillas recién maquilladas, mientras Matt se apresuraba tras ella.

Se quedó de pie tras el telón escuchando como la animada voz del presentador anunciaba su entrada.

–*Esta noche, señoras y señores, tenemos una nueva artista con nosotros. Ha pasado estos últimos meses en Nueva York trabajando en su primer álbum. Su primer single ya se ha publicado y es un gran éxito...*

–Maude –susurró Matt, mientras le cogía la manga.

–¿Sí? –se giró sonriendo.

–Solo quería decirte que... quiero que sepas que siempre puedes contar conmigo.

–Lo sé, Matt –sonrió, Maude, agradecida.

–*Su voz les dejará impresionados, su música es espectacular...*

–No, hablo en serio. Nuestra amistad ha tenido altibajos, pero no quiero que sea así nunca más.

Maude asintió.

–No me importa que estés con Thomas Bradfield. Mientras tú seas feliz, yo también lo seré.

–¿Cómo? ¿Thomas Bradfield? –le interrumpió Maude, desconcertada.

–*¡Demos un fuerte aplauso a Maude Laurent!* –gritó el presentador.

–Es tu entrada, ¡vamos! –le instó Matt.

Maude dio la espalda a Matt a regañadientes y se apresuró para llegar al escenario.

La intensidad de las luces la cegó al salir al escenario y se encontró con una multitud llena de júbilo. Evitó el impulso de cubrirse los ojos y continuó caminando hacia el oscuro piano Steinway sin detenerse.

Ya había tocado antes en un piano como ese, pero esta vez estaba más nerviosa. Le temblaban las manos y la voz.

Maude se sentó en la silla del piano y miró hacia la multitud.

Estaban todos allí.

James y Victoria, sonrientes como padres orgullosos, estaban cogidos de la mano. Cynthia, tan digna como siempre, intentaba que Ben no se cayese del asiento mientras saludaba enérgicamente a Maude. Jazmine juntaba las manos para mandarle toda la energía positiva que era capaz de transmitirle desde su asiento.

Maude se giró hacia el piano y cantó la primera canción. La había tocado en muchas ocasiones, pero esta vez era diferente. Había madurado, ya no era la misma persona que hacía seis meses, su forma de actuar no era la de una simple adolescente, sino la de una mujer joven que no temía a la vida y que se negaba a arrodillarse ante ella. Terminó la primera canción y se preparó para cantar la segunda.

Pensó en cantar «Amanecer» de su álbum debut, pero se dio cuenta de que no podía tocar esa canción después de todo por lo que había pasado. Maude dedicó la segunda canción a sus padres, «Coming Home» de John Legend.

Respiró hondo y empezó a cantar:



UN PADRE QUE ESPERA a su hijo,

Una madre que reza para que regrese,

Solo llamo para saber

Si todavía hay sitio para mí.

La vida nos ha separado,

Pero os llevo todavía en el corazón.

Cuando duermo y siento vuestra alma junto a mí.

Mientras tocaba, fue consciente del dolor que había guardado durante años. Sus padres habían muerto y se habían ido para siempre, pero ella aún estaba viva. El intenso dolor que la afligía también le daba la fuerza necesaria para cantar con claridad, superar sus miedos, controlar el temblor inicial de sus dedos y hacer que sus notas resonaran entre la audiencia.

Puede que tarde en volver,

Parece que ya he estado en todas partes,

Pero algún día regresaré a casa.

El mundo gira y gira,

Oh, es un ciclo que nunca termina.

Así sabéis que volveré a casa.

Su voz resonaba como el agua en una fuente, fluctuaba con profunda emoción a medida que la canción deshacía sus dudas, ahogaba sus inseguridades y desembocaba su dolor en un precioso mar de esperanza.

Maude terminó la canción y colocó con cuidado las manos sobre sus rodillas.

–Lo conseguí –murmuró suavemente para sí misma.

La multitud rompió en un estruendoso aplauso. Maude podía oír los silbidos y el clamor de la multitud. A medida que caminaba hacia el presentador, entrecerraba los ojos para evitar las intensas luces, entonces vio la multitud a sus pies, vitoreando y diciendo su nombre.

Maude sonrió y saludó al presentador, un hombre alto de nariz prominente y una amplia y calurosa sonrisa.

–¡Vaya! –exclamó. Este presentador era conocido por su entusiasmo, aunque, en realidad, había pocos presentadores de TV que no lo fueran–. ¡Ha sido increíble, Maude!

Maude rio aliviada de volver a respirar a un ritmo normal.

–Dime una cosa, Maude –le dijo con tono informal–. ¿Cómo una chica de dieciséis años, que ha crecido en el norte de Francia, ha acabado pasando seis meses en Nueva York grabando su álbum debut con una de las estrellas más conocidas del pop?

–Eso es, sin duda, una pregunta muy interesante –respondió ella, sus oscuros ojos brillaban con picardía.



Capítulo 1



OCTUBRE DE 2011



MAUDE LAURENT, UNA chica de dieciséis años, alta, delgada y de piel oscura, caminaba bajo la lluvia a paso ligero por las desérticas calles de Carvin. Maude entrecerraba sus párpados de largas pestañas para evitar que las gotas cayesen en sus ojos marrones. Su cabello rizado y negro, que a menudo recogía en un moño, se había encrespado por la lluvia, y los mechones de pelo más rebeldes cubrían su frente bajo la empapada capucha. A pesar de que apenas veía por donde pisaba y de que cargaba con dos pesadas bolsas de la compra, seguía caminando sin pausa, con el paso firme y al mismo tiempo con gracia. Su madre de acogida, la Sra. Ruchet, la había mandado a hacer un recado bajo la lluvia a un supermercado local en una tarde en la que el pueblo estaba desierto, ninguno de los habitantes de Carvin había abandonado la calidez de sus chimeneas, ninguno se había atrevido a sacar su coche del garaje y ni un solo gato callejero deambulaba por las calles.

Sin embargo, allí estaba ella, pensó enfadada, con su fino chubasquero empapado y sus enormes botas viejas y desgastadas llenas de barro.

La Sra. Ruchet había hecho de su vida un infierno desde que tenía uso de razón. Maude se levantaba temprano cada mañana, cocinaba y limpiaba para la familia, llevaba a los gemelos de ocho años al colegio y se iba a clase, donde hacía un gran esfuerzo para no quedarse dormida. Luego recogía a Jean y Jacques del colegio e intentaba, sin éxito, que hiciesen sus deberes del colegio, preparaba la cena bajo la severa mirada de la Sra. Ruchet, bañaba a los niños, lavaba los platos, se ocupaba de satisfacer todas las exigencias de su madre de acogida y se iba a la cama. Al día siguiente, cuando se despertaba, todo volvía a empezar. Maude estaba cansada, su única motivación en la vida, la única razón por la que se levantaba cada mañana era el sueño que guardaba en secreto.

Estaba decidida a abandonar Carvin cuando terminase el instituto y marchar a París para convertirse en una profesional de la música clásica en el

Conservatorio de París, la escuela de música clásica más prestigiosa de Francia. Allí, podría hacer las dos cosas que más le apasionaban: cantar y tocar el piano. Maude dejó escapar una sonrisa mientras pensaba en el sueño secreto que había ocultado a sus padres de acogida durante todo ese tiempo.

Hacia algunos años, la biblioteca municipal abrió, como novedad, una sala de música. Compraron un piano y recopilaron en una sala discos antiguos de vinilo y CD de las óperas más famosas. En Carvin, nadie estaba interesado en la música y la sala había permanecido abandonada hasta que Maude la descubrió una tarde de sábado. Fue entonces, a sus once años, cuando aprendió, por sí misma, a tocar el piano y empezó a ensayar las arias más famosas de la ópera. Se sabía de memoria las de Mozart, Rossini, Verdi y Bizet. Se escabullía silenciosamente de la casa de los Ruchet y se encerraba en el ala oeste de la biblioteca donde nadie más se acercaba para ensayar ópera y practicar sus escalas. En una ocasión, cuando tenía trece años, mientras buscaba en el sótano un par de guantes para la Sra. Ruchet, encontró unas viejas partituras del Sr. Ruchet que, como cualquier otro niño de bien y acomodado, había aprendido a tocar el piano. Con el tiempo las páginas se habían estropeado, pero aún podían utilizarse.

Así es como Maude aprendió a tocar complejas piezas clásicas de compositores como Bach, Beethoven, Schubert, Debussy y Chopin. Cada sábado, se sentía más segura de lo que quería: abandonar la casa de los Ruchet cuando cumpliera dieciocho y comenzar su carrera de música clásica en el Conservatorio de París. Trabajaba muy duro, y antes de irse a dormir ideaba y componía nuevas melodías, variaciones de canciones que ya conocía o canciones que ella misma había escrito, para darles vida durante la tarde del sábado siguiente en la pequeña habitación de la biblioteca.

Aquella misma mañana, su profesora de literatura, la Sra. Clement, había anunciado un viaje a París en noviembre. Maude estaba muy ilusionada, aunque la Sra. Ruchet no le permitía salir a la calle sola ni pasar tiempo con amigos. Sin embargo, Maude estaba decidida a ser uno de los alumnos que participase en ese viaje. Tampoco es que tuviera amigos con los que salir a pasear, pensó triste, sin querer admitir que echaba en falta la amistad. En el fondo, sentía que le vendría bien tener gente con la que hablar aparte de los gemelos Ruchet, a los que tenía que cuidar y para los que no era más que una niñera muy pesada. Durante mucho tiempo había deseado tener amigos y una familia de verdad. Incluso había pensado absurdamente que, con amabilidad, sumisión y mostrándose útil podría ganarse a la Sra. Ruchet.

Maude se rio de sí misma ante su propia estupidez. Había abandonado totalmente la idea de hacer amigos en clase, ya que se burlaban continuamente de su ropa pasada de moda. Había perdido la esperanza de llegar a estrechar lazos con la Sra. Ruchet algún día, quien nunca la había considerado más que como una empleada doméstica, la niñera de sus hijos y, por supuesto, su propia criada. Cuando por fin lo entendió, Maude decidió continuar con su sueño y, en un plazo de dos años, abandonar Carvin para siempre. No tendría que obedecer las órdenes de la Sra. Ruchet nunca más, pensó feliz, imaginándose a sí misma independiente y libre, deambulando a su antojo por calles parisinas.

La Sra. Ruchet era una mujer grande e imponente de cabello rubio, corto y rizado, enmarañado alrededor de su rostro ovalado. Pasaba la mayor parte del día sentada en su sillón, con sus enormes piernas apoyadas en un cojín verde oscuro delante de ella, viendo telenovelas mientras criticaba a todas las actrices por ser tan delgadas. Sus ojos oscuros hacían juego con su habitual ceño fruncido, que de vez en cuando se convertía en una mueca de enfado cuando Maude no le había colocado el cojín como ella quería. Su madre de acogida había sido especialmente dura con ella estos últimos dos días porque había empezado su enésima nueva dieta. Maude no podía evitar sonreír al recordar a la Sra. Ruchet comiendo exclusivamente verduras y frutas durante los últimos dos días. Comía tomates, rábanos, pimientos, fresas y cerezas, y se obligaba a beber zumo de tomate.

Esta parte era la más difícil, ya que la Sra. Ruchet era adicta, desde hacía muchos años, a una única bebida. Desde que dejó de fumar, hacía ya diez años, se había pasado a una bebida light de color marrón que tomaba ya hiciera frío o calor.

La Sra. Ruchet era adicta al Lipton Ice Tea de melocotón.

Maude tenía que asegurarse de que el vaso naranja que había en la mesa, cerca de su sillón, nunca estuviese vacío. El vaso estaba hasta arriba de hielo, con una gran pajita roja, a la espera de ser llenado de Lipton Ice Tea. En Carvin, ningún vecino podía entender esta obsesión, y se mostraban bastante molestos por ello. Sin embargo, nadie decía nada porque era la esposa de un hombre bastante influyente en el pueblo. De modo que la gente se limitaba a observar cómo bebía litros y litros de té helado que Maude le servía en el gigantesco vaso naranja. Podía pasar días tumbada en el sofá, hinchándose de té helado y zampando bandejas de embutidos variados para acompañar la bebida. Aunque la Sra. Ruchet no consentía que los gemelos comiesen dulces,

ella, antes de empezar la dieta, se hinchaba a comer Snickers y M&M's, mascándolos ruidosamente mientras daba órdenes a Maude.

Esa mañana, había enviado a Maude a comprar botellas de té helado y zumo de tomate bajo la lluvia. No hacía falta decir que ya había vuelto a comenzar su antigua dieta y Maude estaba pagando un precio por ello.

Maude ralentizaba el paso a medida que se iba acercando a su destino, una casa en el número 29 de la calle Général de Gaulle. Era una casa mediana, de dos plantas y con ladrillo de color rojo. La joven se quedó plantada frente a la puerta, mirando fijamente el número 29, como si este pudiese responder a la pregunta de si quedarse en la puerta, tiritando con su fino chubasquero empapado, o entrar en la casa, aparentemente acogedora y tranquila. Su mirada se posó sobre la ventana, donde se cerraban dos blancas cortinas de lino. Podía imaginarlos en el amplio salón junto a la chimenea. Los adultos y los niños, todos los miembros de la familia Ruchet permanecían inmóviles junto al fuego. La madre, el padre y los dos hijos pequeños. Y allí estaba ella, la intrusa. Aún no había entrado. Quizás, podría quedarse ahí hasta que tuviese tanto frío que no le quedase más remedio que entrar.

En ese momento, cayó un relámpago y su característico ruido le estremeció. Fue entonces cuando corrió para entrar en el número 29 de la calle Général de Gaulle.

–¡Por fin has vuelto! –chilló la Sra. Ruchet desde el salón cuando escuchó cerrarse la puerta principal–. ¿Por qué has tardado tanto? Espero que hayas comprado todo lo que te pedí, si no vuelves a la tienda.

Aún con el chubasquero mojado, Maude llevó las dos bolsas al salón y le mostró las botellas de zumo de tomate. La Sra. Ruchet se dio cuenta enseguida de que faltaba el Lipton Iced Tea.

–¿Dónde están las botellas de Lipton? –le preguntó en tono amenazante.

–No quedaban –respondió Maude. Quizás porque la Sra. Ruchet ya se había tomado todas las de la tienda, pensó enfadada.

Los dos niños empezaron a inquietarse, disfrutando de la escena que ocurría delante de ellos.

–Eres una mentirosa. Lo que ha pasado es que te has dado prisa en volver a casa para resguardarte de la lluvia.

La Sra. Ruchet era una cobarde. Aunque siempre trataba mal a Maude, también le tenía miedo y no soportaba esa mirada desafiante, orgullosa y silenciosa. No entendía cómo, después de una fuerte disciplina desde que la niña empezó a caminar y a hablar, continuaba dirigiéndole una mirada

desafiante y sin lágrimas. Si Maude hubiese llorado alguna vez delante de ella, pensó la Sra. Ruchet, quizás hubiese cedido y la hubiese tratado mejor. Maude nunca había llorado, ni tampoco suplicado. Esta niña no era más que una huérfana rebelde y desagradecida, que no mostraba ningún respeto por la familia que la acogió, muy a su pesar, cuando era pequeña.

Y allí estaba otra vez, mirándola.

La Sra. Ruchet vació la botella de zumo de tomate, bebió con ansia y miró a Maude de nuevo.

–¿Cuándo repondrán el té? –preguntó la Sra. Ruchet, mientras daba sorbos a su bebida.

–Mañana –le dijo Maude.

La Sra. Ruchet sonrió con los dientes manchados de zumo de tomate. Maude desvió la mirada para esconder su desagrado. La Sra. Ruchet, sin saber que tenía los dientes rojos, pensó que Maude le mostraba un signo de tímida obediencia y se sintió satisfecha.

–Vete a tu habitación, me estás estropeando la alfombra –le ordenó con sonrisa burlona.

Maude se fue a su habitación aliviada mientras la risa de los dos niños resonaba en sus oídos. Maude entró en el sótano en el que siempre había vivido.

Aunque no había luz, había aprendido a encontrar su sitio en aquel lugar lleno de cosas inútiles. La Sra. Ruchet nunca tiraba nada, lo almacenaba en el sótano con Maude, lo menos importante de la casa.

Cuando Maude tenía seis años, compartía su habitación con un televisor roto y una radio que no funcionaba bien. Ahora, diez años después, había bastantes más televisores y radios rotas en el sótano junto con bicicletas, enormes montones de ropa y revistas, disfraces de Superman y Spiderman de los niños, juguetes y muchos otros objetos que no se podrían identificar. En la esquina izquierda del sótano había un colchón fino en el que dormía cada noche, con una sábana que nunca calentaba durante noches de frías noches de invierno, propias del norte de Francia. Bajo su almohada llena de polvo, escondía una linterna que a veces utilizaba, cuando tenía algo de batería, para ahuyentar a las ratas. A pesar de todo, y aunque el sótano era un lugar lúgubre, esas cuatro paredes representaban el único lugar de la casa donde encontraba refugio.

A través de la única ventana que había en el sótano, Maude miró el cielo oscuro y observó las estrellas ensimismada. Aunque sus padres habían muerto

hacía dieciséis años, ella sabía que estaban en algún lugar observándola. Quería que se sintiesen orgullosos, aunque no supiese ni sus nombres, ya que los Ruchet nunca los habían mencionado. La única información que tenía, fue por un desliz en una reunión de profesores y padres en su último año de colegio. Su profesora de inglés había mostrado su preocupación a los Ruchet acerca de las malas calificaciones de su hija de acogida en inglés. La Sra. Ruchet bufó:

—¡Supongo que no se parece a su padre, que dominaba el inglés perfectamente!

La Sra. Ruchet dejó de hablar inmediatamente ante la mirada de alarma de su marido, que le advertía de que había hablado demasiado. Maude, que no había escuchado nunca a la Sra. Ruchet hablar de sus padres, guardó esa información como un tesoro y se sumergió por completo en el aprendizaje de la lengua inglesa, su literatura, gramática e historia.

Normalmente, cuando entraba en el sótano, estaba tan cansada de todo el trabajo que había tenido, que se quedaba dormida al momento, sin escuchar las ratas o la lluvia que caía en la única ventana que había.

Esa misma noche, mientras el viento soplaba y la lluvia caía con fuerza, los problemas le impedían conciliar el sueño.

Cuando la Sra. Clement anunció la excursión a París, una tradición para los alumnos del último curso, el anhelo de Maude por visitar la capital se había convertido en un deseo irrevocable y no descansaría hasta encontrar el modo en que los Ruchet no se opusieran a la idea. Los Ruchet, como muchos otros habitantes de Carvin, detestaban París y se negaban a visitarla. Pensaban que los parisinos eran unos engreídos y que se creían el centro del universo. Siempre ponían como ejemplo a la Sra. Lavande y a su esposo. La pareja de parisinos vivía en una de las casas más grandes de Carvin, pero nunca hablaban con nadie, principalmente, porque eran sordomudos y ningún habitante de Carvin se había esforzado en aprender lenguaje de signos.

No es excusa, diría la Sra. Ruchet. Eran arrogantes, orgullosos y miraban a todos los habitantes de Carvin por encima del hombro, algo que ella no comprendía.

Maude no sabía cómo podía conseguir permiso para ir a París. Solo sabía que tendría que hacer todo lo que estuviese en su mano para poder visitar la ciudad más bonita del mundo, subir a la Torre Eiffel, visitar el Museo del Louvre y pasear por los Campos Elíseos.

Nunca antes se había sentido tan segura como en ese momento, así que se quedó dormida sonriendo, sin escuchar el leve crujido de una rata que había caído en una trampa cerca de su colchón.



Capítulo 2



AL DÍA SIGUIENTE, TRAS la tormenta, el aire era frío y la quietud que se palpaba en Carvin era sobrenatural. El sol, en este nuevo día de otoño, salía gradualmente de entre las sombras, dando vida al mundo con su luz ancestral.

Maude se despertó a las siete, como todos los sábados, se vistió y se dirigió al centro, a la Gran Plaza. En Carvin, los edificios no eran altos y las fachadas eran de color grisáceo. La Gran Plaza, que en días soleados podía acoger a todos los habitantes del pueblo, contaba con algunas tiendas, cafeterías, una iglesia, un antiguo tribunal, una parada de autobús, una comisaría y un restaurante chino y un italiano, que se dedicaban a hacerse la competencia despiadadamente. Pero lo más importante es que allí estaba la panadería, en la que los niños se deleitaban comprando cruasanes, *pains au chocolat* y otros dulces, y, cómo no, las baguetes.

Cada sábado por la mañana, su primer recado era comprar cruasanes para la familia Ruchet. No era una de las peores tareas que se le encomendaban, ya que disfrutaba paseando por las desérticas calles de Carvin donde la única persona que estaba despierta era la panadera, la Sra. Bonnin.

Las calles estaban húmedas y las gotas de lluvia caían desde las farolas en el pelo de Maude, que disfrutaba caminando entre las hojas que indicaban el comienzo de una nueva estación, y que, con su nuevo color, decoraban el pueblo con un tono marrón propio del otoño.

La Sra. Bonnin se apresuró a saludar a su clienta. Era una mujer guapa y rechoncha, que siempre saludaba a sus clientes con una sonrisa, incluso cuando no tenía motivos para sonreír. Además, era la cotilla del pueblo, en todos los pueblos franceses hay una, aunque ella era de las mejores. Además, la ubicación de la panadería, en el centro del pueblo, era perfecta para desempeñar la misión a la que sentía que estaba destinada. Desde su mostrador, lo que ella llamaba «el puesto de observación», miraba a todas las nuevas parejas cogidas de la mano y a la siguiente semana observaba como esa misma pareja se gritaba en la cafetería de Paul. La Sra. Bonnin había sido anteriormente la comidilla del pueblo, pero ahora su vida era inmensamente aburrida. Necesitaba diversión, no soportaba su tranquila y monótona rutina.

Por eso dedicaba su tiempo a conocer los problemas de los demás y comentarlos con sus amigos. Nunca lo hacía con la intención de hacer daño a nadie, no podía evitarlo y ningún habitante de Carvin la había juzgado por ello, en parte porque ella tenía información mucho más interesante que la prensa local. Conocía la vida e historia de todos, excepto la de Maude. Cuando la chica se atrevió a preguntarle sobre su vida, la Sra. Bonnin admitió no saber nada y que todo lo que sabía era que un día, hacía dieciséis años, el Sr. Ruchet volvió a casa con una preciosa y sonriente niña morena. El Sr. Ruchet, que se había negado a desvelar cualquier tipo de información acerca de la recién nacida, se convirtió en el objeto de todas las especulaciones. Fue la comidilla del pueblo durante tres meses, hasta que se destapó un nuevo escándalo: la malversación del alcalde.

Excepto la historia de Maude, la Sra. Bonnin sabía todo lo que había que saber sobre el pasado y el presente de Carvin, y compartía todos sus conocimientos con cualquier oído dispuesto a escuchar. Y Maude, que no sabía cómo negarle algo a la buena mujer, que siempre le regalaba un delicioso cruasán y una taza de chocolate, que según la panadera era para «levantarle el ánimo», era la mejor oyente de todo Carvin. Sin embargo, la Sra. Bonnin no sabía nada sobre la triste vida de Maude. La joven nunca comentó nada al respecto, y la panadera nunca pensó que su delgadez y sus ojeras eran la consecuencia del maltrato al que estaba sometida. Siempre le insistía en que tenía que comer más y le regañaba por «imitar a esas modelos anoréxicas que las jóvenes admiraban». Maude simplemente se reía y suspiraba con anhelo, casi deseando que la verdadera causa de su peso fuese que se privaba de la comida y no la codicia de la familia Ruchet.

—No vas a creer de lo que me he enterado —comenzó a relatar la Sra. Bonnin—. Tu profesor de matemáticas, el Sr. Martin, le preguntó a tu profesora de literatura, la Sra. Clement, si quería tener una cita con él y ella le contestó que no, por supuesto. Él se quedó hecho polvo.

Y como cada sábado a las ocho, Maude salió de la panadería después de cotillear durante una hora, sintiendo que el mundo era un lugar extraño y que, definitivamente, las mujeres venían de Venus y los hombres de Marte.

Sin embargo, lo que más le preocupaba era la excursión y cómo iba a conseguir el permiso de sus padres de acogida. Pensó en preguntarle a la Sra. Ruchet justo después del desayuno.

Cuando entró en el salón aquella mañana, la Sra. Ruchet estaba enferma y se había tumbado en el sofá, gimoteando.

Maude vaciló por un momento, pero la imagen fugaz de la Torre Eiffel pasó por su cabeza y, armándose de valor, se acercó.

–Sra. Ruchet –dijo con firmeza.

–¿Qué pasa ahora? –gimoteó la enferma.

–Necesito hablar con usted. Necesito su permiso para...

–Pregunta al Sr. Ruchet –contestó enfadada.

Maude estaba bastante desconcertada, la Sra. Ruchet nunca le mandaba hablar con su marido. A Maude siempre se le había dejado claro que la única persona a la que ella podía dirigirse era la Sra. Ruchet (que la recibiría de mala gana). Maude apenas conocía al Sr. Ruchet porque él no había hecho más que ignorarla, tal y como alguien ignora un problema pensando que desaparecerá por sí solo. Todo lo que sabía acerca de él, era que nunca la defendió de la crueldad de la Sra. Ruchet ni de los gemelos.

Maude llamó a la puerta del despacho del Sr. Ruchet que se encontraba en la planta de arriba.

–Adelante –dijo él, levantando la mirada.

Maude entró y cerró la puerta tras ella.

–La Sra. Ruchet me ha dicho que hablase con usted. He venido para pedirle permiso para ir en noviembre a una excursión a París. Es una excursión que hacen todos los años los alumnos, es casi un ritual de transición que consiste en descubrir la gran ciudad para apreciar mejor las ventajas de vivir en un pueblo pequeño –Maude sabía que presentando la excusión así, agradaría más al Sr. Ruchet. Tomó aire y continuó sin detenerse demasiado–. Me encantaría poder ir y le aseguro que este viaje no servirá de excusa para escaquearme de mis tareas domésticas. Dejaré todo perfecto antes de irme a la excursión. Volveré antes de que se hayan dado cuenta y la vida seguirá como siempre.

Maude esperó a que el Sr. Ruchet dijese algo.

El Sr. Ruchet se enorgullecía de esa falsa sensación de imparcialidad que transmitía. Era abogado y, como solía llamarse a sí mismo *Un hombre de la ley* en cursiva, porque así conseguía transmitir la importancia y su pasión por los principios. Había empezado su carrera como abogado de derechos humanos, pero hacía años que había abandonado esta rama para vivir cómodamente del derecho privado en Carvin. Él realmente creía que la ley era siempre justa y equitativa, y que lo que se estableció en su momento ha de continuar así. Por ese motivo, él nunca había interferido en la educación de Maude, eso era el trabajo de su esposa y las leyes de la naturaleza no deben

cambiarse. Mientras miraba a Maude, pensó que tenía que ser justo y nada le parecía más justo que establecer una condición para dar su consentimiento. La ley siempre es justa y objetiva, pensó.

–Tendrás mi permiso para ir a París, pero con una condición –le dijo pausadamente.

Maude ya había empezado a tranquilizarse. Haría lo que fuese para ir a esa excursión.

–Quiero que me traigas buenas notas en tu próximo examen de matemáticas –finalizó diciendo el Sr. Ruchet.

Maude se estremeció. Al final del día, apenas tenía tiempo de terminar sus deberes, pero se las arreglaba para sacar buenas notas en inglés y literatura francesa. En matemáticas había que practicar demasiado para encontrarle sentido a las páginas llenas de fórmulas, con la única compañía de la luz parpadeante de la linterna. No tenía a nadie que la ayudara, y nunca había logrado obtener una calificación por encima de los cinco puntos en sus exámenes desde que estaba en secundaria.

–Podrás hacerlo, ¿no? –preguntó el Sr. Ruchet.

El Sr. Ruchet se sintió muy orgulloso de sí mismo en ese momento. Sabía que Maude no era muy buena en matemáticas y que tendría que trabajar muy duro para conseguir su permiso. O bien mejoraba en matemáticas, lo cual era algo positivo o, lo que era más probable, no lo conseguiría y su mujer estaría muy contenta. Había encontrado la condición perfecta y era justa e imparcial.

Qué dichoso era el mundo.



DURANTE LAS DOS SEMANAS siguientes, Maude trabajó muy duro todos los días. Apenas dormía y sus ojeras habían empeorado. Se despejaba leyendo todos los sábados libros sobre París, sus museos, parques y arquitectura.

Cuando llegó a clase el lunes por la mañana para hacer el examen, Maude se sentía confiada, aunque cansada por no haber dormido suficiente.

Después del examen, Maude estaba profundamente orgullosa de sí misma. Estaba segura de que iba a conseguir buena nota y era la primera vez en mucho tiempo que había escrito más que su nombre en el papel. Sacaría más de un cinco sobre veinte.

Maude esperó durante una semana entera para obtener sus notas, deseando que el Sr. Martin se diese prisa en corregir el montón de exámenes.

Para el Sr. Martin los adolescentes no eran más que criaturas imprudentes a los que solo les interesaba enviar mensajes en lugar de leer sus libros de texto y los odiaba por ello. Ningún estudiante era capaz de entender su profundo amor y devoción por las matemáticas y, para él, Maude era un caso perdido. Cuando vio el nombre de Maude en el montón se limitó a poner un cinco sin molestarse en leer el resto.

Aquella tarde en el sótano, Maude miraba su examen, deseando con todo su corazón que desapareciese. Desafortunadamente, no había forma de borrar aquel gran cinco sobre veinte en rojo que su profesor había apuntado con desgana. Maude dio vueltas en su pequeña habitación pensando. Quizás podría suplicar al Sr. Ruchet que le dejase ir a la excursión. Jamás le dejaría, pensó con firmeza, se sentiría complacido y aun rogándole se lo negaría. ¿Podría escaparse tal vez? Tenía muy poco dinero y no tenía una familia a la que acudir.

De repente, se detuvo y dio media vuelta, miró de nuevo examen y sonrió levemente. Cogió su bolígrafo rojo y añadió un uno delante del cinco, de modo que ahora tenía un excelente.

Nada iba a evitar que hiciese ese viaje.

El Sr. Ruchet levantó la mirada para ver a Maude cuando entró en su despacho. Ella caminó deprisa hacia a él algo inquieta, pero el Sr. Ruchet apenas lo notó, ya que estaba muy ocupado asegurándose de que prevaleciese la ley. Puso su examen delante de él.

El Sr. Ruchet miró el papel y lo observó largo y tendido. Volvió a mirar a Maude, que permanecía inmóvil y pensó que la chica trataba de no mostrar emoción o anticipación. Nunca pensó que era por la inquietud de una mente culpable.

–Veo que has conseguido buenas notas. Quince sobre veinte no está mal, pero creo que podrías haberlo hecho mejor.

Volvió a mirar el papel y al levantar la mirada le dijo:

–Tienes mi consentimiento para ir a París.



Capítulo 3



EL SOL BRILLABA CON intensidad, sus rayos relucían sobre la majestuosa Torre Eiffel. La dama de hierro se sostenía firmemente sobre su pedestal imponiéndose sobre la capital francesa, vigilando cuidadosamente a sus millones de fieles, siguiendo el incesante murmullo de la ciudad y sus latidos acelerados. La dama de hierro resplandecía orgullosa sobre el Sena, que fluía al ritmo de la ciudad mientras transportaba a turistas en *bateux-mouches*, ansiosos por ver los monumentos de la ciudad y su cautivadora belleza histórica y moderna. La clase de Maude, antes de navegar en uno de esos gigantescos *bateau-mouche*, visitó la Torre Eiffel y el Museo del Louvre.

Los profesores anunciaron tres horas de tiempo libre hasta de las nueve de la noche, hora en la que tenían que estar en Notre Dame para volver a casa.

–Nueve en punto –recordó la Sra. Clement mientras sus alumnos comenzaban a caminar en grupos.

Maude se fue sola, inmensamente feliz, cautivada por la belleza que le rodeaba. Era feliz por el simple hecho de caminar sin rumbo por París. Visitó las pequeñas tiendas en l'île Saint-Louis, aunque tenía muy poco dinero para gastar, caminó por la ribera del Sena mirando las elegantes casas flotantes y sonriendo a los artistas que hacían retratos de turistas. Después de dos horas dando vueltas por la ciudad, Maude, dejando atrás la plaza Georges Pompidou y en dirección Notre Dame, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Rodeada de tanta comida se le hacía muy complicado elegir. Maude estaba indecisa y se debatía entre crepes con mermelada de fresa o melocotón, perritos calientes franceses en los que la salchicha estaba envuelta por una baguete o *croque monsieurs*.

Fue en ese momento cuando lo escuchó.

La música venía de una cafetería delante de ella, Le Cavalier Bleu. Un músico entretenía a la multitud de clientes que le rodeaban, cantando entusiasmadamente en un piano una de las canciones más famosas de Edith Piaf, «Milord».

Maude, que conocía esa canción, se sintió atraída por el lugar, su ambiente y su música.

Entró en la cafetería y se sentó en una mesa junto a la barra. Sin darse cuenta, estaba cantando bajito y tocando las notas, que se sabía de memoria, en un piano imaginario.

En la mesa de al lado había un hombre alto y de piel oscura bebiendo un café expreso. Tenía una cara jovial, aunque algunos de los rizos que se acurrucaban junto a sus sienes se habían vuelto grises e indicaban cierta madurez. El surco que tenía marcado en su mejilla izquierda mostraba que era un hombre que sonreía a la vida con facilidad y la ausencia de arrugas en su frente revelaba que no se preocupaba demasiado. Sus ojos brillaban de alegría como si siempre estuviera riéndose de las bromas que imaginaba. Llevaba puesto un traje negro y su postura era bastante informal. Había tenido un día largo. Había viajado a París por negocios, pero estaba bastante decepcionado con su reunión y se sentía muy cansado, con el amargo regusto de tener asuntos pendientes.

Además, generalmente cuando venía a París, lo hacía con su esposa Victoria. Siempre venían a esta cafetería en la que la música les levantaba el ánimo. Victoria, a veces, incluso tocaba para deleite del dueño que era un buen amigo de ambos. Mientras miraba alrededor, vio a Maude en una mesa junto a la suya, cantando suavemente y tocando notas en un piano imaginario y le recordó a su propia hija, que tenía más o menos su edad.

Cuando el dueño, que servía las mesas ese día, se acercó a él, su amigo le susurró algo al oído. El dueño asintió sonriendo.

Maude era completamente ajena a todo lo que le rodeaba, solo podía escuchar la música, pero cuando esta se detuvo, regresó al mundo real.

El propietario, el Sr. Beauregard se dirigió al piano y le dijo al pianista que se levantara.

—Como todos saben, en nuestra cafetería, cualquier nuevo músico es bienvenido a tocar este piano, si lo desea. No pude evitar darme cuenta de que hay una joven con mucho talento entre nosotros —dijo mirando a Maude, que había estado escuchando, intrigada con los ojos muy abiertos, preguntándose quién sería el siguiente en tocar el grandioso instrumento de color oscuro.

El camarero la señaló.

—Joven, ¿le importaría sentarse en el lugar en el que debería estar? —preguntó, al tiempo que una sonrisa se esparcía lentamente por su cara.

—Oh, no podría... —protestó Maude.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —le preguntó.

—Maude, mi nombre es Maude Laurent —contestó un tanto insegura.

–Atención todo el mundo, creo que Maude necesita que la animemos un poco ¿no creen? –preguntó girándose hacia la pequeña multitud que se encontraba alrededor del piano.

El público, sin dudarlo, comenzó a animar vitoreando «¡Maude, Maude, Maude!», al principio bajito, pero cada vez gritaban más fuerte.

Maude nunca había tocado delante de nadie, siempre lo había hecho en la pequeña habitación de la biblioteca, donde su único público eran las paredes. Además, tenía que volver al punto de encuentro en Notre Dame.

¿Realmente podría hacerlo? Después del maravilloso día que había pasado, se sentía capaz de todo.

Aún estaba algo indecisa cuando el hombre que se encontraba en la mesa de al lado se inclinó sobre su mesa.

–Adelante, muchacha –le alentó en inglés–. Saldrá bien.

Maude le miró, sus ojos marrones que brillaban de entusiasmo le penetraron el alma y sintió algo que nunca había sentido antes: confianza. Fue como si él ya la conociese de antes y supiera que todo iba a ir bien.

La multitud aún gritaba su nombre. ¿Cómo iba a resistirse?

–Vamos –repitió.

Maude sonrió a aquel extraño mientras se levantaba, casi golpeando la mesa y caminó hacia el oscuro piano Pleyel. Las piernas le pesaban un poco más con cada paso que daba. Se sentó en la silla del piano, ajustándola a su altura, y fue entonces cuando se sentó donde tenía que estar. La multitud se quedó en silencio.

Colocó sus manos y pensó en la canción que podría tocar. Una cafetería de París no era el lugar para tocar una ópera aria. No, decidió que sería mucho mejor tocar un clásico francés.

–El gran músico que hemos escuchado esta tarde empezó con un tema de Edith Piaf, de modo que seguiré sus pasos. Reconocerán esta canción fácilmente y espero que la disfruten.

Tarareó despacio mientras su mano izquierda tocaba do, mi, sol. Su voz resonó de pronto, alta y clara, cuando comenzó con el primer verso.

Abrázame fuerte, y me asirá

El hechizo que lances.

Esta es la vida en rosa.

Cuando me besas el cielo suspira

Y si cierro los ojos veo la vida en rosa

Mientras su voz cantaba esta canción de amor, su corazón cantaba una oda a París. Había pasado un día maravilloso en esa ciudad y finalmente había conseguido experimentar lo que era *la vie en rose*. En su mente visualizaba su visita al Museo del Louvre, paseando por los pasillos llenos de color, sus ojos llenos de admiración al observar cada cuadro, trágico o romántico. La Mona Lisa le sonreía mientras sus dedos se deslizaban por el piano.

Estoy en un mundo aparte,
Un mundo donde las rosas florecen.

Cuando subió a lo más alto de la Torre Eiffel, se sintió profundamente feliz, una oleada de vida había alimentado sus pulmones mientras contemplaba toda la ciudad, igual que una reina el día de su coronación disfrutando de su nuevo reino.

Cada parte de su cuerpo sintió lo que nunca había sentido durante su corta y maltratada vida con los Ruchet, la verdadera felicidad.

La voz le tembló de emoción aumentando la increíble belleza de su actuación. Terminó la canción, poseída enteramente por la melodía, y se dio la vuelta lentamente. Los espectadores, impresionados paulatinamente por la canción de Maude, permanecían en silencio. De repente, el público rompió en un gran aplauso. El propietario había soltado su bandeja y estaba aplaudiendo con todas sus fuerzas.

Maude sonrió, el corazón le latía en la garganta, mientras sus ojos daban vueltas mirando entre la multitud. Su mirada se detuvo al ver que aquel hombre negro que la había animado era el único que estaba en silencio.

Su sonrisa se desvaneció con brusquedad, cuando su mirada se posó en el reloj que estaba justo detrás del hombre desconocido.

Faltaban cinco minutos para las nueve.

Tenía que marcharse enseguida.

Eso resultaba más fácil decirlo que hacerlo, ya que la multitud había hecho un círculo a su alrededor y el propietario le estaba ofreciendo algo de beber.

–¡Nunca he tenido tantos clientes! –exclamó emocionado–. Tiene que quedarse más tiempo. No puede marcharse sin beber algo. No me haga suplicarle que se quede –le insistió al ver que Maude estaba a punto de protestar.

–No, de verdad, debo irme –insistió Maude, intentando abrirse paso hacia la salida–. Tiene que entender que no soy de aquí. Debo marcharme ahora mismo.

La gente la felicitaba por todas partes. Ella deseaba quedarse con todo su corazón, pero el reloj marcó las nueve y tenía que volver a su horrible vida con los Ruchet. Sonrió apresuradamente a los clientes mientras intentaba marcharse. Finalmente, cuando consiguió salir a la calle y alejarse de la multitud, Maude se detuvo, no tenía ni idea de a dónde iba.

Cuando estaba a punto de tomar una decisión escuchó su nombre.

Se dio media vuelta y vio junto a ella al hombre alto de Le Cavalier Bleu.

–¿Hablas inglés? –le preguntó en dudoso francés.

–Sí –respondió Maude–. Aunque no puedo hablar, tengo que ir a Notre Dame, no tengo ni idea de donde está y...

–Déjame que te ayude, yo sé dónde está. No te preocupes, no está lejos. Y mientras tanto, podemos hablar –le interrumpió el.

–De acuerdo –contestó Maude aliviada de estar en la dirección correcta–. Tenemos que darnos prisa. Tenía que estar a las nueve en punto, la Sra. Clement estará enfadada y probablemente se lo cuente a la Sra. Ruchet... – Maude hizo una pausa, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo cuando pensó en el castigo que podría ponerle la Sra. Ruchet.

–¿Quién es la Sra. Ruchet? –le preguntó su nuevo acompañante.

La mujer que me hace la vida imposible, pensó Maude con amargura.

–Mi madre de acogida –contestó Maude.

El hombre la miró y se percató de que su respiración se había acelerado y de que un velo sombrío había oscurecido sus ojos, sintió que estaba ocultando algo doloroso y no quiso continuar con el tema.

–Espero que la Sra. Ruchet se dé cuenta del talento que vive bajo su techo –le contestó.

Maude lo miró con curiosidad.

–Escucha, Maude –continuó diciendo–. Tienes mucho talento. No permitas que ni la Sra. Ruchet ni nadie te diga lo contrario. Estamos casi llegando a Notre Dame, así que escúchame con atención.

Ambos se detuvieron, aunque Maude no dejaba de pensar en la salida del autobús y en la estricta reprimenda que le esperaba.

–Soy un productor de música de una gran compañía discográfica de Nueva York. Me gustaría firmar un contrato contigo.

Revolvió en el bolsillo de su traje oscuro y sacó dos tarjetas y un bolígrafo.

–Escribe en esta tu nombre, tu dirección y tu número de teléfono. La otra guárdala, tiene mi nombre y mi número de teléfono.

Maude le miró desconfiada.

–Mira, no quiero ser grosera ni nada por el estilo, pero no te conozco de nada. Podrías ser uno de esos asesinos de los que escucho hablar en las noticias de las ocho. Ahora te doy mi dirección y en una semana un turista británico subido en un *beateau-mouche* encuentra mi cuerpo flotando en el Sena.

El extraño no pudo hacer otra cosa que sonreír ante su sinceridad.

–Tienes que confiar en mí. Acabas de decirme dónde vives y sé tu nombre, Maude Laurent. Confía en mí, no tengo intención de asesinar a nadie, especialmente a alguien con una voz como la tuya.

Maude le miró con seriedad, analizándole e intentando averiguar si se estaba riendo de ella. Su rostro calmo, sereno y amable la volvió a mirar, esperando que tomase una decisión.

Ella cogió sus tarjetas, garabateó en el reverso de una de ellas y se la devolvió.

Después giró la otra tarjeta y comenzó a caminar hacia atrás en dirección al autobús.

–Bueno, Sr. James Baldwin, supongo que ya tiene lo que quería –le dijo. Antes de que él pudiese decir nada, se dio media vuelta y empezó a correr hacia el autobús.

James Baldwin la despidió con la mano, le dio la vuelta a la tarjeta y leyó en voz alta:

Maude Laurent, calle Général de Gaulle, 29, Carvin 03 20 22 03 00.

*Duermo con un cuchillo bajo la almohada. Avisa a tus amigos
secuestradores.*

El Sr. Baldwin soltó una carcajada y probablemente se habría reído más si supiese que, en realidad, el único objeto que había bajo la almohada de Maude era una vieja linterna parpadeante que apenas ahuyentaba a las ratas y mucho menos a secuestradores.

Mientras Maude se acercaba al autobús veía a la Sra. Clement hablando por teléfono con el ceño fruncido por la preocupación. Cuando vio a Maude llegar, su rostro se enrojeció del enfado.

–¿Dónde has estado? –chilló con voz aguda mientras colgaba el teléfono–. Son casi las diez, todos estábamos esperándote. Estaba a punto de llamar a la policía, podrían haberte raptado, robado o asesinado y ni siquiera tienes teléfono –añadió, la ira le recorría todo el cuerpo.

Maude se sentó en el único asiento libre a la izquierda, al principio del bus, ignoró los gritos de indignación de la Sra. Clemente y miró por la ventana mientras el autobús comenzaba el viaje, como si quisiera grabar cada detalle de la ciudad en su mente.



Capítulo 4



CUATRO SEMANAS.

Habían pasado cuatro semanas desde que Maude había ido a París. Cuatro semanas desde que su vida había vuelto a su monótona rutina. Cuatro semanas desde que conoció a James Baldwin, que aún no había contactado con ella.

Durante los primeros días había conservado la esperanza. Sus grandes ojos negros se llenaban de alegría cuando escuchaba el teléfono sonar y de tristeza cuando reconocía la voz de algún amigo del Sr. Ruchet al otro lado del teléfono. Cuando sonaba el timbre, se apresuraba hacia la puerta deseando que fuese el Sr. James Baldwin, pero en lugar de eso, se encontraba con las pecosas caras de los amigos de los gemelos preguntando si Jean y Jacques podían salir a jugar. Maude decidió firmemente dejar de lado la esperanza cuando confundió por tercera vez a la Sra. Bonnin andando por la Gran Plaza con James Baldwin.

En cuatro semanas, el otoño se convirtió gradualmente en invierno, y Carvin se había despojado de su abrigo otoñal para colocarse vestimentas invernales. Había nevado pocos días antes de Navidad y desde entonces circulaban cientos de automóviles. El precioso manto blanco había pasado a ser una capa mugrienta color marrón en la que los niños se divertían saltando, los adultos la aborrecían y las mujeres en tacones evitaban pisar por ella por miedo a resbalarse y convertirse en el hazmerreír.

Para Maude, las vacaciones fueron más deprimentes de lo habitual. Marie-Antoinette Ruchet había descubierto la verdad tras lo que ella llamaba el «documento falsificado». Había sospechado desde el principio y cuando se citó con la Sra. Clement para hablar acerca de la «horrorosa conducta de Maude en París» aprovechó para comentar las notas de ese año. En poco tiempo, la Sra. Ruchet descubrió que «Maude sigue siendo buena estudiante salvo por sus notas en matemáticas» y que en el examen anterior había sacado un cinco en vez de un quince.

A partir de ese día, la Sra. Ruchet se empeñó en que la vida de Maude fuese aún más miserable de lo que ya era antes. Maude tenía que limpiar la casa de arriba abajo todos los días, lo que apenas le permitía dormir o hacer

sus tareas escolares. Lo peor de todo era que la Sra. Ruchet había abandonado su dieta por completo y había dejado de ir al gimnasio los sábados, aunque nunca admitiría que no iba para hacer ejercicio, sino para pasar el tiempo charlando con sus amigas en la sauna. Invitaba a sus amigas Michelle y Tiffany a casa los sábados por la tarde. Compartían su pasión por el té helado, aunque no llegaban a su nivel de adicción. Durante esas tardes, Maude tenía que atender todas sus necesidades bajo la atenta mirada de la Sra. Ruchet, que la observaba como un halcón. Sus habilidades de observación y sus sentidos habían mejorado gracias a la dosis diaria de azúcar y, como ya no consumía exclusivamente vitaminas, verduras rojas y zumo de tomate, se sentía con energía renovada. Desde que la Sra. Ruchet había dejado la dieta y se dedicaba a vigilar cada uno de sus movimientos, Maude ya no podía pasar las tardes tocando el piano en la biblioteca.

Pero una fría tarde de diciembre, concretamente el día veintiocho, la Sra. Bonnin estaba mirando por la ventana de su panadería cuando vio a un hombre negro y alto con un cálido abrigo marrón caminando por la Gran Plaza mientras arrastraba una maleta por la nieve. El hombre se detuvo, como si no supiera exactamente a donde se dirigía, y al ver la panadería abierta se dirigió hacia allí. La panadera desconcertada, se fijaba en cada detalle de aquel extraño.

Cuando entró, la Sra. Bonnin le dirigió una amplia sonrisa.

–*Bonjour* –le saludó en un dudoso francés–. Busco el número 29 de la calle Général de Gaulle y a Maude Laurent.

La Sra. Bonnin, que apenas había entendido su *bonjour*, observó el movimiento de sus labios e intuyó que decía «calle Général de Gaulle», sin embargo, había comprendido perfectamente que estaba buscando a Maude Laurent.

Le picaba la curiosidad de saber quién sería este hombre.

Aunque la Sra. Bonnin no sabía ni una palabra en inglés y realmente no podía darle indicaciones, tenía la necesidad, como si su vida dependiese de ello, de llegar al fondo de este asunto. Levantó las manos indicándole que esperase, fue a la parte de atrás de la panadería y cuando volvió se había quitado el delantal y el gorro y se había colocado su cálido abrigo de invierno y los guantes, y se metía el cabello en la capucha antes de coger las llaves para cerrar la pequeña panadería tras ella. No porque le robasen, en Carvin nunca pasaba nada, y la policía rara vez estaba ocupada.

La Sra. Bonnin caminaba tan rápido que a James Baldwin le costaba seguirle el ritmo, extrañado al verla murmurar animadamente para sí misma durante todo el tiempo y mirándole de vez en cuando. Llegaron al número 29 de la calle Général de Gaulle bastante rápido y James Baldwin se dio la vuelta.

–Gracias –le dijo–, muchas gracias. Es usted muy amable –volvió a girarse hacia la puerta esperando que se marchase. La amable panadera simplemente le sonrió y se quedó esperando a que tocase el timbre.

El Sr. Baldwin se encogió de hombros y se giró hacia la puerta, pensando que su mujer tenía razón cuando decía que los franceses eran gente peculiar, y tocó el timbre.

Maude apareció, fatigada en la puerta, con la mano izquierda mezclando masa de galletas mientras sujetaba el cuenco con la derecha, con las mejillas marrones manchadas con restos de harina. Estaba en medio de su hora de cocinar del domingo, pero nadie más había querido ir a abrir la puerta, así que se apresuró, el delantal ondeaba tras ella, y casi tropieza con uno de los juguetes de los gemelos.

Cuando abrió la puerta y vio quién estaba en el umbral se quedó sin respiración.

Y, por supuesto, ocurrió lo inevitable.

El cuenco cayó al suelo, el estruendo se expandió por toda la casa, el cristal y las galletas cayeron al suelo, que ella había limpiado aquella misma mañana, y mancharon los pies de Maude y los impolutos zapatos negros de James Baldwin. Solo se salvaron su maleta y la Sra. Bonnin, quien mantenía una distancia de seguridad con todo el mundo durante el invierno para que nadie le contagiase sus gérmenes.

Antes de que Maude pudiese pronunciar ni una palabra, una voz llena de ira retumbó por los pasillos de la casa.

–¿Qué ha pasado?! –gritó la Sra. Ruchet desde el sofá del que no se había levantado en todo el día–. ¿Quién hay en la puerta?

El Sr. Ruchet, con más predisposición que su esposa, apareció en la entrada de la casa.

–¿Qué es este lío? –dijo–. Limpia esto, Maude, vaya desperdicio. ¿Qué vamos a tomar ahora con el té? –entonces, girándose hacia aquel hombre que no había invitado, preguntó–. ¿Quién es este señor, Maude? ¿Qué está haciendo aquí, Sra. Bonnin?

Mientras hablaba se dio cuenta de que si la Sra. Bonnin estaba ahí, solo podía significar una cosa: se estaba gestando un nuevo escándalo y el origen era probablemente aquel extraño.

Maude se apresuró a entrar en la casa para coger una fregona. ¡El Sr. Baldwin había vuelto! Justo cuando ella había perdido la esperanza, había vuelto a por ella.

–Sr. Ruchet –susurró la Sra. Bonnin inclinándose hacia la puerta–, este hombre habla inglés, no sabe francés y quiere ver a Maude.

El Sr. Ruchet miró al extraño, volvió a mirar a la Sra. Bonnin y le dijo en tono firme:

–Gracias por traerle, Sra. Bonnin. Yo me encargaré de atenderle.

La miró con frialdad e incluso la Sra. Bonnin supo que ya no era bienvenida, si es que lo había sido en algún momento.

Se giró hacia James Baldwin y con una sonrisa y gritando como si fuese sordo.

–*Au revoir, Monsieur. Good morning* –dijo orgullosa, pensando en lo equivocados que estaban los extranjeros que creían que los franceses no sabían ni una palabra en inglés. ¡Ella acababa de decirle dos!

Bastante satisfecha consigo misma, la Sra. Bonnin se alejó.

El Sr. Ruchet se giró hacia James Baldwin y le invitó a entrar. Pasaron al salón donde la Sra. Ruchet se preguntaba intrigada de qué se trataba todo aquello.

El Sr. Ruchet como antiguo abogado de los derechos humanos hablaba muy bien inglés, aunque con un fuerte acento francés que embelesaba a las chicas americanas cada vez que pronunciaba la «r» como «g», casi escupiéndoles cuando lo decía, aunque ellas no parecían darse cuenta.

El hombre se sentó y el Sr. Ruchet le habló en inglés.

–¿Ha venido a ver a Maude?

–Sí –dijo el Sr. Baldwin tranquilo–. Me llamo James Baldwin y soy productor de música de Soulville Records en Nueva York –dijo dándole su tarjeta al Sr. Ruchet.

–¿Y qué puede querer usted de Maude? –preguntó el Sr. Ruchet, escupiendo el nombre de Maude como si estuviese hablando de una desconocida. Miró la tarjeta, intentando decidir si aquello era o no parte de una estafa.

James Baldwin fingió no darse cuenta de su actitud y continuó con calma.

–Maude es una música con mucho talento.

–¿Maude? –resopló la Sra. Ruchet casi ahogándose en su Lipton Iced Tea. Tosió con fuerza. No sabía tanto inglés como su marido, pero entendía un poco.

–Lo que mi esposa quiere decir –comenzó el Sr. Ruchet–, es que usted probablemente, muy probablemente se equivoque. Esta joven no tiene ningún talento. No es música y carece de talento en cualquier dominio artístico.

James Baldwin miró al Sr. Ruchet fijamente y dijo:

–Puedo asegurarle que lo tiene y pocas veces he visto uno así. Cuando estuve en París la escuché cantar «La Vie en Rose» de Edith Piaf. Sabe tocar el piano y su voz es realmente buena.

A la Sra. Ruchet casi se le cae el vaso, pero consiguió retener su apreciada bebida en un instante.

–Miren –dijo James Baldwin con firmeza mientras abría un sobre–, he venido hasta aquí por un motivo. A mi empresa le gustaría firmar con Maude y he traído el contrato. Pueden hablar de esto con su abogado...

–Soy abogado –interrumpió el Sr. Ruchet enfadado, como si su invitado tuviese que haber adivinado que estaba hablando con *un hombre de la ley*.

–Bien –contestó el Sr. Baldwin con tranquilidad, la actitud del Sr. Ruchet no le había intimidado para nada–. Entonces, quizás podríamos discutir...

–No hay nada de lo que hablar. No sé lo que hizo o dijo Maude en Paguís, pero esto no importa. Usted quiere que Maude deje su casa en Cagwin para que se vaya con usted a no sé dónde...

–Nueva York –interrumpió el Sr. Baldwin con calma.

–¡Como si es Asia! –gritó la Sra. Ruchet derramando la mitad de su bebida.

–Como verá, está alagando a mi pobre esposa. ¿Cómo puede que podgüa mi esposa estar sin la chica si se fuese a alguna parte del mundo si se ha convertido en una hija para ella? Se puso muy triste cuando tuvo que estar un día entero sin ella cuando fue a Paguís, no pudo sopogtaglo. Eso es imposible.

–Estoy seguro Sra. Ruchet que podrá acompañar a Maude si lo desea. Muchas de las jóvenes jóvenes, ups, quería decir, jóvenes promesas con las que firmamos vienen acompañadas por uno de sus padres, que se quedan con ellas. Es bastante positivo ya que consiguen una mayor organización y orientación –explicó el James Baldwin.

–¿Entonces supongo que toda la familia tendgüa que mudarse a Nueva York, señor Batwing? –preguntó el Sr. Ruchet sonriente.

–Mi apellido es Baldwin –le corrigió–, y no, no pretendo que toda la familia se mude a Nueva York. Si Maude viene sola, se quedaría en mi casa, con mi familia. Tengo dos hijas, y una de ellas tiene la edad de Maude. He acogido en mi casa jóvenes promesas de la música varias veces mientras producían sus álbumes, también lo haría por Maude. Le puedo asegurar que, mi esposa y yo la cuidaríamos de ella como si fuese nuestra hija.

El Sr. Ruchet, que nunca había cuidado de la joven como si fuese su hija, sintió más antipatía aún por el Sr. Baldwin.

–Maude se quedará en Cagvin, es donde debe estar, señor Baldking –dijo el Sr. Ruchet–, y no hay más que hablar.

–¿Y yo no tengo nada que decir? –preguntó de repente Maude apareciendo en la entrada del salón. Mientras limpiaba la entrada de la casa había escuchado todo lo que se había hablado en su ausencia, sin querer interrumpir lo que tuviera que decir James Baldwin, se negó a permanecer en silencio ni un minuto más.

–No sé en qué te has metido, Maude –le advertía el Sr. Ruchet–, pero estás en un buen lío. Te dejamos ir a París ¿y así nos agradeces nuestra generosidad?

–Nunca tendrías que haberla dejado ir –afirmó la Sra. Ruchet– ¡A esta huérfana mentirosa, manipuladora e indeseable!

El Sr. Baldwin miró a Maude, el corazón se le encogía con las duras palabras de la Sra. Ruchet.

Maude permaneció inmóvil y dijo con calma:

–Me gustaría que al menos lo consideraran. Podemos mirar el contrato y hacer algunas preguntas al Sr. Baldwin, pero no podemos descartarlo tan pronto –los ojos de Maude parecía que decían: no lo permitiré. El Sr. Ruchet permaneció en silencio mientras observaba la decidida mirada de Maude.

–Maude tiene razón –añadió el Sr. Baldwin–. Esta no es una decisión que uno pueda tomar en una noche. Estaré en Carvin durante un par de días. Me alojaré en el Belle Etoile Inn. Pueden hacerme cualquier pregunta. Volveré en tres días para que me den una respuesta. Buenas tardes –dijo con tono cortante.

El Sr. Baldwin recogió sus cosas y se dirigió a la salida. Maude le acompañó a la puerta.

Antes de que se fuese, Maude le dijo:

–Gracias, Sr. Baldwin.

–Aún no he hecho nada –le contestó con tristeza y pensó que probablemente solo había empeorado las cosas.

–Gracias por venir –dijo sonriente.

–Gracias a ti por la tarta –le contestó con tono divertido–. Creo que a mis zapatos les ha encantado.



AL DÍA SIGUIENTE, JAMES Baldwin estaba sentado en el interior del Paul Café de la Gran Plaza, tomando un chocolate caliente con un *macaroon* de frambuesa. Había terminado de hablar por teléfono con su mujer, quien trataba de animarle, diciéndole que seguramente encontraría el modo en que los Ruchet cambiasen de opinión. Sin embargo, James Baldwin se sintió muy inseguro por primera vez en toda su carrera. Resultaba muy complicado comunicarse con aquella pareja tan cerrada de mente. Ni siquiera habían escuchado lo que les tenía que contar, los planes que tenía para la carrera de su hija de acogida o los principios de su discografía. Se habían negado tercamente. No sabía qué relación tenían exactamente con la joven, pero según lo que había visto tampoco era una relación muy estrecha. James Baldwin había lidiado con todo tipo de padres. Los que adoraban a sus hijos y se preocupaban por ellos y los despiadados y ambiciosos, para los que sus hijos no eran más que un medio de ingresos. Sin embargo, todos estos tipos de padres tenían una cosa en común: reconocían el talento de sus hijos. Fuera lo que fuese lo que les motivaba, todos estaban interesados en desarrollar el potencial de sus hijos. Pero no era así con los Ruchet.

El Sr. Baldwin estaba a punto de pedir la cuenta, cuando vio a Maude caminar hacia la cafetería. Entró y se dirigió a la mesa en la que estaba sentado.

–¡Hola! –le saludó ella–. ¿Te importa que me sienta?

–No, para nada. Siéntate. Estaba pensando en toda esta situación. ¿Te lo has pensado?

–Lo he estado pensando –dijo con cautela–, y tengo como un millón de preguntas –continuó, intentando ocultar su entusiasmo con dificultad, pero no lo consiguió.

–Yo tengo una para ti –dijo muy serio el Sr. Baldwin–. ¿Te gusta la música?

–Vivo para ella –contestó Maude, asintiendo con energía.

–Bien, porque eso es Souville Records. Puede que seamos una gran productora discográfica, pero lo que deseamos es que nuestros músicos estén totalmente implicados en el proceso de creación. Nosotros no trabajamos con

cantantes como Lindsay Linton, por ejemplo, que solo cantan lo que se les pide que canten.

–Comprendo lo que dice. Siento miedo y emoción al mismo tiempo. No estoy segura de quién es Lindsay Linton, pero creo que comprendo lo que quiere decir cuando habla de estrellas del pop.

–Hum, ¿no sabes quién es Lindsay Linton? Quizás no es famosa en Carvin, pero es una estrella famosa del pop en todo el mundo y es de tu misma edad. Firmó para Glitter Records. Crean estrellas del pop como rosquillas año tras año. Una de las únicas estrellas del pop que perduró fue Matt, pero él fue quién les dejó a ellos tras sacar su tercer álbum, «Sigue adelante», y firmó con nosotros.

–Lo siento, pero no tengo ni idea de quién es Matt, y me da la sensación de que tendría que saberlo, ¿verdad? Los Ruchet nunca escuchan la radio porque todos los cantantes que les gustan ya están muertos, o si no lo están, sus carreras están muertas. ¿Y cómo sería? ¿Cuánto tiempo me quedaría en Nueva York? Nunca he estado fuera de Carvin más de un día.

–Estarás seis meses, componiendo canciones, trabajando en la música con profesionales y grabando, y después quizás hagas una gira tras la publicación de tu álbum. Música clásica y música pop. ¡Será excepcional! Pero es muy importante que comprendas el compromiso que supone, especialmente por el hecho de que te alejas de tu país, tu familia y amigos.

Maude permaneció en silencio. No echaría de menos muchas cosas de su vida en Carvin.

–Tengo que advertirte de que mis antecedentes musicales son la música clásica. Conozco todo sobre Mozart y Debussy. También conozco algunas canciones modernas de compositores franceses como Edith Piaf, pero eso es todo.

–¿No te parece suficiente? Me extraña que no lo veas así. Yo me encargaré de tu educación musical y tú tendrás que entrenar la voz con la mejor profesora vocal de Nueva York. Estoy seguro de que has escuchado hablar sobre ella. Se trata de la Sra. Tragent.

–¡Cordelia Tragent! –gritó Maude incrédula–. ¿La famosa soprano, Cordelia Tragent? ¡Su voz es sensacional! Incluso lloré cuando escuché su interpretación de *La Traviata* en la Ópera Metropolitana de 1999. ¡Es increíble! Y pensar que puedo tenerla como profesora –Maude suspiró ensimismada.

James Baldwin sonrió. El entusiasmo de Maude era contagioso.

–Cordelia Tragent tiene un método preciso. Utiliza la música clásica como método para fortalecer la voz de los estudiantes que desean convertirse en estrellas del pop. Su método es todo un éxito –hizo una pausa–. Dime una cosa, ¿por qué no le dijiste a los Ruchet que sabías tocar el piano? Cuando les hablé de tu talento, me miraban como si les hubiese dicho que habíamos encontrado extraterrestres en Marte. Nunca he visto nada parecido. La mayoría de los padres se sienten orgullosos de sus hijos prodigio. Normalmente tengo que bajarles un poco los humos, no al contrario.

–Los Ruchet no son mis padres, de modo que supongo que eso lo explica todo. No tengo ni idea de quienes eran mis padres, pero quizás ellos me dieron este don para cantar –dijo Maude, intentando aparentar indiferencia, pero no lo consiguió.

–Puede que los Ruchet no sean tus padres de verdad, pero lo que sí es seguro es que son tus tutores legales, y no hay forma de que den su consentimiento. Además, Souville Records no hará nada sin su consentimiento. Tú, Maude Laurent, eres la única persona que les conoce lo suficiente como para saber qué quieren a cambio de su consentimiento. Yo no puedo hacer nada, solo tú.

Mientras él hablaba, Maude asentía con seriedad.

–Tienes razón, Sr. Baldwin. Soy la única que los conoce. Encontraré el modo de obtener su consentimiento. Confía en mí, lo haré –dijo Maude.



MAUDE SE REUNIÓ CON los Ruchet en el despacho del Sr. Ruchet.

Ella estaba de pie, mientras ellos estaban sentados, con los labios apretados, con un gesto serio y los brazos cruzados.

La Sra. Ruchet rompió el silencio.

–No te vas a Nueva York.

–¿Por qué? –preguntó Maude.

La Sra. Ruchet se quedó desconcertada ante la pregunta. Maude nunca había cuestionado abiertamente su autoridad.

–Sé que no me quieres. He vivido aquí toda mi vida y nunca me habéis tratado como si perteneciese a esta familia –continuó Maude con firmeza–. No pertenezco a la familia. Siempre me habéis dejado muy claro que solo soy una pobre huérfana a quien acogisteis sin desearlo. Siempre os habéis negado a decirme quiénes eran mis padres...

–¡Tus padres están muertos! ¡Muertos! ¿Me oyes? –gritó la Sra. Ruchet.

–Eso es lo que siempre me habéis contado. ¿Cómo sé que esa es la verdad si ni siquiera me decís sus nombres?

–¡Mocosa desagradecida! Te hemos dado un techo bajo el que vivir durante dieciséis años, te hemos alimentado, te hemos lavado...

–Y yo he cocinado y limpiado sin quejarme porque no tenía ningún sitio al que ir. Ahora, sí lo tengo. Y eso es lo que os molesta. No queréis que prospere, solo me queréis para que sea la niñera y criada más barata de toda Francia y continúe trabajando para vosotros. Aunque me retengáis ahora, me iré cuando cumpla los dieciocho.

–¿Seguirá el Sr. Baldwin esperando cuando tengas dieciocho años? ¿Crees que esperará dos años? –preguntó el Sr. Ruchet con malicia.

Maude se quedó en silencio. Era cierto que los Ruchet no querían que prosperase. El odio y el desprecio que sentían hacia ella bloqueaban su camino al éxito. Lo que querían era que Maude permaneciese, el mayor tiempo posible, pobre, sin un céntimo, dependiendo irremediabilmente de su caridad.

–No, no creo que me vaya a esperar –Maude respiró hondo.

Solo había una cosa más que podía hacer, un gran sacrificio.

–Por eso tengo una oferta que haceros y sé que no podréis rechazarla.



Capítulo 5



–Señoras y señores, acabamos de aterrizar en el Aeropuerto Internacional de John F. Kennedy. Esperamos que hayan disfrutado del vuelo. Toda la tripulación les desea una feliz estancia en la ciudad de Nueva York.

Maude miró entusiasmada por la ventanilla del avión. Había permanecido bastante tranquila durante todo el viaje, aunque había estado a punto de gritar al hombre que estaba sentado a su lado. Cada vez que se sacudía el avión, el hombre de mediana edad saltaba y chillaba con voz aguda, y lo estuvo haciendo durante las ocho horas que duraba el vuelo desde París hasta Nueva York. Todo había valido la pena, pensó felizmente. Además, si había pasado dieciséis años de su vida soportando los gritos de la Sra. Ruchet, sin duda podría soportar durante ocho horas la aerofobia de un pobre hombre. Bueno, más o menos.

Cuando se bajó del avión, Maude se preguntó que podría decir a los Sres. Baldwin. Había buscado algunas expresiones para saludar, pero ninguna le convencía del todo.

–Encantada de conocerlos, Sres. Baldwin –murmuró entre dientes–. No, no, esa no queda bien. Suena demasiado formal. No es que quiera parecer maleducada –Maude sacudió la cabeza–. Quizás algo como «¿Cómo están?», eso nos lo enseñó la profesora de inglés en el instituto, pero suena un poco engreído, como si me dirigiese a la reina de Inglaterra. Estoy en Nueva York, no en el Palacio de Buckingham.

Maude se detuvo.

A unos cuantos pasos de ella, un niño pequeño de unos diez u once años con abundantes rizos negros y sonrisa entusiasta agitaba un cartel con su nombre, algo torcido, escrito en él: «MAUD». Detrás del niño, estaban el Sr. Baldwin y su esposa Victoria, una mujer negra color ébano que llevaba su pelo afro recogido con un elegante pañuelo rojo, con rostro amable y una tierna sonrisa. Alguien más observador habría notado un atisbo de tristeza en su mirada, que quizás ni ella misma sabía que estaba ahí, un ligero velo que solo la muerte puede tejer en los corazones de las mejores almas. Pero Maude

no la estaba observando con detenimiento y, rápidamente, giró la vista hacia la persona que estaba al lado de Victoria.

A su lado estaba su hija mayor, quien visiblemente trataba de calmar a su emocionado hermano pequeño. Sus ojos marrones claros eran tranquilos y apacibles y sus manos delicadas. Su largo cabello recogido en un moño permitía apreciar fácilmente su belleza.

Junto a la tranquila joven, su hermana, que era muy diferente a ella, estiraba enérgicamente el cuello para distinguir a Maude entre la multitud. Su moderno corte de pelo le hacía parecer una glamurosa actriz de los años veinte. Daba la sensación de que era la típica chica que se sentía bien consigo misma sin la necesidad de gustar a los demás. Aunque iba vestida muy elegante, con un bonito abrigo marrón y botas de tacón, estaría igual de impresionante con unos simples vaqueros y una camiseta.

Había venido toda la familia. De repente, Maude notó como una ola de timidez se cernía sobre ella.

Sin embargo, ellos no aparentaban timidez alguna.

El Sr. Baldwin comenzó a caminar hacia ella y antes de que se diese cuenta, toda la familia estaba a su alrededor, hablando todos al mismo tiempo, preguntándole cómo había ido el vuelo, que qué había comido, que qué películas había visto y sin darle tiempo para que contestase.

–¡Maude, Maude! Soy Ben. Tú eres Maude, ¿verdad? –preguntó el niño agitando el cartel en la cara de Maude para asegurarse de que lo viese.

–Em, sí, esa soy yo. Creo –le contestó ella mirando el cartel–. Has olvidado la E del final –genial, pensó con sarcasmo, ese es un buen modo de saludar. Tendría que haberme quedado con el «Cómo estás».

–¿Qué tal están? –soltó de repente.

Todos se quedaron callados, para después romper en carcajadas.

–¡Oh, papá, tenías razón! –exclamó la chica alta y moderna con risa sincera–. Su acento es tan mono. Los chicos se volverán locos por ti en el colegio, Maude.

–Quieres decir que ¿todos los chicos no están ya locos por ti, Jazmine? –preguntó su hermana con tono de burla.

–Por favor, Cynthia –imploró su madre–. No alimentes el ego de tu hermana, si no Maude no será capaz de soportarla durante estos seis meses.

–Ni nosotros –susurró el niño a Maude.

La familia rompió de nuevo en carcajadas, incluida Jazmine, que le soltó a su hermano una leve colleja.

–Quizás deberíamos coger el equipaje y las cosas de Maude –dijo la Sra. Baldwin.

–No es mucho, solo tengo una maleta, y no pesa –dijo Maude.

–¿Cómo? –gritó Jazmine con incredulidad–. ¿Quieres decir que has volado desde tu país, Francia, el país de la moda, para quedarte seis meses aquí y solo traes una maleta?

–Vamos, Jaz. No todo el mundo lleva seis maletas llenas de ropa para un viaje de dos semanas a Hamptons, ¿sabes? –se burló Cynthia poniendo los ojos en blanco.

–Ni yo tampoco –dijo Jazmine sonriendo tímidamente–, eran cinco maletas para un viaje de diez días, querida Cynthia. Y deja que te recuerde que dos de esas maletas eran tuyas.

–Sí, pero estaban llenas de objetos necesarios para poder alcanzar la paz y la armonía de mi ser –contestó Cynthia.

–Si, si, si... El yin y el yang, el yoga y todo eso. Ya nos lo sabemos. Mis veinte conjuntos también eran para alcanzar la armonía de mi ser, ¿sabes?

–¿Qué puedo decir? Viajo con poco –explicó Maude encogiendo los hombros. Además, no podía contarles que la maleta estaba mayormente llena de partituras de piano. Tampoco tenía demasiadas cosas en Carvin, y la verdad es que no tenía ropa como para llenar cinco maletas.

–¡Anda, por fin, una chica con la que puedo hablar! –dijo el Sr. Baldwin suspirando aliviado.

–No cantes victoria, James –le advirtió su esposa–. La llevaremos de compras este fin de semana.

Su marido y su hijo soltaron un gemido que provenía de lo más profundo de sus corazones.

–Pero primero –añadió–, démosle un abrazo de bienvenida.

Y, como si fuese una señal, toda la familia abrazó a Maude y la apretó tan fuerte que apenas podía respirar.

Maude no estaba acostumbrada a que tanta gente le prestase atención, le incomodaba un poco incluso.

Durante el trayecto en taxi hasta Manhattan, la familia Baldwin hablaba por los codos, ansiosos por conocerlo todo sobre Maude. El Sr. Baldwin no había contado mucho acerca de ella, no quería que sus hijos conociesen la primera impresión que le causaron los Ruchet. Todo lo que sabían es que era una chica huérfana con un increíble talento musical.

Como todos los miembros de la familia Baldwin eran amantes de la música, estaban deseosos de conocer todo sobre la chica que su padre había descubierto en una cafetería de París.

–¿No es romántico? –suspiró Jazmine–. ¿Qué sin esperar lo un productor te descubra en París? Me encanta esa ciudad con toda mi alma, pero no podría vivir allí, Nueva York me gusta demasiado. Ya verás, Maude, te divertirás tanto aquí que no querrás jamás vivir en otro lugar del mundo.

–Papá dijo que tocaste una canción de Edith Piaf en Le Cavalier Bleu. Me encanta Edith Piaf –dijo Cynthia con los ojos brillantes–. Es unas de mis cantantes francesas favoritas.

–¿Conoces música francesa? –preguntó Maude sorprendida.

–¡Por supuesto! Mamá y papá siempre nos animan a escuchar todo tipo de música y de todas partes del mundo.

–Mis padres de acogida, los Ruchet, siempre dicen que los americanos no se preocupan por nadie excepto por ellos mismos, sobre todo en cuanto a música –dijo Maude.

Supongo que en eso también se equivocaban, pensó Maude.

–Papá dijo que conoces a todos los compositores de música clásica –preguntó Jazmine, apretándole el brazo con entusiasmo.

Maude asintió.

–Tendrás que hacer un dúo con Cynthia, es una gran violinista –Jazmine se inclinó a Maude acercándose un poco más y susurró–. Acaba de empezar su tercer año en Julliard y solo tiene dieciocho años. Se ha saltado como un millón de cursos.

–Te he oído, Jaz –dijo Cynthia.

–Vamos, Cynth. No entiendo por qué no te gusta que hablemos sobre ti. Es algo de lo que estar orgullosa.

–No me avergüenzo. Es pareces tan orgullosa cuando lo mencionas que...

–Perdona por estar orgullosa de mi hermana mayor. ¿Sabes que, Maude? Olvida lo que acabo de decirte. Cynthia es una violinista terrible. Cuando toca el violín los perros de todo el vecindario comienzan a ladrar...

–Y los gatos lloran –dijo alegremente Benjamin.

La familia rio.

–Olvidadlo –dijo Cynthia molesta–. Gracias a Dios que estamos llegando a casa.

Mientras la ciudad deslumbraba ante sus ojos, su belleza asombró a Maude.

Los elevados rascacielos parecían grandes árboles que se alzaban sobre la ciudad como una jungla salvaje. La ciudad estaba cargada de un ajetreo eléctrico y excitante, la gente caminaba en todas direcciones como si fuese un hormiguero gigante. Maude miraba mientras por la ventana, se sentía increíblemente pequeña, envuelta en una emoción silenciosa como si estuviera en un templo.

Sin embargo, Nueva York no era tan silenciosa como un templo griego. Estaba llena de vida, de intensas luces, colores, sombras, Maude pudo sentir como la energía fluía por sus venas. Su vida se mezcló con la vitalidad de la ciudad y su corazón latió al unísono con el sonido de la ciudad. Deseaba formar parte de lo que había visto, no solo verlo como una espectadora, sino adentrarse en el escenario y tener un papel en aquella ciudad llena de aventuras, en la que tantos cantantes habían actuado.

Esta era la segunda vez que visitaba una ciudad y no podía evitar suspirar por todo lo que se había perdido encerrada en un sótano de Carvin.

Jazmine la escuchó suspirar y le preguntó si pasaba algo.

–No pasa nada. Esta ciudad es impresionante. Me pregunto si alguna vez seré capaz de acostumbrarme.

–Por supuesto que lo harás –se reafirmó–. Probablemente te perderás un par de veces en el metro, pero te las arreglarás. Además, estaremos juntas en clase, y te presentaré como mi hermana pequeña, desde que tengo tres años siempre pedí a mis padres tener una por Navidad. En vez de eso, tengo un hermano, pero cuando le disfrazo, ni te darías cuenta de que es un niño.

–¿Hermana pequeña? Tiene dieciséis, como tú, Jaz –señaló Ben, moviendo la cabeza.

–Sí, pero ella nació el siete de septiembre y yo nací en agosto. De modo que eso la convierte *de facto* en mi hermana pequeña –contestó Jazmine.

Maude sonrió ante la divertida idea de ser la hermana de una completa desconocida.

–No sonrías, Maude –le advirtió Ben–. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo. La edad es muy importante en esta familia. Sé bastante sobre eso. Yo no abro el pico con estas dos.

–Sí, y también podrás coger el equipaje de tu nueva hermana mayor. Lo bueno es que no pesa demasiado –añadió Cynthia.

Antes de que Maude pudiese protestar, Ben replicó:

–No me importa hacerlo por mi tercera nueva hermana mayor, estoy seguro de que ella será la más agradable de las tres.

Y mientras mantenían esta animada charla acerca de la edad y los derechos civiles de un hermano pequeño, el taxi llegó a Tribeca, donde vivía la familia Baldwin.

La casa de piedra rojiza estaba llena de luz. El amplio salón diseñado con un discreto y tranquilo estilo japonés era sofisticado y acogedor. Los tonos beige ensalzaban una atmósfera calmada y hogareña.

–Bienvenida a casa –dijo calurosamente Victoria–. Primero, tienes que instalarte. Recuerda que empiezas el instituto en dos días.

Maude simplemente asintió.

–En cuanto a la distribución de tu habitación, te propongo dos cosas. Puedes compartir la habitación de Cynthia y Jazmine que es lo suficientemente grande para las tres...

–Sí, ¿no resulta patético que dos chicas mayores no sean capaces de estar en habitaciones separadas? –preguntó Ben con sarcasmo.

–Yo lo intenté –susurró Cynthia–. Jazmine no pudo, así que nos quedamos juntas, aunque me negué a dormir en literas.

–Tenía nueve años, Cynth. Ya he superado lo de las literas, muchísimas gracias.

–...O podrías tener tu propia habitación –concluyó Victoria.

Maude no estaba acostumbrada a compartir su habitación con nadie y se sentiría incómoda metiéndose en la relación de las dos hermanas, así que decidió estar sola. Jazmine ocultó su enfado.

–¿Ves, Jaz? –dijo su hermano–. Ya has espantado a Maude con tanta charla.

Maude siguió a Victoria hasta su nueva habitación en la planta superior. Cuando entró en la habitación los ojos de Maude se abrieron como platos.

La habitación era enorme. Y no estaba llena de televisores estropeados, pensó Maude feliz. No podía creer que iba a tener una habitación con una cama gigante para ella. Esperó a que Victoria se marchase para saltar sobre la cama. ¡Era mullida! Un colchón de verdad con sábanas y colcha. Una alfombra blanca cubría el suelo, y Maude bailó descalza disfrutando de su calidez. No tenía nada que ver con el frío suelo del sótano. Maude no tenía que comprobarlo, estaba segura de que no habría ratas visitándole por las noches.

Lo mejor de todo era que, en la esquina de la izquierda, había un piano vertical de la marca Yamaha con una preciosa silla negra. «Para que practiques», le dijo Victoria antes de marcharse.

Un piano para ella sola.

Maude rozó sus teclas, sin apenas atreverse a tocarlo, con miedo de que desapareciera ante sus ojos. Acarició aquel instrumento blanco y pulido mientras tarareaba suavemente la melodía de «La Vie en Rose».

Pensó en los próximos días. En dos días, tendría una reunión con Soulville Records y conocería a los socios del Sr. Baldwin, el Sr. Brighton y el Sr. Lewis y el equipo con el que ella iba a trabajar. Asistiría al primer día de clases y después asistiría a su primera clase de canto con la Sra. Tragent, la famosa cantante de ópera que admiraba profundamente.

Se echó en la cama y suspiró profundamente, estaba llena de felicidad.

La vida era maravillosa.



EL LUNES POR LA MAÑANA, Maude descubrió los placeres de coger el metro de Nueva York a hora punta.

Apretujada entre dos pasajeros de aspecto enfadado en un tren lleno de luces parpadeantes, Maude pensó que aquella mañana no tendría que haber comprado el café y lo agarró con fuerza, intentando evitar que se le derramase en su ropa nueva de marca.

Maude y las chicas Baldwin habían ido el sábado de compras, y la joven no pudo evitar sentirse eufórica, con la sensación de haberse convertido en alguien totalmente diferente con la nueva ropa que Victoria había insistido en comprarle. Con los Ruchet, nunca había tenido ropa propia, solo llevaba lo que la Sra. Ruchet le daba de la tienda de segunda mano. Ahora tenía un abrigo blanco de manga francesa nuevo, guantes negros y bufanda, y unas botas de piel preciosas que Jazmine y Cynthia insistieron en que se comprase.

Mientras recordaba con cariño su primer fin de semana en Nueva York, el tren se paró con brusquedad y las luces parpadeantes finalmente se apagaron con un fuerte zumbido.

*–Señoras y señores, lamentamos comunicarles que, debido a problemas técnicos, el tren tendrá que permanecer parado durante al menos diez minutos –*dijo el conductor por el megáfono.

Todos los pasajeros del tren gruñeron.

Maude estaba tranquila. Diez minutos no eran nada, pensó. Había salido especialmente temprano para asegurarse de que llegaba antes, por lo que tenía tiempo de sobra. Diez minutos no eran nada.

Lo que no sabía, pero pronto descubriría, era que diez minutos de avería en un metro de Nueva York nunca eran diez minutos. Quince minutos después,

el hombre que la había apretujado durante todo el trayecto, parecía suspirar por centésima vez.

–Mire, señora –dijo dirigiéndose a una anciana que se encontraba detrás de él con un gran abrigo de piel y que sostenía un caniche–, ha estado usted empujándome durante la última media hora. ¿Cree que podría moverse un poco? ¡Está acaparando todo el espacio!

–Joven –respondió la anciana con tono altivo, acercándose más el caniche–, no puedo casi ni moverme. Estamos todos apretujados. Y lo de acaparar espacio, usted es el que claramente necesita perder algo de peso. Estoy segura de que le sentaría bien tanto a usted como a mi Lady Di.

–¡Eso! –gritó una adolescente mientras masticaba un chicle de color rosa, que, aunque escuchaba música con los cascos puestos, podía escuchar todo lo que estaba pasando a su alrededor–. Tampoco ha sido muy inteligente traer un caniche al metro. Nos está quitando el poco oxígeno que hay en el vagón. A propósito, ¿cómo se le ocurre llamar a su caniche Lady Di?

–Quizás podrías quitarte los cascos antes de hablar, jovencita. ¿No te escuchas gritar? Estos jóvenes de hoy en día no tienen educación –dijo la señora del caniche visiblemente disgustada.

–Apagaré el iPod cuando usted se deshaga de esa cosa fea y arrugada. ¡Y no hablo solo del caniche! –la chica gritó tan fuerte que casi se le cae el chicle de la boca.

Maude se sentía cada vez más incómoda con la situación. ¿Cómo podía haberse convertido un parón de diez minutos en un alboroto que duraba ya media hora? Si al menos tuviese más espacio para respirar. Trató de mirar hacia arriba, pero su mirada se encontró con las axilas sudadas y pestilentes del señor de al lado, su abundante transpiración había empapado su abrigo.

Así es como tiene que ser el infierno, pensó.

–¡Dejad de gritar ahora mismo! ¿Creéis que vais solos o qué? –gritó alguien del otro vagón.

–¡Ja! Solos. Esa es una sensación que desearía tener. No debería haber cogido este horroroso metro jamás. Yo solo quería saber lo que se sentía cogiendo el metro, lo que es estar entre la gente corriente–dijo la señora que sujetaba a Lady Di.

–¿Gente corriente? –gritó el hombre apretándose contra Maude.

–Disculpe, me he equivocado. Algunos no son tan normales –replicó la señora con tono cortante, mirando al hombre de arriba abajo.

Y así es como estalló una pequeña revolución dentro de una línea de metro, el hombre enfurecido con la «reina engreída del Upper East Side», lo que él llamaba «un grupo de explotadores ricos y privilegiados que se aprovechaban de la miseria de la clase trabajadora». Mientras que ella lo llamaba «un cazurro, obeso, vago y sudoroso, que solo servía para alimentar vacas y comer hamburguesas», o lo que ella llamaba «restaurantes de baja categoría y comida rápida».

Cuarenta y cinco minutos después, cuando el tren llegó por fin a Times Square, Maude se apresuró por aquellos larguísimos pasillos llenos de gente, mientras sostenía su vaso de café, que se había quedado casi sin líquido. Aún tenía diez minutos para llegar a tiempo a la Torre de Souville.

De pronto, un chico joven apareció de la nada e intentó pasar corriendo junto a Maude, tropezó bruscamente con ella, y la mitad del café se derramó sobre su maravilloso abrigo blanco.

—No, no, no... —gimoteó Maude.

El joven se detuvo en seco y la miró irritado. Se dirigió a ella de mala gana, con las manos en su gabardina beige y su rostro parcialmente oculto por el cuello vuelto. Era alto, con cabello rubio oscuro y ondulado que le caía hasta sus anchos hombros. Sus penetrantes ojos grises estaban cegados por un evidente enfado ante el percance, mientras caminaba hacia ella con paso apresurado y resuelto. No quería perder el tiempo con otro numerito de ese tipo. Dios sabe que ya había tenido suficientes de esos en su corta vida.

Maude estaba furiosa y al mismo tiempo aterrada. ¡No podía asistir a la reunión con esas pintas! ¿Qué impresión iba a dar? Y al imbécil que había tropezado con ella no le importaba lo más mínimo. Parecía incluso molesto, lo que la enfureció aún más.

Es bastante común que cuando los extranjeros se enfadan, lo muestren utilizando su lengua materna, y la pobre Maude que no conocía tantas palabras en inglés, empezó a expresar su enfado en la lengua en la que sabía hacerlo.

—*Oh, mais qu'est-ce que tu peux être bête! Tu te rends compte de ce que tu viens de faire, espèce d'idiot! Comment est-ce que je vais aller à ma réunion maintenant? On venait de m'acheter ce manteau, bon sang! Quoi! En plus, tu te marres! (¿Cómo puedes ser tan estúpido? ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? ¿Cómo se supone que voy a ir ahora a la reunión? ¡Acabo de comprarme el abrigo! ¡Y encima te ríes! ¡Qué descarado!)*—le gritó.

El joven no pudo evitar reírse, sus ojos grises rebosaban diversión mirando a esa chica mona y excéntrica con el abrigo blanco manchado,

regañándole en un idioma extranjero y enfadándose cada vez más al verlo a él reírse cada vez más fuerte.

Maude no se lo podía creer. Estos neoyorkinos eran increíbles, pensó.

Acababa de pasar cuarenta y cinco minutos en el trayecto más surrealista del metro y ahora tenía que lidiar con esto. Miró al chico enfadada, y antes de que se diese cuenta, le había tirado lo que le quedaba de café.

Su rostro quedó congelado en medio de la risa.

Maude sonrió, contenta al ver la expresión de asombro de su cara y, cuando ya se había divertido lo suficiente, levantó la cabeza con orgullo y se alejó antes de que el chico pudiese pronunciar una sola palabra.

Se apresuró para salir de la estación, intentando pensar lo más rápido posible. No podía entrar en esa habitación con un abrigo con el que parecía que se había tirado al barro. A medida que se acercaba el edificio, decidió quitarse el abrigo. El frío le azotó con fuerza y ella se estremeció, esperando no resfriarse. Había un poco de café en su blusa beige, pero podía cubrirlo con la bufanda.

Tomó aire y entró en el enorme edificio, se subió en el ascensor, mientras el corazón le latía con fuerza. Llegaría a tiempo, a no ser que el ascensor se estropease. Nada de eso ocurrió, afortunadamente para Maude porque hubiera perdido los nervios, y consiguió llegar al piso 14. Apenas tuvo tiempo de contemplar el amplio vestíbulo, pero se sorprendió al ver que en el centro reinaba majestuosamente un piano de cola antiguo de la marca Steinway Concert.

Apartó la mirada del enigmático instrumento a regañadientes y se apresuró a entrar en la sala de conferencias, donde varias personas hablaban en una mesa grande con forma ovalada. Al final de la mesa, James Baldwin charlaba con un señor aparentemente amable de pelo castaño y con un señor calvo con un caro traje gris, que mostraba una mueca de disconformidad mientras escuchaba.

Cuando James vio a Maude, le dedicó una amplia sonrisa, se aclaró la voz y dijo:

–Atención todo el mundo, acercaos a la mesa. Estamos todos aquí, excepto Matt. Nos llamó para decir que llegaría algo más tarde, pero que podíamos empezar sin él. Para los que no la conocáis, esta chica es Maude Laurent, la joven francesa con talento con la que todos trabajaremos para producir su primer álbum.

Maude creyó ver que la mueca de aquel hombre calvo se había acentuado cuando James Baldwin la presentó y le hizo sentirse un poco incómoda.

–Su bagaje musical ha sido la música clásica y creo que esto enriquecerá enormemente su música cuando aprenda más sobre otros estilos musicales más modernos. Por eso trabajarás con Matt, Maude. Es un joven cantante y compositor que sabe todo lo que hay que saber sobre música –continuó diciendo James con brillo en los ojos–. Una versión de mi yo de dieciocho años, al menos en cuanto a música se refiere. Te ayudará a componer aquí, cada sábado por la mañana y estoy seguro de que os llevaréis genial. Comenzaremos a grabar en un par de meses con los músicos y técnicos de sonido presentes, aunque podríamos añadir algunos de acuerdo con el estilo que mejor se adapte a ti. Estamos todos juntos en esto y creo que esta será una experiencia maravillosa.

La gente que estaba en la sala aplaudió, excepto el pequeño hombre calvo, que levantó la mano ordenando que cesasen los aplausos.

–Excelente, James –dijo sonriendo–. Sin embargo, creo que en tu presentación has olvidado un par de cosas. Primero, no me has presentado. Soy Alan Lewis, el socio de James, y un importante accionista de esta empresa. Quiero que entiendas que este es un negocio serio. Habíamos considerado previamente firmar con otro joven cantante antes de que James te encontrase. James nos convenció para firmar contigo –James parecía molesto durante su intervención, pero se mantuvo en silencio.

Maude miró a Alan Lewis y dijo con calma.

–Comprendo lo que quiere decirme y espero poder demostrarle que me comprometo al cien por cien.

–Esperaba oírte decir que estás a un ciento diez –contestó él secamente.

Maude deseó poder borrar aquella mueca de la cara, ya que, por alguna razón, le recordaba a la cara de la Sra. Ruchet, pero no dijo nada.

–¿Por qué no nos enseñas un poco lo que sabes hacer? –dijo cruzándose de brazos.

Frunciendo el ceño, Maude miró hacia el oscuro piano Yamaha que se encontraba en la habitación. No le gustaba su tono, ni la forma en la que le pidió que tocara, como si se tratase de un tocadiscos que suena cuando se lo pides. No se sentía para nada intimidada por él. Le iba a enseñar lo que sabía, como él le había dicho. No era más que la versión masculina, más delgada y pequeña, de la Sra. Ruchet. Maude levantó la cabeza con orgullo y caminó hacia el piano, sabiendo exactamente qué iba a tocar.

En Carvin, cuando la Sra. Ruchet era particularmente estricta con ella, Maude tocaba «La Tempestad» de Beethoven, porque se ajustaba perfectamente a su atormentado estado de ánimo. Cuando tocaba esta pieza, se imaginaba a sí misma en un barco completamente sola, sumida en la desesperación, en mitad del mar embravecido y enfadado, sin nadie que la ayudase, las olas rompiendo alrededor del barco y el cielo completamente oscuro.

Sus dedos se deslizaron por el piano, las notas bajas sonaron como truenos retumbando bajo sus dedos. Pudo ver las olas destrozar intencionalmente el barco en pedazos, la madera, los mástiles, cuerdas que caían a su alrededor y el bote, hasta desintegrarse en la nada en una atmósfera apocalíptica. El fuerte rugido del océano cubría sus súplicas, disfrutando de la desgracia que sufría su pobre alma. La agusal se mezclaba con sus lágrimas. El barco se sacudía de un lado a otro. El viento ululaba tan fuerte que taladraba sus oídos.

Maude volcó toda su ira en «La Tempestad». Había tenido una mañana horrible, un imbécil risueño le había manchado el abrigo y ni siquiera había tenido la decencia de disculparse. Pensó en toda la situación, su corazón latió con fuerza al acordarse de la cara alegre del joven que le recordaba a Luc, un chico de su clase en Carvin que siempre se burlaba de su ropa mientras se reía a carcajadas de sus gastados zapatos, sus vaqueros rotos y sus camisas desteñidas. En su mente, la cara de Luc se fundió con la cara del chico del metro, para finalmente acabar siendo la mueca del Sr. Lewis. Ya ni siquiera veía la habitación en la que estaba, ni tan siquiera a la gente que la rodeaba. Apenas sentía el piano mientras sus dedos bailaban sobre sus teclas que sonaban con una aterradora belleza.

Sin embargo, poco a poco, a mitad del *allegretto*, prevaleció la esperanza, la luz brilló entre las amenazantes nubes mientras tocaba las notas agudas de la sonata.

Pero, el momento de paz en la tempestad no había sido más que un señuelo. No era real. La tormenta volvió mucho más desafiante, regocijándose alegremente por la falsa esperanza que había creado en aquel solitario mortal, apoderándose de ella, arrastrándola en un abismo gigante. Su frágil cuerpo mortal desaparecía de la faz de la tierra.

Así fue el final de «La Tempestad», la tormenta se había calmado, satisfecha con la inmensa destrucción que había provocado.

James Baldwin estaba totalmente impresionado, sabía que tenía talento, pero era mucho más de lo que imaginaba. Vio que Maude fruncía el ceño con

determinación y que en silencio su rostro le enviaba un mensaje. James, con orgullo paternal, le dirigió una sonrisa y después miró a Alan. Aquella mueca había desaparecido y había comprendido perfectamente el mensaje que le enviaba Maude.

Travis Brighton, viejo amigo y socio de James, le sonrió levantando los pulgares.

Maude terminó, se quedó sentada y colocó sus manos sobre las rodillas con elegancia.

Alan Lewis se aclaró la garganta.

–Es un buen comienzo, pero aún tienes que trabajar mucho –declaró, con mirada seria. Miró hacia la puerta y vio que había alguien más, que había llegado mientras Maude estaba tocando.

Alan sonrió.

–¡Mirad quién acaba de llegar, Matt! ¿Dónde has estado, muchacho? Hemos estado esperándote.

Maude se dio la vuelta y se quedó sin aliento al reconocer al chico del metro, apoyado en el marco de la puerta.

Matt se divertía mientras observaba en silencio el asombro de Maude. Ella, con soberbia, dejó de mirarle, enfadada consigo misma por mostrar su reacción.

–¿Qué le ha pasado a tu chaqueta, chico? –preguntó el Sr. Lewis, mientras observaba su chaqueta manchada–. Déjame adivinar. ¿Has sacado de quicio a otra de tus novias? –bromeó exhibiendo sus grandes dientes blancos con una amplia sonrisa ridícula y dando golpecitos a Matt con el codo como si fuesen grandes amigos.

–Sí –contestó Matt con calma y mirando directamente a Maude–. Esta estaba realmente furiosa. Gritaba como una loca. Estoy seguro de que la habrán escuchado hasta en Francia.

Maude estuvo a punto de resoplar con desprecio, pero se mantuvo en silencio.

–Y conociéndote, estoy seguro de que tenía un buen motivo para hacerlo –dijo James Baldwin levantando las cejas.

Maude sonrió, dándole las gracias en silencio.

–Maude –le llamó–. Ven a conocer a Matt. Él es el compositor del que te he estado hablando. Es francés como tú, pero ha estado viviendo en Nueva York durante mucho tiempo. Me pregunto si habrá perdido sus refinados modales europeos, si es que alguna vez los tuvo.

Maude apenas podía disimular su sorpresa. ¡Era francés! Eso quería decir que había entendido cada palabra que había soltado enfadada en el metro y se había reído de ella.

Aquella misma ira recorrió de nuevo a la joven cuando saludó a Matt, cuya mirada divertida se encontró con la mirada sombría de Maude.

A Matt le intimidó su mirada, ya que estaba más acostumbrado a que las chicas le hiciesen ojitos que a que lo mirasen de esa forma tan desafiante.

James Baldwin, que siempre había tenido ese sentido para la música y rara vez lo tenía para percibir las señales del comportamiento humano, hablaba animadamente de los proyectos que tenía en mente.

Cuando terminó, dijo:

–¿Queréis que vayamos todos juntos a desayunar?

–Lo siento, Sr. Baldwin, pero tengo que ir a clase –le recordó Maude.

–Oh, cierto. El instituto, tienes razón. Ve, Victoria me mataría si llegas tarde a tu primer día de clase. En Franklin High no se tolera la impuntualidad –le explicó mientras seguía al resto de la gente hacia el ascensor.

Maude se quedó atrás, y creyendo que estaba sola se quedó observando el piano Yamaha. No había tocado muchos pianos en su vida, pero cada uno era diferente. Las teclas de este tenían luz y daba la sensación de que era agua lo que había bajo sus manos.

–¿Un instrumento maravilloso no crees? –Matt la observaba desde el otro extremo de la habitación.

Maude se dio la vuelta. Se sorprendió al ver que aún estaba allí y se preguntaba cuánto tiempo había estado allí observándola sin que se diese cuenta.

–Para mí, un piano es como un amigo –le explicó ella con calma, escogiendo las palabras—. Estamos sincronizados. Nunca me traiciona o se burla de mí. No puedo decir lo mismo de los seres humanos.

Maude iba a recoger su abrigo y a dirigirse a la puerta.

Maude divertía y desconcertaba al mismo tiempo a Matt. Al ser un artista conocido, estaba acostumbrado a que la gente hiciese todo lo posible para agradarle. La gente como el Sr. Lewis lo había acompañado desde que firmó con Glitter Records. Incluso ahora que había tomado un descanso en su carrera como cantante para centrarse en componer canciones, la fama que le habían dado sus álbumes anteriores aún le seguía y abría todas las puertas por él incluso antes de que llamase. No podía quejarse.

Sin embargo, Maude era diferente y Matt lo había sentido al instante, aunque no sabía cómo actuar ante una chica como ella.

–Mira –le dijo Matt bloqueando la salida–, los dos nos hemos portado como idiotas esta mañana. Los lunes por la mañana en Nueva York son siempre una locura. No me caes mal. Tienes un talento increíble. No suelo reconocer esto normalmente. ¿Por qué no nos olvidamos de esto e intentamos ser amigos?

Le tendió la mano esperando a que ella le tendiese la suya. Maude le miró a los ojos y se dio cuenta de lo increíblemente grises que eran y le devolvió el apretón. Entonces, recordó como esos mismos ojos grises habían brillado cuando se reía mientras ella le gritaba furiosamente en un idioma que él entendía perfectamente, sin siquiera molestarse en ayudarla. Era simplemente otra de las muchas estrellas famosas consentidas e insoportables, acostumbradas a hacer las cosas a su manera. ¡Y aún no se había disculpado! Se había limitado a justificarse diciendo «los lunes en Nueva York son una locura como tú». ¡Eso no era una disculpa! No era mejor que sus antiguos compañeros de clase que disfrutaban burlándose de ella. Maude ya no estaba en Carvin y se negaba a seguir siendo el hazmerreír.

Maude apartó su mano rápidamente, levantó la cabeza un poco más y con mirada fría, dijo:

–Vamos a trabajar juntos, pero no tenemos por qué ser amigos.

Después de decir eso, pasó con orgullo junto a Matt y se dirigió al ascensor.



MAUDE SE PREGUNTABA si había aterrizado en otro planeta.

En clase de inglés se sentaba al lado de Jazmine, que se había pasado la última media hora escribiendo furiosa y enviando notas a sus amigos.

Maude estaba perpleja. No había entendido ni una sola palabra de lo que había dicho la profesora desde que comenzó diciendo:

–Buenos días, clase. Coged vuestras fotocopias de «Jane Eyre».

A partir de ahí, todo le resultó complicado. La profesora hablaba tan rápido que era imposible comprender una sola palabra de lo que decía. Afortunadamente, Maude había leído antes «Jane Eyre» de Charlotte Brontë y, de hecho, era uno de sus libros favoritos. Si quería entender el análisis del libro que había hecho la profesora, Maude tendría que confiar en los apuntes de Jazmine.

Sintió verdadero alivio cuando sonó la sirena del instituto.

–Bueno, ¿qué te ha parecido la primera clase? –le preguntó Jazmine cuando salían de la clase.

–Habría estado genial si hubiese entendido algo de lo que ha dicho la profesora.

–No tardarás mucho en adaptarte –le aseguró Jazmine–. Mientras tanto, puedo dejarte mis apuntes para que puedas seguir las clases, aunque debo confesarte que andaba algo distraída.

–¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Jazmine estaba buscando a alguien en los abarrotados pasillos y no contestó a su pregunta.

–Ahí están. Déjame que te presente a mis amigos.

Un grupito de chicos estaba parado cerca de las taquillas: un deportista de pelo castaño y vestido con uniforme de fútbol, una chica rubia con ropa de animadora y una chica pelirroja se apoyaban en las taquillas hablando animadamente. A medida que se iban acercando, Maude se dio cuenta de que el chico miraba fijamente a Jazmine con absoluta admiración. A Maude no le extrañó, ella siempre estaba deslumbrante, aunque fuese vestida con una simple sudadera blanca y pantalones negros.

–Chicos, esta es Maude Laurent, la música de la que os he hablado. Maude, estos son Brad, Lily y Stacey.

La saludaron amablemente, Brad se volvió hacia Jazmine y dijo:

–Oye tu concierto del viernes pasado estuvo genial.

–Me alegra que te haya gustado, será la última vez que toquemos en un tiempo porque, de momento, no tenemos guitarrista y lo necesitamos para completar Screaming Angels, también conocido como el mejor grupo de la historia, ¿verdad chicas? –dijo Jazmine dirigiendo una brillante sonrisa hacia Stacy y Lily.

–Somos un grupo genial –dijo Stacy, colocando su pelirrojo cabello tras su hombro–. Con Stephen como guitarrista seríamos mucho mejores –añadió.

–Y cómo te escribí en la clase de inglés, elegiremos al nuevo guitarrista democráticamente. Deberíamos hacer pruebas para conocer a la persona que complete nuestro perfecto grupo. Tu primo también tendrá que hacer la prueba.

–Creo que Jaz tiene razón –dijo Lily–. Aunque creo que tu primo está buenísimo, es mejor hacer pruebas. Además, no queremos que Jazmine le parta el corazón a tu primo y deje el grupo como le pasó a Joe.

–¿Le rompiste el corazón a otro guitarrista? –preguntó Maude, riéndose.

–No tiene gracia, Maude. Me recuerdas a Cynthia mirándome así. No le rompí el corazón a nadie. Joe y yo tonteamos un poco, pero no le dije que le quería ni nada, y él ya se estaba imaginando que nos íbamos a casar e íbamos a tener hijos.

–Entonces mejor que se haya ido –gruñó Brad, frunciendo un poco el ceño. Jazmine fingió no haberse enterado y dijo:

–Deberíamos ir a comer, ¿no?

–¿Dónde está la cantina? –preguntó Maude.

Las adolescentes la miraron desconcertadas y empezaron a reír.

–¿Qué? –dijo Maude tímidamente

–Querías decir cafetería, ¿verdad? –preguntó Stacey entre risas.

–Cantina en inglés no significa lo mismo que en francés. En inglés cantina es la cafetería de un campo militar. El instituto fomenta la disciplina y todo eso, pero tampoco es un campo de entrenamiento. Al menos de momento –dijo Jazmine riéndose.

–Vamos, no pongas esa cara –puso el brazo sobre los hombros de Maude cariñosamente–. A veces cometes errores, pero clavas el acento. No te preocupes.

–¿Qué quieres decir con que cometo errores? –preguntó Maude, levantando una ceja.

–No hablemos de eso ahora. Me muero de hambre. Vamos a la cantina –bromeó Jazmine mientras caminaba.

–En serio, Jazmine, quiero saberlo –insistió Maude.

–Oh, espera, he olvidado coger mi libro de ciencias –dijo Jazmine ignorando la pregunta.

–Iré contigo, también olvidé el mío. Nos veremos en la cafetería en diez minutos –gritó Maude mientras ella y Jazmine corrían de nuevo hacia las taquillas.

–¿Qué otras cosas he dicho mal? Me lo tienes que decir, Jazmine, sino seguiré diciéndolas mal.

–Aparte de llamarme Jazmine en vez de Jaz, como hacen mis amigos, también dijiste en el aeropuerto «¿Qué tal están?», pero eso fue... –Jazmine se detuvo.

–¿Qué pasa?

–Oh, no. Lindsey viene hacia aquí.

–¿Lindsey?

–Lindsey Linton.

–Tu padre habló sobre ella. Es una estrella del pop, ¿verdad? ¿Aún va al instituto?

–Sí y desearía que no lo hiciese. Quiere que sus fans piensen que es una adolescente «normal».

Lindsey Linton caminaba hacia ellas, su larguísima cola de caballo se balanceaba enérgicamente tras ella, sus tacones resonaban por los desiertos pasillos y colocaba sus manos perfectamente cuidadas en sus oscilantes caderas.

–Así que esta es tu nueva amiga, Maude Laurent, ¿no es así, Jazmine? – preguntó Lindsey mirándola de arriba abajo mientras caminaba.

–Sí, es Maude Laurent, y ya nos íbamos, no tenemos tiempo para hablar contigo Lindsey –dijo Jazmine cerrando la puerta de su taquilla.

Lindsey se giró hacia Maude y le dijo con dulzura:

–Supongo que te veré en la clase de la Sra. Tragent esta tarde, ya que el padre de Jazmine ha conseguido que formes parte de su clase. La Sra. Tragent solo acepta a los mejores, pero al ver que tú eres el caso caritativo de James Baldwin, no pudo negarse ante una pobrecita huérfana francesa, ¿verdad?

El rostro de Maude ardía de la furia:

–¿Sabes una cosa? Nadie conoce a Lindsey Linton en Francia. De modo que imagino que a la Sra. Tragent le debe encantar la caridad si permite que asista a su clase una chica lamentable y superficial como tú –replicó Maude.

La falsa sonrisa de Lindsay flaqueó, los ojos parecieron salirse de sus órbitas y a Jazmine se le escapó una risita.

–Soy una de sus estudiantes más famosas y con más talento. Ya lo verás esta noche.

–Imagino que sí –respondió Maude con frialdad–. Me muero de ganas de verlo –cerró la puerta de su taquilla y se marchó, Jazmine, aún entre risas, la siguió.

–¿Has visto su cara, Maude? Yo no habría podido habérselo dicho mejor. Esa chica es tan egocéntrica...

–Lo bueno es que no dije cantina ni nada de eso delante de ella, ¿verdad? –dijo Maude sonriendo, su ira iba disminuyendo poco a poco.

–Cierto.

–Menos mal que tampoco la insulté en francés.

–Sí, un momento. ¿Por qué? ¿Cambias al francés cuando estás enfadada?

Maude suspiró profundamente, no quería hablar en ese momento de la historia del café.

–Cuéntame, ¿qué hay entre tú y el guapo de Brad, el aleta? –le preguntó intentando cambiar de tema.

–Querrás decir el atleta, ¿no? Respondiendo a tu pregunta, no hay nada entre nosotros. Hemos sido amigos durante bastante tiempo, pero él quiere que seamos algo más y yo no.

–Es evidente que está loco por ti –Maude la observó mientras pensaba en que aleta y atleta sonaban tan parecidas que no estaba bien que significasen cosas distintas.

–Es demasiado... –dudó Jazmine–. Demasiado deportista. Solo le interesa el fútbol y no sabe nada de música. No es mala persona, es solo que no es mi tipo.

–De modo que, Joe, el chico malo y guitarrista de gran corazón no era tu tipo, Brad no es tu tipo, ¿quién es tu tipo?

–No lo sé. Lo único que sé es que tiene que ser tan guapo como Brad, tan culto como Joe y tan rico como Lindsey. De todos modos, no estoy preparada para algo serio. Por ahora solo quiero divertirme. Hablando de diversión...

Maude siguió la mirada de Jazmine y su risa retumbó por los desiertos pasillos.

Un chico alto, pálido, de cabello oscuro y delgado se dirigía hacia ellas sujetando una pila de libros que se tambaleaba peligrosamente de un lado a otro. Sus grandes gafas redondas cayeron sobre su nariz, y se encontró con un dilema de difícil solución: ceder ante la irresistible necesidad de volver a colocarse las gafas en su sitio o seguir sujetando la frágil pila de libros.

–Ese es Jonathan –le explicó Jazmine con una cariñosa sonrisa, mientras observaba la escena desde la distancia–. El pardillo y payaso oficial de Franklin High.

Las dos chicas rieron y se dirigieron a la cafetería.



LA SRA. TRAGENT, QUE estaba sentada tras un imponente piano blanco de la marca Bösendorfer, miró a Maude por encima de sus gafas marrones y cuadradas. Su largo cabello blanco estaba sujeto por un moño alto, y su rostro marcado por los años era frío como el de una estatua, pero increíblemente hermoso. Vestía una larga falda roja, como las de las bailarinas de salsa, y sus manos estaban llenas de joyas de colores brillantes. Su mirada azul y severa atravesó a Maude, tratando de determinar de qué estaba hecha aquella niña. Maude, acostumbrada a las miradas desafiantes de la Sra. Ruchet, le devolvió

la mirada, esperando impaciente que su nueva profesora terminase de inspeccionarla.

Se contuvo para no abalanzarse sobre su ídolo y hablarle sobre sus actuaciones más importantes, como las de la Ópera Metropolitana, la Ópera de Garnier y, por supuesto, la Scala en Milán.

La Sra. Tragent saludó a Maude con la mano sin decir nada. Maude caminó hacia el otro extremo del escenario, cerca de los otros cinco estudiantes, consciente de que Lindsey la estaba mirando todo el tiempo.

–Alumnos, tengo que algo que anunciar. Sé que habrán escuchado rumores sobre un musical que yo misma dirigiré.

La Sra. Tragent se detuvo y observó a sus alumnos, quienes susurraban emocionados.

–Esos rumores son falsos –dijo tajante.

El escenario volvió a quedarse en silencio.

–Yo nunca haría un musical –sentenció, como si la palabra «musical» fuese una abominación.

–Soy una cantante francesa de ópera, no una bailarina de cancan francés. Vine a Estados Unidos para formar a jóvenes cantantes y enseñarles que una educación en música clásica es fundamental y, además, es la mejor forma de controlar la voz y la respiración, aunque quieran ser una estrella del pop –dijo mirando directamente a Lindsey, que parecía incómoda ante su mirada.

Maude sonrió, disfrutando de lo avergonzada que estaba Lindsey.

–Por ese motivo, este año dirigiré una ópera. Será un espectáculo de un solo día y tendrá lugar en el Teatro Morningside. Todos los beneficios se donarán a la caridad. Si sus voces son lo suficientemente fuertes para llevar a cabo una actuación entera de ópera, no tendrán problema para actuar en conciertos durante las futuras carreras en el pop a las que aspiran.

Los estudiantes comenzaron a murmurar de nuevo.

La Sra. Tragent movió la mano frenando el murmullo.

–Aunque sean mis alumnos, se realizará un casting abierto a todo el mundo para todos los papeles de esta ópera. Dirigiré una versión actual de La Cenicienta de Rossini.

La Sra. Tragent miró a sus estudiantes.

–Estoy segura de que ninguno de ustedes conoce esta ópera, ¿verdad?

Un largo silencio demostró que estaba en lo cierto. Bueno, casi. Maude había escuchado esta ópera cientos de veces en la biblioteca. Rossini era uno

de sus compositores favoritos y sus divertidas y exuberantes óperas le transmitían algo que ningún otro compositor le hacía sentir.

–¿Cuánto tiempo llevan asistiendo a mis clases? En el caso de alguno de ustedes, años y ¿aún no saben la historia de *La Cenicienta*? ¿Acaso solo les interesan las clases de música y no la historia de la música? Eso no es importante, ¿verdad?

La Sra. Tragent suspiró.

–*La Cenicienta* es una de las óperas en dos actos más famosas de Rossini. Es una nueva versión del siglo XIV de la historia de Cenicienta, en la que ella es algo diferente a la Cenicienta de la versión que conocemos. Es un poco más enérgica –dijo Maude.

La Sra. Tragent miró a Maude con rostro impasible. Echó un vistazo al resto de la clase. Todos miraron a Maude preguntándose de dónde había salido esta chica y cómo sabía tanto en su primer día.

Sin embargo, Lindsey miró para otro lado. Se negaba a prestar a Maude más atención de la que ya tenía.

–Todos tendrán que participar en las audiciones del mes que viene para optar a los diferentes papeles de la obra. La nueva alumna también.

El corazón de Maude latía con fuerza por la emoción. Haría lo que fuese por obtener el papel principal. El papel de Cenicienta era complicado, pero se sentía identificada con ella por su experiencia con los Ruchet. Siempre había sentido compasión por el ingenioso y desafortunado personaje de Rossini.

–Venga, a sus puestos. Vamos a calentar la voz –la Sra. Tragent se colocó tras el piano y empezó con los ejercicios.

Maude y el resto de la clase practicaron varios ejercicios que consistían en repetir los sonidos de la Sra. Tragent: «Ah, oh, ih, oh, uuuuh».

Hasta ahora todo bien, pensó Maude.

–¡Esa postura! –gritó la Sra. Tragent tras el piano.

Maude miró a su alrededor. ¿Qué quería decir? Ni que estuviesen en clases de ballet.

–¡Srta. Laurent, esa postura!

El chico que estaba a su lado se acercó a ella y le susurró:

–Quiere decir que te pongas recta. Tus hombros están algo caídos.

Maude se puso recta y sonrió al chico agradecida. Tenía los ojos de color azul claro, el pelo oscuro desaliñado y una sonrisa agradable.

–Thomas Bradfield y Maude Laurent, ¿quieren que les dejemos solos? –la voz de la Sra. Tragent recorrió todo el teatro y devolvió a Maude a la

realidad.

Lindsey se reía, mientras que a Maude le ardía la cara. Thomas volvió a su posición y continuó con el ejercicio.

De repente, la Sra. Tragent dejó de tocar el piano.

–Srta. Laurent, ya que parece que tiene usted ganas de usar la voz, ¿por qué no coge su partitura y canta las notas para mí?

Maude cogió su partitura y leyó las notas como se las habían enseñado en el colegio.

–Do, re, mi, fa, sol, la...

Se detuvo al escuchar que todos, excepto Thomas, reían.

¿Qué pasa ahora?, pensó.

–No tienes que cantar «Do, re, mi, fa, sol» –le dijo Lindsey con sarcasmo–. ¿No te sabes las notas inglesas, francesita?

–Lo siento, yo... –empezó a decir Maude mirando a la Sra. Tragent.

La Sra. Tragent movió la mano y dijo:

–Eso no es importante –mientras miraba a Lindsey por encima de sus gafas de montura oscura con severidad–. Siempre y cuando cante bien las notas, puede hacerlo en el idioma que prefiera. Adelante. ¡Silencio los demás!

Maude comenzó de nuevo y terminó sin interrupciones.

–Con eso basta –dijo la Sra. Tragent.

Maude vio la mirada de Lindsey fija en ella. Maude estaba enfadada, no era capaz de comprender qué había hecho ahora. Thomas también la miraba, impresionado.

–Respiración, entonación y articulación. Necesita practicar más, Srta. Laurent. Mucho más. Tendrá que esforzarse para alcanzar el nivel del resto de la clase –hizo una pausa, aún la miraba. Maude habría dado lo que fuese para saber lo que ocultaba tras aquellos impenetrables ojos azules.

–De acuerdo, alumnos, cojan sus partituras y empiecen con la letra esta vez, no con las notas.

Maude cantó durante dos horas, intentando evitar la firme mirada de la Sra. Tragent, que parecía que siempre estaba dirigida hacia ella, mientras intentaba mantener «esa postura» y una respiración correcta, esa era la parte más difícil.

Las dos horas volaron, y a Maude le sorprendió que la Sra. Tragent anunciase que la clase había terminado.

Recogió sus cosas, deseando que continuase la clase. Maude pensó que aún tenía mucho que aprender.

–¡Eh, Maude! ¿A dónde vas? –preguntó Thomas cuando la alcanzó en la salida.

–Voy a Tribeca. Estoy muy cansada. Nunca imaginé que cantar sería tan agotador –y un día entero en una ciudad nueva, pensó.

–Los días duros al final valen la pena –le dijo mientras caminaban hacia el metro–. ¿Qué le ha pasado a tu abrigo? –le preguntó mirando la mancha que ella había intentado esconder durante todo el día.

–Nueva York –le contestó con una sonrisa–. Eso es lo que le ha pasado a mi abrigo, su frenético metro y los frenéticos neoyorquinos.

–Déjame adivinar –le dijo devolviéndole la sonrisa–. Te levantaste temprano, el metro se quedó parado y la gente se enfadó y comenzó a pelearse. Tú y tu abrigo sufristeis los daños colaterales –terminó.

Maude sonrió:

–Tienes toda la razón.

–Siempre tengo razón.

–Y eres humilde, nada engreído, ¿verdad?

Se rieron juntos.

–No tengo ni idea de cómo voy a asimilarlo todo. Pero estoy decidida a mejorar.

–Yo creo que has tenido muy buen comienzo.

–No es cierto, ya la has oído «necesita practicar más, Srta. Laurent. Mucho más» –dijo imitando la voz grave de la Sra. Tragent.

–¿Bromeas? Eso es lo más cercano a un cumplido que vas a tener. Para ser la primera clase, lo hiciste muy bien. Dijo que necesitas más práctica, es su forma de decir que tienes potencial. Tendrías que haber visto el primer día de Mary.

–¿Quién es Mary?

–Exacto. Mary no está. Su primer día de clase fue también su último día. La Sra. Tragent le dijo que no volviese nunca más. Y eso que había estado asistiendo a clases de canto durante diez años. La Sra. Tragent es la mejor profesora de canto de Nueva York. Es muy selectiva y normalmente se niega a aceptar a más de diez alumnos en sus clases. No sé cómo has conseguido ser su sexta alumna. Preferiríamos que nos impartiese las clases de forma individual, pero también se niega a eso, dice que no tiene tiempo y que deberíamos sentirnos afortunados por estar en sus clases. Además, cree que trabajar en grupo es positivo, y debo admitir que no cambiaría nuestras clases en grupo por una clase individual con cualquier otro profesor de canto.

–Esta ha sido mi primera clase, pero creo que ha sido muy interesante.

–Y eras la única que conocía La Cenicienta. ¿Cómo lo sabías?

Maude no quería admitir que aquella historia se parecía mucho a la suya, por lo que simplemente dijo:

–Creo que es una ópera muy bonita. Cenicienta es un personaje lleno de vida. No se parece en nada la Cenicienta de la versión de Disney, que espera a su príncipe azul. Tiene un sentido del humor irónico y la ópera es, en realidad, muy divertida. Incluso el Príncipe azul es diferente. Su personaje está mucho más desarrollado, es más activo. Se disfraza de aparcacoches para observar cómo se comportan las mujeres ante un simple sirviente.

–¿Haría bien del Príncipe azul? –le preguntó él, mirándola disimuladamente.

–Depende. ¿Eres tenor? –le preguntó, disimulando también.

Él rio.

–No te andas con tonterías.

–No puedes hacerlo si quieres arreglártelas en esta ciudad, ¿no crees? –dijo Maude en tono de burla.

–Sí, eso es muy cierto, Maude Laurent –dijo él, mientras se detenía delante de la entrada del metro.

A Maude le gustaba la forma en la que él decía su nombre. Después de haber escuchado en tono serio «Srta. Laurent» durante dos horas, escuchar su nombre con un tono suave era agradable.

–Bueno, Thomas Bradfield. Nos vemos mañana, entonces.

–A la misma hora y en el mismo lugar –le dijo él mientras veía como ella marchaba.

Maude continuó sonriendo cuando entró en la estación de metro.

–Señoras y señores. Debido a problemas técnicos de la línea...

El gruñido de Maude interrumpió el resto de la frase.



Capítulo 6



RESULTABA IMPOSIBLE aburrirse en la casa de los Baldwin. Vivir en una gran familia dedicada a la música es casi como vivir en un circo: no hay ni un segundo de silencio y nunca te sientes solo. La familia Baldwin era alegre y festiva. Todos tocaban un instrumento. Las primeras notas que despertaban a la familia cada mañana provenían de los tonos graves del bajo eléctrico de Jazmine. Cynthia tocando el Concierto de Bach para dos violines en Re menor eran las últimas notas que se escuchaban antes de ir a dormir. Y varias veces al día, sobre todo los fines de semana, el yembé de Victoria sonaba en toda la casa, la mayoría de las veces acompañado por la guitarra de James. Los dos formaban una pareja bastante musical, aunque cada uno tenía una afición particular por los distintos estilos de música. El corazón de James Baldwin pertenecía a Motown. Desde que Maude había llegado, pasó la mayor parte de su primera velada en su estudio con Ben descubriendo con entusiasmo las leyendas de Motown.

–Escucha a los Jackson Five. ¿Oyes esa voz tan impresionante? Michael Jackson era muy joven, pero tenía muchísimo talento. ¡Y sus hermanos! Él es el único que prosperó, pero Jermaine Jackson era también muy bueno. Juntos tenían una gran carrera por delante y su repertorio musical era amplio: rhythem and blues, soul, funk y música disco. Representan a toda una generación.

Maude estaba maravillada con todo lo que le enseñó James Baldwin. Descubrió diferentes estilos musicales y aprendió a distinguir el papel que desempeñaban los diferentes instrumentos.

–Escucha el bajo eléctrico en esta canción, «The Boss» de Diana Rosss, en 1979. Ese ritmo tan distintivo es una de las características de la música disco: el bajo eléctrico marca el ritmo. Puedes notar la diferencia con canciones de la época de las Supremes de la década de los sesenta. Aquellas canciones como «Stop in the Name of Love» o «You can't Hurry Love» tenían un estilo más parecido al R&B y al soul. Diana Ross fue muy buena reinventándose a sí misma. Eso es algo que tienes que aprender como artista: nunca confíes en lo que crees que sabes o lo que crees que suena mejor. Tienes

que tener la mente abierta a los diferentes tipos de música que existen en el mundo y a los que han existido a lo largo de la historia.

Jazmine entró con el bajo y siguió el ritmo de «The Boss» para que Maude pudiese distinguir la función tan importante que desempeñaba en la canción. Maude y Ben bailaron juntos, el más joven de la familia le enseñaba a una Maude risueña sus movimientos de discoteca. Daban vueltas, mientras alzaban los brazos al aire, movían las caderas y hacían palmas. Cynthia se unió a ellos. James, asombrado, observó la escena y pensó que Maude encajaba perfectamente con la familia Baldwin.

Al principio, Maude se preocupó al pensar que podía ser una molestia para la familia con sus largas horas de práctica en el piano o cantando, pero pronto se dio cuenta de que su música se mezclaba perfectamente en el ambiente de la casa. La familia disfrutó de la nueva voz mezzo-soprano que sonaba con claridad por todos los pasillos de la casa, rebotando en las paredes y adentrándose en todas las habitaciones. La letra en italiano de la Cenicienta acompañaba las últimas notas nocturnas de Cynthia. Y ahora, además del bajo de Jazmine, la familia Baldwin se despertaba alguna vez que otra con los agradables ensayos de Maude al piano.

En la casa de los Baldwin todos se llevaban muy bien a pesar de la diversidad musical. Bueno, la mayor parte del tiempo:

–Por favor, quédate a cenar –suplicó Cynthia.

Cynthia, Jazmine y Maude estaban en la espaciosa habitación de las dos hermanas, mientras Maude se preparaba para salir de casa ese sábado por la tarde. Maude estaba tumbada en la cama de Cynthia, mientras Jazmine decidía qué ponerse de una montaña de ropa que ocupaba su lado de la cama.

–Pensé que podría, pero las chicas querían que hiciésemos las audiciones hoy. Si fuese por mí, me quedaría aquí esta noche, sin duda, pero tenemos a un montón de guitarristas apuntados para las audiciones, Cynthia –dijo Jazmine, aparentando estar más compungida de lo que parecía–. Oye, podrías venir a las audiciones para asesorarnos.

–No...no puedo –balbuceó Cynthia visiblemente nerviosa–. Esta tarde estoy ocupada.

–¿Haciendo qué? ¿Qué es más importante que las súplicas de tu insistente hermana? –preguntó Jazmine mirando a Cynthia extrañada.

–Nada, es solo que no puedo –protestó Cynthia acaloradamente.

–Ahora que lo dices, has estado bastante desaparecida estos últimos días.

–No cambies de tema, Jaz –continuó Cynthia algo distraída–. ¿Puedes al menos intentarlo?

–Lo siento, hermanita, estas audiciones ocuparan todo mi tiempo. No sé si podré ni si quiera ir a hacer pis, mucho menos ir a una comida de tres platos.

Cynthia lanzó a Jazmine una mirada de sospecha.

–Vamos, admítelo.

–¿Admitir qué? –preguntó Jazmine demasiado inocente.

–¡Admite que no quieres venir a la cena esta noche porque Peter estará allí!

–¿Por qué admitiría algo que no es cierto?

–¡Porque sí que es cierto!

Jazmine se detuvo, ignorando a su hermana mientras intentaba decidirse entre dos sudaderas.

–¿Quién es Peter? –preguntó Maude, que le había picado la curiosidad.

–El novio de Cynthia –dijo Jazmine, sin poder evitar poner sus ojos en blanco.

–Ah, ajá. Lo sabía.

–¿Qué sabías? ¿Que Peter es tu novio? A veces me pregunto si lo sois de verdad.

–¿Cómo puedes decir eso? Llevamos dos años saliendo.

–¿De verdad? No lo parece. Tenéis que ser la pareja más aburrida del universo.

–¡Jaz!

–Venga, sabes que es verdad. Maude, si yo fuese tú, no iría a la cena de esta noche. Peter es un aguafiestas. Es... ¿cómo decirlo sin herir los sentimientos de Cynthia? Veamos... Peter tiene una muy buena opinión de sí mismo. De hecho, toda su familia tiene demasiado buena opinión sobre ellos mismos.

–¡Jazmine Rachel Baldwin, que Peter pertenezca a una familia distinguida no significa que él sea un engreído! –le reprochó Cynthia.

–El tío se piensa que Bach es el único músico que vale la pena escuchar. No sabe nada de música, ni de Bach. Cree que ese es el único tipo de música que existe porque su arrogante familia así lo cree. Probablemente, piensen que el rock es la música del diablo.

–Vaya, y todo esto viene porque él dijo que Screaming Angels necesitaba trabajar un poco más y...

–¿Trabajar un poco más? ¡Se pasó muchísimo! Además de habernos llamados los Demonios Chillones, dijo, literalmente, «el rock es la música del infierno. ¿Cómo te dejan tus padres malgastar el tiempo con esa gente?» ¡Eso es lo que dijo, Cynthia! Sabes que es verdad. Y la vez que le dijo a mamá que el refugio para mujeres que ella dirigía era una pérdida de tiempo, ¿eh? Me sorprende que volviese después de cómo le habló papá. ¿Te lo puedes creer, Maude? Papá nunca levanta la voz. Lo has visto estas tres semanas aquí. Es la persona más tranquila que conozco, aparte de Cynth, claro. Aquella tarde, casi pierde los nervios.

–¿Crees que papá vendrá o se escaqueará también? –preguntó Cynthia preocupada.

–No estoy segura, creo que dijo algo de que tenía mucho trabajo en el estudio y...

–Perfecto. Así que tú no estarás, papá no podrá venir y no sé si mamá estará. Solo quedamos Ben, Maude y yo. Vendrás, ¿verdad?

Maude intentó pensar rápidamente en una buena excusa, pero no pudo concentrarse al observar las exageradas señas de advertencia y gestos de arcadas que hacía Jazmine a las espaldas de Cynthia. Ya se había negado a ir a las audiciones de Jazmine para poder practicar canto. Pero Cynthia parecía desesperada. Maude no podía abandonar a la mayor de los Baldwin, que cada mañana desde que había llegado a Nueva York le hacía una trenza de buena gana.

–Sí, claro. Allí estaré. Estoy segura de que será divertido –contestó Maude con serias dudas de si «divertido» era el adjetivo adecuado para describir la cena a la que la habían invitado.

–¡Perfecto! Será genial, ya lo verás. No escuches a Jaz, no sabe lo que significa estar comprometida –dijo Cynthia contenta mientras abandonaba la habitación.

–No sé si compromiso significa estar en una relación tan aburrida como la de Cynthia. Además, ¿no se supone que las parejas siempre quieren pasar tiempo a solas? Cynthia teme estar tiempo a solas con Peter porque es un rollo y un engreído. No tiene ni idea de lo que significa la palabra divertirse, ya lo verás, Maude.

–¡No digas eso, Jazmine! Tu hermana es una chica muy razonable. Estoy segura de que escogió a su novio siguiendo sus gustos.

–Cierto. Cynthia es una chica muy razonable. Ese es el problema. Utiliza la razón para elegir a su novio, pero la razón no tiene nada que ver con una

relación de pareja. No se atreve a arriesgarse y a escuchar a su corazón. Y por eso hemos tenido que aguantar al conde Peter durante dos años.

Jazmine eligió el jersey marrón de cachemira y se giró a hacia Maude.

–Intentaré ir esta noche, así no tendrás que estar en esa horrible cena tu sola, y traeré a alguna amiga o dos.

–No estaré sola, también estará Ben...

–Eso es lo peor. Ben nunca deja pasar la oportunidad de burlarse abiertamente de Peter.

–Definitivamente, va a ser interesante –comentó Maude, abandonando la habitación y dirigiéndose a la suya.



AQUELLA NOCHE, TODA la familia estaba allí, incluso Jazmine, que parecía querer estar a kilómetros de distancia de allí. Su rostro era el reflejo del de sus padres, aunque todos saludaron cordialmente a Peter cuando llegó a las siete treinta, ni un minuto más ni un minuto menos.

–No te preocupes –susurró Jazmine a Maude mientras se sentaba en el salón–. Tengo un plan para salir de aquí en una hora y media.

Maude puso los ojos en blanco y murmuró:

–Qué dramática eres, Jazmine Rachel Baldwin.

Jazmine le contestó entre risitas:

–Ya verás, Maude Laurent.

Peter Longarm era un estudiante de Harvard bajito de diecinueve años que siempre había sido el primero en todo. Lo sabía todo mejor que nadie y siempre mantenía su cabeza un poco más alta que los demás. Nunca se ponía nada que no fuesen sus trajes oscuros, de un solo color, con corbatas de color blanco, que contrastaban con su piel oscura. Sus zapatos tenían algo de plataforma, ya que quería aparentar ser un poco más alto de lo que era en realidad. Tenía una cara de lo más corriente, pero por algún motivo él pensaba todo lo contrario, y conseguía que las chicas pensasen que era atractivo. Los Longarm era una familia rica afroamericana, cuyo antepasado, Terence Longarm, inventó un tipo especial de algodón de azúcar en los años cincuenta. Mientras Ray Charles cantaba su «Mess around», Terence Longarm estaba ocupado trabajando en una fórmula para que el azúcar del algodón no se derritiera tan rápido. Rápidamente se convirtió en la favorita de los niños que deseaban que sus algodones de azúcar durasen más tiempo. En cualquier caso, todo esto hizo que la riqueza de Terence Longarm también durase más. La

familia Longarm se olvidó de sus humildes orígenes tan rápido como se derrite el algodón de azúcar normalmente en la lengua y aprendió a mirar a los demás por encima del hombro. El único tema que aún no habían tocado era la política, pero eso estaba a punto de cambiar.

Durante una pausa en la conversación de la cena, mientras James y Victoria se desesperaban preguntándose de qué hablar después de haber agotado la posibilidad de hablar del tiempo, Peter se aclaró la garganta:

–Me alegra que nos hayamos reunido todos porque tengo algo que decir.

James y Victoria se miraron, con la misma terrible idea en mente.

–¡Oh, Dios! ¿Cynthia y tú os vais a casar? –preguntó Ben, que a sus once años tenía aquella habilidad natural de decir en voz alta lo que todos estaban pensando.

Peter, molesto, miró a Ben, le estaba destrozando su momento.

–No, Benjamin.

–¡Fiu! –dijo Ben tocándose la frente como si se acabara de librar de una muerte inminente.

–¡Ben! –le advirtió su madre, ocultando con dificultad una leve sonrisa.

–La noticia que tengo que dar es muy importante y afecta de forma directa a todos los que estáis aquí presentes –dijo pomposamente, paseando su mirada entre todos los miembros de la familia, para finalmente mirar a Maude.

–He decidido formar parte del campo de batalla, sacrificar mi bienestar y hacer con valentía lo que es mejor para mi país. He decidido entrar en la política.

Peter miró a su alrededor, esperando felicitaciones, pero en su lugar, recibió expresiones serias, incluso de Cynthia.

Jazmine se aclaró la garganta, fue la primera en romper el silencio.

–Creo que todos están tan asombrados como yo. No entendemos por qué dices que esto nos va a afectar a todos directamente.

–¿No es evidente?

–Pues no, de hecho, ¿te importaría explicarlo? –preguntó Victoria desconcertada. Peter nunca dejaba de sorprenderla y nunca era en el buen sentido.

–Muy bien. Veréis, es bastante simple. Ya que sois la familia de mi novia, y Cynthia algún día será algo más que eso, necesito saber ahora si hay algún secreto familiar, algún escándalo u otro tipo de información que tenga que conocer para poder determinar la mejor forma de que no salga a la luz. ¿Algún hijo secreto? ¿Amantes? ¿Asesinato? ¿Algún vínculo con alguna dictadura?

–Estás de broma, ¿no? –preguntó Jazmine con incredulidad, consciente mientras pronunciaba esas palabras de que estaba hablando en serio. Un Longarm nunca bromea.

–¡Para nada! Y quería especialmente hacerle unas preguntas a Maude Laurent, ya que es un nuevo miembro de la familia y además es huérfana. Eso no es nada positivo. Necesito saber porque te abandonaron tus padres. ¿Eran delincuentes o algo así?

Maude le miró, no podía creer lo que estaba oyendo.

–No sé quiénes eran mis padres –dijo Maude pausadamente.

La sala quedó en absoluto silencio. Era la primera vez que Maude mencionaba a sus padres desde que había llegado a la casa de los Baldwin. Jazmine quería retorcerle el cuello a Peter.

–Tal vez deberíamos pensar en investigar un poco sobre eso...

–Ya es suficiente, Peter –bramó James, levantándose de la silla.

Maude nunca había visto al Sr. Baldwin tan enfadado, toda la simpatía había desaparecido de su apacible rostro, los ojos le brillaban de ira.

Peter estaba a punto de replicar, pero en ese momento sonó el timbre.

–Justo a tiempo –murmuró Jazmine mientras iba a la puerta.

Cuando volvió al salón, un chico alto y guapo de ojos grises la seguía.

–¡Buenas noches a todos! ¿Todo bien por aquí? –preguntó Matt al ver el enfurecido rostro de James y los angustiados ojos de Cynthia.

Maude que había estado mirando inquieta el reloj deseando desaparecer de allí o, aún mejor, que Peter desapareciese, se sorprendió al reconocer la voz de Matt.

–¡Hola, Matt! ¿Qué haces aquí? –preguntó Ben.

–Se supone que tenía que venir a las nueve, ¿no, Cynthia? ¿No recuerdas que me dijiste hace un par de semanas que íbamos a ir a ver una peli con Jaz este sábado? –dijo, insistiendo en algo que Cynthia no había dicho nunca.

A Cynthia no le importó. Estaba muy feliz de tener una excusa para no estar con Peter. Él nunca iría al cine con Matt, lo odiaba, y ella no quería estar con él aquella noche. Estaba muy angustiada con su comportamiento hacia su familia.

Fue un alivio cuando dijo que no iría al cine y se dirigió a la puerta. Se negaba a seguir cenando con personas tan cerradas de mente que no entendían su verdadera vocación.

Jazmine abrazó a Matt agradecida por llegar justo a tiempo.

–Eres mi héroe, Matt. No tienes ni idea de lo horrible que ha sido.

–¿En serio? ¿Tan mal se ha portado Peter?

–Sí. Ya que vamos al cine, podríamos ver algo divertido, nada que sea serio ni dramático.

Maude pensó que ya había tenido suficiente drama aquella noche.

–¿Qué tal la nueva peli de vampiros, *Amor vampiro*?

–¿Quieres decir en la que tú ibas a ser el protagonista, pero te negaste porque no querías dañar tu nueva y mejorada reputación como artista serio? – preguntó James.

–Exacto, esa misma –contestó Matt riéndose.

Maude empezó a salir del salón.

–Maude. Vienes con nosotros, ¿no? –preguntó Cynthia.

Maude dudó. Nunca había ido al cine y estaba deseando ir con sus nuevos amigos. En realidad, no quería ir si Matt también iba.

–No, tengo cosas que hacer –contestó, negándose a mirar a Matt, aunque era consciente de que él la estaba mirando.

–Vamos, Maude –dijo gentilmente Victoria–. Te mereces un descanso. Has estado trabajando duro estas tres semanas.

–Deberías venir –insistió Matt suavemente, había una pizca de diversión aún en sus ojos.

Maude le miró directamente y dijo:

–No, tengo cosas mejores que hacer esta noche. Quizás en otra ocasión –se marchó rápidamente, mientras Matt, arrepentido, veía como se marchaba. No quería que se fuese y estaba preocupado por si había herido sus sentimientos.

Cynthia estaba bastante inquieta, porque pensaba que Maude estaba dolida por la falta de modales de Peter durante la cena.

–¿Vamos o qué? –preguntó Jazmine, haciendo que Matt y Cynthia dejaran de pensar en lo que estaban pensando. Ambos creían que eran la causa de la frialdad de Maude, cuando realmente, solo uno de ellos estaba en lo cierto.

–Sí, vamos –respondió Matt, apartando la mirada de la puerta por la que Maude acababa de irse.

Cuando Maude escuchó cómo se cerraba la puerta principal, respiró tranquila y se sentó en el piano, evitando preguntarse por qué sentía un ligero y extraño sentimiento de arrepentimiento de no haber ido al cine con Matt, Cynthia y Jazmine.

Ben interrumpió sus pensamientos al entrar en la habitación unos minutos después de que los chicos se hubiesen marchado.

–No está bien que no hayas ido al cine. Me habría gustado ir, pero papá no me dejaría ver una peli de vampiros después de lo que pasó la última vez con Jaz y Cynthia. Me tapé los ojos durante toda la película, y aun así tuve pesadillas durante semanas. Papá regañó mucho a las chicas por haberme llevado a ver una peli de miedo, ellas tardaron días en volver a hablarme. No es justo, solo tenía diez años. Ahora tengo once.

–Sí, claro. Ahora ya eres mayor –dijo Maude lo más seria que pudo, no quería herir los sentimientos de Ben–. Dime una cosa, Ben. ¿Cómo de bien se conocen Jazmine, Cynthia y Matt? preguntó incómoda, sintiendo que esa pregunta no debería de interesarle tanto-

–Oh, Matt es parte de nuestra familia. Lo conocemos desde hace años, y ha vivido con nosotros un tiempo. Juega conmigo a los videojuegos. ¿Quieres venir a jugar conmigo?

Maude miró al piano y de nuevo miró a Ben. No había forma de que se concentrase en su música después de la noche que había pasado, hablando de los padres que nunca llegó a conocer delante de la familia Baldwin y del intrigante inquisidor. Peter le había provocado una mezcla de emociones que iban desde la ardiente ira a una tristeza grisácea y un tono rojizo de vergüenza.

–¿Sabes una cosa, Ben? Me parece muy buena idea. Dame diez minutos y estaré lista.

Esperó a que Ben abandonase la habitación para tirarse en la cama con el ordenador.

Escribió «Ma» en la barra de búsqueda de Google, pero no necesitó escribir nada más, ya que rápidamente apareció una lista de sugerencias.

Matt parejas, Matt video «Doctor amor», Matt canciones, Matt discos, Matt fiestas, Matt World Tour.

Pensó en clicar sobre *Matt parejas*, pero dudó. No debería estar haciendo eso. La curiosidad no era buena consejera. ¿Pero quién se iba a enterar?

Maude negó con la cabeza, sin embargo, clicó sobre *Matt video «Doctor amor»*.

Era el gran éxito de Matt con Glitter Records, pero a Maude le pareció un vídeo gracioso, aunque claramente esa no era la intención del vídeo. Todas las adolescentes estaban locas con este vídeo en el que Matt era un personaje que intentaba, sin éxito, conquistar a una hermosa reina de hielo que protagonizaba una súper modelo, Tiana Henderson. Hacia la mitad del vídeo se le ve a ella literalmente rompiendo su corazón en pedazos con un martillo gigante, por lo

que necesita la intervención de un Doctor amor altamente cualificado, pero también bastante cómico.

Maude reía mientras terminaba la canción y continuó investigando, evitando hacer clic sobre *Matt parejas*.

Álbumes, canciones, colaboraciones, peleas con los paparazzi, sitios donde se le había visto, organizaciones benéficas y de recaudación de fondos, anuncios de Hugo Boss, fiestas con otros famosos. Maude le echó un vistazo rápido y se dio cuenta de que Matt había hecho de todo, pero nada de lo que había hecho había mejorado la opinión que ella tenía sobre él. Definitivamente era un chico salvaje. Finalmente, le pudo la curiosidad y acabó haciendo clic sobre la sugerencia *Matt parejas*. En menos de un segundo apareció una lista de veinte sobre ochenta resultados. Echó un vistazo por la página y los ojos se le abrían cada vez más al bajar la página. «*Ruptura de Matt y Tiana Henderson*», «*Matt de brunch con la modelo Stella Madison dos días después de su ruptura con Tiana*», «*Matt y la actriz Toni Terrel enamorados*», «*Matt y Lindsey Linton*».

Un momento, ¿Matt y Lindsey Linton?

Maude hizo clic en el título con una desesperación de la que se sintió avergonzada, pero no pudo leer el deseado artículo porque Ben eligió ese preciso momento para asomar la cabeza.

–Mauuuuudeeee, ¿vas a venir? –preguntó impaciente. Había sido bastante paciente, pero los diez minutos se convirtieron en veinte y su paciencia se había agotado. Es demasiado tiempo para un niño de once años.

Maude cerró de golpe el portátil y saltó de su cama. Probablemente no debería leer ningún otro artículo sobre Matt. Especialmente, si aparecía Lindsey Linton.

–Lo siento, Ben. Me he despistado. Vamos a jugar a tus videojuegos. Pero tendrás que enseñarme a jugar ¿vale?

–Está bien, pero no aprendas muy rápido, me gusta ganar a los principiantes –admitió mientras salían de la habitación.



–BUENO, ¿QUÉ TAL ESTUVO *Amor vampiro* anoche? –preguntó Maude a la mañana siguiente en el desayuno, intentando transmitir indiferencia.

–¡Ay Dios, súper divertido! –dijo Jazmine entre risas mientras cogía un vaso de zumo–. Llegamos cuando la película llevaba veinte minutos porque nos alcanzó una manada de fans locos. Si eso no era ya lo suficientemente

molesto, Matt se pasó toda la película criticando a Jason Taylor, el protagonista. Casi nos echan de la sala. ¡Qué tonto es! Dijo que estaba deseando trabajar contigo la semana que viene.

–¿Dónde está Cynthia? ¿Está durmiendo? –preguntó Maude, ignorando el último comentario de Jazmine.

–No, que va. Cynthia no es así. Está ahora mismo en una intensa sesión de yoga, pobre niña. Estaba muy disgustada por todo lo que Peter dijo de ti ayer. Ya te dije como era Peter.

Maude asintió, pensando incluso que Jazmine había subestimado el alcance de aquel chico.

–Hablando de hombres. Necesito tu consejo.

–No, Brad no es como Peter. Sí, tienes mi bendición para quedar con él –dijo Maude con un tono bastante serio, aunque sus labios temblaron.

–No, no tiene nada que ver con Brad el alerta, como tú le llamas.

–Dije aleta, no alerta. Yo creo que es buen chico.

–De todos modos, no tiene nada que ver con él. ¿Te acuerdas de Jonathan?

–¿El alto, pálido y delgado Jonathan? –preguntó Maude.

Jazmine asintió frunciendo el ceño.

–¿Fue a las audiciones? –preguntó Maude sorprendida.

Jazmine asintió de nuevo.

–¿Fue capaz de sujetar la guitarra durante toda la canción?

–Lo sé, lo sé. No es muy atractivo. Tiene gafas grandes, como las de Harry Potter. Es flaco y parece que se va a partir tan rápido como una ramita. Todo lo que entra en contacto con sus dos manos izquierdas acaba en el suelo. Sin embargo, cuando toca, casi se te olvida por completo que es un pánfilo. Casi, pero no del todo. Por eso estamos dudando de si meterlo o no en la banda.

–¿Hubo más guitarristas que os pareciesen buenos?

–Esa es la cuestión. Él fue el mejor. Tenía las vibraciones de Jimi Hendrix, cuando tocaba su canción «Foxy Lady».

–Entonces elegidle a él –dijo Maude encogiendo los hombros sin entender cuál era el problema.

–Eso es lo que dijo Cynth, también dijo «la belleza no lo es todo, Jaz». Pero no es tan sencillo –suspiró Jazmine–. Matt fue el único que lo comprendió. Aunque Jonathan sea muy buen guitarrista, también tiene que encajar en la banda. Además, destacaría al ser el único miembro masculino.

Maude frunció el ceño. Así que Matt no solo era idiota, sino que también era un narcisista superficial.

–Mira el lado positivo, así sabrías de antemano que nunca te enamorarías de él y duraría más que todos tus otros guitarristas juntos –observó Maude filosóficamente.

–¡Tienes razón, Maude! –exclamó Jazmine, mientras una sonrisa se dibujaba lentamente en su cara.

En ese momento, oyeron un ruido horrible que provenía de la habitación de Ben. El ruido estaba a medio camino entre el llanto de un bebé y los últimos maullidos de un gato moribundo.

–Dios –dijo Jazmine tapándose los oídos–. Ya ha empezado.

–¿Qué ha empezado? ¿Están torturando a Ben? ¿Y a nosotras al mismo tiempo? –Maude se encogió.

–Tenemos una tradición.

–¿Tiene algo que ver con matar gatitos inocentes?

–No, para nada. Cuando cumplimos once años tenemos que probar todos los instrumentos y en nuestro duodécimo cumpleaños decidimos con qué instrumento nos sentimos más cómodos, y del que no podemos separarnos. Es una tradición de la familia de mi madre y ha ido pasando de generación en generación. Mamá siempre está emocionada cuando sucede. Ama las tradiciones, sobre todo si están relacionadas con la música. Por eso Ben nos está taladrando los oídos con la gaita. Espero que mejore pronto.

–Qué tradición tan emocionante. ¿Cuándo es el cumpleaños de Ben?

–En julio. Y mientras tanto escucharemos distintos instrumentos.

En julio, pensó Maude mientras le latía fuerte el corazón, no estaría allí para ver qué instrumento había elegido Matt.

–¿Estás bien? –preguntó preocupada Jazmine, se había dado cuenta de que Maude tenía una expresión triste–. No te preocupes, no estará tan mal. Puedes ponerte tapones para los oídos si quieres. Estoy segura de que Cynthia se los ha puesto para poder seguir con su tranquila sesión de Yoga –bromeó mientras recogía la mesa.

Maude sonrió para tranquilizar a Jazmine, pero no pudo deshacerse de la horrible sensación que sentía en el pecho.



AQUELLA NOCHE, DESPUÉS de haber dado muchas vueltas en la cama, Maude se dio cuenta de que no podría dormir.

Había pasado tres semanas increíbles con los Baldwin. ¿Cómo solo mencionar el mes de julio, cuando ya estaría de vuelta en Carvin, podía

haberle afectado tanto?

Era enero y julio quedaba muy lejos, así que intentó tranquilizarse.

Maude salió silenciosamente de la habitación, bajó las escaleras, con cuidado de no hacer ningún ruido y entró en la cocina.

Se llevó una sorpresa cuando escuchó que alguien se movía por la cocina. Cuando se acercó vio que era Victoria, que se estaba calentando un vaso de leche.

Maude dudó, no quería molestarla.

Victoria era la persona que menos conocía de la familia Baldwin. Maude había cotilleado con Jazmine, había charlado y tocado el piano con Cynthia que la acompañaba con el violín, había jugado a los videojuegos con Ben y había pasado incontables horas aprendiendo de música con James. Sin embargo, Maude estaba de algún modo intimidada por Victoria, aunque ella no había hecho nada para que eso ocurriese. Para Maude, Victoria tenía un aura especial, algo que jamás había percibido en otra persona. Transmitía fuerza, una mujer fuerte que parecía no temer a nadie y que no dejaba que nada se interpusiese en su camino. Victoria era defensora de los derechos de las mujeres y lideraba una asociación con su mejor amiga abogada, Nathalie Fern. Los miembros de la asociación se reunían una vez al mes en la casa de los Baldwin para discutir sobre los problemas que había en el refugio de mujeres que fundó Victoria ocho años atrás y sobre otros asuntos.

Maude había escuchado hablar a Victoria la primera semana que estuvo allí y no pudo evitar quedar impresionada e intimidada por su tono de voz seguro, su forma de hablar detallada y concisa y su poder de persuasión. Cynthia y Jazmine, que asistían regularmente a esas reuniones, estaban muy orgullosas de su madre, aunque ellas no podían darse cuenta de lo que los ojos de una recién llegada eran capaces de percibir. Maude estaba impresionada por la fuerza innata de Victoria, ya que era capaz de aportar felicidad, bromas y risas a la casa, a pesar de los retos a los que se enfrentaban en el refugio.

Maude aún estaba decidiendo si quería entrar para interrumpirla durante su aperitivo nocturno cuando Victoria se dio la vuelta y vio a Maude sonrió y le dijo:

–¿Tampoco puedes dormir? ¿Quieres un vaso de leche caliente?

–No quiero molestar.

–No digas tonterías. Ven. No puedo preparar un cacao caliente tan bueno como el de James, pero el mío no está tan mal. No le digas que te he dicho eso

o estará fardando todo el rato de las cosas que hace mejor que yo. Como si fuesen muchas... –dijo Victoria sonriendo.

–Tienes que admitir que es buen cocinero. En mi vida he probado comida tan deliciosa.

–Eso está bien. Le dije a James que tenía que cebarte y engordarte un poquito.

Maude rio ante la sinceridad de Victoria, pero no pudo evitar pensar en lo mucho que había sufrido durante dieciséis años por falta de comida.

Victoria, a quien Maude admiraba tanto, también tenía un sexto sentido para percibir ciertas cosas que James no poseía, aunque él lo compensaba con su buen oído. Victoria sabía que algo no iba bien entre Maude y su familia. Los Ruchet no la habían llamado desde que había llegado a Nueva York, y Maude nunca hablaba de ellos. Le había pedido a James que le diese mucho de comer a Maude porque en el aeropuerto se dio cuenta rápidamente del abandono que había sufrido. Aunque no había tenido tiempo de hablar de esto con Maude, había observado detenidamente el cambio gradual que había comenzado a experimentar la chica. Ahora reía mucho más y se había hecho amiga de sus hijos.

–Maude –comenzó diciendo–, durante la cena del sábado dijiste que no sabías quienes eran tus padres.

Ella asintió.

–¿Por qué nunca te lo dijeron tus padres de acogida?

–No lo sé –contestó Maude–. Les he preguntado, pero se niegan a contarme nada.

–¿Sabes que puedes buscar esta información tú misma poniéndote en contacto con las administraciones francesas?

–A veces, me aterra pensar que quizás sus muertes fueran tan trágicas que mis padres de acogida no quieran contármelo por ese motivo. A veces me pregunto si...

–Si no conocer la verdad es mejor que escuchar una verdad muy dura de soportar –terminó de decir Victoria.

Algo en el tono de Victoria hizo que Maude la mirase. Durante una fracción de segundo, Maude vio en sus ojos una mirada atormentada, reflejo de la suya. Por un pequeño instante, Victoria se había levantado el velo. Las dos podían ver el dolor que sentían como nadie más podía hacerlo. Era la mirada atormentada de un sufrimiento que había sido reprimido y silenciado durante demasiado tiempo, y que solamente podía ser comprendido por otra

persona atormentada por el peso de una angustia similar causada por una tragedia. Las dos se miraron y reconocieron el motivo de sus sentimientos.

Victoria fue la primera en romper el silencio cuando se levantó y cogió otra taza de chocolate caliente.

–Entonces, James te ha enseñado todo lo que hay que saber sobre los días de gloria de la Motown, ¿no? –preguntó sonriente.

Maude asintió, desconcertada aún por lo que Victoria había revelado inconscientemente, pero como no quería parecer entrometida, se abstuvo de hacer preguntas.

–Nuestros gustos musicales son distintos. Aunque soy aficionada al soul y al rhythm and blues, tengo un gusto distinto en el mundo de la música. Posiblemente sea por mis antecedentes nigerianos.

–¿Eres de Nigeria? –preguntó Maude sorprendida.

–Nací allí, pero mi familia se mudó a los Estados Unidos cuando tenía diez años. Pasé la mayor parte de mi vida en Manhattan, pero conocí a James durante mi año en el extranjero en París. El mundo es un pañuelo –Victoria rio, su maravillosa y clara risa resonó en la agradable cocina.

–Te he escuchado tocar el yembé y me parece un instrumento hermoso – Maude dudó–. Me pregunto si podrías enseñarme más sobre este instrumento de percusión y el mundo de la música. Si tienes algo de tiempo, claro.

–Siempre tendré tiempo para ti, cariño –Victoria soltó una de sus deslumbrantes sonrisas, y miró a Maude agradecida–. Además, James no es el único prodigio musical de esta casa. Siempre hemos querido que nuestros hijos aprendan todo lo que la música de todo el mundo puede ofrecer, de todas las lenguas, tribus, países y continentes. Esto no ha hecho más que empezar.



Capítulo 7



–EL MEJOR SITIO PARA crear música es Souville –explicó Jake a Maude, guiándola por Souville Tower. Jake, uno de los recepcionistas más fieles de Souville, le había cogido cariño a la nueva protegida de James–. Souville Records cuenta con tres salas de masterización, cinco estudios y cuatro salas de producción –continuó–. ¡Aquí los acústicos son espectaculares! James se aseguró de que así fuese. Se debe a que el eco de las cámaras aquí es único: el aislamiento del sonido permite a los ingenieros de sonido suavizar las pistas con una rica reverberación. Aprenderás mucho más acerca de esto cuando empieces a grabar. Grabarás en el estudio A, el mejor estudio que esta casa puede ofrecer. Por ahora, trabajarás en SCM.

–¿SCM? –preguntó Maude.

–La Sala de Creación de Matt –explicó Jake mientras cruzaban la entrada de vestíbulo.

Los ojos de Maude se desviaron instantáneamente hacia el Steinway Concert Grand Piano.

–Es una maravilla, ¿verdad? –dijo Jake siguiendo la mirada de Maude. Maude solo pudo asentir.

–Es la mascota de Souville –explicó–. Además, está maldito.

–¿En serio? –se burló Maude.

–No creas que es broma –le advirtió Jake–. Este piano es un Steinway 9.6 hecho a medida en 1863 por Steinway & Sons. Fue adquirido por Carnegie Hall en los años veinte, allí lo utilizaban pianistas importantes como Vladimir Horowitz. Este histórico piano fue restaurado en 2006 y le colocaron piezas originales Steinway como la caja de resonancia, el bloque pin, las partes de acción y las teclas de marfil originales. Sin embargo, desde que fue restaurado nadie ha conseguido tocarlo bien.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que los sonidos que provienen de este instrumento son terribles, aunque el pianista que lo toque sea el mejor.

–¿Cuándo fue la última vez que afinasteis este instrumento? –preguntó con prudencia Maude.

–Los mejores técnicos de pianos suelen hacerlo habitualmente –insistió Jake–. Está maldito. Todo el mundo cree en esa teoría.

Un escalofrío recorrió la espalda de Maude mientras miraba el Steinway de palisandro.

–Te enseñaré la cocina y la sala de creación, después habremos terminado el tour –dijo Jake haciéndola pasar.

La Sala de Creación de Matt era un espacio amplio y colorido dedicado a la música. Las paredes eran color naranja brillante, con sofás color verde y cojines que contrastaban con el serio piano oscuro vertical Yamaha que se encontraba en el centro de la habitación. Había otros instrumentos en la habitación: varias guitarras, un violín, algunos tambores y un bajo. Las paredes eran como un paseo de la fama privado, decoradas con pósteres e incluso reliquias de cantantes famosos. Una de las paredes estaba cubierta con fotos de Matt y sus tres álbumes platino de Matt, Superstar y Sigue adelante. La sala estaba iluminada por la luz que entraba por las amplias ventanas. Era la Sala de Creación de Matt y era evidente que la había decorado a su gusto.

Cuando terminó de ensayar sus escalas mientras esperaba a Matt, se colocó junto a las ventanas para practicar la canción de la audición del sábado por la tarde para *La Cenicienta*. Era una canción preciosa y triste al mismo tiempo, que la Cenicienta cantaba en la primera escena. Trataba sobre un rey que buscaba el amor verdadero, no en la belleza ni en el esplendor, sino en la inocencia y la bondad. A Maude le resultó complicado entender el significado de la canción en aquel momento, mientras observaba Times Square desde lo más alto de la torre de Souville. Sin embargo, trató de transmitir esa tristeza mientras la cantaba en italiano.

Matt entró silenciosamente en la habitación, se sentó en su sofá favorito y escuchó a Maude cantar.

Mientras cantaba, con una leve sonrisa en los labios, su rostro estaba inmerso en un océano de luz que brillaba sobre su oscura piel. Su cabello estaba recogido en un moño deshecho, lo que realzaba su belleza natural. Había escuchado a Matt entrar y estaba satisfecha porque no había mostrado ningún tipo de emoción cuando él llegó, a diferencia de sus anteriores encuentros.

–¿No se supone que la Cenicienta canta esta canción con tristeza? ¿Por qué sonrías? –le preguntó cuando ya había terminado.

Maude se giró, casi arrepentida.

–Hola a ti también, Matt. Me alegra que hayas podido venir –le saludó ignorando su comentario.

–Sí, vamos a trabajar.

–He estado trabajando en una canción –dijo Maude, sacando su hoja de música de la carpeta.

–Genial, vamos a oírla –dijo con entusiasmo. Componer era una de sus etapas favoritas del proceso creativo.

–Aún no está terminada, pero pensé que podríamos terminarla juntos, ya que supuestamente eres como un «genio de las palabras».

–Ignoraré ese último toque de sarcasmo y me lo tomaré como un cumplido –dijo Matt, para nada afectado.

Maude se dirigió al piano y cantó:



BIEN ENTRADA LA NOCHE, paseo por las calles de París,

La Torre Eiffel llena de luz, brilla así.

Miro a mi alrededor, la ciudad me sonrío a mí,

No hay nada como estar aquí

–¡Para! –le interrumpió Matt.

–¿Qué pasa? –preguntó Maude sorprendida y disgustada por su tono.

–¡Todo! –exclamó Matt cruzándose de brazos.

–¿Todo? Eso es cruel.

–No todo, el ritmo es jazzístico –admitió–. Vamos, Maude. ¿Estás cantando una canción sobre París? París llena de luz, París es precioso. París la maravilla.

–¿Qué pasa con eso?

–¿No lo entiendes? París no es nada de eso.

–Por supuesto que sí, es la ciudad más maravillosa del mundo –protestó Maude irritada, cruzando los brazos.

–Para un turista –dijo Matt–. Has descrito París como lo haría un turista, Maude. París es solo parte de lo que has descrito. Vamos, tú has vivido en París. ¿Cómo es la vida en París, ir al colegio, coger el metro a diario? Tú lo debes saber.

–Nunca he vivido en París, Matt. Perdona por describirlo como una campesina desaliñada y cateta.

–¿No eres de París? –preguntó Matt, intentando ocultar su asombro–. James dijo...

–James y yo nos conocimos un día que yo estaba de visita en París, como turista. Soy del norte de Francia –dijo levantado la cabeza con orgullo, como si anunciase que era la emperatriz del norte de Francia.

–¿Del norte? ¿Dónde llueve 363 días al año? –se burló con sonrisa pícaro.

A Maude le ardían las mejillas. ¡Cómo se atreve a burlarse de donde provengo!

–Tú debes ser parisino, tu arrogancia es aplastante.

–Sí, lo soy. Aunque ahora me considero más de Nueva York que de París. Manhattan es mi hogar.

–Supongo que por eso que tienes tan poca consideración con París.

–Supones mal, me encanta París. Simplemente no estoy tan ciego por su belleza como lo estás tú.

–¿Ahora no solo soy una campesina cateta, sino que también estoy ciega? –preguntó Maude incrédula.

–Nunca he dicho que fueses una cateta.

–Eres demasiado amable –replicó Maude con sarcasmo.

–Lo único que digo es que París es mucho más de lo que dices en tu canción. París no es simplemente la reina de la belleza. Está llena de pasión. Es la ciudad de la Revolución Francesa, y, de hecho, de cualquier otra revolución. Hoy en día, París es el epicentro de cualquier huelga importante. Nunca cojas el metro en un día de huelga o estarás encerrado con cientos de personas que desearían poder estar en cualquier otro lugar. París es una ciudad llena de vida, como cualquier gran ciudad. También es una ciudad muy sucia y con mucha contaminación. Lo que intento decir es que deberías describir París como lo que realmente es, sin olvidar ningún detalle, y no como la versión utópica que aparecería en una postal. Ponle más emoción.

–Yo no he pasado mi vida en París como lo has hecho tú. Así que perdona por conocer lo que ofrece París durante un día. No has escuchado toda la canción.

–No es necesario –dijo mientras se contradecía al coger la hoja de Maude–. Déjame ver, «Caminando por el río Sena/El viento sopla despacio como un susurro» ¿En serio? ¿Por qué retienes tantísimo? Necesitas profundizar en tus emociones.

Los ojos de Maude brillaron y le arrebató la hoja.

–Un poco de sensibilidad no estaría mal –dijo con frialdad–. Me pregunto por qué me molesto en escuchar consejos de alguien que ha cantado una canción llamada «Doctor amor» hace menos de dos años.

–Eh, eso ha sido un golpe muy bajo –Matt hizo una mueca, estaba completamente avergonzado por haber cantado esa canción. Decir que no fue su mejor trabajo era un eufemismo.

–¿Un golpe muy bajo? –se burló Maude–. ¿He herido tus sentimientos? ¿Por qué no llamas al Doctor amor para que te cure?

Matt ocultó una sonrisa intentando no enfadarla aún más.

–En serio, genio de las palabras. ¿Dónde estaba todo tu talento cuando cantabas...?

Llama al doctor amor porque se me rompe el corazón,

Perderte, mi amor, es perderlo todo.

Llama al doctor amor porque se me rompe el corazón,

Sin ti, mi amor, estoy en el lodo.

Cantó Maude imitándole.

–Eso es muy injusto. Era muy joven y era tan estúpido como para firmar con Glitter Records. No me dejaban componer mis canciones.

–A lo mejor hacían bien –dijo Maude con sequedad.

–Baje los humos, Sra. Maude–dijo con un tono más suave–. Cada canción necesita trabajo y esta no es una excepción. Tus canciones tienen que reflejar quién eres de verdad. Adéntrate en tus sentimientos más profundos y oscuros. ¿No sabías que las mejores canciones se han compuesto desde el sufrimiento?

–Entonces, ¿ahora me vas a dar lecciones de historia musical?

–Es parte de mi trabajo. James me dijo que necesitas saber más sobre artistas contemporáneos, que estabas estancada en el siglo XIX con Beethoven.

Maude permaneció en silencio, con los brazos cruzados sobre su pecho, Matt se encogió de hombros, se dirigió hacia el piano y tocó las notas de la canción «Oh Happy Day».

–Música góspel. La música góspel es un claro ejemplo de lo que te he estado diciendo. Comenzó a raíz de las canciones religiosas de los esclavos negros afroamericanos, las utilizaban mientras trabajaban en los campos de algodón.

Cambió rápidamente la melodía a un ritmo más lento, empezando a tocar las notas de «Swing Low, Sweet Chariot».

–En sus canciones, los esclavos afroamericanos expresaban su sufrimiento y su esperanza de una liberación futura.

Volvió a cambiar de melodía y adoptó una expresión hosca, para empezar a tocar la versión de «My Man's Gone Now» de Nina Simone.

–Blues –dijo Matt–. El blues siempre transmite melancolía y sufrimiento, ya sea por pena o por dolor en general.

La letra llegó directamente al corazón de Maude mientras Matt cantaba con emoción. Le escuchó con los oídos, pero también con su corazón y su alma. No solo estaba impresionada por la técnica de Matt sino también por su capacidad para interpretar una canción que no tenía nada que ver con su carrera de música pop del principio. Le sorprendió también el sentimiento. Mientras él tocaba con los ojos cerrados, ella admiraba sus anchos y rectos hombros, con una postura tranquila pero segura. Era un artista notablemente profesional, pensó, casi lamentándose de haber sido tan dura con su canción «Doctor amor». Se dio cuenta de que había madurado como artista desde esa canción.

Matt dejó de tocar y se giró hacia ella.

–¡Ahora entiendes lo que quiero decir! –exclamó, contento al ver que Maude estaba respondiendo ante su canción–. Escogí a Nina Simone para enseñarte algo diferente. Al igual que tú, Nina Simone tenía formación en música clásica. Cuando era joven quería ser pianista de conciertos. Sus habilidades eran desmesuradas y las aplicó en un amplio rango de repertorios de jazz, blues y de canciones R&B. Y creo que tú puedes hacer lo mismo. La música no conoce de límites y comprendo totalmente el motivo por el que James insistió en firmar contigo, Maude.

Maude permaneció en silencio, aún seguía pensando en la interpretación que había hecho Matt de la canción de Nina Simone.

–Todo lo que tienes que hacer es profundizar mucho más. No interpretes a la Cenicienta con una sonrisa. Intenta encontrar el sufrimiento dentro de ti. Aunque pareces una chica que lo tenía todo. Ya sabes, la encantadora chica del norte de Francia que creció en un pueblo pequeño y tranquilo, con sus encantadores padres y hermanos, siempre la mejor de clase, que se irritaba cuando las cosas no le salían como ella quería. Un poco mimada, supongo. Tienes que coger todo eso...

–¿Mimada? –soltó Maude con total incredulidad, aquella palabra resonó en su mente. De todas las cosas que podría haber dicho sobre ella, mimada era la última palabra que podría haber parecido remotamente apropiada para describirla. En cuanto al sufrimiento, ella ya había tenido suficiente, por eso que no quería pensar en sufrimiento mientras estuviese en Nueva York. Carvin y los Ruchet eran lo último en lo que quería pensar. Dolida, dejó de pensar en los Ruchet y se volvió hacia Matt, sus ojos volvieron a llenarse de ira.

—No sabes nada de mí, Matt —le dijo, su voz temblaba de la emoción—. Y obviamente no sabes nada de lo que es el sufrimiento, si lo supieses no lo idealizarías así. Lo ves como algo casi romántico que aparentemente aporta profundidad a la hora de escribir una canción, de hecho, es así. No porque los cantantes realmente pensasen en el dolor como algo meramente estético, sino porque lo vivieron realmente. Nunca lo entenderás —finalizó, le temblaba todo el cuerpo.

Cogió el bolso, su abrigo, los guantes, el pañuelo y salió de la Sala de Creación de Matt dando un portazo.



POR LA NOCHE, MAUDE aún echaba humo mientras se encontraba tras el escenario del Teatro Morningside escuchando las otras audiciones de *La Cenicienta*. Cada vez estaba más nerviosa a medida que escuchaba a los otros estudiantes actuar para papeles principales. Aún no podía olvidar las palabras de Matt que se repetían en su cabeza una y otra vez. Aunque detestaba admitirlo, su consejo musical era sólido, sin embargo, no había percibido su personalidad correctamente.

¡Y pensar que la veía como una mocosa consentida y mimada!

Ella no había...más bien, no podía indagar mucho más en los sentimientos de abandono, tristeza y soledad que había tenido en Carvin. Hacía mejor alejándolos y fingiendo que no estaban allí. Si los desataba la consumirían, y todos verían quién era realmente: una pobre huérfana abandonada por la que todos sentirían pena. Maude quería mantener la cabeza alta y no inclinarse ante la carga de la compasión. ¿Cómo reaccionaría Matt si supiera realmente la verdad, si conociese su miserable y triste vida en aquel sótano de su madre de acogida?

Maude forzó una sonrisa cuando vio a Thomas guiñarle un ojo antes de salir al escenario, se colocó delante de la Sra. Tragent y comenzó a cantar su solo. Thomas estaba increíblemente perfecto en el papel de Príncipe azul y era un tenor muy talentoso. Nada intimidaba a aquel Príncipe azul seguro, sin preocupaciones en el mundo, al igual que su intérprete. Thomas se tomó su canción muy en serio. Incluso durante las clases de la Sra. Tragent, su concentración rara vez vacilaba. No tembló ante la estricta mirada y las duras observaciones de la Sra. Tragent, él las consideraba duros golpes necesarios para mejorar. Tras aquel semblante relajado, había un chico con una ambición de acero, que siempre buscaba incesantemente la perfección, lo que le

convertía en un artista minucioso. Estaba decidido a llegar a lo más alto y sabía que poseía el talento y la voluntad para convertirse en un famoso artista del pop. Incluso aunque tuviese que pasar por las aburridas lecciones clásicas de las Sra. Tragent.

Maude casi aplaudió cuando terminó de cantar, pero se contuvo por vergüenza.

—¿Cómo estuvo, reina Maude? —preguntó cuando la encontró entre bastidores.

—¡Como el perfecto Príncipe azul! —dijo Maude.

—¿Soy yo el Príncipe azul que tú soñaste? —preguntó, observándola detenidamente con mirada seria.

Maude dudó, pero antes de que pudiese responder, Lindsay la empujó mientras se dirigía al escenario.

—Perdona, estabas en medio —dijo con tono sarcástico.

—Buena suerte —dijo Maude tranquila—. Mucha mierda —añadió mientras se divertía imaginando la peor actuación de Lindsay.

—La buena suerte es para los perdedores. Yo tengo talento —dijo ella y empezó a cantar el solo de la Cenicienta.

Cuando escuchó el solo de Lindsey pensó que realmente su técnica era perfecta, su voz segura, constante y disciplinada gracias a años de duro trabajo y a las clases de canto con los mejores profesores. Mientras Maude escuchaba a Lindsey, se dio cuenta de que faltaba algo. Lindsey tenía las manos en las caderas, mantenía su cabeza alta como si fuese la dueña del mundo. Su actitud chocaba con el solo de Cenicienta, que supuestamente tenía que proyectar lamento y la esperanza de una vida mejor.

Maude miró a Thomas y expresión dedujo que estaba pensando lo mismo.

—No es el personaje —susurró Thomas, frunciendo el ceño.

Maude asintió. Aunque en la ópera Cenicienta era un personaje enérgico, en esta canción se suponía que tenía que estar melancólica. No era para nada tan arrogante como Lindsey en ese momento, parecía que iba a pisotear a sus malvadas hermanastras si aparecían en el escenario exigiendo su ropa y su desayuno.

—Él tenía razón —dijo Maude con suavidad.

—¿Quién tenía razón? —preguntó Thomas con curiosidad.

—Matt —dijo hablando más para sí misma que para Thomas. Miró a Lindsey sin verla y no se dio cuenta de que Thomas le había frunció el ceño al mencionar a Matt.

Lindsey terminó y con orgullo salió del escenario, sus tacones sonaban más fuerte que nunca, casi por encima de la voz de la Sra. Tragent mientras llamaba a Maude con tono cortante para que subiese al escenario.

–Necesitarás suerte para cantar después que yo –dijo Lindsey con frialdad.

Maude no la oyó, no podía oírla, no podía dejar de pensar en la canción que tenía que cantar y en que Matt tenía razón. Salió al escenario y se colocó recta frente a una seria Sra. Tragent que apenas se percató de su llegada.

Cuando llegó a Nueva York intentó olvidar su vida en Carvin, y especialmente cuando tuvo que estudiar *La Cenicienta*. Pero mientras se encontraba en aquel enorme escenario delante de su profesora, sabía que podía ganar a Lindsey. Ella nunca podría interpretar a Cenicienta porque siempre había tenido lo que había querido y nunca había deseado nada, nunca había ansiado una vida mejor.

Cuando Maude comenzó a cantar el solo de Cenicienta, colocó sus manos sobre su pecho y se imaginó a sí misma en Carvin un día después de haber conocido a James Baldwin. La Sra. Ruchet había descubierto que Maude falsificó su nota y la golpeó tan fuerte que Maude chocó contra la pared. Después le ordenó limpiar la casa de arriba abajo, negándose a darle nada de comer hasta que hubiese terminado. Sola en el salón, limpiando el polvo de los muebles, le rugía el estómago por la falta de comida, Maude deseó con toda su alma abandonar la casa de los Ruchet para siempre. Y en aquel momento, al recordar su encuentro con el señor Baldwin, sintió de nuevo la esperanza. Esperanza de poder firmar un contrato con su discográfica, la esperanza de poder abandonar la casa de los Ruchet y su deprimente sótano, la esperanza de poder hacer lo que amaba sin tener que esconderse. Mientras cantaba con su voz de *mezzo-soprano*, permitió que su emoción emergiese, sin dejar que esta la consumiese. Maude cavó en su dolor para compartir el lamento de Cenicienta.

Thomas, que aún se encontraba entre bastidores, miraba a Maude con solemne admiración. Mientras cantaba la canción de esperanza de Cenicienta, su sueño estaba envuelto en un triste y conmovedor lamento, Maude se transformó, y el dolor de su personaje se había adueñado de su cuerpo. Thomas miró a Lindsey, estaba satisfecho de verla de brazos cruzados y enfurecida.

Maude terminó de cantar el solo de Cenicienta y volvió a la realidad, a su nuevo comienzo. Ya no estaba en Carvin y la Sra. Ruchet no estaba cerca, aunque casi podía sentir el dolor de la bofetada.

Miró a la Sra. Tragent. El rostro estoico de su profesora permaneció impenetrable como si fuese una gárgola de Notre Dame.

Maude salió del escenario y se dirigió hacia Thomas, que la esperaba ansioso.

–¡Estuviste genial! –exclamó.

–No le mientas, Thomas –dijo Lindsey altivamente–. Su técnica está lejos de ser perfecta. Has añadido demasiados trémolos en las frases finales y, en serio, deberías aprender a mantenerte erguida mientras cantas o la Sra. Tragent te echará de su clase.

–Tus trémolos fueron perfectos, Maude. Aportaban mucho más sentimiento y profundidad a la canción. Quizás deberías intentarlo en la próxima, Lindsey. Ya sabes, mostrar sentimiento. Parecía que acababas de salir de la Valkiria de Wagner, lista para destruir todo lo que se interpusiese en tu camino.

–Supongo que es más fácil para Maude interpretar a Cenicienta. Después de todo, ella no es más que una pobre huérfana, ¿no es así, Maude? –preguntó Lindsey ocultando su enfado tras una dulce y falsa sonrisa.

Maude se preguntaba por qué todo el mundo (y por todo el mundo quería decir Peter Longarm y Lindsey Linton) era tan cruel como para hacerle recordar que era huérfana. Como si hubiese algún modo en que ella pudiese olvidar eso.

Sonrió, miró atrás con dulzura y dijo:

–Tienes toda la razón. Lo que me desconcierta es por qué tus padres no te han dado en adopción, Lindsey.

Después, pasó enfadada al lado de Lindsey y Thomas la siguió para salir del Teatro Morningside.

–Supongo que tú y yo tendremos los papeles principales –dijo Thomas mientras salían.

–No lo sabemos seguro. Prefiero no cantar victoria todavía. Además, Lindsey tiene razón. Su técnica es mucho mejor que la mía. La Sra. Tragent podría elegirla para el papel de Cenicienta. Al menos, he sido una buena rival.

–Tu técnica ha mejorado muchísimo durante el mes que llevas en clase. Y lo que posiblemente te falte técnicamente, lo tienes para clavar el personaje emocionalmente. Confía un poco en ti misma. Estoy seguro de que tú serás la Cenicienta de mi Príncipe azul.

La risa juguetona de Maude resonó como una cascada y Thomas no pudo evitar mirarla con admiración.

–¿La Cenicienta de tu Príncipe azul? –preguntó con sarcasmo—. Has olvidado que Cenicienta, como personaje epónimo, es el personaje principal, y el Príncipe azul no es más que un complemento para alcanzar su felicidad – se burló Maude.

–Eso es porque Rossini no sabía que yo, Thomas Bradfield, interpretaría ese papel algún día y que eclipsaría a Cenicienta por completo.

–Creo que debería avisar a la Sra. Tragent de que no te elija o tu ego arruinará toda la ópera.

–¿Y qué te hace pensar que escucharía a su alumna más novata?

–¡Eh! ¿No acabas de decir que he mejorado muchísimo durante este mes? – preguntó Maude un tanto indignada.

–He dicho que has mejorado. Nunca dije que te convertirías en la confidente de la Sra. Tragent.

–Por supuesto –reconoció Maude—. Ni siquiera sé si tiene amigos o familia. Es dura y fría. Supongo que no todos pueden tener a Thomas Bradfield como amigo.

–Supongo que no –sonrió satisfecho—. Lo bueno es que solo tendremos que esperar un par de días para conocer el resultado.

Maude asintió y de repente notó un nudo en la garganta. Incluso un par de días le parecían años. No quería que Lindsey obtuviese el papel. Miró a Thomas a los ojos y sintió que no le importaría lo más mínimo ser la Cenicienta de su Príncipe azul.



–EL YEMBÉ ES UN INSTRUMENTO muy popular en los países del oeste de África, especialmente en Mali, de donde es originariamente.

–Empecé a investigar acerca del yembé y leí que también se utilizaba en la música occidental. Artistas como Ben Harper y Jason Mraz lo han usado en sus grabaciones –comentó Maude.

–Exacto –asintió Victoria. Le encantaba transmitir sus conocimientos y estaba contenta de ver a Maude tan entusiasmada por aprender a tocar el yembé.

–En cuanto al sonido, la gente piensa erróneamente que tocar el tambor es golpear el instrumento con todas tus fuerzas. Eso no es verdad, la técnica es tan importante como con el resto de instrumentos, por ejemplo, como con el piano.

–Una pregunta, Victoria –se preguntó Maude–. ¿Aprendiste a tocar el yembé en Nigeria o después de mudarte a Estados Unidos?

–Empecé en Nigeria, pero continué después aquí. No hay muchas mujeres que toquen el yembé, ya que tradicionalmente ha sido un instrumento que tocaban los hombres. Pero eso no me detuvo –explicó Victoria con un destello travieso–. Normalmente, se toca en un grupo con otros yembés y con gente bailando, aplaudiendo y cantando al ritmo de la música.

Maude escuchó y observó a Victoria, golpear el tambor con la palma y con la yema de los dedos, cerca del borde y en el centro del instrumento. La alteración de la posición de su mano generó sonidos altos, medios y bajos respectivamente, en un patrón rítmico complejo. El amor de Victoria por su país se reflejaba en la maestría con la que tocaba el instrumento, con calma y concentración y con una tierna sonrisa.

–¿Por qué se mudó tu familia a América? –se aventuró Maude a preguntar–. Da la sensación de que amas mucho Nigeria, no entiendo por qué tu familia quería irse.

Victoria dejó de tocar y su mirada se desvió.

–¿Has oído alguna vez algo acerca de la Guerra de Biafra? –preguntó ella.

Maude negó con la cabeza. La historia era uno de sus asignaturas favoritas, pero no estaba segura de haber escuchado algo acerca de esa guerra.

–Fue un conflicto terrible que ocurrió en Nigeria cuando yo tenía diez años. Mi familia y yo huimos de la guerra –explicó, su voz sonaba distante.

Maude lamentaba haber obligado a Victoria a revivir aquellos dolorosos recuerdos, no podía soportar la idea de la guerra. Se estremeció involuntariamente y miró a Victoria preguntándose si su visible tristeza tenía relación con la Guerra de Biafra.

–La guerra terminó hace años –continuó Victoria–. Pero mi vida está aquí ahora.

Victoria vio la expresión de angustia de Maude y no quería entristecerla, se aclaró la garganta y forzó una sonrisa.

–Ahora coge tu yembé. No se va a tocar solo, ¿sabes? –dijo en un intento de mostrar despreocupación.

Maude miró a Victoria con adoración y cogió su yembé con un nuevo sentimiento de admiración. No había nada que aquella mujer no pudiera superar.



LA NOCHE ANTES DE QUE publicaran los resultados de las audiciones de la Cenicienta, Maude apenas pudo pegar ojo. Permaneció despierta por el torbellino de emociones. ¡Deseaba tanto ese papel! Actuar ante un público de verdad sería un hito en su existencia, y más si era interpretando a *La Cenicienta* de Rossini.

Al mismo tiempo, quería que James y Victoria se sintiesen orgullosos de ella. Le habían dado tanto...Una casa, ropa, comida, amabilidad y, lo más importante, el sentimiento de pertenecer a algún sitio. Maude quería devolverles todo aquello del único modo que sabía: cantando.

A la mañana siguiente, cuando se presentó en el Teatro Morningside, acompañada por Jazmine, tenía claro que aceptaría el resultado, fuese cual fuese, con la valentía de un vikingo y la serenidad de un filósofo.

–Si no consigues el papel, ahogaremos nuestras penas en cubos de helado –le aseguró Jazmine.

Maude asintió débilmente. No quería decir ni una palabra hasta que no supiese el resultado.

Cuando se acercaban al teatro, las chicas vieron a Thomas rodeado por una alegre multitud de gente que le felicitaba mientras le seguía.

Maude sonrió.

–¡Thomas ha conseguido el papel protagonista masculino! ¡Vamos a felicitarle! Se merecía ese papel.

–¿No quieres saber primero tus resultados? –preguntó Jazmine apresurándose tras Maude.

De repente, una chica de pelo corto rubio gritó:

–¡Un hurra por Maude, la nueva Cenicienta!

El corazón de Maude se detuvo durante un segundo. ¿Podía ser cierto? Maude corrió a ver los resultados que estaban colgados en la entrada del teatro.

Totalmente cierto, su nombre estaba allí: «Maude Laurent, Cenicienta».

Jazmine y Maude chillaron de la alegría y se abrazaron.

–Felicidades, Maude –dijo Jazmine mientras la achuchaba con fuerza.

Cuando Jazmine la soltó, Maude dio un paso atrás y chocó con alguien. Se giró encontrándose con la disgustada Lindsey, que acababa de ver el resultado. Maude se giró para ver qué papel le habían dado a Lindsey.

–Clorinda –leyó Jazmine con una sonrisa de satisfacción–. El papel de la hermana malvada te va que ni pintado, Lindsey. Además, veo que eres la suplente para Cenicienta. ¡Suplente! –se burló Jazmine.

–¡Jaz! –advirtió Maude con tono suave.

Maude miró a Lindsey y no pudo evitar sentir una creciente simpatía hacia la chica que había sido bastante cruel con ella desde que había llegado. Lindsey permaneció en silencio por un momento, su rostro parecía contener las lágrimas y la ira al mismo tiempo. Su labio inferior tembló durante una fracción de segundo. Se enderezó en un intento de dignidad y se volvió hacia Maude.

–No te mereces este papel. No has estado más de dos minutos en las clases de la Sra. Tragent. Tu voz es muy débil, tu técnica es prácticamente nula. ¡No puedes actuar, no puedes cantar, apenas puedes terminar los ejercicios vocales!

La incipiente empatía de Maude se disolvió en el aire de forma instantánea.

–Tienes derecho a tener tu propia opinión –dijo Maude con elegancia. Estaba demasiado contenta como para dejar que el malhumor de Lindsey le afectara.

–Maude se merece el papel, y lo sabes, Lindsey –intervino Thomas mientras se acercaba al pequeño grupo.

–Deberías estar agradecida de que la Sra. Tragent te haya dado un papel en la ópera –añadió Jazmine.

–Destrozaré la obra, ya lo verás –dijo Lindsey con una sonrisa burlona–. Lo bueno es que yo estaré ahí para recomponer los pedazos. ¡No digáis que no os lo advertí! –gritó mientras se alejaba.

–No la escuches, Maude –dijo Thomas.

–Lindsey no puede entristecerme –rió Maude–. Enhorabuena Sr. Príncipe azul.

–Felicidades a ti también. Estoy seguro de que juntos haremos muy buen trabajo –contestó con solemnidad.

Maude asintió enérgica, después buscó su teléfono.

Se moría de ganas de contárselo a James y Victoria.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando Maude entró en la sala de creación, se encontró a Matt tras el piano, con el ceño fruncido intentando concentrarse mientras deslizaba los dedos con gesto enfadado por las teclas del piano. Se detuvo y, sin darse cuenta de que Maude estaba ahí, comenzó de nuevo, insatisfecho aún con el resultado.

Cuando lo intentó por cuarta vez, Maude tosió para que se percatase de su presencia.

Él se dio la vuelta, Maude se alegró de ver que se sorprendía al verla por una vez.

–¿Sorprendido de verme? –preguntó Maude, dejando su abrigo en el sofá naranja.

–No sabía si volverías después de lo de la semana pasada –respondió Matt.

–Debes tener muy mala impresión de mí. Aún tenemos un álbum que escribir, y no creas que voy a rendirme.

–No tengo mala impresión de ti, Maude. Todo lo contrario –dijo Matt, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia ella–. Quería disculparme por lo de la semana pasada. Fui muy desconsiderado.

–Puedo aceptar una crítica constructiva, Matt. No soy tan débil.

–No me refería a eso. Jaz me dijo que tus padres habían fallecido, y me sentí como un idiota por llamarte mimada. Jazmine dijo que yo no era mejor que Peter Longarm, probablemente ese sea el peor insulto que haya recibido en toda mi vida.

Maude sonrió.

–Ese chico no tiene nada de tacto, y eligió deliberadamente las palabras que pronunció. Por otro lado, tú no sabías nada acerca de mí. Supongo que lo que intento decirte es que acepto tus disculpas. Además, tenías razón con lo de que ahondase más en mis sentimientos. Gracias a tu consejo he conseguido el papel de Cenicienta. La Sra. Tragent colgó ayer los resultados –dijo Maude satisfecha.

–Me alegra haberte ayudado –dijo Matt con calma. Le gustó que Maude le diese las gracias. Definitivamente era un cambio positivo y la prefería así que enfadada. Aunque también le resultaba una fuente de diversión inagotable.

–Oye –continuó–, yo también siento haberme reído de tu canción «Doctor amor». No debí imitarte así. Yo...

–No te preocupes –dijo Matt dirigiéndose hacia el piano–. En realidad, lo tomé como un cumplido.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que has estado indagando sobre mí en Internet. Que desearas saberlo todo sobre mí me resulta muy tierno.

Matt, que creía que solo estaba burlándose de Maude, no sabía que, en realidad, ella había estado buscando información acerca de él bastante rato.

En realidad, no lo llamaría indagar en sí, prefería verlo como echar un vistazo a su currículum.

–No es verdad –protestó Maude, le ardían las mejillas–. No soy una de tus *groupies* –aseguró con firmeza cruzándose de brazos.

–Te sabías la letra de memoria –señaló Matt, estaba disfrutando viéndola molesta.

–Porque es demasiado pegadiza. Sabes mejor que nadie que no es una letra difícil de memorizar. Quizás tengas que ahondar más en tus sentimientos.

–Eso es lo que hice. Escribí «Puentes en llamas», el primer éxito de Lindsey Linton.

–No me sorprende nada que te llevases bien Lindsey –contestó Maude sin esconder su desaprobación–. ¡Estabais hechos el uno para el otro! Probablemente seáis las personas más egoístas, engreídas y arrogantes que jamás he conocido.

Sin desanimarse, Matt sonrió y dijo:

–Hubo rumores acerca de nosotros, pero...

–¿Sabes una cosa, Matt? –le interrumpió Maude enfadada–. No quiero saber nada acerca de Lindsey, o nada que tenga que ver contigo o tu vida amorosa. No somos amigos, ¿lo recuerdas?

–Tienes razón –respondió vagamente Matt, y eso enfureció a Maude mucho más–. Porque si fuésemos amigos no habría ningún problema en que me escuchases hablar de mi vida amorosa. Imagino que no puedes imaginarme con otra chica –dijo, divertido por la expresión de absoluta indignación que se expandió por el rostro de Maude.

Su rostro era tan expresivo en aquel momento que, aunque su vida dependiese de ello, no habría podido ocultar un solo sentimiento. Daba la sensación de que estaba a punto de abalanzarse sobre él.

–Aunque molestarte es bastante divertido, intentemos comportarnos como profesionales –sugirió Matt.

Maude asintió, demasiado enfadada como para hablar y más enfadada aún por el hecho de que sí que le importaba si había tenido o no una relación con Lindsey.

–Trabajé como un loco durante la semana pasada en tres canciones nuevas: «Dejándote atrás», «Temeraria», y mi favorita, «Amanecer». Echa un vistazo a las notas.

Maude cogió la partitura, aliviada por haber cambiado de tema. Miró rápidamente las notas, su rostro se suavizó al leer las notas. Respiró de forma

más pausada y relajada y comenzó a cantar.



MIENTRAS DUERMES ESTÁS tan tranquilo,
Podría observarte con todos mis sentidos.
Inmerso en un sueño tan profundo,
Esto es amor, no me confundo.
Los rayos del sol aparecen de repente,
La luz sobre tu rostro ilumina mi mente.
Tu sonrisa aleja mi temor,
Las sombras no podrán vencer, mi amor.



MAUDE PARÓ Y SE GIRÓ hacia Matt.

–Es bonita –susurró.

–Estaba inspirado cuando la escribí –dijo suavemente, sus serios ojos grises la miraban.

Recordó la mañana en que la que se dirigía hacia Maude y ella estaba practicando junto a la ventana. Esta canción era la única forma de poder expresar con palabras la imagen de la luz del sol en su rostro.

Maude creyendo que estaba hablando de Lindsey, se dirigió apresuradamente hacia el piano.

–Entonces, cuando entré ¿cuál era esa canción tan difícil que intentabas tocar? ¿Era «Dejándote atrás»? Si quieres podemos practicarla juntos.

Cuando se sentó frente al piano, un brillante rayo de sol se posó suavemente en su rostro, toda ella parecía etérea.

Matt sonrió con calma y dijo:

–«Amanecer» es la que me está resultando complicada. Trabajamos en esta primero, ¿vale?



–TUS DEDOS ESTÁN NUMERADOS del uno al cinco, tu pulgar es el número uno–explicó Maude–. La posición de la mano es esencial. No inclines tus dedos así. Imagina que estás sosteniendo una pelota. Baja la muñeca –indicaba Maude suavemente.

Maude le estaba dando al impaciente de Ben su primera clase de piano.

Los dos estaban sentados en la silla del piano blanco de la marca Yamaha, y Ben estaba haciendo todo lo posible para no presionar todas las teclas a la vez.

–Dime, Maude, ¿cuándo podré tocar Beethoven y Chopin como tú?

–Necesitarás mucha práctica, Ben. No se consigue de la noche a la mañana.

Ben suspiró.

–¿Qué pasa? –preguntó Maude preocupada.

–Ningún instrumento encaja conmigo –explicó Ben.

–No has probado los suficientes instrumentos como para rendirte.

–Mis hermanas se sintieron atraídas súper rápido por los instrumentos que eligieron, casi como hipnotizadas por ellos. Dominaron sus instrumentos en muy poco tiempo.

–Puede que fuese así. Sin embargo, para nosotros, los simples mortales, lleva tiempo y mucha práctica. Aún quedan meses para que tengas que elegir.

–¿Qué pasará si no encuentro el instrumento correcto?

–Estoy segura de que a tus padres no les importará que lo elijas después de los doce. Tu elección no debe impedir que ames otros instrumentos. Mira tu madre, por ejemplo. Ella toca el yembé y otros instrumentos de percusión.

–Yo quiero saber lo que sientes cuando tocas el piano. Tus ojos brillan cada vez que te sientas en uno, y pasas horas y horas en esta silla. ¿Cuándo empezaste a tocar?

–Cuando cumplí once años –reflexionó Maude–. Es gracioso. Supongo que seguí tu tradición sin saberlo. No tuve acceso a muchos otros instrumentos a excepción de una flauta dulce, que es el único instrumento que aprendemos a tocar en la escuela en Francia. Tienes suerte, Ben.

Ben, con los hombros caídos, no parecía creer que era afortunado.

–Tal vez deberías ampliar tu búsqueda –sugirió Maude–. Solo has probado instrumentos que ya conoces. El mundo es enorme. Deberías probar algo completamente nuevo, sin inhibiciones ni ideas preconcebidas.

Los ojos de Ben se iluminaron de repente, y saltó del taburete.

–¡Gracias, Maude! –gritó, abrazándola fuerte.

–¿Qué hay de esa clase de piano? –gritó mientras se dirigía hacia la puerta.

–¡No es necesario! –respondió.

Maude suspiró. De todos modos, no era muy buena profesora. Por un minuto, extrañamente, había visto en sí misma a una versión más joven de la

Sra. Tragent.



Capítulo 8



–¿QUIZÁS PODRÍA CANTAR «París» en un tono más alto? –sugirió Maude.

Una mañana de sábado de finales de febrero, Maude estaba tumbada en el sofá naranja de la sala de creación, mientras Matt estaba en el piano. Aquella mañana, habían decidido reunirse antes de lo habitual para terminar «París» de una vez por todas y empezar una canción nueva. Resultó ser mucho más complicado de lo esperado. A pesar de que Maude había escrito la letra, Matt sentía que faltaba algo, pero no sabía qué. Como buen perfeccionista que era, se había negado a enseñarle a James Baldwin una canción que no fuera perfecta.

–No, el problema no es el tono. Eres *mezzo*. No queremos que tu voz pierda la estabilidad o la canción será un desastre.

Maude bostezó. Había pasado todas las tardes de las últimas dos semanas en ensayos. La Sra. Tragent estaba siendo más estricta que nunca, lo que agradaba a Lindsey. El papel de Clorinda le iba a la perfección, y además estaba practicando el papel de Cenicienta como suplente, pero Maude se negó a molestarse por eso. Lo que sí le agotaba era tenerla siempre pegada como una lapa. Thomas, como el Príncipe azul, pasaba horas practicando con ella, incluso después de que la Sra. Tragent se fuese del teatro. Maude intentó ocultar un segundo bostezo, sin embargo, Matt se percató.

–Estás cansada, y con razón. Hemos estado trabajando en esta canción durante dos horas y el sol casi no ha salido todavía. ¿Por qué no bajamos a la cafetería a por un café y unos bollitos?

–Creo que ya he tomado suficiente café esta mañana. Desde que empezaron los ensayos he tomado una buena dosis diaria de cafeína. Gracias a Dios que no hemos empezado a grabar todavía.

–Grabar es una de las mejores partes de crear un álbum –dijo Matt–. Y *La Cenicienta* es una ópera divertida y romántica. Creo que cualquier chica disfrutaría en el papel principal de un cuento de hadas.

–Lo disfrutaría si pudiese dormir por las noches antes de ir a ensayar. Creo que necesito ir a dar un paseo. Me da la sensación de que llevo semanas sin ver el cielo –dijo Maude bostezando abiertamente.

–Dime al menos que has hecho un buen tour por Nueva York.

–He ido de visita a Manhattan con Jaz.

–En primer lugar, Jaz piensa que Manhattan es Nueva York, pero no es así.

¿Has visitado otros distritos? ¿Brooklyn? ¿Queens?

Maude negó con la cabeza.

–¿Has ido a ver la Estatua de la Libertad?

Maude volvió a negar con la cabeza.

–¿Coney Island?

–No he tenido tiempo de visitar todos esos sitios. Tengo mucho que aprender sobre música. Nueva York puede esperar.

–No, no puede. Adoro a los Baldwin, pero comen y beben música y, a veces, olvidan que hay otras cosas interesantes en la vida aparte de eso.

–De acuerdo, me cogeré libre el sábado que viene e iré a visitar Nueva York. ¿Podemos terminar ya esta canción? Va a terminar haciéndome vomitar. Lo hemos intentado de mil maneras diferentes: alto, bajo, lento, rápido. Estoy cansada de trabajar en la misma canción una y otra vez –exclamó Maude exasperada, arrojando sus apuntes al aire. Flotaron un poco antes de caer al suelo, del mismo modo que las hojas que caen de un árbol cansado y otoñal.

–Vale, suficiente, Maude –rio Matt–. Cuando un cantante empieza a odiar sus propias canciones, significa que necesita un descanso. Coge tus cosas y tu abrigo, nos vamos.

–¿A dónde?

–¿Confías en mí? –preguntó Matt, sus ojos grises centelleaban.

–Desde luego que no –respondió Maude, cruzándose de brazos.

–No importa –replicó Matt, impasible –. Coge tus cosas, te secuestraré por un día.

–Tengo ensayo a las seis.

–Vale. Tenemos un día entero para nosotros, y haremos buen uso de él.

Maude le miró con recelo.

–Creo que acepto –se rindió–. Solo porque estoy harta de estar encerrada en una sala que hoy parece más una sala de tortura que de creación.

–Te lo dejaré pasar porque estás cansada, pero que sepas que nadie se mete con Violetta.

–¿Tu sala de creación tiene nombre? –preguntó Maude mientras se colocaba el abrigo y los guantes–. Si no estuviese tan cansada me sorprendería. Déjame adivinar. O Violetta fue tu primer amor o eres fan de la ópera italiana *La Traviata*.

Matt la miró, visiblemente impresionado.

–Veo que te lo sabes. Tenías razón en la segunda.

–Ponerle nombre a una habitación con nombre de chica es algo ridículo, tus cumplidos no harán que cambie de opinión. ¿Cómo se llama tu coche? ¿Carmen?

Matt rio mientras llamaba al ascensor.

–Me lo agradecerás cuando vivas el mejor día de tu vida.

–Eso depende. ¿A dónde me llevas primero?

Matt negó con la cabeza.

–Nada de preguntas. Hoy tienes que seguirme con total confianza.

–¿Crees que soy la típica chica que seguiría confiada a un tipo cualquiera por las calles de Nueva York?

–En primer lugar, no soy un tipo cualquiera. En segundo lugar, pareces la típica chica que debería recibir una clase sobre confianza.

Iban por la acera de la calle. Hacía frío y Maude se ajustó mucho más la bufanda al cuello. Resfriarse estaba estrictamente prohibido antes de la actuación de la Cenicienta. Lindsey sería tan feliz.

El sol apenas había salido, pero la ciudad ya estaba llena de vida. Los hombres llevaban trajes negros, y las mujeres elegantes abrigo de invierno, corrían de un lado a otro como hormigas en una enorme granja de hormigas, todos sabían a dónde se dirigían, y no tenían tiempo que perder. Los hombres y mujeres de negocios salían de interminables líneas de taxis amarillos que no tenían que esperar demasiado para recibir nuevos clientes, que se metían apresurados en los vehículos. Llegó el turno de Matt y Maude para meterse dentro de un taxi que Matt había llamado.

–¿A dónde van? –preguntó el taxista, sin apenas mirar los pasajeros.

–Battery Park –respondió Matt, reclinándose sobre su asiento.

El taxista, que tenía una barba tan espesa que casi ocupaba todo su rostro, miró por el retrovisor con curiosidad, sus pequeños ojos con forma de diamante se fijaron en Matt. Sus diminutos ojos se salieron de sus órbitas.

–¡Eh! Eres ese cantante. ¡Matt! –gritó emocionado.

Matt sonrió con calma y asintió.

–Llama al Doctor amor porque mi corazón se rompe –cantó el conductor, desentonando totalmente–. Perderte, mi amor, es perderlo todo. ¡Oh, maldita sea, mi hija te adora...!

–Al parecer, no solo su hija...–susurró Maude.

–En serio, me tenía loco con esa canción. ¿Te importa firmarme un autógrafo?

Estaban en un semáforo en rojo y el taxista agitaba un anuncio arrugado de pizza en Queens frente a los ojos de Matt. Él se rio y lo cogió.

–Está bien, ¿qué quiere que ponga?

–¡Tim, eres el mejor! –dijo con entusiasmo.

–¿El nombre de su hija es Tim?

–Vale, vale. Ese es para mí –admitió–. Puedes firmar otro para Kim, mi hija. Más le vale no cabrearse conmigo más después de esto.

Todos rieron y la luz del semáforo se puso verde.

–Vamos al Battery Park.

–¿Vais a coger el ferri? ¿Vais a hacer un poco de turismo?

–Exacto. Maude lleva más de un mes en Nueva York y aún no ha visto la ciudad.

–Vaya, es una pena. Al menos Matt es un buen guía.

–Supongo –dijo Maude. Dudó si «bueno» y «Matt» se podían utilizar en la misma frase.

–En un par de meses, podrá decirle a sus amigos que llevó en el taxi a la famosa Maude Laurent –dijo Matt.

–¿También eres cantante? –preguntó Tim emocionado.

–En realidad...–dudó Maude.

–Es increíble –le cortó Matt–. Es una cantante, cantautora y pianista de mucho talento. Estamos trabajando en su primer álbum y con una voz como la suya dará mucho de lo que hablar.

–Estás en buenas manos, Maude. Es importante tener a alguien que confie tanto en ti –dijo Tim–. Aquí os dejo. ¡Divertíos, chicos!

Maude y Matt se abrieron paso entre la multitud para comprar los billetes del ferri. Maude notó las miradas que convergían hacia él y que él fingía no ver. Matt siempre estaba a gusto, hasta el punto de irritar, daba la sensación de que nada podía afectarle. ¿Pensaba en realidad eso de ella? A excepción de James Baldwin, Maude no estaba acostumbrada a que la gente confiase en ella. Siempre había confiado en sí misma, pero desde que llegó a Nueva York, estaba muy impresionada con todo lo que tenía que aprender. El trabajo duro no la asustaba.

–Listos para subir a bordo. Sígueme –gritó Matt, moviendo los billetes.

Cientos de personas se subieron al ferri. Maude siguió a Matt hacia la cubierta.

–Espero que no te marees en el mar –dijo Matt, inclinándose sobre la barandilla.

–Espero que sepas nadar hasta la orilla si te tiro por la borda –respondió Maude.

–Sería una pérdida muy trágica para el mundo si me ahogo. Imagina los titulares: «Estrella del pop de dieciséis años asesinado por una fan loca».

–¿Necesitas que te recuerde que no soy tu fan?

–Lo dejaste muy claro, pero así no es como lo verá la prensa.

La bocina del ferri anunció la salida. Maude se apoyó sobre la barandilla para ver el bote alejarse lentamente. Respiró feliz, el aire del mar llenó sus pulmones, cerró los ojos, apretó las manos en la barandilla. Abrió de nuevo los ojos y miró el agua, las olas rompían firmemente contra el barco, el viento, acompañado por el canto de las gaviotas, murmuraba en su oído.

–La música está por todas partes –dijo Maude con suavidad–. Está en el agua, en el zumbido del viento, en el canto del pájaro, en la bocina del barco. El ritmo nos rodea. Ese es uno de los mejores regalos de la vida.

–Estoy de acuerdo. En una gran ciudad como Nueva York, encuentras la inspiración en todas partes. Esta ciudad tiene gran variedad de ritmo, pero también hay que pararse a escuchar.

–Así es como me sentí también en París. Por primera vez en mi vida, sentí el acelerado ritmo de la ciudad. En Carvin, el ritmo es lento, casi sin vida. Me sentía atada.

Matt miró a Maude. Su rostro tranquilo mostraba satisfacción. Había hecho muy bien sacándola del estudio por un día.

–No pienses hoy en Carvin. Piensa solo en el presente. Tú y yo, aquí y ahora. ¿Vale?

–Tú eres el guía –le concedió Maude–. Y uno muy bueno según Tim.

–Tim es un tipo muy inteligente –dijo Matt, con un destello humorístico en sus ojos.

–Excepto por su gusto musical –bromeó Maude.

–Siento disentir.

Mientras reían, Maude pensó que tal vez pasar un día libre con Matt no era tan mala idea después de todo. Miró su rostro de lejos y le sorprendió la belleza de sus rasgos faciales, como si un escultor invisible los hubiese moldeado. Tal vez debería conocerlo mejor antes de juzgarlo y verlo como una estrella egocéntrica y detestable.

Todos estos pensamientos se hicieron añicos bruscamente por una gran cantidad de chillidos, llantos y gritos.

Un grupo de fanáticos se abalanzó sobre Matt, apartando bruscamente a Maude.

–¡Ay! –gritó cuando la empujaron contra la barandilla.

Por supuesto, nadie la escuchó. Matt estaba demasiado ocupado haciéndose fotos, firmando autógrafos y riéndose con sus seguidoras femeninas.

Maude se dio la vuelta, irritada, pero tuvo que detenerse cuando una chica morena y guapa colocó su cámara en las manos de Maude a la fuerza.

–¿Nos podrías hacer una foto? –preguntó, aunque parecía más bien un orden.

Maude la fulminó con la mirada y antes de devolverle bruscamente la cámara, contestó:

–Claro –respondió con sarcasmo.

No es que a ella le importase lo más mínimo que un montón de chicas pululasen alrededor de Matt, se dijo a sí misma. Solo quería pasar un día tranquilo y sin incidentes descubriendo la ciudad. Hizo una mueca al escuchar a Matt reírse de ella y reflexionó seriamente sobre las diferentes formas en las que podría empujarlo por encima de la barandilla y que pareciese un accidente.

–Mira, Maude –la llamó Matt, interrumpiendo sus pensamientos homicidas–. Hemos llegado –abandonó su grupo de admiradores que le dejaron marcharse de mala gana mientras se dirigía a Maude.

Maude alzó la mirada para contemplar la belleza de la Estatua de la Libertad cuando el ferri se acercaba a Liberty Island.

La majestuosa estatua sostenía con valentía su antorcha dorada, su cuerpo estaba cubierto por una solemne toga de cobre, un rostro que expresaba firme determinación. Su corona brillaba bajo la suave luz del sol de la mañana y se mantenía imperturbable mirando cómo los visitantes salían a toda prisa de sus ferris. Maude y Matt se apresuraron para salir con el resto de pasajeros. Maude rara vez había sentido esa sensación mientras corría hasta lo alto de la estatua. También apresuró a Matt, que estaba satisfecho de verla ansiosa como una niña que espera para abrir sus regalos de Navidad.

Cuando llegó a la corona, seguida por Matt, se detuvo y cogió aire. Aunque hacía fresco, un rayo de sol cálido dio calor a Maude mientras contemplaba la magnífica vista que se extendía ante sus ojos. Frente a ella, se

encontraba la ciudad en todo su esplendor, separada por el mar, pero tan cerca que casi podía tocarla.

Matt sacó el móvil del bolsillo e hizo una foto a Maude, su rostro embelesado había quedado para la eternidad.

–¡Eh, tienes que avisarme antes de hacerme una foto! –gritó ella–. Algún día, valdrá mucho dinero. No quiero que termine en las manos equivocadas –añadió con tono bromista.

–Demasiado tarde –respondió él, haciéndole más fotos mientras ella protestaba–. Sales muy guapa, no te preocupes.

–¡Dame eso! –exclamó mientras intentaba quitarle el teléfono de las manos. Forcejearon durante cinco minutos antes de que Maude, sin aliento, lograra quitarle el teléfono de las manos.

En ese instante, Maude empezó a hacerle fotos. Él intentaba taparse el rostro.

–Sr. Matt, ¿qué se siente al ser acosado constantemente por los *paparazzi*?

–Bueno, te acostumbras. Te acostumbras rápido. Solo quiero ser un tipo normal –respondió con tono falso.

–No te creo para nada –dijo Maude–. Vi tu cara mientras te hacías fotos con tu frenético club de fans. Te encanta, ¿verdad? La fama, la fortuna, sentirte admirando. No sabrías que hacer con tu orgullo si te convirtieses otra vez en un adolescente normal. Admítelo o no te devuelvo el móvil.

–No me da vergüenza admitirlo. Me encanta –admitió–. Pero, por otro lado, tú tienes que admitir que te los estás pasando genial y que yo tenía razón cuando dije que tenías que salir de Soulville Records.

–Me niego a admitir tal cosa –dijo Maude, levantando bien la cabeza–. Además, el día aún no ha terminado, aún hay tiempo para que lo estropees –añadió, lanzándole el teléfono despreocupada.

–Tienes razón, el día no ha terminado y me muero de hambre. Vamos a comer. Y sé exactamente dónde.



–¡MATT! ¡HAS VUELTO! –exclamó una niña de ocho años con abundante pelo recogido en una cola tirándose a sus brazos.

Matt y Maude acababan de entrar en Las Fajitas, un restaurante mexicano de Brooklyn. Maude admiraba todo lo que le rodeaba. El lugar era acogedor y divertido al mismo tiempo. La temática de la decoración era el desierto, había sombreros colgados en las paredes y cactus junto a cada mesa de mantelería

roja. El lugar estaba envuelto por la música, de hecho, algunos clientes bailaban al ritmo de la salsa que interpretaba una banda de guitarras, tambores y maracas.

–Por supuesto que he vuelto –dijo Matt, abrazando cálidamente a la niña–. ¿Cómo estás, Anita? ¿Dónde están Rosa y Eduardo?

–Ahora vienen. Yo estoy bien, se me han caído dos dientes de delante. ¿Lo ves?

Anita mostró con orgullo el hueco que había en sus dientes como si estuviese enseñando un trofeo.

–Qué bien –dijo sonriendo–. Seguro que el Ratoncito Pérez te ha traído un regalo, ¿no?

–¡Sí! Ahora soy rica, Matt. Puedo comprarte un descapotable si quieres. ¿Quién es? –preguntó señalando a Maude.

–Buena pregunta, Anita. ¿Quién es esta chica tan encantadora que has traído a nuestro restaurante? –preguntó una imponente mujer de pelo oscuro y con un delantal que salía de la cocina, la seguía un hombre delgado y de cabello oscuro.

–¡Rosa! ¡Eduardo! –exclamó Matt antes de que le abrazasen con fuerza.

–¡Llevamos años sin verte! Nos has descuidado. Estás tan delgado, Matt. ¿Qué has estado comiendo?

–Vine el mes pasado, Rosa. No es tanto tiempo. Además, he estado muy ocupado trabajando en el álbum de Maude. Maude, esta es Rosa, la mejor cocinera de Nueva York.

–¿De Nueva York? Querrás decir del mundo. Encantada de conocerte, Maude. Matt nunca trae amigos aquí. Llegué a pensar que se avergonzaba de nosotros.

–Eso nunca, Rosa –aseguró Matt–. Me avergonzaba de mis amigos. Maude, sin embargo, es presentable. ¿Os queda alguna mesa?

–Ay, Matt. Sabes que aquí siempre hay sitio para ti –dijo Eduardo mientras les hacía un hueco en el abarrotado salón.

–Aquí os podéis sentar y disfrutar, os cocinaré lo que queráis. Estáis muy delgados. Pedid lo que queráis, invita la casa –dijo Rosa saliendo antes de que Matt pudiese rechistar.

Eduardo se inclinó hacia Matt y le dijo:

–Sabes que lo único que quiere es que cantes en ese escenario, puedes hacerlo después de comer –dijo guiñándole el ojo a Maude antes de irse.

–Parecen personas muy agradables –sonrió Maude.

- Son los mejores y la comida es increíble.
- En realidad, no sé qué pedir. Nunca he probado la comida mexicana.
- El Machaca es muy buen plato, deberías probarlo.
- Vale, si tú lo dices.
- Vale, iré a decírselo.

Matt se apresuró a la parte trasera del restaurante mientras Maude miraba a los músicos descansando junto a sus instrumentos.

Cuando Matt volvió, traía dos grandes bebidas con sabor a fruta y diminutos paraguas rojos en el borde.

–Mientras esperamos –dijo, colocando la bebida frente a ella.

–Este lugar es genial –dijo Maude mientras bebía.

–He venido aquí durante años. Anita apenas caminaba la primera vez que puse un pie aquí.

–¿Fue antes o después de que te hicieras famoso? –preguntó Maude maliciosamente.

–Antes, pero eso no importa. Para ellos, siempre seré su Matt.

Maude lo miró pensativa y le preguntó:

–Tengo una pregunta. Si te encanta ser el centro de atención, ¿por qué te has tomado un descanso de dos años después de haber lanzado tres álbumes ganadores del Premios Grammy?

–Estaba harto de Glitter Records. No quería seguir trabajando con ellos –admitió–. Me negué a seguir siendo su títere.

–¿Puedo darte mi sincera opinión? –preguntó Maude–. Creo que tu álbum debut Matt, estaba bien. Pusiste mucho sentimiento en él. Tu segundo álbum, «Superstar», fue horrible. Los singles «Viviendo la vida» y «Lo más», no tienen profundidad. En cuanto a «Doctor amor», ya sabes lo que pienso.

–Estoy totalmente de acuerdo contigo. Cuando me descubrió Glitter Records, estuvieron dispuestos a promocionarme como el cantante y compositor que era. Participé plenamente en la creación de mi álbum: «Matt», que fue un gran éxito, mucho mayor de lo que creían. Trabaje prácticamente un año en la creación del álbum. «Superstar» se creó en un mes y no escribí ni una sola canción. Detestaba ese álbum. ¡Querían que lanzase un nuevo single casi todas las semanas! Con Matt, lancé tres singles, pero con «Superstar», lancé siete en total. Aquel álbum para mí era una basura, pero resultó ser un éxito aún mayor –dijo con amargura.

–Lástima que por entonces no conocieses a James Baldwin, ¿eh?

–En realidad sí que le conocía, quería firmar un contrato conmigo al mismo tiempo que Glitter Records.

–¿Por qué no firmaste con él? –cuestionó Maude, preguntándose porque alguien desearía firmar con Glitter Records en lugar de con Souville Records.

–Mi padre quería que firmase con Glitter Records. Yo no quería, pero me dijo que no quería que malgastase mi tiempo. No me apoyaba demasiado con mi carrera musical, pero se las arregló para convencerme de que firmase con Glitter Records. Solo tenía catorce años –musitó.

–Entonces, ¿cómo es que tú y los Baldwin tenéis un trato tan cercano?

–Tras firmar con Glitter Records, mi padre y yo tuvimos una discusión. Dejé mi casa y, como no quería vivir solo, me mudé con los Baldwin, estuve con ellos durante dos años. Son lo más parecido que tengo a una familia, aparte de mi tía.

–¡Vaya! No tenía ni idea. ¿Y tu madre? No debe haber sido muy feliz viendo cómo te marchabas a casa de los Baldwin.

Matt miró a Maude, sus ojos se llenaron de tristeza durante una fracción de segundo. Después, sonrió débilmente y dijo:

–Mi madre murió hace cinco años de cáncer de mama.

–Oh Dios, Matt. No tenía ni idea, lo siento mucho –dijo Maude apretándose las manos.

–No pasa nada, Maude. No lo suelo mencionar, especialmente a la prensa –explicó con tristeza–. Era cantante de ópera. Mi padre le obligó a renunciar cuando yo nací. Era una mujer increíble.

–Por eso amas tanto la música.

–Exacto. Ella me enseñó todo lo que sé sobre música. Era amante de la música clásica, pero, en realidad, escuchaba todo tipo de música, por lo que me enseñó a no menospreciar ningún estilo musical. Mi padre nunca lo entendió. Nunca entendió porque a mí me gustaba el rhythm and blues, el soul, el funky, el rock o cualquier otra cosa no fuese música clásica. Cuando dejé París hace seis años y me vine a Nueva York por el ascenso de mi padre, mi madre lo vio como una gran oportunidad para que comenzase mi carrera musical. Murió un año después y nunca llego a verme triunfar.

Matt había amado y llorado, ella nunca había conocido a aquellos por los que lloraba. Dos tragedias diferentes, pero en algún modo similares en sus consecuencias. Los dos sintieron el vacío que deja la ausencia del amor de una madre. ¿Era peor perder el cálido abrazo de una madre o no haberlo conocido

nunca? Se preguntó Maude, sintiéndose más cerca de él de lo que nunca antes se había sentido.

–Estoy segura de que estaría muy orgullosa de ti –dijo Maude con suavidad.

–No estoy tan seguro –negó con la cabeza–. Estaría orgullosa de mi primer álbum, no del segundo. Cuando me di cuenta de eso, quería dejar Glitter Records, pero ya tenían listo otro álbum. Les dije que quería irme, intentaron calmarme diciéndome que podía trabajar en algunas de las canciones del tercer álbum, «Sigue adelante», y que me dejarían componer para otros artistas.

–¿Fue entonces cuando trabajaste con Lindsey? –dijo Maude con un tono ligeramente amargo.

–Exacto. Y cuando «Puentes en llamas» resultó un éxito y lanzó la carrera de Lindsey, querían firmar un nuevo contrato, en el cual me permitían crear todas mis canciones en los próximos álbumes. Pero fui más inteligente en ese momento, me dirigí directamente a Souville Records como compositor y productor en formación. Eso fue hace dos años, y aún no me he arrepentido.

–Hiciste muy buen trabajo en el álbum de Andy Thompson. Y la canción que escribiste para Diane Cameron, «Deseo», es increíble –dijo Maude con efusividad.

–¡Ajá! Al fin un cumplido de Maude Laurent –exclamó Matt con triunfo.

Maude no contuvo la sonrisa. Estaba conociendo mucho mejor a Matt, y la idea no le disgustó tanto como podría haberlo hecho antes.

–¿Crees que alguna vez lanzarás un álbum como cantante? –preguntó.

–Sí, es una opción, pero ahora estoy feliz donde estoy, contigo –respondió, sus ojos estaban fijos en ella–. Quiero decir trabajando contigo y todo eso –añadió rápidamente.

Maude se ruborizó ante su mirada, al coger su bebida casi la derrama sobre el mantel.

Afortunadamente, en ese momento, el camarero trajo la comida, y Maude centró toda su atención al plato. Cogió una cucharada de su plato y la saboreó con gusto. En aquel momento ocurrieron dos cosas al mismo tiempo. Le ardió la boca, y vio, a través de la neblina que se había formado ante sus ojos, a Matt haciéndole una foto con el móvil con risa histérica. Estaba demasiado confundida para saber realmente lo que ocurría a su alrededor. Se le secó la garganta, los ojos le lloraban desesperadamente y jadeaba para poder respirar.

–¡Agua! –dijo con voz ronca, ahogándose con la comida.

Matt, que estaba muerto de risa, le sirvió un gran vaso de agua, Maude derramó la mitad sobre la mesa y se lo bebió desesperada, como un camello que bebe agua en mitad del desierto. Después, se echó tres vasos de agua antes de poder pronunciar palabra.

–Te mato –le dijo a Matt que aún estaba riendo–. ¿Te parece gracioso? Me gustaría ver como lo haces tú. Me lo debes.

–De ninguna manera. Ya lo intenté una vez y no volveré a hacerlo. No me muero de ganas.

–¿Sabías desde el principio lo que me estaba comiendo y me has dejado comerme una cucharada gigante de esta salsa de lava? –le preguntó mientras se limpiaba los ojos.

–La foto está genial. Mira.

La cara de Maude en la foto era de puro horror, los ojos saltones, las manos en la garganta y los labios curvados.

Maude rio. Estaba muy ridícula.

–Así será tu cara cuando acabe contigo –le amenazó, devolviéndole el teléfono.

–Podemos compartir mi plato. Aquí hay para dar de comer a un ejército.

Maude asintió y compartieron la comida de Matt. Era cierto eso de que había para dar de comer a un ejército. Maude y Matt, que estaban hambrientos, terminaron el plato alegremente mientras charlaban animados, deteniéndose para masticar la comida. Eran como dos amigos que llevaban mucho tiempo sin verse que se habían encontrado y que no podían dejar de hablar para recuperar el tiempo perdido. Matt, mientras miraba a Maude, pensó que finalmente había logrado romper aquella coraza que ella se colocaba cada vez que él estaba cerca. En cuanto a Maude, rara vez había disfrutado tanto de la compañía de alguien y se sorprendió al pensar que realmente había odiado a Matt desde el principio, tras su incidente en el metro. Charlaron de todo, desde los cantantes y compositores hasta sobre sus propias canciones y sus gustos. Desde Mozart y Beethoven a Alicia Keys, John Legend, Rihanna, Nicki Minaj, Lady Gaga, Aerosmith, Marilyn Manson, David Guetta, The Rolling Stones, Lauryn Hill. Todos los artistas que Maude conocía de memoria o que acababa de descubrir, fueron analizados por los dos músicos. Cada nuevo tema era una excusa para charlar y bromear.

–¿De verdad crees que Nueva York es mejor que París? –preguntó Maude.

–¿Tú no lo crees?

–Me encanta Nueva York, pero no sabes lo que significó París para mí. Representó la libertad. Me sentí libre de Carvin, aunque solo fuese un día.

–Has sido libre en Nueva York durante más de un mes –señaló.

–Es verdad. Conocer al Sr. Baldwin fue un punto de inflexión en mi vida, y París siempre será eso para mí, sin importar cuánto adore Nueva York. Has vivido en París una buena parte de tu vida, es por eso que lo das por sentado.

–Mi misión aún no ha terminado. Deberíamos ponernos en marcha si quiero enseñarte todo lo que deberías ver –dijo mientras se levantaba.

La banda había empezado a tocar de nuevo y había algunas parejas bailando.

–¿A dónde creéis que vais? –preguntó Rosa, que había aparecido de la nada con su hija al lado–. Sabes que no vas a ninguna parte sin haber subido antes a ese escenario. Una improvisación cortita no estaría nada mal, Maude puede cantar contigo, ya que también es cantante.

–¿Qué dices, Maude, te animas?

–Nunca he hecho una improvisación –confesó Maude, con mirada tentativa al escenario.

–Es buen momento para que empieces –le instó Rosa.

–Por fa, Matt, canta para nosotros –suplicó Anita.

–Solo si Maude canta conmigo.

–Nunca digo que no a un reto –contestó Maude. Siempre hay una primera vez para todo, pensó con sarcasmo. Dado que nunca antes había improvisado, lo primero que se le pasó por la cabeza fue salir corriendo, pero una voz en su interior le hizo entender que era mejor que la torturasen en una mazmorra de la Edad Media antes que dejar que Matt notase que se sentía un poco insegura.

Escuchó la banda compuesta de tambores, guitarras, maracas, el ritmo iba cada vez más rápido a medida que Maude se aproximaba al escenario y el corazón le latía tan rápido como el sonido del tambor.

Podía hacerlo. Podía improvisar. Al menos esperaba poder hacerlo. Si Matt podía hacerlo, ella también. Y además mejor que él, pensó con un orgullo arrollador.

Matt cogió primero el micrófono y dijo:

–Hola a todos. Estaba hablando con mi amiga Maude, y me decía que París es la mejor ciudad del mundo. Yo le dije que Nueva York es la mejor ciudad. Es una chica muy cabezota y sigue insistiendo.

Definitivamente, a Matt le apasionaba el público. No había ni pizca de timidez, ni un atisbo de vergüenza. Su confianza en sí mismo se había ganado a

millones de personas en el mundo y mientras Maude le observaba comprendió el por qué. Tras su penetrante mirada y su devastadora sonrisa había algo mucho más profundo. Maude lo había notado en la sala de creación y había sido testigo de las enormes proporciones de ello: amaba la música con todo su corazón. Al igual que ella, Matt vivía para la música.

–Así que, voy a necesitar vuestra ayuda para convencerla, ¿de acuerdo? – gritó.

La multitud gritó para demostrar que estaban de acuerdo.

–Está bien, aquí va.

Eres nueva aquí,

Mira a tu alrededor

No te quedes así

Mientras la ciudad se mueve por ti.

Nueva York nunca descansa,

De sus fiestas no te cansas.

Vamos,

Baila hasta el amanecer.



EL PÚBLICO VITOREÓ mientras Maude se dirigía hacia el escenario y cogía el segundo micrófono. Cantó con tono claro las siguientes palabras:

Ratas por doquier,

Metros estropeados,

Café sobre mi cara

Y mil cosas que me escaman

La multitud animó de nuevo a Maude, ella miró a Matt desafiante antes de cantar el estribillo:

Nueva York es la ciudad para visitar,

París es la ciudad donde quiero estar.

París es mejor que Nueva York,

Date por vencido y déjalo estar.

Matt continuó:

Huelgas cada día,

Las protestas me aburrían.

Eso es París para mí.

Niña, sabes que no voy a mentir.

Nueva York es la ciudad de la libertad,

Su Estatua te invita a entrar.

Laberinto de hormigón, adorada neblina

Una mezcla de culturas bullicio lleno de vida

La ciudad que nunca está dormida.

Maude bailó al son de los tambores, golpeaba el suelo con los pies, su mente daba vueltas y aplaudía con las manos. Se detuvo y respondió levantando un poco más la cabeza:

Nueva York no está mal,

París mola más.

Música en tu mente,

Ritmo en el ambiente.

Si en Moulin Rouge te pones a bailar,

En Times Square no querrás estar.

Matt cantó:

París es una ciudad para visitar,

Nueva York donde debes estar.

París o Nueva York, ¿en cuál se está mejor?

Maude cantó:

Nueva York es una ciudad para visitar,

París donde debes estar.

Elegiría París antes que Nueva York sin dudar.

Así que date por vencido y déjalo estar.

Maude hizo una pausa y cantó despacio:

Firmemos este trato,

París está en mi corazón

Y Nueva York te quita la razón.

Ven a París

Y cambiarás de opinión.

Matt caminó hacia Maude y terminó la canción despacio:

París o Nueva York,

Donde tú estés estaré yo.

Olvida París o Nueva York,

Tú eres lo que de verdad quiero yo.



DESPUÉS, LOS DOS CANTARON:

Olvida París o Nueva York,

Tú eres lo que de verdad quiero yo

Matt y Maude terminaron de cantar, se miraban fijamente, como si nada más importase en el mundo. El corazón de Maude latía rápido mientras el sonido de los tambores se apagaba, sus ojos buscaron los de Matt, sus últimas palabras resonaban en sus oídos. Maude y Matt salieron del escenario con un fuerte aplauso.

–Supongo que no estuvo tan mal para ser la primera vez –gritó Matt sobre la multitud.

–Estuvo mejor que «no tan mal». ¿No oyes al público? –le gritó Maude.

–Hay una cosa que si es segura –dijo Matt–. Hemos terminado tu canción sobre París. Volveremos a trabajar con los instrumentos, pero esta canción está hecha Maude.

–¿Quieres decir que le presentaremos a James esta canción? –su primer single. Había terminado de escribir su canción sobre París, y era muchísimo mejor de lo que ella había imaginado.

–Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo. Hay muy buen ritmo, muy buenas respuestas entre la voz masculina y femenina. Va a ser un éxito.

–Buenas respuestas, voces masculina y femenina –repitió Maude, sintiéndose mucho menos eufórica que antes–. Sí, claro, solo eran buenas respuestas.

Matt iba a decir algo, pero la familia Delgado le interrumpió.

Anita saltó a los brazos de Matt.

–Estuvisteis fantásticos –dijo, dándole a Matt un beso sonoro.

–Que no tenga que arrastraros al escenario la próxima vez que vengáis –dijo Rosa, mientras sacudía su dedo índice delante de Matt.

–Lo prometo, Rosa –dijo él, besándole la mejilla–. Tenemos que irnos, tengo que enseñarle a Maude todo lo que se ha perdido en Francia todos estos años.

–De acuerdo, Mateo. Cuida de Maude, es un tesoro –dijo, girándose hacia Maude. Rodeó a la joven con sus brazos, la agarró con fuerza y susurró–. Necesita a alguien como tú en su vida.

Maude asintió, no estaba segura de qué responder.

–Vámonos, Maude –la llamó Matt, devolviéndole a la realidad.

Maude le siguió llena de felicidad fuera del restaurante.

–¿Tenemos que marcharnos? Este sitio es increíble.

–Lo sé. ¿Qué te dijo Rosa?

–Nada. Estábamos planeando la mejor venganza para tu broma con el plato picante Machaca.

–¿En serio? Espero que no sigas su consejo.

–Creo que sí lo haré, Rosa Delgado es una mujer muy sabia.



–¿CENTRAL PARK? –PREGUNTÓ Maude dubitativa—. ¿En invierno? ¿Estás seguro de que es buena idea? Jaz dijo que era mejor ir en verano.

–Eso es porque Jaz se niega a caminar por un sitio que ponga en peligro sus botas de Prada.

Caminaban por la nieve del parque y, aunque estaban rodeados por paisajes maravillosos, a Maude le preocupaba que sus pies se convirtiesen en dos bloques de hielo si continuaban por donde quiera que Matt la estuviera llevando. Los inviernos de Carvin eran duros, pero esto era algo completamente diferente. Sin embargo, Carvin no guardaba ninguna similitud con la belleza natural que ofrecía Central Park.

–Este sendero es impresionante –dijo Maude admirada, mientras un escalofrío le recorría la espina dorsal.

–Se llama Mall –le informó Matt. Él había paseado por aquel sendero en incontables ocasiones y no era el tipo de persona que sintiese admiración por un simple camino.

–¡Qué nombre tan horrible para un sitio tan bonito! –observó Maude, moviendo su cabeza en señal de desaprobación.

El eco de la risa de Matt recorrió el camino. Quizás no estaba impresionado, pero la sinceridad de Maude era definitivamente conmovedora.

Estaba claro que el nombre no tenía nada que ver con la belleza de lo que representaba. Los olmos desnudos, cubiertos por un manto blanco de cristales de hielo, mostraban un camino encantador que parecía el sendero hacia el mundo de fantasía.

Las ramas cubiertas de nieve se susurraban sus secretos y se entrelazaban cuidadosamente creando un amplio dosel parecido al de una catedral. La oscura y tosca corteza de los olmos, arrugados por la sabiduría centenaria, observaban a los peatones en solemne silencio.

–Le pondré otro nombre a este camino –decidió Maude—. El camino de los secretos será su nuevo nombre, porque si escuchas atentamente el sonido de los árboles parecen melódicos murmullos.

–¡Bautizo este camino como «El camino de los secretos»! –declaró Matt con tono serio.

Maude miró a Matt esperando ver un atisbo de diversión en su mirada, pero se sorprendió al no encontrarlo. Y así, continuaron paseando en silencio hasta que llegaron a su destino.

–¿Estás de broma?! –exclamó Maude, cuando llegaron.

Ante sus ojos se encontraba la mayor pista de patinaje que había visto jamás. Aquel día no había mucha gente en la pista de patinaje Wollman Rink, sin embargo, Maude la observó con recelo.

–Deberíamos volver a Soulville. Creo que ya nos hemos divertido bastante por hoy.

–¡Ni hablar! No me digas que tienes miedo –se burló él.

Maude permaneció en silencio con un indicio de preocupación en su mirada.

–Nunca has patinado sobre hielo, ¿verdad? –le preguntó con mirada de verdadera preocupación.

Maude asintió.

–¡Bueno, parece que hoy será tu día de muchas primeras veces! –exclamó–. Estás de suerte. No solo estás con el mejor guía de la ciudad, sino que además estás con un el mejor maestro de patinaje sobre hielo. Nunca me caigo. ¡Vamos!

Maude le siguió de mala gana para coger los patines, preguntándose cómo se las arreglaría para mantenerse en pie sin parecer una completa idiota. Nadie puede evitar caerse de cara una docena de veces durante su primer día de patinaje sobre hielo y Maude, aunque se obligó a mantenerse en posición vertical, no era una excepción. Siempre se sorprendía un poco cuando volvía a la posición del fracaso: posición horizontal. Además, no ayudaba nada ver a Matt patinar con facilidad, como si fuese el único participante de sus Juegos Olímpicos de Invierno personales. Y lo que ayudaba aún menos eran sus carcajadas cada vez que Maude se caía de culo.

–Ríete todo lo que quieras –dijo Maude frotándose las rodillas para darse calor, después de la centésima caída. Ni siquiera se había alejado del borde.

–¡No puedo evitarlo! Me parece gracioso ver cómo alguien es capaz de caerse tantas veces. De hecho, se me ha olvidado lo que se siente al caer –dijo con tono burlón.

Maude puso los ojos en blanco. Matt estaba disfrutando de aquello.

–Vamos, Maude –le convenció Matt, tratando de poner cara sombría, sin conseguirlo–. Coge mi mano y deslízate para alejarte del bordillo.

–Estoy bien, gracias –respondió Maude aferrándose a aquel bordillo que le daba la vida.

Matt la miró, estaba temblando y se dio cuenta de que no se lo estaba pasando bien. Él quería que se divirtiese. Así que hizo lo único que sabía que funcionaría.

–Pensé que nunca te decías que no a un reto –dijo.

No había usado la palabra gallina, al menos no de manera explícita. Los ojos de Maude brillaron al enderezarse de inmediato, levantó la cabeza con toda la dignidad que pudo mientras miraba su mano extendida.

–Como me dejes caer... –advirtió Maude.

–No lo haré –prometió.

Sus manos juntas, como sus miradas durante un momento.

Miedo y duda en los ojos de Maude.

Gentileza y algo de diversión en los de Matt.

El corazón de Maude latió con fuerza en su pecho mientras Matt la alejaba lentamente del bordillo. En realidad, no fue tan terrible. Le pareció incluso divertido. Antes de que se diese cuenta, estaban dando cientos de vueltas alrededor de la pista, permaneció firme gracias a Matt.

–Perfecto –dijo después de un rato–. Ya estás lista. Voy a soltarte la mano, pero tienes que mantenerte recta y sin miedo, ¿vale? Simplemente, haz lo mismo que yo.

Maude asintió y siguió sus instrucciones. Firme y valiente, se repitió a sí misma. En poco tiempo, se convirtió en una patinadora independiente, avanzando, no sin cierta gracia, y manteniéndose de pie con éxito. Pensó felizmente que no era mal maestro. Excelente sería pasarse, pero estaba bien.

Sin embargo, hizo una excelente demostración.

Mientras rodeaba la pista, demostró sus habilidades, patinó hacia delante y hacia atrás con un ritmo rápido, llegando incluso a puntuar su carrera con unos cuantos saltos.

Maude decidió que ya era hora de darle una buena lección.

Matt patinaba hacia atrás dándole la espalda a Maude, era incapaz de ver que ella le esperaba al final de la pista. Su velocidad era cada vez mayor, pero su posición se mantenía firme. Estaba tarareando una canción suave. Extendió los brazos y los dejó caer de costado mientras se acercaba a Maude.

Fue entonces cuando Maude saltó detrás de él gritando «AHHHHH» con todo el aire que había en sus pulmones.

Matt saltó sorprendido, se le enredaron los pies y se dejó caer impotente al suelo como un niño que está aprendiendo a caminar, y lo hizo justo a tiempo para que Maude pudiese hacerle una foto con su móvil.

Maude rio de diversión ante lo aparatosa que había resultado la situación de Matt, que intentaba, aun aturdido por la caída, levantar los hombros y su herido orgullo. No pudo evitar esbozar una sonrisa, al escuchar la sonora carcajada de Maude al ver la foto de Matt, en la que tenía una mirada de verdadera sorpresa, se agarraba cómicamente al aire con un brazo y frenaba la inevitable caída con el otro y sus piernas se agitaban violentamente en el aire.

–Creo –comenzó a decir Maude, intentando recuperar el aliento–, creo que esto ha sido la moraleja perfecta: después del orgullo va la caída.

–De eso nada –contestó Matt maliciosamente–. Si yo fuese tú, llevaría los ojos puestos en todas partes a partir de ahora.

–Creo que lo haré –dijo, dando unos pasos atrás.

–Antes de que cayeses, escuché que tarareabas una melodía –señaló Maude–. ¿Es una canción nueva?

–He estado trabajando en ella un par de días. Se llama «Enamorándome de ti». Pero parece que no puedo terminarla.

–¿Por qué no me la cantas? A lo mejor puedo ayudarte.

Dudó y patinó lejos de Maude.

–De ningún modo. No te librarás de mí tan fácilmente –insistió Maude, que patinaba tras él.

Matt aumentó la velocidad, pero ella le siguió sin descanso, aumentando su velocidad para alcanzarle. Finalmente, Matt se detuvo y cedió con un suspiro.

–Vale, tú ganas. Es una canción sobre una persona que se está enamorando, pero tiene miedo de admitirlo. El estribillo dice así:

Te miro, ¿será cierto?

Me estaré enamorando de ti.

No puedo evitar este sentimiento.

–No consigo encontrar la frase final –confesó Matt, con algo de frustración.

Maude miró a Matt, empezó a patinar de nuevo y cantó bajito casi silbando:

–¿Cada día es más y más grande?

–¡Genial! –dijo él, siguiéndola–. Sabía que se te ocurriría algo.

Matt se detuvo y mirando de reojo a Maude continuó:

¿Debería contarte cómo me siento?

Te asustarás si te lo confieso,

El amor es una loca conmoción.

Maude se rio.

–¿El amor es una loca conmoción? Venga ya, Matt. Tú puedes hacerlo mejor.

–Vale, es verdad. El amor es una auténtica conmoción y confusión. Qué te parece: ¿El amor es una gran confusión?

–Sí, llamemos al Doctor amor para que pueda dar sentido a esta loca conmoción –dijo Maude.

–Ojalá nunca hubieses escuchado «Doctor amor». No lo vas a dejar nunca, ¿no?

Maude negó con la cabeza y los ojos le brillaban de alegría.

–Vale, ¿qué tal...?

¿Debería contarte cómo me siento?

Te asustarás si te lo confieso,

Nunca he sentido algo tan profundo,

No imaginé algo así en el mundo.

–No está nada mal, Srta. Laurent.

Maude se detuvo y se sintió mucho más confiada que cuando entró por primera vez a la pista e intentó levantar la pierna izquierda. Solo logró tambalearse peligrosamente hasta que Matt consiguió cogerla.

–Vamos, agárrate a mi brazo y levanta la pierna –le indicó.

Así lo hizo y extendió la pierna con gracia tras su cuerpo.

–Vale, ahora hazlo mientras te mueves. A ver si consigues impresionarme –dijo Matt.

–Eso no va a suceder tan pronto –respondió ella en tono de broma, dejándose llevar por su brazo.

El la observó desde lejos dar círculos por la pista, otra vez tarareaba la canción.

–¿No debería admitir lo que siente? –gritó Maude.

–¿Qué? –preguntó Matt.

–La canción –le recordó ella–. Si está tan confundido, supongo que lo mejor que puede hacer es admitir el por qué –sugirió Maude inocente.

–¿Y si le da miedo ser rechazado? –preguntó mirando fijamente Maude que estaba intentando con valentía patinar hacia atrás.

Estaba sorprendido de sentir dudas de sí mismo. Maude no se parecía en nada a las otras chicas con las que había salido, y era completamente inmune a sus encantos. Probablemente, el hecho que prefería burlarse de ella a admitir sus sentimientos no ayudaba.

–No lo puedo soportar/Admitiré mi amor –cantó ella.

–Quizás tienes razón, quizás es mejor saber –reflexionó–. La respuesta puede ser sí o no/ Al menos así lo sabré –terminó él.

–Puede que seamos más productivos fuera de la sala de creación –bromeó Maude–. Lo siento, no quería insultar a Violetta.

–No sé si mereces volver a la sala de creación –declaró, aunque dudó de cómo había sido capaz de componer en esa habitación antes de conocerla a ella.

–¡Atrápame si puedes! –gritó Matt, y patinó lo más rápido que pudo.

Maude, que nunca decía que no a un reto, se apresuró tras él, y durante el resto de la tarde, volvieron a ser niños, patinando como locos en Wollman Rink.



–LA SRA. TRAGENT ME matará si llego tarde –dijo Maude mientras ella y Matt se daban prisa para llegar al Teatro Morningside. El tiempo había volado con sus ligeras alas y Maude corría para intentar llegar al teatro a tiempo.

–No lo hará. Solo son las seis menos cuarto, y casi estamos llegando. Además, estás conmigo.

–Para la Sra. Tragent llegar pronto es llegar a tiempo y llegar a tiempo es llegar tarde. Y a menos que sea una admiradora de tus canciones no entiendo en qué me ayudará que tú estés presente cuando ella decida cortarme la cabeza. Honestamente, dudo que «Doctor Amor» sea el tipo de música que escucha.

–Te sorprendería. ¿Qué escena ensayarás hoy? –preguntó Matt.

–Una muy bonita –sonrió Maude–. Es cuando el príncipe y Cenicienta se encuentran por primera vez en su casa. Él está disfrazado de sirviente y el verdadero sirviente está disfrazado de príncipe y las dos hermanastras malvadas le cortejan. Cenicienta se enamora del príncipe disfrazado y él queda encantado por su belleza, aunque ella vaya vestida con harapos.

–Ya veo, es la cuarta escena. ¿Es buen cantante el príncipe? Quizás podría quedarme durante tu ensayo.

Matt había estado pensando sobre esto. Después del día que habían pasado juntos tenía la oportunidad de luchar por ella. Le diría a Maude cómo se sentía después de su ensayo.

–Él es bueno, tiene mucha más experiencia que yo. Pero no sé si la Sra. Tragent te dejará ver el ensayo.

–Estoy seguro de que puedo convencerla –dijo fácilmente Matt cuando entraron al teatro.

La Sra. Tragent estaba enfadada, hablaba con la diseñadora de vestuario que parecía desear estar a miles de kilómetros de la airada mirada de la Sra. Tragent.

La profesora vio que Maude llegaba sin aliento y se giró hacia ella.

–¿Dónde ha estado, Srta. Laurent? ¿Son casi las seis!

–Estaba conmigo, tía Cordelia –dijo Matt saliendo de detrás de Maude.

Maude le miró confundida. ¿Tía Cordelia?

Maude se sorprendió aún más cuando en el rostro de la Sra. Tragent se vio algo parecido a una sonrisa, aunque oxidada ya que apenas la usaba.

Sin embargo, la Sra. Tragent pareció más que encantada de ver a su sobrino cuando lo abrazó y lo besó cálidamente.

–Maude estaba conmigo, estábamos trabajando en las canciones para su primer álbum –explicó Matt.

–En ese caso, tiene excusa. Después de todo, eres mi único y extremadamente talentoso sobrino. No dejes que esto vuelva a ocurrir, Mathieu Beauchamp.

–¿Mathieu Beauchamp? –rio Maude.

Mathieu Beauchamp y Cordelia Tragent, vaya familia, pensó Maude divertida.

–Por supuesto, Srta. Laurent. Matt es su nombre artístico y me niego a llamarlo de otra forma que no sea por su nombre real.

–Creo que eres la única persona que todavía me llama así –dijo Matt algo avergonzado.

–Tendrás que perdonarme, Mathieu. La modista no está haciendo nada bien, no puedo quitarle el ojo de encima o me lo destrozará todo. Deberías quedarte para el ensayo –dijo distraída mientras se marchaba.

–Por lo visto, me quedo para el ensayo –dijo, girándose hacia Maude.

–Muy bien, Mathieu –dijo Maude, le temblaban los labios.

Antes de que Matt pudiese contestar, Maude señaló tras él a Thomas, que se acercaba a donde ellos estaban.

–Ahí está el Príncipe azul.

–Solo cuando me porto bien –bromeó Thomas.

Se puso serio al ver a Matt, una sombra cubrió su rostro.

–Thomas Bradfield este es Mathieu Beauchamp –dijo Maude, claramente no había observado el cambio expresivo de Thomas.

Matt miró a Thomas con una expresión hosca.

–Ya nos conocemos –dijo Matt con frialdad.

Maude los miró confundida e iba a preguntar de qué se conocían cuando escuchó a la Sra. Tragent llamarla desde el otro lado de la sala.

–Tengo que ir a probarme el vestido con Cathy. Volveré en diez minutos – dijo, mientras se iba de mala gana.

Cuando Maude ya no podía escucharlos, Thomas se volvió hacia Matt y le sonrió lenta y arrogantemente.

–Supongo que no le has contado nada, ¿verdad?

La mirada de Matt se oscureció.

–No le he dicho nada porque no sabía que erais amigos. Ahora que lo sé, se lo contaré.

Thomas parecía desconcertado por una fracción de segundo, y luego recuperó la calma.

–¿Estás seguro de que quieres hacer eso?

–No importa lo que quiero. Será mejor que ella lo sepa.

–No estoy seguro de que sea lo mejor para ti. Me parece que solo estáis empezando a conoceros.

–Eso no es asunto tuyo.

–Tienes razón, no es asunto mío. Sin embargo, ¿estás seguro de que quieres poner en peligro esta nueva y floreciente amistad al decirle todo lo que sabes de uno de los mejores amigos que tiene en Nueva York? Mientras estabas ocupado riéndote de ella, yo estaba allí ayudándole a mejorar sus habilidades vocales. Estuve practicando con ella todas las noches durante horas y horas. Diría que todo eso creó un fuerte vínculo entre nosotros.

Le tocaba contestar a Matt, le devolvió la mirada airadamente a Thomas.

–Estás dudando –se percató Thomas. Rio en silencio–. Te gusta de verdad, ¿no es cierto?

Matt permaneció en silencio.

–Quizás, ella ni siquiera te crea. Puedes despedirte de tu amistad y de todo lo demás.

–Te lo advierto, Thomas, si le haces daño...

–¿Daño? –dijo Thomas, fingiendo incredulidad–. En realidad, me gusta, Matt. Y creo que yo a ella también. Ya lo verás cuando estemos en el escenario. Siéntate en primera fila –dijo Thomas mientras se alejaba.

Matt miró a Maude en el escenario desde lejos hablar con su tía y relajó su respiración. Antes de que pudiera calmarse por completo, Lindsey apareció de repente con un traje del siglo XIX que casi le hizo saltar.

–¡Hola, Matt! –se pavoneó ella con su gran vestido tafetán color beige, levantándose la falda para evitar que arrastrase por el suelo.

–Hola, Lindsey –le saludó melancólico–. He escuchado que estás interpretando a la malvada hermanastra, Clorinda. Como se suele decir en este personaje «has encontrado a la horma de tu zapato».

–Sí, pero también soy la suplente de Cenicienta. Solo en caso de que le pasase algo a Maude –explicó, obviamente estaba saboreando aquella idea.

–No cuentes con ello.

–Deberíamos quedar algún día.

–Tampoco cuentes con ello –repitió Matt.

–¿No lo decían todas las portadas? Podríamos ser la pareja de famosos que más que hablar. Podríamos escribir otro éxito juntos.

–Eso nunca va a ocurrir –contestó Matt con firmeza–. No tenemos química musical. Me dejaste escribir «Puentes en llamas» solo. ¿Te acuerdas?

Su mirada se dirigió hacia el escenario donde Maude le miraba. Maude apartó la mirada rápidamente. Lindsey siguió la mirada de Matt y, furiosa, se colocó el cabello tras la oreja.

–Si fuera tú, no me encariñaría demasiado. Todos estamos haciendo apuestas sobre cuánto tiempo tardarán Thomas y Maude en salir juntos. Es solo cuestión de tiempo, Matt –declaró antes de alejarse enfadada, casi tropezándose con su vestido.

Matt tomó asiento y esperó con inquietud a que comenzara el ensayo.

Maude, cantando, apareció en el escenario, vestida con harapos. Se detuvo al ver al príncipe. Es amor a primera vista. Cenicienta admira al príncipe, que ella cree que es un sirviente, y el príncipe está impresionado por la belleza, la gracia y la simplicidad de Cenicienta. Él quiere saber más sobre ella, su familia, su nombre. Pero ella le dice humildemente que no sabe quién es en realidad, que el Barón no es su padre y que su historia familiar es complicada e incompleta. Maude y Thomas hacían el dúo perfecto. La voz de tenor de Thomas se entrelazó perfectamente con los tonos *mezzo-soprano* de Maude mientras cantaban convincentemente sobre amor y encanto.

Matt no pudo soportarlo más, y sin hacer ruido, pero con decisión, abandonó el teatro. Ajena a todo menos a su papel, Maude sintió un poco de remordimiento cuando se dio cuenta de que Matt se había ido antes de que terminara el ensayo. No le había dado las gracias por el gran día que había pasado en su compañía. Quizás «bueno» y «Matt» podían estar en la misma oración después de todo.

Thomas se quedó con Maude después de que todos se hubieran ido.

–Te llevas mejor con Matt –observe Thomas cuando se quedaron solos.

Los ojos de Maude brillaban.

–Lo hemos pasado muy bien hoy. Hemos progresado mucho con el álbum. Matt dice que ya tenemos mi primer éxito. Pronto podremos enseñárselo a James Baldwin.

–¿Has podido terminar ya tu canción sobre París?

–En realidad, mi canción sobre París se ha convertido en «París o Nueva York». Estuvimos en un restaurante mexicano y dimos con algo perfecto en el escenario. ¿Quieres oírlo? Podrías darme tu opinión.

–Por supuesto que me gustaría –dijo Thomas, sonriendo–. ¿Para qué están los amigos?



Capítulo 9



–¡QUIERO TODO LO QUE hay en la carta! –dijo Ben mientras agitaba la carta delante de la cara de Maude.

Maude, Matt y toda la familia Baldwin estaban en Silver Spoon, un restaurante de Upper East Side, intentando decidir qué comer.

–Eso no va a poder ser, Ben –dijo Jazmine con firmeza–. Recuerda lo que pasó la última vez que comiste tanto.

Cynthia y Matt se rieron mientras Ben se quejaba.

–¿Qué pasó? –se preguntó Maude.

–No quiero que entréis en detalles en la mesa –advirtió Victoria severamente, aunque sus ojos brillaban dejando ver un atisbo de diversión.

–Victoria tiene razón –dijo James–. Esta es la noche especial de Maude. No queremos arruinarlo con detalles acerca de la digestión de Ben.

–«La ceremonia previa al evento» al evento de Maude –Jazmine sonrió con orgullo.

–¿«La ceremonia previa al evento»? –preguntó Maude. No tenía idea de lo que querían decir.

–Cada vez que uno de nosotros tiene un evento importante, salimos a cenar la noche anterior –explicó Cynthia–. Y mañana es tu gran noche, querida Cenicienta.

–Bueno, ¿cómo te sientes? –preguntó Jazmine.

–Estoy increíblemente tranquila –reflexionó Maude–. Nunca pensé que me sentiría tan tranquila ante algo tan importante.

–Quizás también te haya ayudado nuestra sesión de yoga de esta mañana –dijo Cynthia, bastante satisfecha de sí misma.

–Siento desilusionarte, pero yo soy la razón por la que está tan tranquila –señaló Matt–. La semana pasada hicimos turismo durante un día entero y conseguimos hacer dos canciones.

–Hicisteis muy buen trabajo –dijo James–. Sois tan buen equipo como había imaginado.

–Continuaremos trabajando y estaremos listos para grabar el álbum en un par de semanas.

Maude levantó la vista de la carta y se encontró con la seria mirada de Matt que se posaba sobre ella. Sorprendida, desvió rápidamente los ojos, consciente de que sus mejillas volvían a arder.

Jazmine lo había visto todo y frunció levemente el ceño, aunque no dijo nada.

–¿Dónde está el camarero? Me muero de hambre –exclamó Ben.

Y como un genio que había sido convocado a salir fuera de su lámpara mágica, el camarero apareció, o más bien tropezó con el salón. Vacilante, pasó rápidamente las páginas de su bloc de notas mientras murmuraba por lo bajo. Era un chico flaco, alto y pálido, de cabello oscuro, su uniforme de camarero le hacían parecer más adulto de lo que realmente era. Sus gafas de montura redonda caían sobre su nariz mientras giraba furiosamente las páginas del bloc de notas.

Cuando llegó a la mesa de los Baldwin, tropezó con sus propios pies, pero consiguió evitar la caída justo a tiempo.

Jazmine lo miró y resopló.

–¿Jonathan? –dijo en voz baja–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Jonathan levantó la vista de su bloc y dejó caer su bolígrafo.

–¡Jazmine! –exclamó–. ¿Qué estás haciendo aquí? –repitió.

–Ha venido a verte, por supuesto –bromeó Matt.

Jazmine le lanzó a Matt una mirada desagradable y dijo:

–No sabía que trabajabas aquí.

–Esta es mi primera noche. Hola, Maude –añadió girándose hacia una divertida Maude.

–Hola, Jonathan. ¿Crees que podrás sostener nuestros platos mejor de lo que lo has hecho con ese boli? –dijo ella.

–Espero que si –contestó Jonathan, con claras dudas de ello.

Maude, después de haber oído hablar de la increíble destreza de Jonathan con la guitarra, se preguntó cómo podría ser tan torpe para todo lo demás. Las veces que había pasado junto a él en los pasillos, había visto cómo se le caía de todo, desde lápices hasta sus gafas y varios montones de libros. Aparentemente, era solo cuando sostenía una guitarra cuando se transformaba completamente. Lástima que nunca pudiese sostener en sus manos algo durante más de un segundo. Seguramente sus platos terminarían cayendo al suelo, pensó Maude.

La familia Baldwin parecía pensar lo mismo, excepto Jazmine que observaba a Jonathan con mirada suave y sonrisa ligeramente divertida.

–¿Qué van a tomar? –preguntó Jonathan como si hubiera ensayado esta frase un millón de veces en su cabeza.

Jazmine volvió a la realidad y dijo impotente:

–Voy a... Tomaré la ensalada con...

–¡¿Una ensalada?! –exclamó Ben incrédulo–. ¿Desde cuándo comes ensalada? ¿No dijiste que querías musaca?

–Bueno, quiero musaca –dijo Jazmine con más firmeza–. Y un vaso de agua con gas, por favor.

Mientras todos los demás pedían, Maude observó a Jazmine, cuyo semblante había cambiado por completo. Ya conocía a Jazmine lo suficiente como para considerarla una de las personas más seguras que había conocido. Siempre sabía qué decir en el momento correcto y nunca se venía abajo. De repente, Maude comprendió que tal vez, los sentimientos de Jazmine hacia el guitarrista habían cambiado. Durante la cena, la familia conversaba mientras Jazmine estaba cada vez más callada. Matt y Maude estaban hablando con James sobre el álbum, mientras Ben, Victoria y Cynthia hacían apuestas sobre cuántos platos rompería Jonathan durante el transcurso de la noche, que intentaba estar en todas partes a la vez.

Cuando una suave música de jazz se apoderó del restaurante, James se levantó y pidió a Victoria que le acompañase a bailar. Ella aceptó con gracia y los dos se dirigieron hacia la zona de baile.

Matt miró a Maude, estaba a punto de preguntarle si quería bailar, pero Jazmine lo interrumpió y dijo:

–Deberíamos ir también a bailar, Matt. ¿No crees?

Matt parecía perplejo, pero aceptó.

Mientras estaban bailando, Jazmine susurró.

–Sé lo que estás haciendo.

–Bailar contigo –respondió Matt con tono burlón.

–No estoy hablando de eso. Te he estado observando, Matt. Te estás enamorando de Maude, ¿verdad? –continuó, sus ojos se llenaron de cierta tristeza.

Matt permaneció en silencio.

–Ella me dijo que te disculpaste por haber sido tan insensible. Nunca te disculpas, Matt. No con cualquiera.

Matt continuó callado.

–No puedes hacer que se enamore de ti, Matt. No te dejaré.

Matt se rio y, omitiendo la postura seria de Jazmine, le contestó frívolamente:

–Me gustaría ver cómo lo intentas.

–Ahora es como una hermana para mí –dijo Jazmine en voz baja–. No quiero verla triste.

–¿Cómo puedes estar tan segura de que le haría daño?

–Es lo que sueles hacer –Jazmine suspiró–. Te quiero, Matt, pero eres la peor pesadilla de una madre.

–Lo bueno es que no eres su madre.

–Pero soy su hermana mayor postiza. Y te conozco, Matt. Para ti romper corazones es tan fácil como respirar y no quiero que Maude sea tu próxima víctima.

–Esto es diferente –dijo Matt, cada vez más pálido mientras hablaba–. Nunca me he sentido de esta manera por nadie más. Ella es increíble. Cuando se ríe, cuando está enfadada, y Dios sabe el genio que tiene. Y cuando canta, Jazmine, no puedo describirlo. Es diferente a cualquiera de las chicas que he conocido.

Jazmine asintió.

–Sé que lo es. Todos lo sabemos. Ahora, entre nosotras hay un vínculo y por eso no quiero que le hagas daño.

–Me está volviendo loco –admitió Matt, sonriendo con tristeza–. En realidad, no tienes nada por lo que preocuparte, Jaz. Ella me dejó claro que no soy su tipo.

–No estaría tan segura –dijo Jazmine–. Aunque, ¿realmente quieres arriesgarte a arruinar la química musical que tenéis? Desde que te conozco, nunca has trabajado tan bien con otro artista. Como dijo papá, tú y Maude formáis un gran equipo. Nunca te he visto tan productivo, y estáis aprendiendo el uno del otro. Si lo arruinas todo Matt, te arrepentirás. Nunca has estado con una chica más de una semana. Y Maude es demasiado inteligente como para estar detrás de ti dócilmente como el resto de tus novias.

Matt se rio. «Dócil» y «Maude» no podían estar en la misma frase.

–Tienes razón –aceptó dolorosamente–. Pero tú tampoco deberías hablar mucho.

–¿Qué quieres decir?

–No te creas que no me he dado cuenta de cómo has estado mirando a Jonathan toda la noche.

Jazmine sonrió dulcemente.

–Eso no es asunto tuyo, Matt.

–Vaya, sin embargo, mi relación con Maude sí es asunto tuyo. ¿No te parece injusto, Jaz?

–No es lo mismo. Maude es ahora de la familia, como tú, por lo tanto, sería incesto. Incurrirías en la ira de los dioses –advirtió mientras andaban de vuelta a la mesa.

Matt observó a Maude mientras bailaba con Ben, ella echó la cabeza hacia atrás y se rio de algo que dijo Ben. Suspiró para sus adentros. Sabía que Jazmine tenía razón. Su historial era horrible. Si las cosas iban mal con Maude, podría poner en peligro su relación con los Baldwin, que la habían acogido como si fuera una más. Mientras giraba con Ben cerca de James y Victoria, sus miradas se cruzaron. Ella le sonrió amablemente y el corazón de Matt se aceleró.

Él se dio la vuelta. A Maude no le gustaba de ese modo. Desde luego, apreciaba mucho más a Thomas Bradfield de lo que se merecía. Matt negó con la cabeza. Tenía cero posibilidades de vencer a Thomas. Jazmine tenía razón. Debían empezar a grabar el primer álbum de Maude pronto, y necesitaba estar centrado. Se alejaría de Maude tanto como pudiese, sin importarle cuán doloroso sería. No será doloroso, se respondió a sí mismo con firmeza, podría olvidarla si lo intentaba. O mejor aún, encontraría a otra chica para reemplazarla. Su risa, su sonrisa, su voz, no eran nada, pensó mientras se reclinaba optimista contra su silla.

Jazmine se levantó de la mesa en silencio, dejando a Matt con sus pensamientos y se dirigió hacia fuera, a la parte posterior del restaurante.

Jonathan estaba parado fuera, cerca de una gran pila de basura, mirando al cielo, probablemente rezando para que no lo despidieran en su primera noche.

–Una tarde dura, ¿eh? –dijo Jazmine radiante como siempre mientras caminaba hacia él.

–Ser camarero es mucho más difícil de lo que parece –respondió.

–Me sorprendió verte aquí.

–Puede ser la última vez que me veas aquí, teniendo en cuenta cómo ha ido la noche.

–Vamos, no pueden despedirte por romper solo veinte platos. Eso sería muy injusto.

–¿Verdad? Creo que podría ganar a Silver Spoon si les demando por despido improcedente.

–Te agradezco que al menos no hayas roto nuestros platos. La comida de los otros clientes no importa.

–Eso resulta muy generoso por tu parte, Jazmine –respondió, echando la cabeza hacia atrás mientras reía–. Típico de Jazmine.

–¿Cómo puedes decir eso? ¡Apenas me conoces!

–Te he observado lo suficiente como para saber de lo que eres capaz – afirmó Jonathan serio.

Jazmine asintió con la cabeza, sus ojos dejaban ver una mirada pícara.

Siempre le sorprendía cómo Jonathan la miraba directamente a los ojos, algo desafiante. Había dejado de verlo como un rarito y ahora encontraba encantadora su forma de ser. Detrás de sus grandes gafas, vio sus facciones suaves y sus encantadores ojos marrones. Daba la sensación de que siempre estaba riéndose de alguna broma que se le venía a la cabeza, y que no tenía necesidad de compartirla con los demás.

En el instituto le valoraban mucho. Aunque era increíblemente inteligente, tampoco dudaba en ayudar a quienes lo necesitaban e incluso dio clases a algunos jugadores de fútbol que necesitaban con urgencia que ocurriese un milagro. Sin embargo, nunca estuvo interesado en mantener amigos o en ganar popularidad, y eso no le gustaba a Jazmine. A medida que se acercaba más a él, deseaba que él la necesitara, que quisiera estar cerca de ella. Él o no se dio cuenta o fingió no hacerlo.

–De hecho, fui extremadamente cuidadoso con tus platos. Yo personalmente saqué todos los insectos que me encontraba. ¿Te diste cuenta?

–Claro que sí, Jon. Le comenté a mi familia lo mucho que había mejorado Silver Spoon desde la última vez que vinimos. Normalmente, hay ratas correteando por todos lados. Esta vez, nada.

–Gracias a mí.

–Supongo que contratar a un rompeplatos profesional tiene sus ventajas.

–Sí, lástima que me vaya a tener que ir después de esta noche. Se arrepentirán de echarme.

–Yo también me arrepentiría –respondió Jazmine, toda la alegría había desaparecido de su voz.

Lo miró a los ojos y se inclinó lentamente hacia él, Jonathan se inclinó también hacia ella. Podía oler el aroma a fresa suave de su oscuro cabello negro azabache.

Después se acercó y la besó despacio y con ternura, como si la necesitara tanto como ella lo necesitaba, como si estar cerca de ella fuera la cosa más

natural del mundo, y él, al igual que ella, nunca hubiera querido dejarla ir.

Se detuvo bruscamente, retrocedió y caminó rápidamente hacia la puerta.

–Será mejor que volvamos dentro. No estaría bien que nos resfriásemos ahora, ¿verdad?

Jazmine lo miró totalmente inexpresiva, confundida y perpleja.

–¿Por qué has hecho eso? –preguntó, su voz era casi un susurro.

Jazmine no tenía la costumbre de andarse por las ramas.

–¿Hacer qué? –preguntó Jonathan, aunque sabía perfectamente de lo que estaba hablando.

–¿Me besas y luego te vas así?! ¿Tanto asco te doy? –preguntó desconcertada.

–Sabes que no, Jazmine –dijo Jonathan.

–Entonces, ¿qué pasa? Lo que siento por ti es bastante obvio. Incluso Matt lo ha notado y probablemente todos los demás en la mesa también. Sé que yo también te gusto.

–¿Cómo puedes estar tan segura de eso? –le desafió Jonathan con una sonrisa.

–He visto cómo me miras en los ensayos. Y creo que este beso es una muestra de lo que sientes por mí –respondió.

–Te conozco, Jazmine –respondió, mirando hacia otro lado–. Sé cómo eres y sé que destrozarías mi corazón en pedacitos. No quiero terminar pareciéndome a los veinte platos que he roto esta noche –concluyó.

Abrió la puerta y entró, dejando a Jazmine sola. Ella se estremeció y se volvió hacia el montón de basura.

–Eres testigo de mi primerísimo y más doloroso rechazo –dijo en voz alta, arrugando la nariz.

–Lily y Stacey se reirían de mí si me vieran. Rechazada por el rarito del instituto y manteniendo conversaciones con una repugnante montaña de basura.

Suspiró con tristeza y atravesó la pesada puerta que se cerró tras ella con un fuerte golpe.



–ESTÁS FEÍSIMA, MAUDE –dijo Kyra, la maquilladora, mientras admiraba su obra de arte.

Maude estaba sentada en el camerino del Teatro Morningside frente a un gran espejo. Su oscuro cabello natural estaba despeinado, su maquillaje le daba una apariencia horrible y descuidada. Estaba vestida con harapos grises

que cubrían su cuerpo débil. Sonrió ante su reflejo mientras Kyra salía de la habitación.

Estaba lista.

El público había llegado, y los Baldwin tenían asientos en la primera fila del magnífico teatro. Maude nunca se sintió tan tranquila ni tan feliz. Había recorrido un largo camino para poder, finalmente, hacer lo que más amaba. Si la señora Ruchet pudiera verla ahora, no podría creer que la niña a la que había maltratado aún podía mantenerse erguida y orgullosa de sí misma.

Llamaron a la puerta y Maude corrió para abrirla, vio a James caminar hacia ella con el teléfono en la mano. Maude se lo había dejado para no distraerse.

–Espero que no estás muy nerviosa. Aún tienes veinte minutos para calmarte y tomar un poco de aire fresco si quieres.

Maude negó con la cabeza.

–Estoy bien, gracias.

–Tengo a alguien al teléfono que quiere hablar contigo –dijo, sonriendo suavemente –. Quiere felicitarte antes de que subas al escenario –extendió su brazo en hacia ella, pero Maude miró con perplejidad su teléfono. No conocía a nadie que quisiera felicitarla.

–¿Victoria? Aunque ya hablamos esta tarde y...

–No es Vic. Coge el teléfono y lo verás.

Puso el teléfono en su mano y cerró la puerta tras ella.

Maude se puso el teléfono en la oreja, pero casi se le cae al escuchar la voz que había al otro lado.

–Así que esta noche es tu gran noche, ¿eh? –gruñó la Sra. Ruchet.

–Sra. Ru...Ruchet –tartamudeó Maude sin poder evitarlo.

–¿Quién creías que iba a ser? ¿Tu madre?

–¿Cómo lo ha sabido? Quiero decir lo de esta noche –Maude estaba desesperada. No había oído hablar de los Ruchet desde que había llegado a Nueva York.

–Tu productor, el Sr. Batwing nos lo dijo. Nos dejó un mensaje para contarnos lo importante que era esto y que sería bueno te apoyáramos –gruñó la Sra. Ruchet.

Maude trató de inventar cualquier excusa. No quería que la señora Ruchet arruinara su noche. Cuanto antes terminara esa conversación, mejor. Aunque decirlo resultó ser más sencillo que hacerlo.

–Me tengo que marchar, tengo que prepararme –mintió–. En realidad, no puedo estar tanto rato al teléfono –añadió apresurada.

–Oh, ya veo... Estás despreciando a las personas que te criaron.

–No, solo tengo que prepararme. Yo...

–No importa. ¿Sabes por qué? Porque el tiempo se acaba, Cenicienta.

El corazón de Maude se detuvo cuando escuchó las frías palabras de la señora Ruchet, imaginándose la sonrisa sarcástica que esbozaba.

–Sabes que pronto el reloj marcará las doce y tendrás que volver a Carvin. No habrás olvidado nuestro pequeño pacto, ¿verdad?

Cómo podría olvidarlo, pensó Maude con amargura, mientras sofocaba las lágrimas.

–Déjame que te lo recuerde por si acaso lo has olvidado.

–No tiene por qué recordármelo –respondió Maude, tratando de estabilizar su voz. Nunca quiso darle la satisfacción de que notase su angustia.

–Le daré cada céntimo que reciba por el álbum. No tocaré nada del dinero –dijo Maude, su voz temblaba un poco más con cada palabra.

–Exacto, ¿y?

Maude cerró los ojos y tragó saliva.

–Y volveré para vivir con usted durante diez años más, hasta que los gemelos tengan dieciocho años y yo tenga veintiséis. No iré a la universidad ni al Conservatorio de París ni a ningún otro lugar. Me quedaré en el sótano diez años más.

Oyó a la Sra. Ruchet reír, aquella risa terrible y amenazante. Sin poder soportarlo más, Maude colgó rápidamente, su visión estaba borrosa por un flujo de lágrimas que ardían.

En ese momento, Jazmine y Cynthia entraron entusiasmadas al camerino, para ver por última vez a Maude antes de su debut.

Se detuvieron bruscamente cuando se percataron de la tristeza en el rostro de Maude.

–Maude, ¿qué ocurre? –exclamó Cynthia mientras corría hacia ella.

Maude no pudo responder y solo negó con la cabeza mientras trataba de evitar que las lágrimas fluyeran.

–¿Con quién hablabas por teléfono? –preguntó Jazmine preocupada, viendo como agarraba el teléfono.

–No puedo subir al escenario –Maude tembló–. No puedo ir así. Dile a la Sra. Tragent que prepare a Lindsey.

Cynthia y Jazmine compartieron una mirada preocupada.

–Maude, es normal tener un poco de miedo antes de subir al escenario. Esta es tu primera vez. Estarás maravillosa, estoy segura –dijo Cynthia con dulzura.

Maude negó con la cabeza.

–¿Dónde está Matt? –preguntó, tratando de secarse las lágrimas miserablemente.

Necesitaba verlo inmediatamente. Ver su sonrisa apacible y tranquila la calmaría y, de algún modo, la tranquilizaría.

Jazmine parecía incómoda.

–No ha llegado todavía...

–¿No ha venido? –preguntó Maude.

–Vendrá, estoy segura, Maude –la tranquilizó Jazmine rápidamente–. Lo llamaré ahora mismo. Estoy segura de que está de camino.

Salió corriendo del camerino con el teléfono de Maude y cerró la puerta tras de ella. El teléfono sonó una vez antes de que Matt respondiera.

–¿Hola?

–¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo? –Jazmine preguntó frenéticamente.

–¿Jazmine? Estoy haciendo lo que me dijiste que hiciera, mantenerme alejado de Maude.

–¡Nunca te dije que no vinieras a su gran noche, Matt! –chilló–. ¡Maldita sea! La primera vez que haces lo que te digo y lo haces mal. Te dije que no jugaras con sus sentimientos, no que no fueras su amigo. ¡Ya puedes estar viniendo para acá!

–¿Que ha pasado? ¿Está bien? –preguntó Matt preocupado.

–¡No, no está bien! Ven lo antes posible, Mathieu Beauchamp, o le diré a la prensa que estás saliendo con Lindsey, ¡y nunca podrás deshacerte de ello!

–Estoy de camino, sinceramente esa es la peor amenaza que he escuchado.

–Lo sé. Estoy desesperada. Por favor, date prisa.

Jazmine colgó y volvió a entrar en el camerino donde Cynthia limpiaba la cara de Maude con un pañuelo de papel.

–Matt está en camino, solo que llega un poco tarde. No te preocupes, estará aquí a tiempo.

–No me importa si él viene –dijo Maude mientras se levantaba de la silla y salía en silencio de la habitación.

–La convencí para que subiera al escenario. No sé si debería haberlo hecho. ¿Deberíamos llamar a papá?

–No creo, ya es muy tarde y tiene que subir al escenario. A Lindsey le haría muy feliz lo contrario. Vamos a sentarnos.

Se apresuraron a pasar junto a Maude y llegaron justo a tiempo para escuchar a la Sra. Tragent decir:

–Kyra hizo un gran trabajo en el maquillaje. ¡Estás horrible!

Jazmine apretó la mano de Maude cuando pasó junto a ella y rezó fervientemente para que Matt llegara a tiempo.

De repente, Maude estaba sola en el escenario, con una escoba en la mano, esperando que se levantara el telón. Oyó que la orquesta tocaba el tema de apertura, pero por mucho que lo intentara, no pudo evitar oír las palabras de la Sra. Ruchet en su oído.

Diez años.

Tendría que pasar diez años más con los Ruchet, así lo había acordado. Lo tenía incluso por escrito. Se había asegurado de que aquel pacto estuviera escondido en un lugar recóndito de su cerebro, donde no pudiese verlo, sentirlo o pensarlo.

Maude había disfrutado de su tiempo en Nueva York sin pensar en lo que sucedería cuando los seis meses hubieran terminado. ¿Sería capaz de volver a su triste vida? Maude miró sus harapos y sonrió amargamente, haciendo retroceder las lágrimas que amenazaban con desbordarla una vez más. En la ópera, Cenicienta logró escapar de su condición. Maude sabía que no sería tan afortunada. Detestaba esta historia, pensó enfadada. Era solo una gran mentira. ¡Toda esta ópera era una farsa!

El telón se detuvo y Maude se encontró con la multitud.

El teatro estaba abarrotado. Las mujeres llevaban sus vestidos de noche más exquisitos, los hombres que las acompañaban llevaban sus mejores trajes, las niñas pequeñas se agitaban impacientemente con vestidos de terciopelo como los de las reinas de los cuentos de hadas. Todos los asientos y los palcos estaban llenos de gente esperando escuchar la famosa versión de La Cenicienta de Cordelia Tragent.

Maude se quedó en blanco.

Ni siquiera se dio cuenta de que los Baldwin estaban en la primera fila, compartiendo miradas de preocupación y preguntándose si Maude cantaría. Echó un vistazo a la orquesta donde los músicos, perplejos, habían comenzado el tema de apertura otra vez, esperando que Maude comenzara a cantar. No eran conscientes de que su corazón latía con más fuerza que su música, y ese era el único ritmo que podía escuchar en ese momento. Sin embargo, ella sí

que notó que un joven alto, delgado y desaliñado acababa de llegar. Estaba sin aliento, pero entró discretamente, con una gabardina marrón clara. Matt no había tenido tiempo de ponerse un esmoquin y había venido a la ópera lo antes posible.

Maude regresó a la tierra cuando finalmente comprendió con dolor y miedo que no podía hacerlo. No podía cantar ni respirar ni tampoco fingir. La Sra. Ruchet había ganado. Entonces Maude hizo lo único que se le ocurrió hacer en ese momento.

Salió corriendo del escenario.



VICTORIA EMPUJÓ LA puerta de la habitación de Maude sin hacer ruido. La habitación estaba oscura y solo se le oía a ella, angustiada, sollozando sin aliento. Se sentó en el borde de la cama de Maude y acarició su despeinado cabello suavemente.

Victoria se quedó toda la noche a su lado, tratando de calmarla, temiendo que se le rompiese el corazón de escuchar llorar a Maude.

–¡No podré volver a mirar a la Sra. Tragent! –gritó.

–Todo irá bien, Maude.

–No es verdad –respondió con firmeza–. ¡Me echará de su clase y nunca me dejará volver! Y Ma... quiero decir todos pensarán que soy una intérprete espantosa.

–Cariño, a todos nos puede pasar. La obra siguió adelante porque Lindsey subió al escenario para interpretar tu papel.

Maude se enderezó en su cama, sorbiendo. Probablemente se resfrió después de haber caminado bajo la fuerte lluvia antes de subirse a un taxi. Coger un taxi en Nueva York en una noche lluviosa era un auténtico milagro.

–Eso no lo mejora –declaró con tristeza–. Lindsey no parará de recordármelo. ¡Y todo por mi culpa! –gimió.

Victoria envolvió a Maude en sus brazos antes de que se derrumbase en su montón de sábanas.

–Tú no tienes la culpa, Maude –insistió–. James arruinó uno de sus conciertos por una discusión que tuvimos. Fue una discusión tonta, pero pasó justo antes del primer concierto de su banda.

–¿James estaba en una banda? –preguntó Maude, aquello despertó su curiosidad.

–Sí, y no era muy bueno. Pasó mucho tiempo hasta de que decidiese ser productor. Esa noche fue un desastre, y estoy casi segura de que todavía me hace responsable.

Maude permaneció en silencio.

–James me dijo que hablaste con tu madre de acogida justo antes del acto de apertura. ¿Qué te dijo? –preguntó Victoria amablemente.

Maude miró el rostro tranquilo, pero a la vez preocupado de Victoria y se sintió tentada a contarle todo. ¿Cómo podría empezar a explicarle?

Suspiró y respondió:

–Solo me deseó buena suerte, pero parece que no la suficiente para evitar que saliese corriendo del escenario.

Victoria examinó la cara de Maude.

–Maude, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

–Lo sé, Victoria. ¿Puedo dormir un poco? Estoy muy cansada.

–Por supuesto. Seguiremos hablando mañana.

Besó suavemente la frente de Maude antes de salir de puntillas de la habitación.

James la estaba esperando caminando en círculos por la habitación.

–¿Cómo está? –preguntó cuándo Victoria volvió.

–No lo sé –suspiró–. James Baldwin, ¿cuándo aprenderás a escucharme? Sabía que algo iba mal con su familia, pero parece ser incluso peor de lo que imaginaba.

–Nunca pensé que su relación era tan horrible –dijo James cansado.

–En cuanto la vi, me di cuenta de que no estaba bien atendida, pero no sabía que les tenía tanto miedo. Sé que Maude oculta algo, es como si fuese prisionera de sí misma. Está sola y asustada, y ellos tienen el poder sobre ella.

–Nunca debí llamarles. Pensé que sería una buena oportunidad para los Ruchet para mostrar su apoyo. Pensé que estarían orgullosos.

Se levantó y abrazó a Victoria.

–Todo lo que sé es que no permitiré que vuelva, a menos que esté segura de que está a salvo y bien cuidada –dijo Victoria–. Nunca olvidaré a Linda Milton del refugio. Pensé que estaba mejor, me despisté por un segundo y volvió con su agresivo marido. Aquella misma noche la golpeó hasta la muerte. Nunca volveré a cometer ese error, James.

–Lo sé, cariño. Eso es lo que admiro de ti –dijo besándole la cabeza.

–Se ha integrado perfectamente en nuestra familia –susurró–. No puedo imaginarla marchándose a finales de junio.

–Quizás no tenga que hacerlo –declaró James–. Si su primer álbum es un éxito, podríamos convencer a Alan para que Soulville firme la gira y un segundo álbum.

–Podría quedarse con nosotros.

–Su álbum tendría que ser un gran éxito. Alan tendrá sus dudas después de que lo que ha pasado esta noche. No entenderá que fue solo circunstancial.

–Su álbum será un éxito. Lo sé, Vic. Nunca he estado tan seguro de algo como lo estoy de esto. Comenzaremos a grabar en unos días, y cuando lanzamos su primer single «Paris o New York», Alan estará dispuesto a hacer cualquier cosa por su nueva estrella.

–Dios, como echo de menos los tiempos en los que Alan no formaba parte de Soulville Records.

–Yo también. Ojalá nunca hubiera cedido ante la petición de Travis Brighton de expandir Soulville hace cinco años. Debería haberme mantenido firme, pero pensé que podría llegar a más artistas. Ahora, como uno de los tres accionistas principales de Soulville, siempre contar con la opinión de Travis antes de tomar una decisión importante. Aunque es un buen amigo, no siempre estamos de acuerdo, y él es mucho más sensible a las razones financieras de Alan que yo.

–Travis se puso de tu parte en la decisión de firmar con Maude, pero después de lo sucedido esta noche, podría sentirse tentado a escuchar lo que Alan tenga que decir –reconoció Victoria con tristeza.

–Confío en Maude. Nunca había visto tanto potencial hasta que la encontré. Me niego a dejar que Soulville, la compañía que Travis y yo construimos juntos, se convierta en otro Glitter Records.

–Eso no sucederá –afirmó Victoria–. No mientras tú estés allí. Mantente alerta. Mientras estés allí, todo irá bien –repitió Victoria con convicción.



MAUDE PASÓ TODO EL día siguiente triste y en pijama, con Cynthia y Jazmine, quienes trataron de animarla después de lo del día anterior.

–Podemos ir de compras o algo –preguntó Cynthia algo dudosa, después de haber visto cuatro películas seguidas.

Normalmente, irse de compras animaba a Jazmine, pero Maude no era Jazmine y negó con la cabeza.

–Nunca volveré a ver la luz del sol ni a contestar el teléfono –dijo mientras miraba la vigésima llamada perdida de Thomas.

–Vale, vamos a por otro cubo de helado de vainilla –sugirió Jazmine mientras saltaba del sofá.

En ese momento, sonó el timbre.

Cynthia fue a abrir la puerta, y cuando volvió al salón la acompañaba la fría y elegante Sra. Tragent. Maude tragó saliva e intentó, inútilmente, esconder las cajas de helado vacías debajo del sofá. La Sra. Tragent levantó una ceja con seriedad, y Maude soltó las cajas para saludar a su profesora.

–¿Puedo hablar con usted a solas, Srta. Laurent? –su pregunta era más bien una orden, pero Maude asintió.

Mientras entraban al comedor, Maude deseó haber llevado cualquier otra cosa que no fuera aquel ridículo pijama.

Su profesora, por el contrario, iba muy elegante, y no sobresalía ni un mechón de su apretado moño. Maude intentó sin éxito peinar sus rizos rebeldes, pero solo consiguió acentuarlos aún más.

–Srta. Laurent, me decepcionó mucho ayer por la noche –comenzó la profesora.

–Yo...– comenzó a protestar. La Sra. Tragent le ordenó silencio con un gesto.

–James Baldwin insistió en que la aceptase en mi clase, y confié en él. Mostró un talento excepcional para alguien que nunca había entrenado su voz como es debido. Estuvo impresionante en las audiciones. Su técnica no era perfecta, pero aun así la elegí antes que a Lindsey Linton. Pero ayer, nos deshonró a usted y a mí. Y ahora tendré que decir algo que pensé que nunca diría: gracias a Dios, la Sra. Linton estaba allí. Exijo una explicación, y la quiero ahora.

–Lo siento, Sra. Tragent –protestó Maude–. No puedo explicar lo que sucedió. Sufrí un episodio de miedo escénico.

La Sra. Tragent se burló.

–No es cierto, Srta. Laurent. Media hora antes, estaba perfectamente bien. Como una rosa. Le diré lo que sucedió ya que se niega a ser honesta. Usted permite que su vida personal interfiera en su vida profesional. ¡Deja que sus emociones se lleven lo mejor de usted!

Los ojos de Maude brillaron.

–Su sobrino una vez me aconsejó que lo hiciera –argumentó, su rostro le ardía cada vez más por la vergüenza y la sensación de indignación–. Me dijo que profundizara en mis emociones.

–No tuerza las palabras de mi sobrino. ¡Si él le dijo que utilizase sus emociones, su sufrimiento y su alegría para dar profundidad a su actuación, ciertamente no quiso decirle que se permita perder el control sobre ellas, como lo hizo anoche! Le enseñé todo lo que sabe. Y nunca le enseñé eso – soltó la Sra. Tragent enfadada.

–¿Quiere decir que nunca le enseñaron eso? –corrigió Maude.

–No, me refería a ella, Srta. Laurent. Me refería a Isabella Beauchamp, con apellido de soltera Tragent, la madre de Matt, mi hermanita –dijo.

–¿Su hermana era la madre de Matt? –preguntó Maude incrédula. Había asumido que el padre de Matt era la conexión entre Matt y su tía.

–Así es. Y se parecía mucho a usted. Con mucho talento, pero demasiado emocional. Y al final, ella se rindió a la presión de su marido y abandonó la música. Prefería ser una buena esposa –la Sra. Tragent lanzó la última palabra como si fuera un insulto.

–Necesito saberlo ahora, Maude Laurent, ¿le interesa cantar?

Sus ojos se clavaron en los de Maude. Respiró hondo y respondió con calma.

–Claro que sí.

–Entonces, vaya a Morningside el domingo por la mañana a las seis en punto para su primera clase privada –declaró la Sra. Tragent antes de ponerse de pie y caminar hacia la puerta.

Maude casi se cae de la silla.

–¡Pero usted nunca imparte clases privadas! –exclamó.

–¿Le parece mal, Srta. Laurent?

–No. ¡Por supuesto no!

–Bien, porque no soporto las quejas. Seis en punto. No llegue tarde.

Pasó por la sala de estar y miró con arrogancia hacia el sofá donde estaban sentadas Jazmine y Cynthia.

–¡Jazmine Baldwin, esos hombros! –ordenó con severidad.

Luego continuó su camino y se marchó.

–Me dará clases privadas –dijo Maude aturdida.

–¿La Sra. Tragent?! –exclamó Cynthia con duda–. Nunca da clases privadas. Ni mis amigos de Julliard lograron convencerla.

–¡Verás cuando Lindsey se entere! –exclamó Jazmine emocionada–. Prométeme que se no lo contarás sin mí, Maude.

Las chicas se rieron y decidieron celebrar el éxito de Maude con helado de vainilla.

Cuando Maude fue a su habitación esa noche, encendió su portátil y escribió en la barra de búsqueda de Google: «Encontrar a tus verdaderos padres, Francia».

No quería que los Ruchet volviesen perturbarla. Antes de tener el valor necesario para afrontar su futuro, necesitaba conocer su pasado. Necesitaba saber de dónde venía y quién era para poder enfrentarse a los Ruchet. No podían ocultar la identidad de sus padres por mucho más tiempo.



–CIERRE LOS OJOS E INTENTE relajarse –dijo la Sra. Tragent mientras caminaba alrededor de Maude.

Maude cerró los ojos, pero no pudo relajarse con la dura mirada de la Sra. Tragent.

–No creo haber dicho que cierre los ojos y que apriete los puños –se burló la Sra. Tragent–. Relaje los hombros, Srta. Laurent. Ahora haga círculos lentos con la cabeza. De forma circular, en el sentido de las agujas del reloj. Eso es.

Maude había dormido regular la noche anterior y temía quedarse dormida si se relajaba por completo.

–Relajarse antes de cantar es esencial, Srta. Laurent. El estrés no ayudará a su técnica y ciertamente no ayudará a su canto ni a mis oídos. Mis oídos no soportan un canto mediocre.

Maude se estremeció. ¿Cómo pudo haber pasado de ser la elegida para cantar la canción de Cenicienta a ser acusada de «cantante mediocre»?

–No he dicho que sea una cantante mediocre, Srta. Laurent –dijo la Sra. Tragent como si le leyera la mente.

Los ojos de Maude se abrieron con sorpresa.

–¡Ojos cerrados, Srta. Laurent! –ordenó bruscamente–. Su rostro es un libro abierto. El lector menos observador puede leer tus emociones. Y yo no soy una lectora cualquiera. Tiene que aprender a controlar sus emociones. Su público no está interesado en su vida personal. No quieren verle luchando contra sus demonios internos en el escenario.

–Por supuesto –dijo Maude asintiendo.

–¿Le dije que hablara, Srta. Laurent? –preguntó la Sra. Tragent con frialdad.

Maude casi responde «no», pero se detuvo justo a tiempo.

–¿Cómo puede relajarse si está hablando?

¿Cómo podría relajarse si su profesora la torturaba mentalmente? Tal vez las clases privadas no eran un privilegio. Tal vez era la manera que tenía la Sra. Tragent de vengarse de ella.

–¿Es mi voz una distracción, Srta. Laurent? ¿Cree que la estoy torturando por gusto?

Maude cerró los ojos con más fuerza e intentó contener la respiración.

–Libro abierto –observó la Sra. Tragent con desdén–. ¿Cómo está mi sobrino?

El rostro de Maude se sonrojó, pero permaneció en silencio.

–Silencio. Al fin. Justo lo que quería escuchar.

Daba vueltas alrededor de Maude como si fuese un halcón.

–Obviamente siente algo por mi sobrino –continuó, dándole la espalda a Maude.

Los ojos de Maude se abrieron de par en par, y estuvo a punto de protestar, pero nuevamente se contuvo justo a tiempo.

–Ojos cerrados –repitió cansada la Sra. Tragent sin molestarse en mirar a Maude.

–¿Cuándo aprenderá a ocultar sus emociones, Srta. Laurent?

Maude intentó usar una máscara de indiferencia, pero sin éxito.

–Mi sobrino es un mujeriego, Srta. Laurent. Puede verlo en cualquier revista.

La respiración de Maude se aceleró, pero luchó por mantener cierta inexpresividad.

–No creo que haya estado enamorado, y es poco probable que alguna vez lo esté. Nunca cometa el error de pensar que se puede cambiar a un hombre. Solo conseguirá perder el tiempo.

Maude contuvo el aliento y borró cualquier rastro de emoción de su rostro.

–Bien –reconoció la Sra. Tragent con satisfacción–. Abra los ojos, Srta. Laurent.

–Como cantante, a veces tendrá que actuar en las peores condiciones. Enferma, hambrienta, con frío. Las condiciones no serán siempre las ideales. Las personas que ama no siempre serán su apoyo. Puede ser que ellos sean su distracción. Una ruptura justo antes de actuar, malas noticias, un hermano moribundo, una hermana embarazada que se pone de parto minutos antes de subir al escenario. En cualquier momento, la vida puede dar un giro. Por eso es importante que aprenda a dejar eso de lado antes de subir al escenario. Antes de arruinar otra de mis obras –dijo la Sra. Tragent con severidad.

Maude sonrió y se imaginó a sí misma como la protagonista de una próxima ópera.

–No me atrevería a que elegirla para otra de mis óperas –agregó la Sra. Tragent–. Ahora, enderece los hombros para los ejercicios vocales.



Capítulo 10



MIENTRAS DUERMES ESTÁS tan tranquilo,

Podría observarte con todos mis sentidos.

Inmerso en un sueño tan profundo,

Esto es amor, no me confundo.

Era la primera sesión de grabación de Maude y ya iba a grabar el arreglo del piano de su primera canción «Amanecer». Maude estaba sola en la sala, pero a través del cristal podía ver a James Baldwin, Matt y Sam, el técnico de sonido, reunidos en la sala de control, escuchando y grabando, mientras Maude tocaba suave y lentamente la melodía que acompañaba la composición de Matt. Había estado horas practicando esa melodía y se la sabía de memoria. La podría tocar con los ojos cerrados. Apenas se inmutó cuando vio a Alan Lewis entrar en la sala de control para supervisar la grabación, aunque él no sabía prácticamente nada del proceso de grabación de un álbum.

Decir que estaba indignado por las noticias sobre la «humillación pública» de Maude, era quedarse corto. El hecho de que él acudiese a la sala de control esa mañana era una forma de que Maude supiera que no descuidaba sus inversiones y que no iba a tolerar otra metedura de pata. Escuchó la melodía y contempló la elegante facilidad con la que ella tocaba, aunque después abandonó la sala con una sonrisa de superioridad.

–Hora de descansar. Después, volverás a tocar el interludio, pero un poco más lento –dijo James desde el micrófono.

Maude se dirigió a la cocina y al poco la siguió Matt.

No habían hablado en toda la mañana y Matt no sabía cómo romper el hielo.

–Escucha, Maude, quería disculparme por lo del sábado...

–No tienes que disculparte por lo del sábado. Me hubiera gustado que me hubieses dicho que no querías venir –lo interrumpió Maude secamente.

–Si quería ir, yo...

–¿De verdad? Entonces, ¿por qué tuvo que llamarte Jazmine para decirte que vinieras? –preguntó.

Matt suspiró.

–Es difícil de explicar. Pero, llegué tan pronto como pude. Siento no haber estado contigo en el *backstage* antes de la función. Haré lo que sea para compensarte.

–No pasa nada. Simplemente creo que deberíamos ser sinceros el uno con el otro a partir de ahora si queremos que nuestra amistad funcione. Asumí que vendrías porque viniste la ceremonia previa al evento y demás. La verdad es que el sábado necesitaba tu apoyo –concluyó, sin apenas mirarle a los ojos.

El corazón de Matt se contrajo cuando sus ojos tristes le recordaron la pálida expresión que tenía el sábado en el escenario.

–Te prometo que no te volveré a fallar cuando actúes en público. Estaré ahí antes que nadie –prometió.

–Cambiando de tema, Cynthia me estuvo hablando sobre una exhibición barroca en próximo viernes en...

–Cynthia está más obsesionada con los museos de lo que debería –la interrumpió Matt–. Deberías decirle que no quieres ir, lo entenderá. Yo se lo digo continuamente. No soporto los museos. Mi padre me obligaba a ir cuando era pequeño para que me aprendiese de memoria las fechas de fallecimiento de todos los grandes artistas. Odio los museos –insistió Matt frunciendo el ceño notablemente.

Maude sonrió.

–En realidad, era yo la que quería ir al Met para ver esa exhibición de arte barroco europeo. Como me debías una por abandonarme completamente el pasado sábado, te iba a preguntar si querías venir. Pero viendo el odio visceral que le tienes a los museos, no quiero hacer algo que no te apetece.

Matt se sorprendió e intentó desmentir lo que acababa de decir.

–No odio visceralmente los museos. Esa palabra es demasiado fuerte. Quizás podríamos...

–Olvidalo. Le preguntaré a otra persona, no pasa nada –Maude sonrió amablemente.

Se encaminó hacia el estudio y Matt la siguió, mientras maldecía el momento en el que había decidido ser tan sincero.



–THOMAS BRADFIELD, TIENE que aprender a mantener ese D mayor. Son cuatro tiempos, no dos –le regañó la Sra. Tragent–. ¡No pase a la siguiente nota! Se acabó la clase. Todos fuera –ordenó la Sra. Tragent, como si no pudiese aguantar más su presencia.

Maude y Thomas se apresuraron en recoger sus cosas, cuando Lindsey bloqueó a Maude.

–¿Es eso cierto? –preguntó fríamente.

–¿Qué es cierto? –preguntó Maude inocentemente, aunque tenía la sensación de que sabía por dónde iba a ir la conversación.

–Jazmine me dijo que la Sra. Tragent iba a darte clases privadas.

Maude sonrió. Jazmine no había podido esperar para contárselo a Lindsey.

–Así es –respondió.

–Si hubiera sabido que lo único que tenía que hacer para conseguir clases era salir corriendo del escenario, lo hubiera hecho hace mucho tiempo –remarcó sarcásticamente–. Espero que la Sra. Tragent te haya contado que gracias a mí la función salió adelante y que canté maravillosamente. La próxima vez tengas miedo escénico, quizás quieras avisar con antelación a tu suplente.

A Maude le ardían las mejillas de la vergüenza, pero alzó la cabeza.

–¿Por qué lo dices? ¿Pretendes ser mi suplente para siempre? –replicó.

Lindsey sonrió con superioridad.

–No tienes ni idea de lo que te espera, Maude. Y cuando ocurra, quiero ser la primera en ver tu cara –sentenció mientras se alejaba arrogantemente.

Maude la miró mientras caminaba y sintió cómo una incómoda preocupación se le acumulaba en el pecho. Siguió a Thomas fuera, todavía pensando en lo que Lindsey le había dicho.

–No dejes que te afecte lo diga Lindsey. Solo está celosa. Además, su actuación no fue tan buena como lo hubiera sido la tuya. Hubiera preferido hacerlo contigo que con ella.

Maude le sonrió agradecida.

–Además –continuó él–. Que la profesora más destacada de Nueva York te dé clases privadas es algo que hay que celebrar, creo yo. ¿Estás libre para cenar el viernes por la noche?

Maude se paró en seco.

–¿Me estás pidiendo una cita? –preguntó, sorprendida.

–Es exactamente lo que estoy haciendo. Podríamos ir a un restaurante estupendo que acabo de descubrir y, después, a la nueva exposición de arte barroco en el Met. Sé que te gustan mucho las exposiciones de arte.

La sonrisa de Maude se extendió. Estaba claro que Thomas no se parecía en nada a Matt, pensó. Thomas era una persona estable, en la que se podía

confiar y siempre la tomaba en serio. Por el contrario, Matt nunca desaprovechaba la oportunidad de provocarla y odiaba los museos.

–Vale, me apunto –dijo alegremente ella.

–Genial, pasaré a por ti a las siete.



–LISTO –DIJO CYNTHIA cuando terminaba de retocar el pelo de Maude.

Jazmine y Cynthia retrocedieron un paso hacia atrás para contemplar su trabajo. Habían trenzado su pelo al estilo griego, y Maude se sentía como una de las antiguas diosas que había visto en el ala de arte antigua del Louvre.

–Te queda genial –suspiró Jazmine–. Thomas no tiene ni idea de lo que le espera.

–Simple, pero elegante. Estás perfecta –intervino Cynthia.

–Eres la mejor –le agradeció Maude a Cynthia–. Oye, ¿puedo mirar mi correo desde tu portátil?

–Claro que sí.

–Gracias a Dios que papá y mamá han salido o nos hubieran pedido una foto, y mamá se habría puesto a hablar con Thomas y demás –puntualizó Jazmine mientras Maude miraba el correo.

Maude había contactado con una administración francesa llamada CNAOP cuando se enteró de que había cada vez más niños adoptados que querían saber la identidad de sus padres, estuvieran vivos o ya fallecidos. Aunque a ella nunca la habían adoptado, podía dirigirse a esta administración para descubrir quiénes eran sus verdaderos padres.

Maude suspiró interiormente. Nada todavía.

–Tampoco es para tanto –insistió Maude por centésima vez mientras apagaba el portátil–. Solo somos dos buenos amigos que van a salir un viernes por la noche.

–A un restaurante elegante –añadió Cynthia alegremente.

–Después de haber pasado casi dos meses trabajando durante horas los dos juntos cada tarde –Jazmine añadió, riendo.

–¿Por qué lo dices con ese tono? –preguntó Maude, riéndose de sí misma–. Estar guapa con los harapos de Cenicienta no es nada fácil, créeme.

Las chicas se partían de risa y casi no escuchan el timbre de la puerta.

–Esa es tu cita –dijo Jazmine.

–Hum, quizás debería ir a echar un ojo a ese jovencito –dijo Cynthia, moviendo amenazante el dedo índice.

–Yo también debería. Ya sabes, investigar un poco su pasado, su familia, su profesión. Y hablar de con él de *eso* –dijo Jazmine, sacudiendo la cabeza.

–¡No seréis capaces! –advirtió Maude entre risas–. Quedaos aquí. No os quiero ver cotilleando.

Bajó las escaleras deprisa para abrir la puerta. Las hermanas Baldwin corrieron discretamente a la parte alta de las escaleras para poder verlos hablar.

–Son tan monos –murmuró Jazmine.

–¿Más que Maude y Matt juntos? –preguntó Cynthia levantado las cejas pícaramente a su hermana.

–¿Te lo ha contado Matt?

–¡No tuvo que hacerlo! –exclamó Cynthia–. ¡Impediste que fuera a la ópera!

–¡Yo no hice eso, Cynth! Lo prometo, solo le dije que no jugara con los sentimientos de Maude. ¡Él lo interpretó a su manera! –exclamó Jazmine indignada.

–No tienes derecho a entrometerte en sus asuntos. ¿Cómo te sentirías si yo me metiese en los tuyos? ¿Cómo reaccionarías si le dijese a Jonathan lo que pienso de él después de rechazar a la chica más guapa de Franklin High?

Jazmine escondió una sonrisa.

–Venga, ya sabes cómo es Matt, Cynth.

–Sé cómo es normalmente, y lo he visto cuando está con Maude, y no puedo decir que sea el mismo.

De cualquier forma, su relación no es asunto tuyo. Es Maude la que tiene que decidir lo que quiere, y yo no estoy del todo segura de que sea Thomas.

–¿Desde cuándo eres una experta en el amor? –se burló Jazmine.

–Yo, por lo menos, soy una experta en ser la hermana mayor. ¡Tú llevas tres meses con el papel de hermana mayor y te comportas como una tirana! Yo, en cambio, durante dieciséis años he tenido la hermana pequeña más insoportable y he conseguido mantener la compostura –señaló Cynthia con honestidad–. Le debo mucho al yoga –suspiró, mirando disimuladamente a su indignada hermana pequeña.



MATT ESTABA ABURRIDO. Aburrido como una ostra.

Había estado deambulando por los pasillos del Met durante dos largas horas y todavía no había rastro de Maude.

–Prometheus Bound de Rubens es increíble, ¿no crees, Sheryl? –preguntó a su moderna cita un hombre alto y delgado con un jersey de cuello vuelto.

–No tanto como el de Van Dyck, cariño –dijo ella alegremente.

Matt dejó escapar un largo, profundo y frustrado suspiro.

–Que alguien me mate –murmuró él con impotencia.

Cuando sentía que su interés por el barroco no daba para más, divisó, no muy lejos, a Cynthia admirando el trabajo de Van Dyck.

Matt intentó alejarse discretamente. Pero no fue lo suficientemente rápido.

–¡Matt! –gritó Cynthia con incredulidad–. ¿Qué haces tú aquí? No sabía que te gustaba el bar...

–¡Chsss! –le interrumpió él–. Ni lo sueñes. Nunca iré a otra exhibición contigo –dudó–. ¿Dónde...? Hum, quiero decir, ¿has venido sola? –preguntó.

Cynthia miró a Matt con sospecha, entonces su mirada se llenó de asombro.

–¡Has venido aquí porque...! –el resto de la frase fue amortiguado por la mano de Matt.

–¡Deja de gritar! –le instó Matt–. Te equivocas por completo.

–¿Estás aquí porque esperabas encontrarte con Maude? –preguntó Cynthia en un susurro ridículamente alto.

–Por supuesto que no –bufó Matt–. Yo solo estaba...

–No te preocupes –le cortó Cynthia con una de sus miradas sin sentido–. Si viniste por Maude, te decepcionarías. Ya hizo otros planes para esta noche.



MAUDE SENTIÓ UNA AGUDA sensación de decepción.

El restaurante, Ambrosia, era muy bonito, pero la joven no podía respirar. Las bajas mesas cuadradas estaban cubiertas con elegantes manteles de seda de color rosa palo. Al fondo a la derecha de la sala, un pianista muy serio tocaba suavemente un gran piano. Los camareros estaban de pie con sus formales uniformes blanco y negro y sus pajaritas perfectamente anudadas bajo sus afiladas barbillas. Seguro que no se les había caído un plato en su vida, pensó Maude, sonriendo al acordarse de Jonathan y su corta, pero trágica, carrera como camarero.

–¿De qué te estás riendo? –preguntó Thomas mientras ojeaba el menú.

–Oh, solo estaba pensando en un amigo mío que resulta ser el peor camarero que ha puesto un pie en un restaurante.

Miró a su alrededor. Las parejas se susurraban sobre las velas encendidas y vasos de vino. La memoria de Maude la llevó en ese momento a Las Fajitas, donde todo era vivo y maravillosamente ruidoso, y suspiró.

–No sé qué pedir de la carta. ¿Alguna sugerencia?

–Los langostinos son un buen entrante. Podrías probarlo.

–Hum –meditó Maude–. ¿Me está diciendo que están bien cuando en realidad son muy picantes para poder sacarme una foto mientras mi boca arde en llamas?

Thomas la miró sin comprender.

–No, quería decir que están bien. Ambrosia no sirve ningún plato picante –añadió ateniéndose estrictamente a los hechos–. Gracias a Dios.

El rostro de Maude se ensombreció, pero Thomas no lo vio porque estaba muy ocupado llamando al camarero.

Maude casi deseó que los langostinos estuvieran picantes, pero, como Thomas había dicho eran deliciosamente suaves. Cuando llevaba la mitad del plato, Maude vio a un hombre joven, alto y rubio, entrar solo al restaurante.

Maude aguantó la respiración y observó la cara del hombre. Solo podía ver la mitad de su rostro, pero estaba segura de que era Matt. Su pulso se aceleraba mientras el joven hablaba con el camarero que lo dirigía directamente a la mesa donde estaban Maude y Thomas. Pasó de largo.

No era Matt.

Maude no podía entender por qué se sentía tan sumamente decepcionada, pero no tuvo tiempo para analizar ese sentimiento porque le vibró el teléfono.

Era un mensaje de texto de Jazmine que decía:

¡Pon Z100 ahora! Corre.

—Acabo de recibir un mensaje rarísimo de Jazmine. Tengo que salir unos minutos. ¿Te importa?

Se apresuró a salir sin esperar una respuesta. Encendió la radio de su teléfono y sintonizó Z100 tal y como le había dicho Jazmine.

Se pegó la radio a la oreja, pero casi se le cae cuando escuchó la canción:
Nueva York es la ciudad para visitar
París es la ciudad donde quiero estar
París es mejor que Nueva York
Date por vencido y déjalo estar

Su canción, «París o Nueva York», en la radio. Pero, ¿cómo era posible? ¡No era su voz! Ni siquiera había grabado la canción todavía.

De repente Maude dejó escapar un grito cuando reconoció aquella voz.
¡Era la voz de Lindsey, cantando SU letra!

La cabeza de Maude dio vueltas y pensó que sus piernas se rendían. Esto no podía estar pasando. ¡Debía estar soñando! ¿Cómo conocía Lindsey esa canción? La canción continuó y llegó la parte en la que un chico cantaba. Una vez más, la voz le sonaba curiosamente familiar. Sin embargo, no era la voz de Matt. Sus ojos se abrieron de par en par asombrosos cuando vio a Thomas caminar hacia ella con su abrigo.

¡La voz de Thomas sonaba en la radio, cantando la parte de Matt!

Thomas ya había llegado donde ella estaba y se apresuró rápidamente hacia ella cuando vio su rostro esculpido en total conmoción.

—Dios mío —dijo ella conmovida alejándose de él, que se acercaba a ella—. No me toques.

—¿Qué pasa? —preguntó él preocupado.

—¿Que qué pasa? ¡Qué pasa! —gritó—. ¡Robaste mi canción, Thomas!

Él comenzó a decir algo, pero ella le interrumpió.

—¡No mientas! ¡Está ahora mismo en la radio! Dios mío, ¿por eso querías que cenar esta noche? ¿Sabías que se publicaba hoy? ¿Es esto una especie de broma de mal gusto?

—No, Maude, escucha —dijo él, intentando acercarse a ella de nuevo, sin conseguirlo—. Esto no es una broma. No sabía que publicarían la canción esta noche. Se suponía que saldría en un par de semanas. Yo...

—¡¿Esa es tu excusa?! —lloró asombrada—. ¡No sabías que la canción que me robaste se publicaría hoy! ¿Estás de broma? ¡Me has robado mi canción, Thomas! ¡Pensaba que éramos amigos por lo menos! ¿Cómo has podido?

—Maude, por favor, cálmate. ¡Déjame explicarte!

–¿Qué demonios me tienes que explicar? Me has traicionado, Thomas. Me has mentido. Te canté esa canción porque quería escuchar una opinión sincera. ¡Y te has aprovechado de eso y la has grabado! ¡Con LINDSEY LINTON!

Maude se apresuró a entrar al restaurante para coger su bolso. Thomas la seguía, llamándola por su nombre.

–Maude, escucha. Yo iba a firmar un contrato con Souville Records. ¡Yo era la persona que se suponía que iba a trabajar con James Baldwin! –gritó él.

–¿Qué? –Maude se giró, sin importarle que los clientes los estuvieran mirando.

–Antes de que el Sr. Baldwin te encontrara en París, Souville Records había acordado firmar un contrato conmigo. Entonces te encontraron y él apostó por ti. Me abandonaron como si yo no fuera nada. Se suponía que iba a ser mi gran oportunidad, Maude.

–¿Por qué no me dijiste quién eras? ¿Por qué no me lo explicaste? –ella gritó—. ¡No te habría restregado lo de Souville por la cara! ¡No te habría hablado tanto sobre mi álbum! ¡Dios, me siento tan estúpida! –Maude gritó—. ¿Es ese el motivo por el que robaste mi canción? ¡Por venganza! ¿Por eso te hiciste pasar por mi amigo? ¿Qué te he hecho yo a ti, Thomas?

–Cuando les llevé la canción a Glitter a través de Lindsey, supieron que sería un éxito. Me ofrecieron un contrato. Ahora estoy trabajando para Glitter Records.

Maude se dio la vuelta asqueada. Agarró su bolso y abandonó la mesa, pero Thomas la cogió del brazo y la sujetó fuerte.

–Por favor, no te vayas. Déjame que te lo explique –suplicó él.

Ella miró su mano, sintiendo sus dedos apretándole alrededor del brazo.

–Me das asco –dijo Maude fríamente—. Quitá tu mano de mi brazo o lo lamentarás –le advirtió, sus ojos oscuros transmitían dolor.

Thomas quitó lentamente sus dedos. Ella le arrebató su abrigo del otro brazo y se dirigió a la salida, con la cabeza alta.

–Matt lo sabía –declaró él, desagradablemente, sin querer irse a casa solo.

Maude se detuvo, atónita.

–Él sabía quién era yo y te lo ocultó deliberadamente –gruñó él.

Maude permaneció en silencio. Entonces, levantó algo más su cabeza y salió con el frío nocturno.



CUANDO LLEGÓ A CASA aquella noche, fue recibida con una expresión triste de Jazmine.

–Está en todas las emisoras. Lo siento mucho, Maude –susurró Jazmine.

Maude no pronunciaba palabra. Pasó delante de ella y se encerró en su habitación. Thomas la había traicionado a ella y a Matt. Su canción, la canción en la que habían trabajado durante semanas, había sido robada. Su gran éxito había sido robado. Era la canción que se suponía que iba a lanzar su carrera. Estaba claro que las otras canciones eran geniales, pero esa era especial.

¡Y escuchar a Lindsey cantando su parte!

Maude aguantó las lágrimas. Se negaba a llorar por esto, aunque fuesen lágrimas de coraje. Thomas no se merecía ni una sola lágrima y Matt tampoco.

Thomas quizás me haya traicionado, pensó muy enfadada, pero sin duda no voy a consentir que esto hunda a mi carrera o a mí.

Caminó hacia su piano y se sentó decidida. Lentamente, una composición lírica se iba escribiendo en su cabeza y una melodía resonaba sin cesar en su cabeza. Esa noche Maude no durmió. No escuchó la puerta cerrarse cuando James y Victoria volvieron a casa, ni escuchó a James discutir por teléfono con Alan Lewis. Trabajó toda la noche en su canción, perfeccionándola, moldeándola con la furia, la traición y la fría determinación que sentía.

Cuando los primeros rayos del tenue sol de la primavera se hicieron paso por el cielo, se durmió, exhausta pero satisfecha.



–¡LE HA DADO LA CANCIÓN a nuestro competidor! –bramó Alan Lewis, golpeando con su puño la mesa oval de la sala de conferencias–. ¿Cuánto tiempo más vas a estar apoyándola mientras ella continúa fallando? –preguntó él, su cara estaba roja de rabia.

–Alan, ¿cuánto tiempo más vas a estar buscando excusas para deshacerte de ella? –preguntó James, su voz era tranquila pero su cara expresaba firme determinación.

–No estoy buscando excusas. ¡Ella me las está sirviendo en bandeja de plata! –farfulló Alan.

–Maude es joven e inexperta, y no sabía que Thomas había sido un candidato para firmar el mismo contrario que finalmente le ofrecimos a ella.

–¿Y tú no sabías que eran amigos? ¡Tenías que haberla vigilado en lugar de darle toda la libertad del mundo para crear y componer y escribir y cantar y malgastar mi dinero!

–Asumo toda la responsabilidad, Alan. Creo que todo artista necesita libertad para crear. Al contrario de lo que puedas pensar, Alan, la canción que compusieron Maude y Matt era un gran tema. Esa libertad que tú no apruebas es la que concibió ese gran éxito.

–¡Ya sé que es un éxito! –chilló Alan histéricamente–. ¡Está sonando en todas las emisoras! ¡El single saldrá en una semana y todos los adolescentes de América lo estarán comprando! Thomas Bradfield será famoso. Nunca debimos dejarlo escapar.

James Baldwin habló pausadamente.

–Creo que precisamente esto prueba que hicimos bien dejándolo marchar. Yo nunca podría trabajar con un artista que es capaz de comportarse así. Puede que Thomas sea famoso mañana, pero solo lo será porque Maude y Matt escribieron una canción que merece la pena escuchar, pero no por Thomas. Matt nunca habría compuesto una canción así de haber colaborado con Thomas.

–Eso no lo sabes, Baldwin. No creo que debamos seguir con ella. Esta chica causa demasiados problemas. Podemos dar por finalizado el contrato ahora y salvar nuestras pérdidas. Travis está de acuerdo conmigo.

Los ojos de James destellaron.

–Soulville se queda con Maude Laurent, Alan. Vamos a empezar a trabajar en un nuevo single debut cuanto antes. Me niego a...

James dejó de hablar. Podía escuchar a alguien tocando el piano en la entrada.

Nunca nadie había escuchado el supuestamente maldito Concert Grand Piano de la entrada, porque las teclas estaban muy duras y el sonido era muy brusco. La más bella de las melodías podía ser ultrajada por la calidad de su sonido.

Alan y James se miraron perplejos y se dirigieron a la entrada para ser quién lo estaba tocando. Cuando llegaron, vieron que no eran los únicos que se habían reunido alrededor del antiguo piano. Los cantantes que trabajaban en las salas contiguas, incluyendo Matt, se habían congregado rodeando a la persona que tocaba el piano. James y Alan se acercaron al piano y vieron a Maude tocando.

Entonces su voz cantó con emoción:

Confíe en ti, me enamoré de ti,

Tu mirada era tierna, y tu corazón parecía sincero.

Cómo osaste, oh, cómo pudiste,

Pensar que mi corazón era de acero.
Su voz tembló por la desgarradora emoción cuando cantó el estribillo,
Traicionada pero no rota.
Una puerta se cierra, se abre otra.
Seré fuerte, continuaré.
Tu recuerdo no dudará otro amanecer.
Traicionada, pero me niego a romperme,
El tiempo hará que me olvide de ti.

Sus dedos corrían hermosamente por el piano mientras tocaba el solo de piano sin cantar. La dureza de las teclas la obligaban a usar toda la fuerza de sus dedos. Normalmente, tocaba sin esfuerzo. En este piano, sin embargo, sentía cómo la energía fluía desde su brazo hasta explotar en la punta de sus dedos cuando entraban en contacto con las duras y toscas teclas de marfil. Era como si Maude estuviera luchando contra la resistencia de las teclas, intentando dominarlas y controlarlas. El resultado era conmovedor.

Empezó a cantar de nuevo, el dolor se extendía visiblemente por todo su rostro.

Tus mentiras hacen eco en mi cabeza,
No puedo dormir, estoy llena de tristeza.
Estoy tan arrepentida.
¿Cómo es que no lo vi?
¿Por qué no lo conseguí?
Debí haberlo sabido,
Quizá fue un descuido,
Aunque fui engañada,
Soy fuerte y estoy preparada.
Ella inclinó los hombros y redujo la velocidad de la canción.
Nuestros recuerdos están dañados para siempre.
No eres más que una ruin serpiente.

Retomó el ritmo y las notas sonaron fuerte, resonando contra las paredes de la habitación como si estuviera llegando el final de su canción:

Que sepas que siempre serás
El mentiroso que me traicionó
Que sepas que siempre serás
El mentiroso que por mí nunca se preocupó

El solo de la parte final suponía el triunfo de Maude y fue entonces cuando las duras teclas sucumbieron bajo su poder y su fuerza. Maude demostró con

orgullo su maestría mientras el piano acompañaba su bello dolor y acentuaba la afección y el sufrimiento de la chica. Como un ave fénix resurgiendo de sus cenizas, Maude había devuelto a la vida a ese antiguo piano de palo de rosa.

James miró a Alan de forma engreída. Alan, por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras. Él no sabía mucho del proceso creativo, pero lo que sí sabía era distinguir el éxito y esa canción lo era.

–Lanza este single antes de que Lindsey Linton lo haga o, esta vez, la chica está fuera de verdad.

James sonrió satisfactoriamente. Lindsey Linton y Thomas Bradfield no tenían nada que hacer con Maude.

Matt caminó hacia el Grand Piano, pero Maude se alejó del piano rápidamente y se dirigió a la cocina, en un intento de escapar de él.

–Maude –gritó él mientras corría detrás de ella.

La alcanzó antes de que ella entrase en la vacía cocina.

–¿Fuiste a la exhibición ayer? –le preguntó él.

Matt sabía perfectamente que Maude no había pisado el museo la noche anterior, pero como era tan orgulloso, no quería admitir que él había ido solo con la esperanza de encontrarse con ella. Cynthia le había guardado el secreto, pero él no había conseguido, por contra, saber dónde estuvo Maude esa noche.

–No, estuve con Thomas anoche en el Ambrosia –respondió Maude, fríamente.

El corazón de Matt se paró y sus mejillas se encendieron. Maude estuvo en una cita mientras él perdía su valioso tiempo en un museo que odiaba, observando pinturas aburridas y sin vida de otra época.

–¿En una cita con ese ladrón? –protestó él cabreado–. ¿Cuándo vas a dejar de confiar en él?

–Pues tú sabrás, Matt.

–¿Cómo pudiste enseñarle nuestra canción? Quizás podrías empezar explicándome eso.

Maude cruzó los brazos en su pecho.

–Tú eres el que me debe una explicación. Tú sabías quién era Thomas cuando te encontraste con él en el ensayo. ¿Por qué no me avisaste?

Matt, que se había sentido culpable durante semanas, estaba rojo de la indignación en ese momento y no iba a disculparse.

–¿Cómo te lo iba a decir? ¿Me habrías escuchado si te hubiera dicho que James no estaba muy convencido con él porque no se fiaba de él, que pensaba que Thomas era demasiado ambicioso? ¿Me habrías creído?

–¿Por qué no te habría creído? ¡Al menos no habría sido tan estúpida como para enseñarle mi canción, Matt!

–No éramos muy amigos por aquel entonces. Esperaba que...–dudó él–. Quiero decir, estábamos empezando a llevarnos bien. ¿De verdad tenía que decirte que no confiaras en un chico con el que te habías llevado bien desde el principio y por el que estaba claro que sentías algo?

La cara de Maude se encendió cuando escuchó sus palabras.

–¿Sentir algo por Thomas? –repitió ella.

Maude, que era igual de orgullosa que Matt, no estaba por la labor de admitir que había estado toda la noche pensando en Matt y deseando que Thomas la llevara a Las Fajitas en vez del restaurante Ambrosia.

–¿No fue ese el motivo por el que le enseñaste nuestra canción? ¿La canción que escribimos juntos?

–Lo que yo sienta o no por Thomas no es lo que importa, Matt. Tenías que haber sido honesto conmigo cuando supiste quién era él.

–Y tú no deberías ir por ahí cantando nuestras canciones al primer chico que te encuentres o que te diga un piropo. Y pensar que estabas cenando con él ayer –protestó Matt–. ¿Todavía tienes pensado salir con él? –preguntó con desprecio.

–Con quién yo salga o deje de salir no es para nada asunto tuyo, Matt –replicó Maude, levantando la cabeza cada vez que pronunciaba una palabra.

–Quizás sí, porque aparentemente vas repartiendo mis canciones a tus potenciales parejas.

–También era mi canción, Matt. Créeme, no fue agradable escuchar a tu exnovia cantando mi parte con sus chillidos agudos y repugnantes –dijo Maude, perdiendo la compostura.

–La voz de Lindsey al menos es armoniosa. Los alaridos incomprensibles de Bradfield están fuera de tono, aunque se haya pasado años ensayando con mi tía.

–¡Tú y Lindsey Linton estáis hechos el uno para el otro porque los dos me ponéis de los nervios! –gritó Maude.

–¡Tú y Thomas Bradfield estáis hecho el uno para el otro porque no se puede confiar en ninguno de los dos! ¡Deberías tenerlo en cuenta antes de ir por ahí cantando canciones de tu futuro álbum! –le contestó Matt, gritando también.

Se miraron muy enfadados. Entonces Maude, se dio media vuelta y entró zapateando en la cocina.

–Recuerda estas palabras, Mathieu Beauchamp –se dijo a sí mismo en voz alta–. Esta es la primera y última vez que vas a un museo por una chica, especialmente por las que se llamen Maude Laurent.



Capítulo 11



–ALAN ESTÁ INDIGNADO, como siempre –declaró James Baldwin en la mesa–. Desde que Thomas robó tu canción y consiguió entrar en la gran lista Billboard Hot 100, Alan ha estado pensando en demandar a Glitter Records.

–Con que abogados, ¿eh? –dijo Victoria con desdén–. Nunca son buena idea.

–Eso es lo que le dije. Pero está muy decidido. Yo sigo diciéndole que es muy difícil aportar pruebas. Aunque ganásemos, las consecuencias serían meses de mala prensa tanto para Souville Records como para Maude.

–Tienes razón. No puede publicar su álbum con una demanda de por medio –coincidió Jazmine.

–Pero Thomas debería pagar por lo que hizo –comentó Cynthia–. Tal vez una demanda sea un buen modo de empezar. No tenía derecho a robarle su canción.

–Estoy de acuerdo contigo, Cynth –dijo Maude–. De todas formas, estoy planeando una venganza justa, y será superando su single en la Billboard Hot 100 –dijo Maude, con cierto brillo en los ojos.

Estaba cada vez más que decidida a vencer a Thomas y Lindsey con una buena venganza. Sabía que «Traicionada pero no rota» era buena, y esta vez nadie se la robaría. Solo deseaba que Alan dejara de seguir cada paso que daba.

–Es el puesto número trece en la lista. Estoy seguro de que podría haber estado entre los primeros tres si hubiera usado nuestro arreglo musical en lugar de ese terrible y penetrante ritmo –añadió James, haciendo una mueca.

–Exacto, papá, robar la letra no fue suficiente, ¡tendría que haber robado la música también! –exclamó Jazmine sarcásticamente.

Todos rieron.

–Será otra de esas estrellas que solo consiguen que uno de sus singles sea un éxito, estoy segura –dijo Victoria con simpatía–. En realidad, no creo que una demanda sea lo mejor. Nunca hemos recurrido a abogados dentro de Souville, y creo que deberíamos seguir así.

–Vamos, mamá, no todos los abogados son malos –argumentó Cynthia–. Nathalie Fern es una de las fundadoras de tu asociación de derechos de las mujeres, y es abogada.

–Pues quizás sea la única que conozco. Créeme cuando te digo que en la mayoría de ellos no se puede confiar.

–Estoy totalmente de acuerdo –intervino James–. Acuérdate de ese exnovio tuyo, Vic. Ted Willow. Se convirtió en abogado y en el peor de los sinvergüenzas. Pero yo nunca confié en él.

Victoria asintió con la cabeza ante el asombro de sus hijos.

–¿Exnovio?! –gritaron al unísono.

Victoria se rio.

–Vamos, por favor, niños –dijo agitando la mano con indiferencia–. Ya sabéis que vuestros padres tuvieron una vida antes de vosotros, ¿no? –dijo burlándose de ellos.

–No lo sabía –respondió Ben con tristeza.

–Mamá probablemente vivió más cosas que papá, a él solo importaba la música –bromeó Jazmine.

–Como si eso hubiera cambiado –rio Cynthia.

Todos rieron. Maude casi podía imaginar a James como un fanático de la música con dieciséis años.

–Ejem –se aclaró la garganta–. Creo que no estamos alejando cada vez más del tema.

–Sí, los abogados dan asco –exclamó Ben, pellizcándose la nariz.

–Eso no es verdad –dijo Cynthia en voz baja–. Y tengo la firme intención de convertirme en una –añadió entre desafiante y tímida.

Un silencio incómodo se apoderó del comedor. Victoria se quedó sosteniendo su tenedor en el aire, Jazmine casi se atraganta mientras bebía y Maude miró alrededor con preocupación.

–¿Qué? –preguntó Victoria con la voz rota

–Quiero ser abogada –repitió Cynthia, con tono más firme.

–Estás en Julliard –afirmó James como si eso fuera la respuesta a todo.

–Quiero ser abogada –repitió Cynthia como si esas fueran las únicas palabras que se le ocurrían–. He estado un tiempo intentando contároslo, pero...

–¡Vaya noticias! –balbuceó Victoria–. Peter Longarm no tendrá nada que ver en esta decisión, ¿verdad? –preguntó, entrecerrando los ojos.

–Victoria –dijo James con suavidad.

Cynthia parecía desconcertada cuando Victoria se levantó de la silla.

–Sabes perfectamente lo que quiero decir, Cynthia. Hace dos meses, Peter anunció que quería ser político y ahora, tú, de repente, ¿quieres ser abogada? –refunfuñó.

–Yo... –tartamudeó Cynthia tímidamente.

–¡Pensé que había criado a mis hijas para que pensarán por sí mismas, no para respaldar a un politicucho, arrogante y cerrado de mente! –dijo enfadada.

Después salió del comedor.

James, que estaba tan sorprendido como Victoria, se levantó también.

–Papá –suplicó Cynthia.

–Quizás no era el mejor momento para dar esta noticia, Cynthia –declaró antes de abandonar la mesa.

–Todo irá bien, Synth –dijo Jazmine después de que sus padres se fuesen–. ¿Desde cuándo quieres ser abogada? Es la primera noticia que tengo.

–No tiene absolutamente nada que ver con Peter –explicó Cynthia–. ¡Mamá está sacando las cosas de contexto! Nunca elegiría mi carrera por las ambiciones políticas de Peter.

–Lo cierto es que muchas de las esposas de los políticos empezaron siendo abogadas: Hillary Clinton, Michelle Obama, Elizabeth Edwards, Alicia Florrick en *The Good Wife* –señaló Jazmine.

–En realidad, ni siquiera se lo he contado a Peter. Nunca he hablado del tema con él. Estaba pensando en decírselo cuando lo viese esta noche. He estado trabajando con Nathalie Fern todos los viernes y sábados por la tarde desde enero, y la verdad es que me está encantando –los ojos de Cynthia se iluminaron mientras hablaba de su nueva afición.

–Dales un poco de tiempo –suspiró Jazmine–. En realidad, les cuesta imaginar a un Baldwin estudiando otra cosa que no sea música.

–Y más si es algo tan aburrido como la ley –agregó Ben.

Cynthia entrecerró los ojos y miró a su hermano, que se escondió detrás de su servilleta.

–Seamos realistas, nuestros padres siempre han tenido algo en contra de los abogados. No creo que les hubiera importado tanto tu cambio de vocación si hubiera sido otra cosa que no fuese la ley –reconoció Jazmine, arrugando la nariz.

–Supongo que como entraste en Julliard pensaron que querías trabajar en la industria de la música –dijo Maude–. Necesitarán tiempo para hacerse a la idea.

–Jamás podría ser abogada –dijo Jazmine, pensando en voz alta–. Ningún maletín sería lo suficientemente grande como para llevar mi bajo. Y obviamente no puedo separarme de él –dijo.

Sonó el timbre y Cynthia se levantó de la mesa.

–Debe ser Peter –dijo ella–. Podrá tomar el postre con nosotros.

–Estoy tan llena... No me queda sitio para el postre –gimoteó Jazmine, mientras daba grandes bocados de comida apresuradamente.

–¡Jazmine! ¡No has terminado tu plato! Maude, ¿tú también te vas? –preguntó Cynthia.

–Lo siento, Cynth, esta noche tengo muchas cosas que hacer –respondió Maude, bebiendo agua antes de salir corriendo del comedor.

Cynthia puso los ojos en blanco mientras veía cómo sus hermanos desaparecían uno por uno ante sus ojos. Ben ni siquiera se molestó en buscar una excusa, simplemente cogió su plato y se lo llevó a la planta de arriba para terminar de comer.

Maude hizo una parada rápida en el salón para comprobar si había recibido algún correo. En la mesa del café había un montón de cartas sin abrir. Rebuscó rápidamente en el montón. Factura de gas, otra de agua, una suscripción a una revista para Victoria Williams Baldwin, la edición de Vogue para el mes de abril para Jazmine y una edición especial del New York Times.

Nada para Maude.

Se apresuró en llegar a su habitación y encendió el ordenador. Revisó sus correos electrónicos por centésima vez esa semana, y casi soltó un grito cuando vio que había recibido un nuevo correo de la CNAOP. Leyó:

Estimada Sra. Laurent:

La CNAOP ha recibido su solicitud para conocer la identidad de sus padres. Sin embargo, no podemos desvelar su identidad por la siguiente razón: usted, Maude Laurent, nació el 7 de septiembre de 1995 de madre desconocida en el Hospital Bichat de París.

Con arreglo a la ley de 1993, una madre puede dar a luz bajo el nombre X cuando desee mantener su anonimato, así como preservar el nombre del padre. Esta ley estaba destinada a proteger a las madres en peligro, y no existe ninguna posibilidad de descubrir el nombre de su madre ya que prefirió permanecer en el anonimato. Sin embargo, de acuerdo con la legislación francesa, se ha animado a dichas madres a que dejen cartas, objetos e información en caso de que sus hijos las busquen. Esto no es

obligatorio. Pero nuestra misión es entregarle dichos objetos al descendiente abandonado si él o ella desea recibirlos.

En su caso, su madre dejó una caja sellada a su nombre que no se ha abierto. Para recuperarla, debe acudir a París con su documento de identidad o pasaporte para verificar su identidad.

Maude volvió a leer el correo electrónico varias veces, la cabeza le daba vueltas por la confusión.

Su madre no quería que ella supiera quién era. Y, sin embargo, le había dejado una caja, pensó Maude esperanzada. Volvió a leer el correo electrónico: «Nació el 7 de septiembre de 1995, en París, en el Hospital Bichat». ¡Había nacido en París! Los Ruchet siempre le habían hecho creer que había nacido en el norte de Francia. No le extrañaba que siempre hubiese sentido aquella inexplicable atracción por esa ciudad. Su corazón se aceleró un poco más cuando leyó: «Esta ley estaba destinada a proteger a las madres en peligro». ¿Su madre había estado en peligro en el momento de su nacimiento? ¿En peligro de quién? ¿No estaba con su padre en ese momento? ¿Era su padre el peligro?

Maude cerró el portátil con firmeza. No podía dejar que este correo la volviese loca. Encontraría la manera de ir a París cuando regresara a Francia, pero en aquel momento no había mucho que pudiera hacer.

Maude salió de su habitación y casi choca con Ben y Jazmine, que estaban escondidos en la parte superior de la escalera. Maude se agachó para colocarse junto a ellos.

–¿Qué está pasando? –susurró.

–Es la pelea del siglo –susurró Ben.

–Cynthia acaba de decirle a Peter que quería ser abogada –explicó Jazmine emocionada.

–¡¿Qué?! ¿Quieres decir que tendría que renunciar a mi trabajo para apoyar tu carrera política? –escuchó gritar a Cynthia.

Cynthia parecía que estaba a punto de retorcer el cuello de Peter Longarm con las dos manos, mientras él parecía más rígido que nunca, y se alejaba cautelosamente dos pasos de su furiosa novia.

–No puedes estar hablando en serio –balbuceó Peter con incredulidad–. No podrías ser otra cosa que no fuese ama de casa. Ya sabes que detrás de cada político hay una mujer devota.

Cynthia lo miró, tratando de calmar el tono de su voz.

–Y supongo que esperas que esté contigo el día que te encuentres frente a un montón de periodistas tartamudeando «Yo no tuve relaciones sexuales con esta mujer».

Peter se atragantó sorprendido por la ocurrencia de Cynthia.

–¡Eso es absurdo! ¿Cómo puedes decir...?

–¡Cómo te atreves a decirme lo que tengo que hacer con mi futuro para que se adapte mejor a tus vagas ambiciones pseudopolíticas!

–Vagas ambiciones pseudopolíticas –repitió Peter débilmente.

–¿Y por qué abandonarías mi carrera? ¿Porque eres el hombre y tú lo dices? –Cynthia sonrió maliciosamente–. No solo serías un marido y un político horrible, sino que tampoco vales como novio. Se acabó, hemos terminado.

En la parte superior de las escaleras, Jazmine y Ben chocaban silenciosamente las manos en el aire, y Maude se reía en silencio de su baile de la victoria.

–No puedes hablar en serio, Cynthia –susurró Peter con tono casi salvaje–. Mi familia espera que pronto anunciemos nuestro compromiso.

Cynthia rio secamente.

–¿En serio? Me pregunto cómo se les metió en la cabeza esa idea tan absurda, teniendo en cuenta que ni siquiera me lo has propuesto, negándome así el placer de rechazar tu pedida. Supongo que pensaste que ya estaba prácticamente hecho –comentó Cynthia con ligereza mientras conducía a Peter a la puerta de la casa.

–Cynthia, no sabes lo que estás haciendo –advirtió Peter–. Algún día seré un hombre muy importante y...

–Y cuando la futura Sra. Longarm se canse de estar detrás de ti, le ayudaré con los papeles de su divorcio y le cobraré unos honorarios ridículamente altos. ¡Por ahora, adiós! – exclamó triunfante mientras cerraba de golpe la puerta de la calle ante la cara atónita de Peter Longarm.

Cynthia se dirigió hacia la escalera y, sin siquiera levantar la vista, habló con sus hermanos.

–Podéis seguir con vuestro baile de victoria abajo si queréis.

–Estamos bien aquí –respondió Jazmine cautelosamente.

Pero Ben se deslizó alegremente por la barandilla y aterrizó frente a su hermana mayor.

–¡Has estado genial, hermana! –exclamó–. ¿Estás segura de que nunca volveremos a ver a Peter?

–Totalmente –afirmó Cynthia con firmeza.



–NO HA ESTADO MAL –DIJO cínicamente la Sra. Tragent.

Maude acababa de terminar de cantar «Tra la la» de *Carmen*, de Georges Bizet.

–Aunque recuerde: su personaje es juguetón, ingenioso y encantador. Ella lo sabe, al igual que todos los demás en la ópera. Su risa no es lo suficientemente encantadora.

Maude contuvo un suspiro de impaciencia. Había probado al menos trece risas diferentes, pero ninguna convencía a su exigente profesora.

La Sra. Tragent se alejó de su piano, se acercó a Maude y la miró pensativa.

–Cuando cante en la ópera tiene que poner todo su corazón en el personaje. Cada detalle cuenta. Esa risa suya era demasiado nerviosa. Me pitaban los oídos.

–¡Eso es porque he forzado veinte tipos de risa diferentes! –protestó Maude.

La Sra. Tragent se volvió bruscamente hacia Maude y la miró con ojos brillantes. Maude retrocedió, luego decidió no hacerlo, se enderezó con una postura desafiante, curvó los labios y dejó escapar una risa ligera, graciosa e ingeniosa.

La Sra. Tragent escondió una sonrisa divertida.

–Eso está mejor –admitió.

Maude lanzó un suspiro de alivio. Incluso reírse exigía un terrible esfuerzo con la Sra. Tragent. Sin embargo, disfrutó cantando *Carmen*.

–Sé que disfruta cada minuto que pasa –observó la Sra. Tragent con su extraña habilidad para leer los pensamientos de los demás–. No importa lo estricta que sea con usted, siempre cumple.

–Quiero mejorar –respondió Maude con sinceridad.

–Ha mejorado, Srta. Laurent.

Maude miró a su estricta profesora con curiosidad. Que la Sra. Tragent felicitase a sus alumnos era una excepción de la que Maude solo había oído hablar, pero que no había visto nunca.

–Tiene lo necesario para convertirse en una notable cantante de ópera si lo desea. ¿Alguna vez ha pensado en seguir con una carrera clásica?

–Antes de venir a Nueva York, quería dedicarme a la música clásica. Soñé con asistir al Conservatorio de París –admitió Maude.

–¿Y ahora?

–No digo que la idea de convertirme en un cantante de ópera no sea emocionante. Sin embargo, la música clásica es muy exclusiva. Es imposible para un cantante de ópera cantar cualquier otra cosa. Descubrí el pop, el jazz, el rock, el rhythm and blues y el soul. No querría renunciar a eso.

–¿Quién dice que tenga que renunciar? Piense en Barbara Hendricks, por ejemplo. Ella es una cantante de ópera soprano afroamericana mundialmente conocida, y sin embargo...

–Y, sin embargo, también canta jazz profesionalmente –completó Maude, asintiendo con la cabeza–. Entiendo lo que quiere decir. Sin embargo, ella es una de las pocas que pueden.

–Debe marcar su propio camino. Moldee su propia carrera, sea cual sea el camino que elija –aconsejó la Sra. Tragent–. Escuché extractos de su próximo álbum.

Maude hizo una mueca, esperando alguna crítica dura de su profesora.

–No está tan mal como imaginé –continuó la Sra. Tragent–. Hicieron bien, usted y mi sobrino, en usar diferentes influencias musicales. Mezclar elementos de pop, jazz, soul y música clásica es una hazaña. Es un álbum interesante.

Se detuvo, observando a Maude con su penetrante mirada azul.

–Tiene suerte de estar trabajando con James. Espero que sea consciente de eso. Le ofreció la libertad de experimentar y hacer un álbum que refleja quién es realmente. Matt no tuvo tanta suerte con Glitter Records. La música clásica es parte de usted y se combina bien con todos los estilos musicales modernos, siempre que se haga correctamente. No se deshaga de esa parte solo para encajar en una categoría.

–No me gustaría –respondió solemnemente Maude.

La Sra. Tragent miró preocupada a Maude. Ella era joven, esperanzada y desafiante, pero al mismo tiempo terriblemente inexperta.

–Espero que siempre tenga tanta libertad, pero si yo fuera usted desconfiaría de Alan. Es un tiburón que hubiera estado mejor en Glitter Records que en Souville.

Maude sonrió tristemente.

–No permita que nadie le robe sus canciones y todo irá bien –declaró secamente la Sra. Tragent–. Está bien, ya es suficiente. ¡Comience de nuevo

desde el principio!



Capítulo 12



MATT OBSERVÓ A MAUDE atentamente a través del cristal mientras ella cantaba «Enamorándome de ti» en la cabina de grabación. Después de semanas de duro trabajo en el estudio, la grabación del primer álbum de Maude estaba a punto de terminar y estaban a solo unos días del lanzamiento de su primer single «Traicionada pero no rota».

Soulville estaba organizando una fiesta para la ocasión, y todos compartían esa sensación de emoción.

Aunque la grabación había ido bien, Matt no pudo evitar sentir una aguda sensación de decepción. Desde el incidente con Thomas, su relación con Maude estaba muy tensa. Cynthia, que secretamente deseaba ver a sus dos hermanos postizos juntos, le había informado de que Maude y Thomas ya no se hablaban, pero Matt solo había sentido un alivio temporal cuando se enteró. Aunque Maude no hablase con Thomas, tampoco es que hablase mucho con Matt. Había adquirido una actitud fría con él durante las últimas semanas. Y por supuesto, Matt había respondido tan bruscamente como Maude, pero él solo lo había hecho en respuesta a la actitud de Maude, se dijo a sí mismo. ¿Desde cuándo había él ido detrás de nadie?, se preguntaba avergonzado. Él era el gran Matt Beauchamp. Siempre sabía lo que quería e iba a por ello preparado para todo, ese era su lema. Además, los franceses nunca tuvieron problemas para conquistar el corazón de una chica. Estaba en su ADN. ¿Cómo es que Maude le había pillado totalmente desprevenido?

Los hombres, incluidos los franceses, a menudo se sorprenden a sí mismos de lo inseguros que pueden llegar a sentirse cuando empiezan a enamorarse de una mujer que parece arrogantemente inmune ante sus torpemente atractivas maniobras.

En este caso, Matt había cometido el error de enamorarse de una de las mujeres más orgullosas con las que te puedes cruzar. Porque Maude hubiera preferido morir en horrible sufrimiento antes que admitir que lamentaba aquella discusión subida de tono con Matt. Además, no tenía ni un minuto para sí misma, y Matt era solo una distracción realmente innecesaria, especialmente cuando cantaba «Enamorándome de ti».

Las miradas de Matt y Maude se cruzaron a través del cristal mientras cantaba el estribillo. Cerró los ojos con fuerza y dio un paso para acercarse un poco más al micrófono. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Necesitaba ir a París para recuperar la caja que su madre le había dejado, pero no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Pronto regresaría a Carvin y tendría que encontrar la manera de ir a París antes de que la encerrasen en el sótano de los Ruchet durante los próximos diez años de su vida.

Sin embargo, antes de que esa sombría perspectiva se convirtiera en su lúgubre realidad cotidiana, la agenda de Maude estaba totalmente completa.

En tres días, lanzaría su primer single «Traicionada pero no rota» y una semana más tarde asistiría al baile de verano anual de Franklin High. Resultaba emocionante y aterrador al mismo tiempo. Esos eventos la emocionaban mucho, pero al mismo tiempo eran un recordatorio de que su estancia estaba inevitablemente llegando a su fin.

–Está bien, Maude, has estado genial –dijo Matt al otro lado de la sala–. Descansemos cinco minutos. Creo que James y Alan quieren hablar con nosotros en la sala de conferencias.

–¿Sobre qué? –preguntó Maude, mientras se reunía con él en la sala de sonido.

–Sobre tu fiesta de lanzamiento –respondió Alan cuando él y James entraron en la sala.

–Estoy totalmente preparada para actuar. He estado practicando bastante para...

–No vas a actuar –declaró Alan sin rodeos.

–¿Qué? –interrumpió Maude.

–Creemos... –comenzó Alan girándose hacia James, que mostraba una expresión de profunda desaprobación, pero que permaneció en silencio–. Creemos que no estás lista para actuar.

–Sí que estoy lista –insistió Maude–. Si esto es por lo que sucedió con *La Cenicienta*...

–Todo tiene que ver con aquella noche.

–Una fiesta de lanzamiento está destinada a la promoción del artista –intervino Matt–. ¿De qué sirve hacer la fiesta de lanzamiento si nadie va a escucharla cantar?

–Habrá periodistas, productores, gente de la industria de la música. Es demasiada presión para Maude de momento. Cuando el single sea un éxito, cantará en otros eventos. Por ahora, nos jugamos demasiado.

–Cometí un gran error, lo sé –suplicó Maude–. Nunca volverá a ocurrir. Estoy preparada para cantar el viernes por la noche, Alan.

–Cómo sé que no vas a sufrir un episodio de miedo escénico de nuevo, ¿eh?

–¡No fue miedo escénico, Alan! Yo... –Maude se detuvo en seco. Alan era la última persona que necesitaba conocer sus problemas con la Sra. Ruchet.

–¿Qué vas a hacer? ¿La vas a tener encerrada durante toda su carrera? –se burló Matt–. Es una cantante, Alan. Cantar en público es parte de su trabajo, y necesita hacerlo. Está preparada para eso.

–No –dijo Alan con firmeza–. En lugar de eso, los dos promocionareis el single con cada uno de los periodistas. Os entrevistarán juntos, estaréis toda la noche sonriendo a la cámara y diciendo «patata».

–¿Juntos? –preguntó Maude.

–Escúchame bien, venderemos este primer single como lo habríamos hecho con «París o Nueva York». Diréis lo bien que trabajáis juntos, lo buenos amigos que sois y que esta es la mejor experiencia que habéis vivido. Harás que esto funcione –terminó Alan.

Los miró directamente a los ojos antes de salir del estudio.

Maude se volvió hacia James para suplicarle.

–Lo he intentado, Maude –dijo James, como si leyera sus pensamientos–. No cambiará de opinión, y Travis está de acuerdo con él. Estoy en inferioridad numérica. Solo recuerda que esta será tu noche. Se reproducirá tu música, y tu single hablará por sí mismo –añadió en voz baja.

–Espero que tenga razón –susurró Maude mientras veía a James marcharse.

–Haremos todo lo que esté en nuestra mano –respondió Matt–. Creo que debemos concedernos una tregua.

–¿Una tregua?

–Estoy seguro de que estas últimas semanas has notado que no estamos en nuestro mejor momento. Por lo menos durante esa noche tendremos que fingir que somos grandes amigos –observó Matt.

Maude miró a Matt y vio el habitual brillo travieso en sus ojos.

–De acuerdo –respondió Maude. De alguna manera, la idea de pasar toda la noche con Matt no le molestaba lo más mínimo. Sin embargo, dijo:

–Creo que puedo concederte una noche.



PARA AQUELLA OCASIÓN habían decorado la Torre Souville por dentro y por fuera. Era como una casa abierta donde los invitados fluían de habitación en habitación con copas de champán en una o ambas manos. Alan Lewis había utilizado sus contactos para reunir a las personas más influyentes de la industria de la música para promocionar el primer single de Maude mientras su música se reproducía en cada habitación de Souville.

Matt esperaba a Maude que estaría al caer, mientras tanto hablaba con una atractiva periodista de la revista Beats.

La sala quedó en silencio cuando Maude salió al escenario. Matt contuvo la respiración como si la estuviera viendo por primera vez. Apareció con un elegante vestido coral de un solo tirante, con un corpiño fruncido y una falda ondulante. Su hombro estaba cubierto con una hilera de flores, el aplique floral parecía tan suave como su oscura piel. Lucía un elegante peinado, pero nada destacaba más que la amplia sonrisa que iluminaba su rostro, sus ojos y todo su ser.

–Hola a todos –comenzó suavemente–. Quiero darles las gracias por venir esta noche al lanzamiento de «Traicionada pero no rota». También me gustaría dar las gracias a Souville Records por hacer realidad este sueño. En realidad, no podría haberlo hecho sin el cantautor con más talento que conozco. Gracias, Matt.

Matt entendió su señal, subió al escenario a su lado como habían planeado, y diligentemente procedió a sonreír a las cámaras.

–Responderemos a todas sus preguntas. ¡Espero que disfruten de esta noche tan maravillosa!

Maude y Matt salieron del escenario y fueron conducidos inmediatamente por la periodista de Beats, Lexie Staz, quien los guio hacia el estudio. Era alta, con un vestido plateado y unos Louboutins negros. Escondida tras unas grandes gafas Ray-Ban y una sonrisa infantil. Detrás de sus gafas y su ingenua mirada había una mujer con un notable sentido del detalle. Vivía de la información y disfrutaba descubriendo detalles ocultos, expresiones enmascaradas y secretos de cualquier tipo.

–Bien, quiero saberlo todo sobre vuestra colaboración –comenzó con una deslumbrante sonrisa.

–Pregunte lo que quiera –respondió Maude.

–¿Cómo fue? ¿Siempre habéis estado de acuerdo en todo o ha habido momentos en los que queríais mataros?

Maude y Matt se miraron y rieron.

–No puedo decir que empezáramos con muy buen pie –respondió Maude entre risas–. La primera vez que nos vimos, Matt derramó café sobre un abrigo que me acababa de comprar.

–No lo hice a propósito –dijo Matt con picardía.

–A medida que íbamos trabajando juntos, nos fuimos conociendo mejor. Matt me ha enseñado mucho sobre música, sobre escribir y cantar, y poco a poco fuimos conectando. Cuando llegué de Francia, todo lo que conocía eran artistas franceses y música clásica, y la verdad es que me ayudó a descubrir todo tipo de estilos y ritmos diferentes.

–Como ya comentaste, eres francesa y también lo es Matt. ¿Qué idioma habláis cuando estáis juntos?

–¡Inglés, por supuesto! –exclamó Maude, pensando en la única vez que había hablado en francés con Matt.

–Excepto cuando se enfada conmigo –añadió Matt con astucia, como si pudiese leerlo en los pensamientos de Maude.

–¡Solo pasó una vez! –exclamó Maude fingiendo indignación.

Lexie Staz se rio ante la indignación de Maude y frunció los labios pensativa.

–¿No echas de menos a tu familia y amigos de Francia ahora que están lejos?

Durante una fracción de segundo una oscura sombra nubló el rostro de Maude. Sonrió de nuevo rápidamente antes de contestar.

–James Baldwin y su familia han sido increíbles. Me han tratado como si fuera uno de ellos y nunca lo olvidaré.

–Con respecto al proceso de creación, en este álbum y especialmente en «Traicionada pero no rota», utilizas una amplia gama de estilos musicales, desde rhythm and blues, hasta soul, pop y, por supuesto, música clásica. ¿Cuáles son tus influencias?

–Como dije, antes de venir a Nueva York, solo conocía la música clásica y artistas franceses. Matt amplió mis conocimientos, y queríamos aportar una amplia variedad de influencias en este álbum. En «Traicionada pero no rota», los solos de piano son bastante clásicos. Me inspiré en «La Tempestad» de Beethoven para retratar la angustiada conmoción emocional.

La mirada de Lexie atravesaba a Maude.

–¿Te encontrabas en un estado de angustia emocional cuando escribiste esta canción? ¿Está dirigida a alguien en particular?

Maude vaciló, desconcertada.

–Lo primero que le enseñé a Maude –dijo Matt–, es que la mejor música proviene del sufrimiento. Hablar de sufrimiento es algo que todo buen músico debería poder hacer. Y Maude lo hizo increíblemente bien en «Traicionada pero no rota», en la que habla de lo dolorosa que es la traición. Creo que todos somos capaces de identificarnos con eso.

Maude miró a Matt dándole las gracias en silencio, que él entendió perfectamente.

–¿Y a ti, Matt? ¿Te gustó trabajar con Maude?

–Disfruté de cada segundo –dijo Matt en voz baja. Se apartó de Maude y carraspeó–. Es una de las cantantes más talentosas con las que he trabajado, y me muero de ganas por volver a trabajar con ella.

Lexie Staz no había perdido la mirada suave de Matt hacia Maude, y quería descubrir lo que había detrás.

–Tu vida amorosa se ha calmado bastante. Desde que empezaste a trabajar en este álbum, no has aparecido en la prensa rosa. ¿Se podría decir que Maude ha tenido un efecto calmante sobre ti?

Matt se rio mientras Maude miraba hacia otro lado. Se sentía incómoda hablando con una periodista curiosa acerca de su trabajo con Matt, especialmente con respecto a un supuesto «efecto calmante» del que ella no se había percatado.

–Dejé de aparecer en las portadas antes de trabajar en el álbum de Maude, y lo sabes, Lexie. Sin embargo, este álbum ha sido una gran experiencia si es eso lo que quieres decir.

–Entonces, ¿quieres decir que Maude y tú nunca os habéis planteado ser algo más que amigos, incluso después de pasar tanto tiempo juntos en el estudio?

–No soy su tipo –dijo Matt despreocupado, como siempre.

Lexie levantó una ceja curiosa hacia Maude, que sintió que su rostro ardía cada vez más.

–Entonces, ¿no hay ningún chico especial en tu vida, Maude?

–Francamente, no he tenido tiempo. Mientras trabajaba en el álbum no he tenido tiempo para citas o para conocer a chicos.

–Excepto a Matt.

–Sí, pero él es como un hermano para mí, así que todavía estoy esperando a mi media naranja –dijo, casi retractándose de lo que había dicho.

–A veces tu media naranja está justo delante de ti –Lexie Staz sonrió maliciosamente–. Bueno, ¡ya está! –dijo apagando su dictáfono.

Luego se dio prisa en marcharse.

Maude se volvió hacia Matt.

–¿Cómo he estado?

–Estuvo bien para ser tu primera entrevista. No deberías tomártelo tan en serio. No seas muy sincera o te comerán viva.

–Gracias a Dios que respondiste a la pregunta sobre el sufrimiento y la traición.

–Esa es la típica pregunta de Lexie Staz. Y el próximo periodista que te pregunte sobre el amor o un novio, respóndele con un simple no. No entres en demasiados detalles.

–O si nos preguntan si estamos juntos, simplemente diré que no soy tu tipo –se burló Maude.

–Eso sería una mentira descarada –respondió Matt suavemente antes de abrir la puerta del estudio y dirigirse hacia una multitud de periodistas.

Maude lo siguió con una amplia y encantadora sonrisa. Nunca hubiera imaginado que pudiese ser el tipo Matt, no se parecía en nada a las famosas glamurosas con las que solía salir.

Durante las horas siguientes no pudieron separarse, sonriendo, respondiendo cada pregunta con gracia, ingenio y encanto. Maude estaba muy a gusto y se divertía tanto que apenas notaba cómo volaba el tiempo. Pero bien entrada la noche, Maude sintió un nudo en el estómago cuando vio a Matt hablando con alguien que acababa de llegar y que ella conocía demasiado bien.

–Hola, Maude –saludó Lindsey dulcemente mientras se acercaba.

–No sabía que estabas en la lista de invitados.

–Alan Lewis la invitó –respondió Matt.

–Estoy tan contenta de haber venido a esta pequeña reunión. ¿Has actuado?

–No voy a actuar esta noche, Lindsey, y tú lo sabes tan bien como yo –logró decir Maude con los dientes apretados.

–¿Qué? ¡Eso es ridículo! –Lindsey rio–. A menos que...–continuó–. A menos que Alan Lewis tenga miedo de que vuelvas a salir corriendo del escenario.

La risa Lindsey penetró los oídos de Maude.

–No te preocupes, Maude, ya estoy aquí, ya puedes actuar, y si quieres salir corriendo del escenario, yo seguiré por donde te quedaste –dijo con sarcasmo antes de alejarse.

Matt siguió a Lindsey con determinación y la alcanzó mientras pedía a un camarero un vaso de agua con gas.

–Lindsey, deja de jugar con Maude. Lo único que consigues es mostrar tu debilidad, tu patetismo y tu miedo.

–Tú sí que eres patético, Matt. El patético caballero de Maude con su brillante armadura que ni siquiera recibe la atención que tan desesperadamente ansía. Ni te ve, Matt. Yo sí te veo y te conozco.

–No siento nada por Maude, Lindsey. Y no me psicoanalices. Solo porque trabajamos juntos en una canción no significa que me conozcas.

–Es bueno que no sientas nada por ella, porque me he enterado de que Thomas y Maude van juntos al baile de verano de Franklin High.

Matt tuvo dificultades para ocultar su ira, pero sin embargo logró hablar con calma.

–Mientes. Maude nunca iría con él. ¡Le robó la canción!

–Y la inspiró para su primer single. Así que supongo que están en paz. Además, Thomas me dijo que le gustaría que apareciesen juntos en público para así impulsar su carrera.

–Estás mintiendo.

–¿Tú crees? –se burló Lindsey–. ¿Por qué no vienes conmigo al baile de verano y lo compruebas por ti mismo?

Matt miró a Maude, que estaba al otro lado de la habitación hablando animadamente con un periodista.

Apenas habían hablado en semanas, pero ¿había logrado perdonar a Thomas durante aquel tiempo? Su rostro se endureció cuando se volvió hacia Lindsey.

–De acuerdo –murmuró.

Luego se alejó rápidamente, esbozando una amplia sonrisa mientras se acercaba a Maude y al periodista.

Maude sintió al instante que algo iba mal. Aunque sonreía, Matt estaba más serio a medida que la noche avanzaba.

Maude suspiró, sintiendo como cada vez que daban un paso adelante en su relación, inmediatamente daban dos pasos hacia atrás.



–*¡IM-PRE-SI-O-NAN-TE!* Ese era el primer single de Maude Laurent «Traicionada pero no rota». ¿No habéis sentido ese escalofrío recorriendo el cuerpo? Ha sido...

Lindsey apagó la radio enfadada. Steven Jordan siempre exageraba y utilizaba superlativos, y ella se negaba a creer nada de lo que había dicho él o cualquier comentarista de radio estos últimos días. Hasta los críticos musicales estaban equivocados. «Traicionada pero no rota» era imperfecta, aburrida y la verdad es que no valía la pena escucharla. Todo ese boom por Maude Laurent acabaría pronto.

Lindsey arrastró los pies hacia su Mac y ojeó la página web.

–Maldita sea –murmuró.

¡La gente no paraba de descargar el nuevo single de Maude! ¡Había superado a «Paris o Nueva York» en menos de tres días!

Lindsey tiró su Mac por la habitación en un ataque de ira y luego se desplomó sin fuerzas en el suelo.



–Tal como me habéis pedido, ¡aquí tenéis el single de Maude Laurent!

La música salía de la desgastada radio del taxi cuando Tim recibió a dos nuevos pasajeros en Brooklyn. Tarareó la suave melodía. Se sabía la letra de memoria porque su hija adolescente ya había descargado la canción y la había escuchado un millón de veces.

–Suba el volumen –instó un hípster con un gorro de lana.

Tim, con brillo en sus ojos, hizo lo que le habían pedido.

–¿Sabes que llevé a Maude Laurent en este taxi?

–¡Estás de broma! –dijo la novia del hípster.

–Para nada. No era famosa en ese momento –explicó Tim como si hubieran pasado años en lugar de meses–. Estaba con Matt, y los dos me dieron autógrafos. Sabía que ella sería famosa algún día. Maude me dejó buena propina.

–Cuéntanos todo lo que sabes sobre ella.

–Bueno, hay...

–Shh –instó el hípster–. Primero escuchemos la canción, luego puedes hablar.

Tim se calló y sonrió.



–Melodiosa, armoniosamente respaldada por increíbles habilidades vocales, Maude Laurent es la voz del momento –concluyó James Baldwin, mostrando

la última edición del New York Times a un complacido Alan Lewis.

–Siempre supe que iba a triunfar –suspiró Alan Lewis–. Está en el puesto número 3 de la Billboard Hot 100. Estoy tan contento de haber descubierto su talento.

James Baldwin fue astuto e ignoró el comentario de Alan.

–Tenemos que arreglar un par de cosas, Alan.

–No te preocupes. Su agenda está llena. Pronto aparecerá en el Show de David Letterman, en el...

–No es de eso de lo que estoy hablando, Alan. Tenemos que hablar sobre la gira.

La sonrisa de Alan desapareció.

–¿Está preparada? Esa es la verdadera pregunta.

–Está más que preparada, Alan. Tienes que confiar en ella.

–Tiene que ir poco a poco. Empezaremos con un concierto, a ver cómo va.

–Sabía que dirías eso –sonrió James, satisfecho–. Y tengo el plan perfecto.



QUE SEPAS QUE SIEMPRE serás

El mentiroso que me traicionó

Maude, se miró al espejo y retocó su abundante pelo afro mientras desaparecían las últimas notas de su canción. Se había estado preparando para el baile de verano de los años setenta cuando empezó su canción.

Probablemente era la décima vez que la escuchaba en la radio desde que lanzaron su single, pero no se cansaba nunca de aquella agradable sensación que sentía cada vez que su voz salía de la radio.

La primera vez que la escuchó, estaba bebiendo chocolate caliente en un Starbucks de Soho con Cynthia y Jazmine. Estaba sentada en un cómodo sofá de la cafetería hablando animadamente sobre la película que acababan de ver.

Fue entonces cuando la escuchó. Siempre había pensado que estaría tranquila cuando la escuchase por primera vez, ya que se prometió a sí misma no perder los nervios. Cuando sucedió, olvidó sus buenos propósitos.

Empezó a saltar como si le hubiese picado una abeja, derramó el chocolate caliente sobre el *muffin* de frambuesa y sobre sus vaqueros. Era increíble, Cynthia y Jazmine también saltaron con ella. Allí mismo, delante de unas treinta personas, las tres chicas chillaron como locas y saltaron, sin importarles que su mesa quedase hecha un desastre.

El camarero las miraba tras el mostrador como si estuviese bastante enfadado, negaba con la cabeza mientras observaba el desastre que tendría que limpiar después. Clientes, pensó, nunca son capaces de pensar en los demás.

–¡Mi canción! –gritó Maude histérica.

Jazmine y Cynthia le gritaron

–¡Es su canción! ¡Es Maude Laurent! ¡Su voz está por todo Nueva York!

Empezaron a bailar como locas y los clientes reían. El camarero se ablandó un poco y caminó hacia sus descontroladas clientas.

–Si eres famosa, quiero un autógrafo –dijo, entregando a Maude una servilleta.

–Guarde bien esa servilleta de cinco céntimos, se acaba de convertir en una valiosa reliquia –comentó Cynthia, que se había quedado sin aliento tras el baile.

Maude cogió la servilleta. Tenía que practicar para hacer buenos autógrafos. Tenía que ser algo realmente original. De momento, todo lo que pudo pensar fue un «Maude Laurent» bastante típico.

Los críticos habían sido abrumadoramente positivos, y cuando se sentó frente a su tocador preparándose para el baile de verano esa noche, no pudo evitar gritar al pensar en todo, algo completamente inusual en ella.

Desde el primer día, había firmado unos cuantos autógrafos y se había hecho varias fotos en las calles de Nueva York. Eso no era lo más importante de la recién estrenada fama.

Estaba orgullosa de ver que su duro trabajo había resultado en algo importante y, sobre todo, apreciado. No había decepcionado al Sr. Baldwin ni a Matt ni a ella misma. Y eso era lo que realmente le importaba. Estaba orgullosa de lo que había logrado y podía regresar a Carvin con la cabeza alta, sin que le importase lo dolorosa que resultaba la idea de dejarlo.

Los pensamientos de Maude fueron interrumpidos por un ligero golpe en la puerta.

–¡Adelante!

–¿Estás lista? Jazmine estará lista en cualquier momento. Pero antes quería hablar contigo –comenzó James mientras se sentaba en la esquina de su cama.

–Ya he terminado. ¿Va todo bien? Estás muy serio –señaló Maude preguntándose cómo alguien podría sentirse preocupado cuando ella se sentía tan feliz.

–No, todo va bien. De hecho, creo que puedes admitir que todo te ha ido bastante bien estos días.

Maude asintió con la cabeza, los ojos le brillaban.

–Sin embargo, a Victoria y a mí nos preocupa tu regreso a Carvin. Creemos que deberías quedarte en Nueva York con nosotros. Pensamos que la mejor manera de conseguirlo era convencer a Alan de que eres incalculablemente valiosa. Queríamos convencerle de que firme para hacer una gira por los Estados Unidos y un segundo álbum. El éxito de tu primer single ha hecho a Alan increíblemente feliz –James sonrió.

Maude casi puso los ojos en blanco, pero simplemente dijo:

–Me lo imagino.

–Está dispuesto a organizar una gira por los Estados Unidos, pero quiere estar seguro de que puedes actuar.

–Todavía piensa en mí fracaso de *La Cenicienta* –murmuró Maude, avergonzada.

–Por esa razón he organizado una actuación para la televisión. Es una situación bastante complicada, pero al menos no será frente al público estadounidense.

–¿Dónde voy a actuar? –preguntó Maude con curiosidad.

–Será para un programa francés llamado Taratata.

Lo que James no mencionó fue que Alan había aceptado esta idea porque pensaba que, si Maude fracasaba, al menos no estaría ante un público estadounidense.

–Iremos a París –entendió Maude, su voz sonaba casi como un eco distante.

Su corazón latía fuertemente en su pecho ante la idea que de repente se le ocurrió.

Podría recuperar la caja de su madre.

–Sí –confirmó James–. Vamos a París. Toda la familia Baldwin estará allí para apoyarte. Y luego iremos a Carvin para tratar de convencer a tu familia de acogida para que te permita quedarte con nosotros, si quieres. Indefinidamente. Como uno de los nuestros –agregó James.

Maude miró a James, las lágrimas brotaban en sus grandes ojos marrones.

–James, no hay nada en el mundo que desee más, pero se negarán a ...

James levantó la mano y silenció a Maude, sacudiendo la cabeza con calma.

–No te preocupes por nada. Por ahora, céntrate solo en la próxima actuación, ¿de acuerdo? Nos vamos en cuatro días, así que disfruta de esta noche.

Le besó la frente con suavidad y salió silenciosamente de la habitación.



–ENTONCES, ¿CREES QUE me parezco a Diana Ross? –preguntó Jazmine en el taxi camino a Franklin High.

Miró su pelo afro en el retrovisor.

–Podrías ser su prima lejana –reflexionó Maude–. Abre los ojos un poco más y serás ella. De todos modos, no tocarás solo canciones de Diana Ross esta noche, ¿verdad?

–¡Claro que no! Tenemos un gran repertorio de éxitos bastante amplio para esta noche, como los Jackson y Barry White. Ya lo verás.

–Tu banda toca para todo el instituto, espero que no estés muy nerviosa. No te estreses ni nada de eso, pero dependerá de ti que el baile de verano no sea un rollo. Eso es mucha presión –bromeó Maude.

Sabía que Jazmine era la persona más segura que había conocido y no podía imaginar que sintiera la menor presión por un baile de la secundaria.

–No estoy preocupada por el grupo. Es solo que... –vaciló Jazmine.

–¿Qué pasa? –insistió Maude, preocupada.

–Jonathan ha estado raro estas últimas semanas. Sé que no quiere que seamos algo más que amigos, aun así, se ha estado distanciando.

–¿Qué quieres decir?

–En realidad, no lo sé. Es solo lo que he notado –Jazmine se volvió hacia Maude con ansiedad–. Nunca me ha gustado tanto un chico, Maude. Me angustia sentir que nos estamos separando.

–¿Por qué no hablas con él del tema?

–Es que no sé cómo sacarle el tema.

–Sé a qué te refieres. He estado evitando a Matt desde lo de Thomas, y en realidad no sé cómo volver a entablar nuestra amistad.

–Deberías hablar con él en el baile de esta noche.

–¿Esta noche? –preguntó Maude sorprendida–. ¿Va a venir al baile?

–Sí, con Lindsey –Jazmine arrugó la nariz. Luego miró a Maude y se dio cuenta de que Maude no lo sabía.

–No te lo ha contado –afirmó, mordiéndose el labio inferior–. Dios, Matt puede llegar a ser tan...

–No pasa nada –la tranquilizó Maude rápidamente, aunque su cara decía lo contrario–. No importa. Te agradezco que me lo hayas contado.

–Ni siquiera entiendo por qué va con la chica que te robó la canción.

–También era su canción. Y por lo que parece, ya la ha perdonado –Maude se encogió de hombros, aunque sí que parecía estar preocupada.

–¿Has perdonado a Thomas?

Maude negó con la cabeza.

–No he hablado con él desde nuestra horrible cita.

–¿Por qué Matt perdonaría a Lindsey e iría al baile con ella? ¡Sabe cuánto la odio! –exclamó Jazmine como si eso lo justificara.

Maude no pudo evitar reírse del gesto de indignación de Jazmine.

–No creo que elija a sus amigas según tus gustos –señaló Maude—. Olvídate de Lindsey. Esta noche vamos a pasarlo bien y quiero que estemos tranquilas. Voy a aclarar las cosas con Matt y podremos ser. . . amigos de nuevo –dudó ante la palabra «amigos».

Se preguntó si alguna vez habían sido amigos de verdad. Eran un buen equipo y escribieron buena música juntos, pero ¿amigos?

–Si alguna vez te haces amiga de Lindsey, estás muerta para mí –advirtió Jazmine cuando el taxi se detuvo frente a Franklin High.

–Eso no va a pasar –rio Maude mientras salían del taxi.

Cuando entraron en el gimnasio, sonaban las estridentes letras del éxito de los Bee Gees «Staying Alive» y una bola de discoteca cegadora las saludó. Los pantalones de campana y los zapatos de plataforma barrían la pista de baile mientras los bailarines retorcidos intentaban sin éxito copiar aquellos maravillosos movimientos que habían visto en las películas de los años setenta. Jazmine se fue a preparar el escenario con sus compañeros de la banda, mientras que Maude llegó a la pista de baile.

Maude apenas había empezado a bailar cuando escuchó chillidos frenéticos y agudos, gritos de locura de gente que la rodeaba.

La llegada de Matt y Lindsey fue un acto bastante importante y la mayoría de las chicas de secundaria de Franklin se precipitaron hacia Matt. Como no tenían ningún papel a mano, no dudaron en pedir autógrafos en partes del cuerpo bastante inapropiadas.

Maude fue a pedir algo de beber, sintiendo que su garganta estaba extrañamente seca de repente. Tampoco quería que la deslumbrante pareja la descubriera. Verlos juntos fue más difícil de lo que ella pensó.

Por desgracia, el deseo de Maude no fue concedido, y Lindsey se dirigió directamente hacia ella.

–¡Maude! ¡Me alegro de verte! –gritó Lindsey por encima de la música.

–Estoy segura de ello –saludó Maude con sarcasmo.

Lindsey miró a Maude como si buscara a alguien.

–¡No me digas que la gran Maude Laurent ha venido sola al baile! –chilló.

–Vine con amigos –respondió Maude con calma. Miró con cariño al escenario donde Jazmine y su banda habían empezado a tocar.

–¡Pobrecita! Yo no me habría presentado sola. Estoy tan contenta de que Matt me haya invitado, no habría venido sin él.

Maude miró a Matt, que no se había molestado en ponerse ropa de los años setenta y estaba rodeado de chicas.

–¿Matt te invitó? –se burló tratando de ocultar su incomodidad–. Ni siquiera está vestido para la ocasión, y por lo que veo, parece que ha invitado a todas las chicas de Franklin High.

Lindsey parecía que se había tragado un sapo, pero no pudo evitar burlarse.

–Eres solo una estrella pasajera, Maude. Cuando se pase la fama de tu single, nadie volverá a escuchar tu nombre.

–Lo que pasa es que te arrepientes de no haber podido robarme «Traicionada pero no rota» en lugar de «París o Nueva York» –continuó Maude, sin inmutarse–. Debería estarte agradecida, sin tu pequeña traición, es posible que nunca hubiese escrito mi primer éxito. Por Lindsey y Thomas –dijo Maude, levantando su vaso de ponche, como si brindara–. Dices que soy una estrella pasajera, pero he compuesto dos éxitos –reflexionó–. Si yo fuera tú, estaría preocupada. ¿Cómo piensas lanzar otro éxito para la Billboard Hot 100 sin mí?

Lindsey tragó saliva, su rostro reflejaba angustia. Maude había dicho en voz alta lo que le había quitado el sueño durante los últimos meses.

–Estoy planeando colaborar con Matt –se burló desafiante.

–Pues, buena suerte –dijo Maude, sintiéndose mucho menos frívola de como sonaba–. La tormenta ha pasado –señaló a Matt, que acababa de terminar de firmar autógrafos–. No creo que tengamos nada más que decirnos, Lindsey. Disfruta de tu noche.

Maude se giró, pero se detuvo de repente al darse cuenta de que Thomas Bradfield acababa de entrar en el gimnasio. Él la vio casi al instante y comenzó a dirigirse hacia ella, pero, al igual que Matt, le detuvo un grupo de fans. Thomas se disculpó, alejó a algunos fanáticos disgustados y se dirigió hacia el escenario donde los Screaming Angels estaban comenzando con «Shake Shake Your Booty».

–¿Qué está haciendo? –se preguntó Maude.

Thomas cogió el micrófono de Stacey que se quedó bastante sorprendida y se aclaró la garganta.

–Hola –comenzó, sin aliento–. Lamento interrumpir vuestra noche, pero no me extenderé demasiado. Tengo algo muy importante que decir a una persona muy especial.

Miró a Maude y respiró profundamente.

–Vaya, nunca me he sentido tan nervioso –reconoció con sinceridad–. Maude Laurent, estoy enamorado de ti.

Maude dejó caer su vaso de ponche y rezó para que el suelo se abriera y la tragara viva. Esto no podía estar pasando.

–Sé que actué como un completo idiota. Estaba muy equivocado, y lo siento mucho. Llevo meses arrepentido. Te he echado de menos, tu risa, tu sentido del humor y tu deslumbrante sonrisa. Quiero hacer las cosas bien. Por favor, perdóname. Sé que no querrás volver a hablar conmigo, pero no me rendiré hasta que lo hagas –terminó dramáticamente.

Maude escondió su rostro tras sus manos deseando desaparecer. Abrió lentamente sus manos y tragó saliva al ver a toda una multitud de estudiantes mirándola esperando su respuesta para poder continuar una tarde que había empezado bien. Tenía la garganta demasiado seca como para pronunciar una sola palabra, así que solo miró a Thomas y señaló la entrada, para indicarle que quería hablar fuera, lejos de los ojos fisgones y de las sorprendidas miradas.

Mientras caminaba hacia la entrada, pasó junto a Matt, pero apenas lo miró.

Thomas la siguió fuera, y la música se reanudó dentro.

–Sé que esto es una locura, Maude, pero...

–¿Estás loco? –Maude resopló–. ¡Te has pasado!

–No sabía cómo podría llamar tu atención. No has contestado a mis llamadas, mis mensajes de texto...

–¿Crees que puedes culparme por ello? ¿Después de lo que has hecho?

–Lo sé, y estoy arrepentido. No sé cómo decirte cuánto lo siento.

–Ni siquiera me lo dijiste tú mismo, Thomas. Me enteré mientras estábamos en el restaurante. ¿No te parece fuerte? ¡Nunca me sentí tan humillada en toda mi vida! Bueno, hasta esta noche.

–Sé que no debería haber robado tu canción. Quiero compensarte.

–¿Cómo? ¿Cómo puedes compensarme después de haber robado mi canción y de cantar con Lindsey?

–Creo que deberíamos tener una cita.

–¿Cómo?! No entiendo cómo compensaría eso lo que has hecho.

–Me preocupo por ti y quiero ayudarte. Podemos salir en público y aparentar ser la «pareja adolescente más sexy» para varias revistas del corazón.

–Entonces quieres que tengamos una cita para poder vender más álbumes. ¡Qué generoso por tu parte! –exclamó Maude sarcásticamente.

–No me ayudaría estar saliendo con una chica, ya que mis fans prefieren que esté soltero. Sólo quiero estar contigo. Quiero que me perdones.

Thomas miró a Maude con ojos tristes y sonrió con tristeza.

–Thomas, ya te he perdonado –al decirlo, se dio cuenta de que era verdad. No sentía el mismo dolor que había sentido la noche en la que se enteró de su traición.

–Entonces hay esperanza de que podamos estar juntos. En público o no, no me importa.

Maude negó con la cabeza tristemente.

–Lo siento, no puedo. Además, no necesito un hombre para aumentar mis ventas. Quiero que la gente solo se interese por mi música.

–¿No sientes que hay algo especial entre nosotros desde que nos conocimos?

–Era amistad, Thomas. Éramos amigos –insistió–. Solo éramos amigos –repitió suavemente.

De repente, Maude lo comprendió. Matt y ella nunca habían sido amigos. Eran más, mucho más. Él la volvía loca. Era incansablemente irritante, arrogante y egocéntrico, pero también tenían una increíble química musical, y era guay. La hacía reír cuando se reía de ella. Tenía sentimientos por él. Nunca se habría creído capaz de enamorarse de un tipo con el que no podía pasar más de cinco minutos antes de enfadarse con él, pero allí estaban. Esos sentimientos estaban allí y no había mucho que pudiera hacer contra ellos. ¡Odiaba a Lindsey Linton! Odiaba el hecho de que probablemente estaba bailando con Lindsey mientras ella estaba perdiendo el tiempo con Thomas.

Necesitaba hablar con él.

–¡Thomas, me tengo que ir! –gritó.

–¿Qué?! ¡Espera!

Era muy tarde. Maude había vuelto corriendo al interior.

Vio a Matt casi de inmediato y corrió hacia él.

–¡Matt! –gritó sin aliento.

–¿Qué quieres? –preguntó Matt con frialdad.

Maude titubeó levemente, pero continuó de todos modos.

–Hablé con Thomas. Lo he perdonado y me he dado cuenta de que...

–¿Lo has perdonado? Qué sorpresa –se burló Matt–. Maude, no tienes de orgullo. ¿Sabes una cosa? Thomas solo quiere salir contigo por tu fama.

–Eso no me importa –dijo Maude, tratando de llevar la conversación por buen camino.

–Por supuesto que no. Lo único que te importa son sus ojos azules y su cabello perfecto. ¡No te podría importar menos que te utilizase para robar nuestra canción!

–¡Tú no eres el más indicado para hablar! –replicó Maude, sintiendo que su ira aumentaba–. ¡Tú eres el que vino al baile con Lindsey cuando sabías perfectamente que me haría daño! –exclamó.

–¿Por qué te importaría Lindsey? Tu Príncipe azul acaba de encantar el camino de regreso a tu corazón con un falso gesto romántico. Entonces, ¿por qué demonios te importaría Lindsey? Cómo si tú y yo hubiéramos tenido algo. Ni siquiera éramos amigos –soltó abatido.

Mientras pronunció esas palabras, supo que se había pasado. El semblante de Maude se tensó, sus ojos se endurecieron.

–Tienes razón, Matt –dijo secamente–. Soy una estúpida. Probablemente no nos veremos porque me voy a Francia y lo más seguro es que nunca regrese a Nueva York.

–James también quería que yo fuera.

Maude estaba a punto de responder cuando vio a Jazmine apresurarse hacia ellos mientras la banda estaba en un descanso.

–¿Cómo hemos estado? –preguntó alegremente al llegar a sus amigos.

–Estuviste genial, Jaz –chilló Maude, tratando de parecer alegre, pero apenas lo consiguió.

–¿Dónde está Thomas? ¿Habéis hablado? Vaya discurso, ¿eh?

–Sí, hablamos –Maude desvió la mirada de Matt–. Todo arreglado– terminó sin fuerzas.

–Maude lo ha perdonado –dijo Matt, sin poder ocultar su sarcasmo.

–¿De verdad? ¿Estáis jun...? –su voz se apagó mientras miraba en la distancia.

–Jaz, ¿qué sucede? –preguntó Matt preocupado.

Maude miró en la dirección que Jazmine estaba mirando y supo qué estaba mal.

—No puedo creerlo —susurró.

Jonathan estaba en la pista de baile besando a una chica.

Era una chica de su clase, Laura, una chica solitaria que casi nunca hablaba con nadie. Laura no era muy atractiva, pero parecía feliz en los brazos de Jonathan, ajena al hecho de que estaba causando angustia involuntaria.

Por primera vez, Maude vio el desamor en todo su esplendor, su dominio destructivo y caótico.

Jazmine se quedó como una estatua. No podía moverse y al mismo tiempo sintió que sus piernas no la sostenían. Nada tenía sentido. No quería mirar, pero no podía apartar los ojos de la pareja. Le tembló la mano incontrolablemente, mientras una lenta lágrima corría por su mejilla. No podía respirar, no podía alejarse, quería desmoronarse, gritar, patear, vomitar. Quería hacer algo. Le habían arrancado el corazón y no podía pensar.

—Maude, llama un taxi —le instó Matt—. Me quedaré con Jazmine. No puede quedarse aquí.

Le dolía mucho ver así a Jazmine, pero no quería que Jonathan la viese hecha pedazos porque no había sido lo suficientemente valiente como para decirle que salía con otra persona.

Maude quería responder, pero fue silenciada por la tormentosa expresión de Matt. Ella se alejó de él. No podía decirle cómo se sentía, no después de lo que él había dicho. No después de que él hubiese asistido al baile con Lindsay. Había dejado bastante claro que no sentía nada por ella.

—Jazmine, vámonos. No puedes quedarte aquí. Vamos —le dijo Maude.

Rodeó a Jazmine con su brazo. Jazmine no se resistió y se dejó guiar por su amiga.

Cuando subieron al taxi, empezó a llorar desconsoladamente en los brazos de Maude abrumada por la pena.



Capítulo 13



IR A PARÍS CON LOS Baldwin y con Matt resultó ser muy diferente a la primera vez que Maude estuvo en aquella ciudad. La primera vez que Maude pisó París estaba sola, ahora estaba rodeada de amigos. Por aquel entonces, Maude no había salido de aquel deprimente y diminuto pueblo en el que vivía. Desde aquel momento, había cruzado el océano y había descubierto un país, una cultura y un idioma nuevos. Maude era una persona totalmente distinta, era feliz, consciente de su fortaleza y en general estaba satisfecha y contenta.

El primer día, Victoria y James dejaron a los niños para dar un paseo romántico por la ciudad, y Jazmine, que aún sufría por su reciente desamor, quería arrasar de compras en Galeries Lafayette. El clan de los Baldwin y sus dos amigos franceses estaban sentados en una terraza de Le Napoleon cerca de la Torre Eiffel, disfrutando del sol y de las vistas mientras decidían qué hacer en su tiempo libre por la capital francesa.

La cita de Maude en la CNAOP era al día siguiente, un par de horas antes de su actuación en Taratata. Eso era mañana, recordó ansiosa. Esa tarde tenía todo el tiempo del mundo para disfrutar con los Baldwin.

Matt tenía muy claro lo que no quería hacer y lo anunció sin tapujos.

–Ben se viene conmigo –dijo Matt –. No pensamos pasarnos toda la tarde de tiendas.

A Jazmine casi le da algo.

–¿Tiendas? Galeries Lafayette no son solo tiendas, Matt. Son literalmente el paraíso de la gente con buen gusto. Es obvio que pierdo el tiempo hablando de buen gusto con alguien a quien no le importa pasar tiempo con Lindsey Linton, que ya de por sí es una buena muestra de mal gusto extremo –declaró Jazmine con arrogancia.

–Bueno, lo que sea –rio Matt entre dientes y desconcertado– Ben y yo vamos a hacer cosas de hombres, ¿verdad, colega?

–¡Eso es, somos hombres! –gritó, golpeándose el pecho como si fuese un gorila.

–Vuelve a intentarlo en un par de años, cuando tu voz no sea tan aguda –se burló Cynthia con sarcasmo.

El móvil de Maude vibró sobre la mesa haciendo bastante ruido. Lo cogió antes de que se cayese y leyó:

Pásalo bien en París. Saluda a la Dama de Hierro de mi parte. Thomas.

Maude escondió una sonrisa. Desde el día del baile, Thomas le había enviado un alarmante número de mensajes tiernos con una constancia inagotable.

–Supongo que es Thomas otra vez –observó Cynthia con cautela.

Maude asintió. Nunca contestaba sus mensajes, tenía claro que jamás pasaría nada entre ellos después de lo que le había hecho. De todas formas, Maude no se creía especial al recibir esos mensajes, así que los leía con indiferencia.

–Vamos a ir a ver una actuación al aire libre en la Plaza Georges Pompidou, por si alguien se quiere venir –Matt intentó evitar la mirada de Maude. Arrojaría el móvil de Maude al Sena encantado si Thomas le mandaba otro mensaje.

–Allí hay bailarines con mucho talento –dijo Cynthia.

–Y algunos imitadores de Michael Jackson –añadió Matt.

–¡Y mimos!

–Bailarines de *break-dance* –intervino Matt.

–Le pediré a un artista callejero me haga un retrato –exclamó Ben–. Sigo prefiriendo ir de compras, necesito distraerme con algo –murmuró Jazmine.

Cynthia y Maude se miraron preocupadas. Jazmine estaba muy rara desde el baile de verano, y Cynthia, que nunca supo que Jazmine estaba tan afectada, realmente no sabía cómo tratar a esta versión de Jazmine tan poco común.

–¿Has podido hablar con Jonathan antes venir a Francia? –se aventuró Cynthia con cautela.

Jazmine asintió antes de emitir una risa leve y frágil.

–Dijo que no sabía cómo decírmelo. Ha estado quedando con Laura durante tres semanas, pero no encontró el momento para darme esta sorprendente noticia –se quejó de Jazmine.

–La Sra. Bonnin, la panadera y la mujer más cotilla de Carvin, siempre solía decirme que los hombres son muy cobardes –recordó Maude mirando directamente a Matt. ¡Ni siquiera tuvo la decencia de decirle que iría al baile con Lindsey!

–Tal vez los chicos no sean el problema –intervino bruscamente Matt–. Tal vez las chicas deberían aprender a mirar lo que tienen delante en lugar de buscar al Príncipe azul y pensar en cuentos de hadas.

–Pues yo estoy de acuerdo con tu amiga, Maude –siseó Jazmine–. Jonathan no era mi tipo de Príncipe azul, pero aun así me enamoré de él. Este es muy buen ejemplo de lo cobardes que pueden llegar a ser los chicos. Jonathan me dijo que, aunque yo le gustaba, no quería que le hicieran daño. Prefería estar con Laura, una chica que le apoyaba y que, al contrario que yo, era como él.

–Si se refiere a solitario y patoso como él, creo que tiene razón –pronunció secamente Maude. Laura no era mucho mejor que Jonathan llevando cosas.

Jazmine rio entre dientes.

–Él tenía razón, Maude –admitió tristemente–. No fui capaz de darme cuenta de eso y ahora que lo sé es muy doloroso. Él y yo somos muy distintos. Yo soy extrovertida, divertida y sociable. Él prefiere las noches tranquilas y tener un círculo social reducido. Probablemente no hubiera sido feliz conmigo.

–Creo que está siendo demasiado precavido –dijo Matt–. Se niega a arriesgarse y rechaza la idea de tener una relación con alguien al que ama por una relación con alguien a quien nunca querrá de verdad, solo porque es seguro. Tiene miedo de explorar un territorio inexplorado.

–Supongo que algunos chicos no tienen el valor para salir con una chica guapa y popular, mientras que otros consideran que salir con chicas que no sean modelos o actrices es un riesgo. Probablemente por miedo a no aparecer en la página 6 de la prensa rosa –replicó Maude secamente.

–Las modelos no comen. Así que no existe ninguna posibilidad de que las veas en una cita en Ambrosia –dijo Matt.

Las hermanas Baldwin se miraron mutuamente con recelo, ambas pensaban que probablemente era el momento de intervenir. Cynthia se aclaró la garganta.

–Personalmente, me siento identificada con eso de la cobardía en general –declaró–. Por eso mismo estaba con Peter. Nunca volveré a cometer ese error. Estoy lista para asumir riesgos. ¡Por la gente que asume riesgos! –exclamó Cynthia, alzando su taza.

–¡Salud! –gritaron todos al unísono, pero con cierta reticencia por parte de Maude y Matt.

–¡Vámonos ya de compras! –exclamó Jazmine.

Los chicos soltaron un gruñido y siguieron su camino.



–ESTOY AGOTADA –SUSPIRÓ Maude esa noche, mientras se dejaba caer en un sofá de la sala principal del hotel.

–¿Cómo ha ido el día? –preguntó Victoria.

–Jazmine se volvió loca en Galeries Lafayette como siempre –gimió Cynthia frotándose los pies.

–¡Lo hemos pasado bien! –exclamó Ben.

–¿Y qué vais a hacer esta noche? –preguntó James.

–Esta noche voy a una comedia. Voy a ver a un humorista francés que se llama Jamel Debbouze –respondió Matt.

–¡Jamel Debbouze! ¡Me encanta! –exclamó Maude–. Solo he visto fragmentos de sus espectáculos en televisión porque a la Sra. Ruchet no le caía bien. Es muy gracioso.

–Entonces deberías ir con Matt –instó Victoria.

Maude retrocedió en su asiento.

–No, estoy segura de que ya tienes con quien ir.

–Ninguno de mis amigos estaba disponible, pero tenía muchas ganas de verlo antes de irme –explicó Matt–. Puedes venir si quieres –esperaba que ella accediera, aunque no quería parecer demasiado desesperado. Pero ver una comedia con Maude era una forma segura de recuperar su amistad.

–No se...–protestó Maude, pensando en lo tensas que estaban las cosas con Matt.

–Dejaos de tonterías –decidió Victoria con firmeza–. Matt no debería ir solo, y ninguno de nosotros entiende francés lo suficiente como para entender el espectáculo. Y claramente te encanta este humorista, así que vas a ir.

Discutir con Victoria era inútil, y Maude tampoco tenía intención de intentarlo.



–¡HA ESTADO GENIAL! –CHILLÓ Maude–. Pensé que me iba a caer de la silla.

–Casi, suerte que te agarré –rio Matt.

Caminaban por el puente Pont des Arts sobre las relucientes aguas del Sena. Los rieles del puente estaban cubiertos por los candados que habían puesto las parejas de todas partes del mundo para simbolizar su amor eterno. La Torre Eiffel se podía ver brillando en la distancia, vigilando a los amantes que daban un paseo por la tarde en las tranquilas calles parisinas. La Torre, aunque impresionante durante el día, es la imponente reina de la Noche. Su capa colorida desafía la luz de la luna, brilla más que las estrellas y las hace

parecer pálidas, confirmando así que París es la única y verdadera «Ciudad de la Luz».

–¡Estoy tan contenta de haberlo visto! –dijo Maude con efusividad.

–Conseguir su autógrafo también estuvo bien.

–Puedes darme las gracias. ¿De quién fue la idea de seguirlo hasta el *backstage*?

–No fuimos al *backstage*, Maude. Los guardias nos detuvieron antes de que lo consiguiéramos.

–Sí, pero él nos escuchó gritar su nombre y volvió para darnos un autógrafo y hacernos foto –, dijo Maude echando un vistazo a las fotos de su móvil–. Si te hubiera hecho caso no tendría esta foto: ¿no sabes lo cansados que están los artistas después de la actuación? –le imitó Maude.

–¡Lo están! –insistió Matt–. Ya lo verás mañana después de Taratata.

–Ya veremos. Son solo dos canciones y una entrevista.

–¿Cómo te sientes?

–Estoy bien, pero me gustaría que todo el mundo dejase de preguntarme eso –Maude hizo una pausa y se inclinó para acercarse a los candados.

–¿Ves todos estos candados? –reflexionó Maude, fijándose un candado en particular.

–Los enamorados son tontos –dijo Matt amargamente.

Maude rio y se volvió hacia él.

–Matt, ¿has estado alguna vez enamorado? –le preguntó una cierta timidez.

Matt apartó la mirada de Maude y miró fijamente el profundo río que fluía bajo el puente.

–¿Qué es lo más tonto que has hecho por amor? –preguntó Maude, un poco más audaz.

–¡Nada! –protestó–. Porque no soy tonto.

–Vamos, tienes que ser honesto. Imagina que estamos jugando a verdad o atrevimiento.

–Vale, elijo atrevimiento.

–Finge que estamos jugando verdad y más verdad.

–Está bien –Matt se rio entre dientes. Vaciló antes de admitir en un suspiro:

–Lo más estúpido que hice por amor fue esperar durante horas a una chica en un museo.

Maude no pudo evitar sentir una punzada de envidia hacia esta criatura anónima que había hechizado a Matt lo suficiente como para hacer que la

esperara en un museo durante nada más y nada menos que horas.

–Con lo que odias a los museos, diría que probablemente es lo más tonto que has hecho por amor. Espero que valiese la pena.

–Ella nunca apareció –continuó Matt, mirando intensamente a Maude–. Tenía una cita con un auténtico perdedor, pero ni la mitad de guapo de lo que soy yo.

Maude estalló en carcajadas cuando salieron del puente y continuaron su paseo.

–Lo siento –dijo entre risas–. Tienes que admitir que es divertido, aunque sea cruel.

–Me alegra que te haga gracia –bromeó Matt–. Debería ser humorista.

–Pagaría por ver tu espectáculo sin dudarlo –Maude se rio.

Caminaron en silencio durante un rato, disfrutando de la compañía del otro y la brisa de la noche de verano acariciando su piel.

–Te toca.

–¿Me toca?

–Dime qué es lo más tonto que has hecho por amor.

Maude se echó a reír antes de decir:

–¿Te parezco el tipo de persona que habla sobre su vida privada?

–Yo te he contado mi momento más tonto, estúpido y embarazoso. ¡Ahora dime el tuyo! – insistió Matt.

–¡Nadie te ha obligado a decirme nada! –protestó Maude juguetonamente.

–¡Me obligaste a decirte la verdad!

–No es posible obligar a alguien a decir la verdad. O eliges la verdad o atrevimiento, y tú elegiste la verdad –Maude se encogió de hombros–. Admiro tu sinceridad. Yo no tengo la misma base moral que tú.

–Está claro –Matt resopló.

Se acercaron al Louvre y entraron en el patio principal, el Cour Napoleon. Allí estaba la gran pirámide hecha de vidrio irradiando belleza en el centro del patio, rodeado por las alas del palacio. Maude admiró la belleza que la envolvía y pensó convencida que ninguna ciudad poseía el romanticismo y el encanto de París.

–Matt –dijo volviéndose hacia él–. Gracias por esta noche. Lo he pasado muy bien.

Matt miró a Maude a la luz de la luna, y pensó que nunca había estado tan bella. Con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos le brillaban, una leve sonrisa en sus labios. Matt respiró hondo y decidió arriesgarse.

–¿Qué haces mañana por la tarde? Pensé que tal vez podríamos ir a ver el Ragtime Cafe. Estoy seguro de que te gustará.

Los ojos de Maude se agrandaron y estuvo a punto de decir que sí, pero recordó su cita con la CNAOP.

–¡Sí! Quiero decir no, hum... –se detuvo. –Mañana tengo que hacer una cosa, no puedo. Lo siento –tartamudeó impotente.

Matt quería pegarse a sí mismo. Muy rápido para asumir riesgos. Se había vuelto completamente loco. Estaba claro que ella lo rechazaría, Maude estaba con Thomas Bradfield. Ella ni siquiera había encontrado una buena excusa para rechazarlo más que tener «algo que hacer».

–Está bien. No te preocupes, iré con Ben –dijo apresuradamente, tratando de ocultar su vergüenza.

–¿Con Ben? ¿Ben de once años? –preguntó perpleja.

–Hum no. Quería decir mi amigo. Tengo un amigo en París que se llama Ben y... es a él a quien me refería –terminó sin convicción.

–Está bien –dijo ella, vacilante, tratando de ocultar su incomodidad–. Tal vez deberíamos regresar al hotel.

–Por supuesto –concordó, lanzando un profundo suspiro de alivio teñido de arrepentimiento.



FRANCIA ES CONOCIDA, entre otras cosas, por la lentitud de los trámites burocráticos. Los franceses aprenden a muy temprana edad a tener que esperar horas en las filas administrativas, incluso cuando tienen cita previa.

Desafortunadamente para Maude, era la primera vez que tenía que tratar con una administración pública francesa y lo que ella pensó que sería cuestión de unos minutos resultó acabar siendo horas.

Su cita era a las dos de la tarde, pero llegó a la una pensando que se iría antes. No tenía ni idea de que la una era la hora del almuerzo de los empleados.

Cuando el reloj dio finalmente las dos, acababa de empezar la segunda hora de espera de Maude. Con el paso del tiempo, empezó a preocuparse. Tenía que estar en el estudio de televisión a las cinco de la tarde para probar la acústica, maquillarse y pasar por peluquería.

Pero no podía irse, era su única oportunidad para recuperar su caja.

Tic-tac hacía el reloj.

El tic-tac sonaba en la cabeza de Maude, y justo cuando estaba a punto de desesperarse, la llamó una mujer de mediana edad, la Sra. Rotonde, que parecía que detestaba estar allí. El descontento crónico es uno de los requisitos previos para trabajar en la administración francesa.

Para Maude, la mujer parecía ser una salvadora rechoncha de mediana edad con llave de Maude. La siguió religiosamente a su oficina y grabó cada momento en su mente.

–¿Te llamas Maude Laurent? – soltó con pereza e indiferencia.

–Sí –respondió Maude como si se pudiera ver un halo pálido y flotante sobre la cabeza de la mujer.

–¿Me enseñas tu identificación? –preguntó como si Maude fuera la persona más tonta que jamás hubiera conocido.

–Por supuesto –tartamudeó Maude, hurgando apresuradamente en su bolso–. Lo siento, estoy terriblemente nerviosa porque al fin estoy...

–Normal –interrumpió–. Dame tu identificación.

Echó un vistazo a la identificación y luego salió de la habitación. Cuando regresó unos minutos más tarde, traía la valiosa caja que colocó en las manos de Maude.

No era para nada lo que Maude había imaginado. En su imaginación era más bien un cofre en vez de una simple caja. La caja que sostenía en la mano era de madera de tamaño mediano con cuero labrado en la tapa adornada con exquisitos motivos de abanico. La caja estaba cerrada con un broche de hierro forjado. Maude buscó la llave, pero no se veía ninguna.

–Supongo que la llave está aquí –indicó la señora Rotonde, agitando un sobre sellado.

La apatía habitual de la señora Rotonde estaba menguando a medida que miraba la caja tallada con gran interés. Las madres no suelen dejar objetos para sus hijos. Cartas, documentos... Pero nunca entregó cajas talladas a las personas que buscaban a su madre biológica. Las madres que dieron a luz de forma anónima en Francia eran a menudo jóvenes, pobres y abandonadas que no tenían a nadie. Ni familia, ni marido, ni tampoco amigos. Entregaban a su hijo desconocido, sin nombre, para ser criado por una familia mejor, con la esperanza de dar a sus hijos mejores oportunidades en la vida. Casi deseaba que la niña de ojos abiertos abriera la caja frente a ella y suspiró con decepción cuando hizo un movimiento para que se fuese.

–Muchas gracias, Sra. Rotonde –susurró Maude con voz ronca.

En realidad, no tenía ningún interés de abrir la caja frente a un completo desconocido. Además, tenía que irse de inmediato si quería llegar a tiempo para su presentación en directo.



–ESTÁ TODO LISTO, MADEMOISELLE Laurent –dijo Stephanie–. ¿Nerviosa? –preguntó amablemente.

Stephanie acababa maquillar a Maude y habían estado hablando sin parar, como si se conociesen de toda la vida.

–Un poco –admitió–. Aunque son nervios buenos. El ensayo y la prueba de sonido estuvieron bien, así que todo debería salir bien.

–Nagui, el anfitrión es muy amable, divertido y querido. Te dejo descansar. ¡No te estropees tu maquillaje! ¡Mucha mierda! –gritó Stephanie mientras salía de la habitación.

Maude sacó la caja de madera de su bolso y la acarició con cariño. Nunca antes se había sentido tan cerca de su madre como en ese momento.

Abrió el sobre sellado, sacó la llave y se dispuso a abrir la caja.

La cerradura hizo clic y se levantó la tapa tallada.

Había una carta.

Maude cerró los ojos por un segundo y volvió a abrirlos mientras contenía la respiración. Le tembló ligeramente la mano mientras cogía el trozo de papel, amarillento por el tiempo y leyó:

Mi querida Maude,

Si estás leyendo esta carta, significa que tu padre y yo ya no seguimos en este mundo y que mis queridos amigos Robert y Marie-Antoinette Ruchet te criaron.

Quiero que sepas que tu padre y yo te queremos mucho. Cuando te miro durmiendo en tu cuna junto a mí, me pregunto si alguna vez tendré la fuerza para dejarte.

Tengo que ser fuerte porque debo salvar a tu padre, si puedo. Rezo para que nuestra familia se reúna pronto. Pero mi esperanza disminuye cada día mientras tu padre sigue en la cárcel de África.

Escribo esta carta a mi hermosa hija para explicarle por qué debo irme ahora.

Como Robert probablemente te haya explicado, yo, Danielle Laurent, nací en Francia mientras tu padre, Aaron Williams, nació en Nigeria, en

África Occidental. Su destacada familia tuvo que huir de Nigeria en 1967 cuando la guerra comenzó a devastar el país.

Cuando la guerra terminó, regresó a Nigeria para luchar por los derechos humanos y el avance de la democracia. Tuvo que dejar atrás a su familia y cuando lo conocí ya había perdido el contacto con ellos.

Nos conocimos y nos casamos en Nigeria en 1990.

He sido abogada de derechos humanos durante un par de años y he viajado por todo el mundo. Pero el día que conocí a tu padre fue el día más bonito de mi vida. Tal y como probablemente te habrá contado Robert, fue amor a primera vista. Robert, además de ser mi mejor amigo es el mejor abogado de los derechos humanos que he conocido jamás, nos presentó en una fiesta que dio la Amnistía Internacional. Aunque Robert volvió a Francia un par de meses después, yo decidí quedarme con tu padre.

Desde entonces, hemos sido inseparables. A pesar de todos los peligros y pruebas, hemos permanecido unidos, luchando contra la corrupción. Hace poco, intentamos llevar a juicio a un importante funcionario, uno de los funcionarios nigerianos más corruptos, Kunle Yetunde. También es amigo del actual presidente de Nigeria. Estábamos tan cerca de encontrar pruebas tangibles de sus actividades ilícitas que se sintió amenazado y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para silenciarnos.

Hace unos meses, supe que estaba embarazada. Aaron quería que estuviera a salvo durante el embarazo, así que volví a Francia hace tres meses. Se suponía que él vendría también un mes más tarde, pero los hombres de Yetunde lo capturaron y ha estado encarcelado durante dos meses.

Sus hombres también me han estado buscando y por eso di a luz en el anonimato y te di mi apellido de soltera.

Debo regresar para salvar a tu padre. Tengo contacto en Francia y Nigeria y si colaboramos podríamos sacarlo de la cárcel. Mientras tanto, te quedarás con los Ruchet. Espero volver en un par de meses, pero si eso resulta imposible, Robert me ha prometido que cuidaría de ti como si fueras suya y tengo fe absoluta de que lo hará. Él te dirá lo valientes que fueron tus padres y cómo lucharon para hacer de este mundo un lugar mejor.

Salvaré a tu padre o moriré en el intento.

Me gustaría contarte mucho más, pero no tengo mucho tiempo y debo descansar.

Solo te daré un simple consejo: sigue a tu corazón pase lo que pase. Ese es el consejo más sólido que una madre puede darle a su hijo.

He añadido algunas fotos en este joyero de madera que tu padre hizo a mano.

Te amo tanto que me duele.

Tu madre,

Danielle Laurent Williams.

Maude miró dentro de la caja y sacó las fotos, tratando de calmar el ligero temblor de su mano.

La primera foto era de sus padres, Danielle y Aaron. Aaron era un hombre alto y de piel oscura con sonrisa suave y una mirada seria que dirigía a la cámara. Parecía tranquilo, pero sus ojos delataban su preocupación y una constante sensación de alerta. Su brazo estaba sobre los hombros de Danielle en lo que parecía una postura perezosa, aunque, cuando Maude miró detenidamente la imagen, vio sus dedos sujetando el hombro de Danielle de forma protectora. Danielle parecía feliz, casi despreocupada, su brazo envolvía la cintura de Aaron. Era una mujer menuda, de piel oscura, vestía con estilo, con un vestido rojo brillante y un collar de conchas al cuello. Parecía segura, sonreía alegremente a su esposo, tirando de su camisa con impaciencia, como si quisiera distraerlo de la cámara.

Maude apartó la vista de la imagen y se encontró con su horrible reflejo en el espejo. Ya no podía reconocerse a sí misma. ¿Dónde estaba la chica, feliz, contenta y desesperadamente optimista con la vida? Ya no estaba allí. Se había ido para no volver.

Asesinada como sus padres. Sus padres habían sido asesinados. Habían muerto en una celda, maltratados, torturados. Su sangre había sido derramada. La Tierra había bebido su sangre. Ríos de sangre habían emanado de sus cuerpos sin vida. Los habían asesinado como a animales.

Imágenes horribles pasaban por la cabeza de Maude mientras imaginaba a sus padres, Aaron y Danielle. Ahora ya podía ponerles nombres y cara. Ahora entendía por qué los Ruchet habían sido tan reacios a decirle la verdad. ¿Cómo iba a saberla?

De repente, soltó una carcajada que no reconoció. Parecía un gruñido salvaje.

Sentía como si odiase a sus padres. ¿Cómo podrían salvar el mundo y no salvarla a ella? La habían abandonado con sus «amigos».

Robert Ruchet era el mejor amigo de su madre. ¿Cómo era eso posible? No tiene ningún sentido. ¿Cómo podría Robert ser amigo de nadie y mucho menos de su madre? Maude dejó de reír. Sus manos temblaban incontrolablemente. El cuerpo el temblaba como si estuviera poseída.

Alguien golpeó la puerta, Matt entró al camerino. Rápidamente se dio cuenta de que algo iba mal.

–Maude, ¿qué pasa? –preguntó ansioso.

Ella no respondió, no pudo responder. No podía hablar y deseaba que su cerebro se apagara. Deja de pensar, se dijo a sí misma mientras temblaba como un flan.

–Deja de pensar –susurró roncamente–. Deja de pensar.

–Maude, ¿qué pasa? ¿Qué es esto? –preguntó cogiendo la carta que había caído al suelo.

Inspeccionó su contenido rápidamente y dejó caer la carta en completo estado de shock.

–Maude –la sacudió ligeramente.

–Mis padres están muertos, Matt –susurró roncamente–. Mis padres fueron asesinados.

–Maude, lo siento mucho. Lo siento mucho –repitió. No sabía qué decirle. Hizo lo único que se le ocurrió.

La cogió en sus brazos. Su cálido abrazo actuó como un catalizador y Maude comenzó a llorar incontroladamente, sin fuerzas contra su pecho. Sus gritos provenían de lo más profundo, mientras él la mecía suavemente, acariciando su cabello, envolviendo su frágil cuerpo en sus brazos. Cuando finalmente levantó la cabeza, con la cara llena de lágrimas, parecía tranquila, aunque todavía dolorida.

–Tu camisa –gimió señalando hacia su camisa manchada de rímel.

–No importa –dijo, sonriéndole suavemente dándole un pañuelo.

–Soy un desastre –observó entre sollozos.

–Eres guapísima –respondió Matt.

Maude no pudo evitar reír, era una risa nerviosa.

–Gracias, Matt. Por todo.

–No he terminado todavía –dijo Matt.

Maude se secó la cara y se volvió hacia Matt con curiosidad.

–No estuve a tu lado para *La Cenicienta*, pero estoy aquí ahora y te ayudaré a superar esto.

–Soy un desastre.

–Tienes que actuar esta noche –dijo Matt suavemente.

–Matt...–comenzó a protestar.

–Actuarás esta noche, Maude –Matt la silenció.

Maude se volvió hacia el espejo.

–Actuarás para ellos –añadió en voz baja–. Igual que yo lo hago para mi madre en cada concierto.

Maude lo miró, con los ojos llenos de tristeza.

–Lo harás de maravilla para tus padres porque será la primera vez que te escuchen. Estarán sentados en primera fila. Mirarán a su hija, su única hija, y estarán orgullosos.

Ella sonrió débilmente, mientras asentía con lentitud.

–Mira estas manos –dijo Matt tomando sus manos en las suyas–. Tus manos son un regalo. Tu voz es un regalo. Tus padres te escucharán esta noche. ¿Me oyes, Maude?

Maude asintió con más firmeza, una mirada de determinación que lentamente reemplazó sus angustiados rasgos.

–Actuaré para ellos.

–Para Aaron y Danielle –susurró él, sujetando con sus manos el rostro de Maude.

Ella asintió, sintiendo sus manos sobre su piel.

–Para Aaron y Danielle –repitió.

La puerta se abrió de par en par y Stephanie asomó la cabeza.

–Sales en cinco. . . –su voz se apagó mientras miraba a Matt y Maude.

Él la soltó bruscamente.

–Hum, ya me iba.

Stephanie dejó de mirar a Matt.

–¿Qué le ha pasado a tu cara?! –gritó.

Corrió hacia Maude para arreglarle el maquillaje.

Matt se dirigió a la puerta, pero Maude lo detuvo.

–Quédate, por favor –le pidió casi tímidamente.

–No me voy a ninguna parte.

Stephanie resopló, resopló y arregló el maquillaje de Maude con unos pocos toques de experta, murmurando que nunca se debía permitir que los novios llegaran a los camerinos antes de los conciertos porque siempre hacían llorar a las chicas y ella tenía que arreglar los daños.

–Vale, ya está. ¡Ahora, date prisa! –exclamó la maquilladora–. Tienes que salir en dos minutos. ¡Ni se te ocurra volver a estropearle el maquillaje!

Maude salió corriendo, intentando no tocarse las mejillas recién maquilladas, mientras Matt se apresuraba tras ella.

Se quedó de pie tras el telón escuchando como la animada voz del presentador anunciaba su entrada.

–Esta noche, señoras y señores, tenemos una nueva artista con nosotros. Ha pasado estos últimos meses en Nueva York trabajando en su primer álbum. Su primer single ya se ha publicado y es un gran éxito...

–Maude –susurró Matt, mientras le cogía la manga.

–¿Sí? –se giró sonriendo.

–Solo quería decirte que... quiero que sepas que siempre puedes contar conmigo.

–Lo sé, Matt –sonrió, Maude, agradecida.

–Su voz les dejará impresionados, su música es espectacular...

–No, hablo en serio. Nuestra amistad ha tenido altibajos, pero no quiero que sea así nunca más.

Maude asintió.

–No me importa que estés con Thomas Bradfield. Mientras tú seas feliz, yo también lo seré.

–¿Cómo? ¿Thomas Bradfield? –le interrumpió Maude, desconcertada.

–¡Demos un fuerte aplauso a Maude Laurent! –gritó el presentador.

–Es tu entrada, ¡vamos! –le instó Matt.

Maude dio la espalda a Matt a regañadientes y se apresuró para llegar al escenario.

La intensidad de las luces la cegó al salir al escenario y se encontró con una multitud llena de júbilo. Evitó el impulso de cubrirse los ojos y continuó caminando hacia el oscuro piano Steinway sin detenerse.

Ya había tocado antes en un piano como ese, pero esta vez estaba más nerviosa. Le temblaban las manos y la voz.

Maude se sentó en la silla del piano y miró hacia la multitud.

Estaban todos allí.

James y Victoria, sonrientes como padres orgullosos, estaban cogidos de la mano. Cynthia, tan digna como siempre, intentaba que Ben no se cayese del asiento mientras saludaba enérgicamente a Maude. Jazmine juntaba las manos para mandarle toda la energía positiva que era capaz de transmitirle desde su asiento.

Maude se giró hacia el piano y cantó la primera canción. La había tocado en muchas ocasiones, pero esta vez era diferente. Había madurado, ya no era

la misma persona que hacía seis meses, su forma de actuar no era la de una simple adolescente, sino la de una mujer joven que no temía a la vida y que se negaba a arrodillarse ante ella. Terminó la primera canción y se preparó para cantar la segunda.

Pensó en cantar «Amanecer» de su álbum debut, pero se dio cuenta de que no podía tocar esa canción después de todo por lo que había pasado. Maude dedicó la segunda canción a sus padres, «Coming Home» de John Legend.

Respiró hondo y empezó a cantar:



UN PADRE QUE ESPERA a su hijo,

Una madre que reza para que regrese,

Solo llamo para saber

Si todavía hay sitio para mí.

La vida nos ha separado,

Pero os llevo todavía en el corazón.

Cuando duermo y siento vuestra alma junto a mí.

Mientras tocaba, fue consciente del dolor que había guardado durante años. Sus padres habían muerto y se habían ido para siempre, pero ella aún estaba viva. El intenso dolor que la afligía también le daba la fuerza necesaria para cantar con claridad, superar sus miedos, controlar el temblor inicial de sus dedos y hacer que sus notas resonaran entre la audiencia.

Puede que tarde en volver,

Parece que ya he estado en todas partes,

Pero algún día regresaré a casa.

El mundo gira y gira,

Oh, es un ciclo que nunca termina.

Así sabéis que volveré a casa.

Su voz resonaba como el agua en una fuente, fluctuaba con profunda emoción a medida que la canción deshacía sus dudas, ahogaba sus inseguridades y desembocaba su dolor en un precioso mar de esperanza.

Maude terminó la canción y colocó con cuidado las manos sobre sus rodillas.

–Lo conseguí –murmuró suavemente para sí misma.

La multitud rompió en un estruendoso aplauso. Maude podía oír los silbidos y el clamor de la multitud. A medida que caminaba hacia el

presentador, entrecerraba los ojos para evitar las intensas luces, entonces vio la multitud a sus pies, vitoreando y diciendo su nombre.

Maude sonrió y saludó al presentador, un hombre alto de nariz prominente y una amplia y calurosa sonrisa.

–¡Vaya! –exclamó. Este presentador era conocido por su entusiasmo, aunque, en realidad, había pocos presentadores de TV que no lo fueran–. ¡Ha sido increíble, Maude!

Maude rio aliviada de volver a respirar a un ritmo normal.

–Dime una cosa, Maude –le dijo con tono informal–. ¿Cómo una chica de dieciséis años, que ha crecido en el norte de Francia, ha acabado pasando seis meses en Nueva York grabando su álbum debut con una de las estrellas más conocidas del pop?

–Eso es, sin duda, una pregunta muy interesante –respondió ella, sus oscuros ojos brillaban con picardía –. Fue suerte. Tuve la suerte de conocer a James Baldwin, un gran productor y amigo. Me llevó bajo su capa y aquí estoy.

–¡Eres una chica con suerte, Maude Laurent! Tengo otra pregunta para ti. Estoy seguro de que has escuchado el dúo de Lindsey Linton y Thomas Bradfield «París o Nueva York». Creo no hay mejor que tú para responder a esta pregunta. ¿Qué ciudad prefieres: París o Nueva York?

Maude se rio de nuevo y supo sin verlo que Matt estaba riendo también en el *backstage*.

–Si me hubieras hecho esta pregunta hace seis meses, habría dicho París sin ninguna duda. París siempre será la ciudad en la que me descubrieron y, desde luego, la ciudad más romántica del mundo –comenzó Maude–. Ahora, sinceramente, no puedo imaginar vivir en otro lugar que no sea Nueva York –admitió, sorprendida por su propia respuesta.

Gracias a las personas que había conocido y amado en Nueva York, sabía dónde estaba su sitio. Maude miró con cariño a los Baldwin, que escuchaban atentamente cada palabra que salía de su boca. No podía separarse de ellos, y no debería tener que hacerlo.

Estaba preparada para contarles lo del contrato que había firmado con los Ruchet y permitirles que la ayudasen a deshacerse de su familia de acogida de una vez por todas.



Capítulo 14



–¿ASÍ QUE POR ESO ACCEDIERON los Ruchet a que firmaras con Souville? –preguntó James gentilmente, dejando a un lado el contrato.

Maude asintió con la cabeza. Los más jóvenes de la familia Baldwin estaban acurrucados en la habitación de James y Victoria.

–¡No puedo creerlo! –protestó Victoria–. Esa gente son unos salvajes. No te vas a quedar allí de ninguna manera.

–Quebrantaron al menos diez leyes internacionales diferentes obligándote a vivir en un sótano –comentó Cynthia, perpleja.

–Fíjate que fiables son los abogados –comentó Victoria, con indiferencia.

–Por favor, mamá. Solo porque...

–No empieces, Cynthia. No es el momento –le advirtió Victoria secamente.

–Tenemos que decirles que queremos a adoptar a Maude –declaró James.

–Nos lo pondrán muy difícil, solo por despecho –dijo Victoria, claramente frustrada.

–Tenemos que pensarlo bien –concluyó James–. De momento, descansad. El vuelo de mañana sale muy temprano.

–Yo no me voy –declaró Cynthia con firmeza–. He decidido irme contigo a Carvin.

James la analizó y después, afirmó con la cabeza.

–De acuerdo, eres adulta y puedes tomar tus propias decisiones.

–Si Cynthia va, yo también –añadió Jazmine.

–¡Yo también! –gritó Ben.

Victoria sacudió la cabeza.

–Ben, tú te vas mañana con Matt. Y punto –declaró en un tono que no invitaba a la réplica.

–Solo las chicas hacen planes chulos en esta familia –murmuró Ben, mientras salía de la habitación junto al resto de la familia.

–Victoria, ¿puedo hablar contigo...a solas? –preguntó Maude.

–Claro. ¿De qué quieres hablar?

Maude esperó a que la puerta se cerrase antes de empezar a hablar. No sabía muy bien cómo empezar.

Victoria se sentó al lado de Maude.

–No te preocupes por lo de mañana –dijo ella, apoyando su brazo en sus hombros–. Los Ruchet no saben lo que les espera.

–No quería hablarte de eso –Maude respiró profundamente–. ¿Recuerdas esa noche, de mi primer mes en Nueva York, en la que te hablé de mis padres? Nos preguntamos si a veces es mejor saber o no saber cómo habían fallecido las personas que habíamos amado.

–Sí, lo recuerdo –reconoció Victoria.

–Vi algo en tus ojos –Maude vaciló–. Y ahora estoy segura de que algo horrible ha tenido que pasarle a alguien a quien querías.

Victoria apartó la mirada con dolor.

–Mi padre era nigeriano como tú –continuó Maude, sus ojos se llenaron de lágrimas–. Hoy, me enteré de que mis padres fueron brutalmente asesinados. Casi deseé no haberme enterado nunca. ¿Cómo se puede vivir sabiendo esto?

Victoria miró a Maude, sus ojos expresaban dolor.

–Como muchos nigerianos, mi familia huyó cuando comenzó la guerra civil. Éramos una familia bastante influyente. Teníamos mucho dinero, así que para nosotros fue fácil salir de allí y establecernos en los Estados Unidos – Victoria movió la cabeza con tristeza–. Otros no tuvieron tanta suerte. La guerra ya ha acabado, pero la paz, la verdadera paz, tarda más en llegar. La democracia también. Ahora, Nigeria es un lugar mejor, pero todavía necesita mucho trabajo. Todos tenemos que hacer sacrificios, todavía los hacemos. Incluso aquellos que, como mi familia, pensaron que podrían escapar. Todos hemos perdido a nuestros seres queridos. En mi caso, fue mi hermano. Tú perdiste a tus padres. Otros lo perdieron todo y a todas las personas a las que querían.

–Canté «Coming Home» para ellos. Para todas las personas que perdieron por guerras y conflictos.

–La cantaste maravillosamente bien, Maude. Sobre todo, si se tiene en cuenta tu situación. Has llegado muy lejos –sonrió amablemente.

–Sí, no salí corriendo del escenario, si es eso a lo que te refieres –rio Maude.

–Me alegra que ya puedas reírte de eso.

–La sensación de humillación ya se ha pasado...bueno, más o menos – admitió Maude con un profundo suspiro.

–Con el tiempo pasará –aseguró Victoria–. Ahora, a la cama. Mañana nos espera un largo día. Necesitas descansar.



TODO HABÍA PASADO TAN rápido, pensó Maude con tristeza, una sensación de pesadez se apoderaba de su pecho. No había tenido tiempo para despedirse bien de Matt y Ben porque su avión salía muy temprano. Había abrazado calurosamente a Ben, que le había prometido que le haría saber qué instrumento elegiría para su decimoquinto cumpleaños.

–No elijas la gaita –le susurró Maude entre abrazos.

Luego, se había girado hacia Matt. Se habían mirado el uno al otro torpemente, mientras sentían los cinco pares de ojos de los Baldwin posados fijamente sobre ellos.

–Ha sido un placer trabajar contigo –dijo simplemente Matt, estrechándole la mano.

Maude quería gritar, quería decirle que no había nada entre Thomas y ella, y que jamás pasaría nada, que...

Pero, ¿para qué? Él había sido bastante claro cuando dijo que no quería nada más que una inocente relación de amistad.

–El placer ha sido mío –replicó Maude en un tono neutral. Tomó su mano y la agitó con torpeza, tal y como ella se sentía.

Y cada uno tomó su camino. Él estaba volando de vuelta a Nueva York y ella volvía al gris Carvin. No había cambiado mucho desde que se había ido. En la Grand Place había ambiente, todo el mundo quería aprovechar los escasos y preciados rayos de sol. Las parejas caminaban de la mano, y de lejos Maude divisó a la Sra. Bonnin mirando con curiosidad desde su mostrador, tomando buena nota de lo que veía bajo su immaculado sombrero de panadera.

Mientras los Ruchet llegaban al el Belle Etoile Inn, Maude fue a visitar a su querida amiga.

–Maude –gritó Sra. Bonnin–. ¡Cómo has crecido! ¡Y vaya estilo, madre mía! Casi no te reconocí en la Gran Plaza.

Maude la abrazó calurosamente, mientras olfateaba los deliciosos aromas que salían de su horno.

–Estoy segura de que estabas demasiado ocupada espionando las últimas parejas de Carvin. ¿Soy yo o el Sr. Martin por fin tiene novia? –preguntó Maude totalmente desconcertada–. Dime, por favor, que no es una mujer que se hace pasar por su novia.

–No, querida –rio la Sra. Bonnin–. Es nueva en el pueblo. Se llama Abby y siempre quiso vivir en una gran ciudad.

–Debería visitar Nueva York alguna vez –contestó Maude, dando un bocado a su tierno cruasán.

–Querida, no lo entiendes. Esto ya es una gran ciudad para ella –explicó la Sra. Bonnin con un brillo de emoción en su mirada.

Maude casi se atraganta.

–¿Que qué? ¿De dónde es ella?

–Avesnes-le-Comte.

–Ahora lo entiendo.

–Bueno, quiero saberlo todo sobre tu viaje a New York –dijo ansiosamente la Sra. Bonnin. Ella lo pronunciaba *Niu iourk*, pero Maude la comprendió sin problemas.

–Ahora no, pero te lo contaré todo. Tengo un par de recados que hacer primero –contestó Maude amablemente.

–Vale, vuelve tan pronto como puedas –le dijo la Sra. Bonnin mientras Maude salía.

Maude se reunió con los Baldwin cerca de la fuente y se dirigieron a la calle Général de Gaulle.

–Yo me volvería loca en un pueblo pequeño –declaró Jazmine.

–Jazmine, no seas maleducada –le regañó Victoria.

–No estaba siendo maleducada. El pueblo no parece estar tan mal, solo que hay un gran inconveniente.

–¿Cuál? –preguntó Maude inocentemente.

–No hay ni una sola tienda decente a simple vista.

–Me sorprende que hayas tardado tanto en hacer esa observación –le echó en cara Cynthia.

–Me alegra mucho que hayáis venido las dos –dijo de repente Maude.

Iba a echar de menos sus discusiones.

–Tú espera hasta que Jazmine empiece a quejarse por su *pueblitis* –le contestó Cynthia.

–Es una enfermedad real –protestó Jazmine–. Encontré un foro en el que otras personas describían los mismos síntomas que tuve yo.

–Eso solo quiere decir que los que escribían en el foro habían escapado del mismo pabellón psiquiátrico del que estabas tú –resopló su hermana.

–Aparentemente, también lo sufren personas famosas. ¿No te parece raro que los famosos siempre nacen un pequeño pueblo y luego mueren en grandes

ciudades? –reflexionó Jazmine.

–Los marcianos también tienen *pueblitis*, por eso abandonan su pequeño planeta para visitarnos en la Tierra –dijo Cynthia con una sonrisa pícaro.

Maude se echó a reír.

–Parad las dos. Ya casi hemos llegado.

Era como si el tiempo no hubiese pasado por el número 29 de la calle Général de Gaulle. Las mismas plantas aburridas, mismos jarrones, mismos cuadros y los mismos muebles. Los gemelos habían crecido unos centímetros, pero eran igual de traviesos, los mismos pequeños monstruos que había sido siempre. Y, por supuesto, la Sra. Ruchet seguía sentada cómodamente en su sofá.

Seguramente, durante aquellos seis meses no se había movido de ahí ni un solo centímetro.

Solo un observador muy avisado habría notado que el jarrón chino que había sobre la chimenea ya no estaba ahí. Sin nadie que los vigilara, los gemelos lo destruyeron una tarde mientras jugaban al fútbol a sus anchas en el salón. Maude se percató de que al Sr. Ruchet le habían salido algunas canas. Aunque Maude no se podía imaginar que esas canas eran fruto de haber tenido que cuidar de sus propios hijos. Los Ruchet se habían negado a contratar a una niñera mientras Maude estaba fuera y esperan ansiosos su regreso. Sin Maude, el Sr. Ruchet tenía que recoger a los gemelos del colegio todos los días. Había sido una ardua tarea y vigilarlos después del colegio ya habría sido pedir demasiado.

Maude pensó que la Sra. Ruchet parecía estar algo paliducha, debía haber empezado una nueva dieta. Quizás alguna que incluyese solo frutas y verduras, reflexionó Maude, intentando contener la risa.

Cuando el Sr. Ruchet vio a Victoria, su expresión se tornó extraña, como si hubiera visto un fantasma.

Mientras todos se sentaban en el salón, la Sra. Ruchet miraba fijamente a Maude y, de pronto, le guiñó dos veces el ojo. Maude la ignoró, pero ella continuó con su extraño comportamiento.

–¿Ocurre algo? –preguntó Maude finalmente.

–¿No nos vas a servir unas bebidas? –preguntó la Sra. Ruchet, asombrada.

–Maude acaba de llegar –señaló Victoria, intentando ocultar su total desconcierto–. Creo que nos podemos arreglar sin las bebidas.

–Además, tenemos asuntos importantes que discutir –añadió James.

–Espero que no hayan venido aquí con el propósito de que Maude figure otorgado. El gato era seis meses. Un gato es un gato –declaró pomposamente el Sr. Ruchet.

–Somos conscientes de eso. Se trata de un asunto distinto. Nos gustaría adoptar a Maude –continuó James.

La Sra. Ruchet dejó escapar un pequeño quejido y se llevó la mano al corazón.

–Robert –se quejó.

–No te preocupes, querida –dijo dulcemente–. Eso no es posible.

–¿Y por qué no? –preguntó Victoria fríamente.

–Somos sus padres de acogida.

–Nunca la adoptaron, nunca quisieron que ella formase parte de su familia, ¿me equivoco? –preguntó Victoria, con dificultad para ocultar su desprecio.

–Nunca la adoptamos legalmente, pero deseamos lo mejor para ella. Eso es lo que le dije al juez cuando le suplique que mantenga a nuestra hija de acogida alejada de la mala influencia de una familia que solo la quiere por su dinero y su fama.

–¿Y qué le dirá a ese juez suyo cuando le diga que no cuidaban a Maude como es debido? –preguntó Victoria impasible.

Ella no era abogada, pero tenía la fuerza de un león.

–¿Qué está insinuando? –preguntó el Sr. Ruchet, sin inmutarse.

–Que cualquier servicio social se horrorizaría al escuchar las condiciones en las que esta pobre niña ha vivido durante estos dieciséis años –declaró James impávidamente.

El Sr. Ruchet sonrió.

–Ya veo que esta niña les ha estado mintiendo. Lo que quieren es llevársela de aquí lo antes posible. También veo que no saben nada sobre la administración francesa. Les llevaría años, no solamente adoptarla, sino también pagar demostraciones que somos unos padres inadecuados. Y, mientras tanto, ella tendría que quedarse con nosotros. Es más, sus propios padres nos la confían para su protección. Queguemos honrar nuestra promesa.

–¿Es así como honráis su promesa? –preguntó Maude suavemente–. Yo nunca supe nada sobre ellos hasta que contacté con la administración francesa. Me dieron esto –dijo ella, sacando la caja excelentemente creada con joyas de su mochila.

–Aquí hay una carta de mi madre, Danielle. En ella, escribe que eráis muy buenos amigos.

–Robert era su amigo –dijo con desprecio la Sra. Ruchet–. A mí nunca me gustó Danielle.

–¿Danielle te escribió una carta? –preguntó Robert, ignorando a su esposa.

Se dirigió bruscamente hacia Maude, intentado coger la caja. Victoria y Maude dieron un salto a la vez, Victoria queriendo proteger a Maude y Maude queriendo proteger la caja.

La caja se cayó al suelo, junto con todo su contenido. La carta y tres fotografías yacían en el suelo.

El Sr. Ruchet, Maude y Victoria corrieron a por la caja. El Sr. Ruchet cogió la gastada carta y comenzó a leerla.

Maude le arrebató la carta al Sr. Ruchet y le dijo entre dientes:

–Ni se te ocurra.

Sus ojos brillaron con odio, y el Sr. Ruchet retrocedió.

Victoria estaba todavía de rodillas, recogiendo las imágenes Polaroid, cuando de repente se quedó sin respiración y dejó caer las fotos.

James se apresuró a su lado y notó que estaba temblando.

Ella dejó escapar un grito y recogió una de las fotos con pulso tembloroso.

–Aaron –dijo de forma casi imperceptible.

–Mamá, ¿qué pasa? –le preguntó Cynthia muy preocupada.

Sus hijas se arrodillaron junto a ella.

–Este es Aaron –explicó temblando–. Mi hermano.

Los ojos de Maude se abrieron de la sorpresa.

–Mi padre, Aaron Williams, ¿era tu hermano?

La verdad es un elemento extraño. Los seres humanos la buscan como un metal raro, como la plata o el oro. Excavan profundamente la superficie intentando descubrir sus misteriosas formas. Corren hacia ella cuando creen, erróneamente, que han encontrado su cautivador brillo, aprendiendo por experiencia que es una pena, pero no es oro todo lo que reluce. E incluso cuando encuentran la piedra preciosa, se sienten decepcionados, porque la carrera por encontrarla ha valido más la pena que el descubrimiento en sí. Pero, en ocasiones, que sí que las hay, encontrar la luz dorada de la verdad es el mayor y el más puro tesoro que uno puede encontrar.

–Así que eres la pequeña niña de mi hermano –dijo Victoria, su voz temblaba de la emoción.

Cogió a Maude por los brazos y la abrazó tan fuerte que Maude pensó que sus huesos saldrían de su cuerpo. Pero no le importó lo más mínimo. Se aferró a Victoria, deseando que no se marchase nunca.

–Es nuestra sobrina –susurró James muy asombrado.

–¡Robert, haz algo! –le instó la Sra. Ruchet.

–No se van a magchag con la chica. No tienen ninguna pgueba de que eso sea vegdad.

–Oh, venga ya –exclamó Jazmine–. ¿No es capaz de ver la semejanza entre mamá, el tío Aaron y Maude? Por dios, mamá, ¿eráis tú y tu hermano gemelos?

–La semejanza no vale en los juzgados, jovencita –declaró el Sr. Ruchet bruscamente–. Además, Maude está vinculada con un contgato que ella figmó. No se van a magchag con la chica.

–¿No les da vergüenza? –refunfuñó Victoria–. Han obligado a una joven de dieciséis años a firmar un contrato para mantenerla con ustedes diez años y que tenga que abandonar todo lo que se ha ganado con esfuerzo.

–Un contgato es un contgato, Sra. Baldwin –dijo con desprecio la Sra. Ruchet.

–No si el contrato se declara nulo –puntualizó Cynthia.

El Sr. Ruchet se giró con desaire hacia Cynthia, levantando el entrecejo.

–¿Qué sabe usted sobge contratos, Srta. Balding? –le preguntó, sonriendo con superioridad.

–Usted sabe tan bien como yo, Sr. Ruchet, que, según el Código Civil de Francia, no se le permite a un menor firmar un contrato que lo prive de sus posesiones. De modo que, parte del contrato no es válido. La parte en la que Maude accede a trabajar para ustedes durante diez años tampoco es válida. Las leyes laborales franceses son muy estrictas, especialmente cuando se trata de menores. Sin embargo, en ninguna parte de su contrato se habla de algún tipo de salario. ¿Sabe usted lo que eso significa, Sr. Ruchet? –le preguntó Cynthia con firmeza.

El Sr. Ruchet parecía saberlo, porque su cara parecía haber perdido toda la sangre.

–Significa –continuó victoriosamente Cynthia–, que las condiciones bajo las que Maude está en esta casa puede definirse como esclavitud, según el Artículo 4 de la Convención Europea de Derechos Humanos.

La Sra. Ruchet soltó una pequeña bocanada de aire.

–No solo eso –dijo Cynthia, acortando la distancia entre ella y el Sr. Ruchet–. Las condiciones de descanso: un fino colchón en un sótano sin ninguna iluminación, con ratas y un desorden de objetos que puede considerarse, según el Artículo 3 de la misma Convención, como tortura y trato inhumano o degradante. ¿Sabe acaso lo que se está jugando, Sr. Ruchet? –

preguntó Cynthia, agarrando al Sr. Ruchet por la corbata. Se elevó frente a él y se mostró confiada como un caballero de brillante armadura que sirve a la Ley con una espada de plata.

El Sr. Ruchet tragó saliva. Habría aceptado una alumna tan inteligente como una interna en su bufete si no hubiera usado esa inteligencia contra él.

–Se arriesga a una pena de prisión por mucho tiempo –concluyó Cynthia–. A eso y a un juicio bastante comentado que creo que le gustaría evitar, ¿estoy en lo cierto? –ella sonrió dulcemente.

–Sí –finalmente el Sr. Ruchet cedió con un murmullo imperceptible.

–Entonces, creo que no tenemos nada más que decir –concluyó Cynthia–. Será contactado por nuestros abogados para tratar las cuestiones relativas al aborto. Por lo pronto, ¡adiós! –gritó ella triunfante.

Los Baldwin-Laurent estaban fuera de sí de la sorpresa, pero rápidamente recuperaron la compostura y se apresuraron a salir del número 29 de la calle Général de Gaulle entre cánticos de alegría.

La Sra. Ruchet se giró muy enfadada hacia su marido.

–¡Idiota! ¿Qué haces? –vociferó ella–. Tráeme Lipton Iced Tea –ordenó.

Su marido se dirigió a la cocina.

–¿No te olvidas de algo? –preguntó ella, agitando salvajemente el enorme vaso naranja.

El Sr. Ruchet suspiró y volvió a por el vaso naranja.

–Y no te olvides del hielo –dijo con desprecio.

Fuera de la casa, los Baldwin celebraban su victoria.

–¡Cynthia has estado increíble! –exclamó Jazmine–. ¿Cómo sabías todo esto?

–Lo busqué por Internet. He estado trabajando con Nathalie y ella me enseñó cómo buscar textos legales. Ayer, miré el contrato de Maude y busqué la ley laboral francesa y derechos humanos.

–Tengo que decir que estoy impresionada –admitió Victoria–. Supongo que los abogados no son tan inútiles. Tengo que agradecerle a Nathalie que te haya acogido y guiado.

–Estamos orgullosos de ti, Cynthia –dijo James con cariño.

–«Por lo pronto, adiós» es tu nueva muletilla, la has estado usando mucho estos días –reflexionó Jazmine.

–Venga, vámonos de este pueblo. No quiero quedarme ni un minuto más –dijo Victoria, conteniendo un escalofrío.

Se dirigieron hacia Grand Place, pero antes de marcharse, Maude tenía que hacer una parada.

–¿Ya te vas? –preguntó la Sra. Bonnin mientras veía a Maude entrar en la panadería. Tatareaba una canción mientras limpiaba el mostrador.

–Me voy –respondió Maude solemnemente–. Para siempre.

La Sra. Bonnin paró y sonrió, triste y cansada.

–Me alegro por ti. Parecen buenas personas.

–Lo son.

Y, como regalo de despedida, Maude le entregó a la Sra. Bonnin el mayor regalo que existía.

–Ellos son mi familia biológica: mi tía, mi tío y mis primas.

Los ojos de la Sra. Bonnin parecían salirse de sus órbitas. Se quedó muda de emoción ante semejante noticia. ¡Este exquisito cotilleo le daría para meses!

Maude abrazó a la sorprendida Sra. Bonnin que apenas se podía mover un centímetro del asombro que tenía. Ella le dio un beso de despedida.

Entonces, tal y como había sentenciado, abandonó Carvin para siempre



Capítulo 15



–MAUDE LAURENT WILLIAMS Baldwin, ¡te doy la oficial bienvenida a tu nueva habitación! – exclamó Jazmine.

Maude había terminado de trasladar sus pertenencias a la habitación de las hermanas Baldwin, y todas querían celebrarlo con una noche de chicas. Maude había recorrido un largo camino desde enero. Cuando llegó a casa de los Baldwin, prefirió tener su propio espacio. Ahora estaba segura de que quería pasar todo el tiempo posible con sus nuevas primas.

–¡Jaz, todavía no has limpiado tu lado de la habitación! –le regañó Cynthia–. ¡Eres tan desordenada! ¿Sabes qué Maude? Deberíamos echar a Jaz de esta habitación.

–Me echarías tanto de menos –respondió Jaz–. ¡Tres hurras por Maude, por el próximo lanzamiento de su álbum y por la gira!

–¡Hip-hip-hurra! –respondieron las chicas al unísono.

–Estoy agradecida de poder cantar esta vez en mi fiesta de lanzamiento–, sonrió Maude con nostalgia.

–Después de ver tu actuación en directo en París, Alan está deseando tenerte de nuevo en el escenario. Tu actuación fue impresionante. Casi lloré cuando cantaste «Coming Home». Fue muy buena idea que Matt estuviera allí antes de que actuaras –observó Cynthia, mirando a Jazmine de reojo.

–Estaba allí cuando más lo necesitaba. Es un amigo de verdad –reconoció Maude.

Jazmine y Cynthia se miraron antes de que Jazmine hablara.

–Sabes que él no te ve solo como una amiga, ¿verdad?

Maude miró su vaso, las mejillas ardieron por la vergüenza.

–No estoy segura. Creo que piensa que estoy con Thomas, y no he tenido tiempo de hablar con él de eso.

–A Matt le gustas... mucho –declaró Cynthia–. Le prometí que no te lo diría, pero la noche que estuviste en Ambrosia con Thomas, te esperó horas en el Met.

–¿En serio? –preguntó Maude levantando una ceja.

–Yo estaba allí –insistió Cynthia–. Y, la verdad, es muy fuerte teniendo en cuenta que Matt...

–Odia los museos –completó Maude en voz baja.

Volvió a recordar aquella noche en París. De repente, se dio cuenta. Ella era la tontería que había hecho por amor. Ella era la chica que tenía «una cita con un auténtico perdedor, pero ni la mitad de guapo» que él. Matt tenía sentimientos por ella. Sentimientos reales y puros. Por eso había estado enfadado por su cena con Thomas en Ambrosia. Había esperado horas en el Met para ella, pobrecito. Y eso explicó su reacción cuando pensó que ella había aceptado salir con Thomas.

¡Necesitaba hablar con él lo antes posible!

Maude saltó de su cama, pero en ese momento Victoria apareció en la puerta de las chicas.

–Maude, ¿puedo hablar contigo a solas? –preguntó ella–. Jazmine.

–¿Sí? –Jazmine preguntó con dulzura.

–Limpia esa habitación antes de que vuelva, o serás tú quien necesite un abogado de derechos humanos.

Maude siguió a Victoria hasta su habitación, sobre la cama había álbumes de fotos y fotografías sueltas.

–No hemos tenido tiempo de hablar desde que volvimos de Francia la semana pasada, pero creo que debes estar haciéndote muchas preguntas.

–No puedes hacerte una idea –soltó Maude con un profundo suspiro.

–Primero, me gustaría decirte que mi familia y yo no teníamos ni idea de que Aaron había tenido una hija antes de morir. De haberlo sabido, nunca te habríamos dejado sola.

–Lo sé. Supongo que no tuviste ningún contacto con Aaron después de que se marchase.

–Déjame empezar por el principio: cuando nuestra familia huyó de lo que la historia llamaría la Guerra de Biafra, Aaron tenía trece años. Yo era más pequeña y no podía entender realmente lo que estaba pasando. Él conoció los horrores de la guerra por los medios de comunicación. Vio imágenes, imágenes de niños enfermos, llorando, muriendo de hambre y se sintió impotente. Pensó que no deberíamos haber huido y que deberíamos haber ayudado al pueblo. Años después de que terminase la guerra y cuando él ya era un jovencito, quiso regresar a Nigeria como activista de derechos humanos. Mi padre, Saul Williams, le prohibió que se fuese. Dijo que nuestras vidas estaban aquí, y además despreciaba lo que ni siquiera consideraba una

profesión. Mi padre le advirtió que, si se iba, nunca volvería a contactar con nuestra familia. Yo quería mucho a Aaron. Tenía dos hermanos, pero Aaron era mi mejor amigo, mi protector, mi héroe. Solía llamarme princesa, y yo me sentía muy cómoda con ese apelativo –Victoria se rio y suspiró con dolor–. Me da vergüenza decir que egoístamente le supliqué que se quedara.

Victoria hizo una pausa y sacudió la cabeza con tristeza.

–Recuerdo esa noche como si fuera ayer. Lloré y supliqué. Le dije que lo necesitaba más de lo que lo necesitaría cualquiera de aquellas personas anónimas que él salvaría. Me sonrió tristemente y dijo: «si soy testigo de todo lo que está pasando sin hacer nada, princesa, soy tan culpable como los verdaderos responsables. Espero que algún día lo comprendas». Esa fue la última vez que lo vi o supe de él. Hasta aquel día de octubre de 1995 en que recibimos aquella horrible carta. Aaron y su esposa, Danielle Williams, habían sido asesinados.

Una lágrima recorrió la mejilla de Victoria.

–No sabía que se había casado –dijo en un susurro ronco–. A mi padre le dolió mucho. Mi madre murió poco después, culpando a mi padre por la muerte de Aaron. Nunca lo superé por completo, pero puedo decir que hoy entiendo la elección de Aaron. Lucho por los derechos de las mujeres, y no hay un solo día en el que no agradezca a Aaron el haberme enseñado que todos tenemos que poner de nuestra parte para hacer de este mundo un lugar mejor. Tu padre y tu madre fueron héroes, Maude. Ayudaron a mucha gente y debes estar orgullosa de eso.

–¿Incluso aunque nunca llegara a conocerlos? –preguntó Maude, con un tono de amargura en su voz.

Victoria sonrió con tristeza.

–No espero que lo entiendas ahora, yo me aferré a Aaron hace años de la misma forma. Espero que algún día puedas entenderlo –Victoria tomó su mano y la apretó cariñosamente.

–Eres mi salvación, Maude. Nunca pude agradecer a mi hermano todo lo que ha hecho por mí, pero ahora que estás aquí, sé que por fin voy a encontrar la paz.



–¡GRACIAS! ¡MUCHAS GRACIAS! –soltó Maude sin aliento mientras saludaba a su animado público.

The Mood estaba lleno para la fiesta de lanzamiento de Maude y el ambiente estaba cargado.

Maude había tocado «Dejándote atrás» y «Temeraria» y había sido muy emocionante. Sus miedos y sus problemas habían desaparecido. Lo único que le importaba era comunicarse con el público. Y mientras observaba a la multitud aplaudir y animar enérgicamente, sintió una indescriptible sensación de poder.

Distinguió a Matt entre la multitud, hablando seriamente con un reportero, y suspiró. Todavía no había encontrado el momento adecuado para aclarar las cosas con Matt.

Maude volvió a su piano y empezó con su última canción.

–¿Alguien del público han sentido alegría y desconcierto al mismo tiempo al descubrir que se están enamorando? –preguntó mientras comenzaba la presentación.

La multitud gritó la respuesta.

–Sí –estuvo de acuerdo Maude–. Conozco esa sensación. ¿Alguien no sabe cómo expresar ese sentimiento?

Una vez más, la multitud vitoreó y una voz femenina surgió de la multitud y dijo:

–¡Enseñanos cómo se hace, Maude!

–Voy a enseñaros cómo se hace –rio Maude.

¿Cuánto tiempo llevas siendo mi amigo?

Da la sensación de que nos conocemos de siempre

¿Querrás algo más conmigo?

¿O se convertirá esto en algo más fuerte?

Al ver a su sobrina actuar, James se sintió orgulloso de la elección que había tomado siete meses atrás. Recordó haber discutido con Alan antes de firmar con Maude.

–¿Qué tiene? –había preguntado Alan–. ¿Por qué la quieres a ella y no a Thomas Bradfield?

James no había dudado de la respuesta.

–Tiene fuerza, Alan. Será quién de fuerza a Souville. Thomas no podrá serlo.

Hoy, mientras la miraba, supo que siempre había tenido razón.

–Maude se va de gira en un par de semanas. ¿Está preparada para dejar a su nueva familia? –preguntó Alan mientras se acercaba a James.

–Mírala. Está más que preparada. Además, yo estaré con ella –respondió James.

–Tengo que admitirlo, James, sabes cómo detectar una estrella fugaz en medio de un cielo iluminado por las estrellas.

–Eso es porque no busco billetes en ese cielo estrellado.

Alan solo se rio lenta y cínicamente.

–Tu empresa necesita a alguien como yo, o se hundiría como un barco a la deriva –respondió–. ¿Matt se va de gira con Maude?

–No sé si se ha decidido –respondió James–. Siento que está esperando algo, pero no sé qué. Sé que está pensando en empezar con su nuevo álbum. Pensé que Maude podría trabajar con él. Hacen un gran equipo.

–Eso es indudable. Lo mejor que he visto en mucho tiempo –concordó Alan antes de irse–. En cuanto baje del escenario dile que Rita Hems quiere que responda algunas preguntas.

–De eso nada–respondió James.

James negó con la cabeza. Si dependiera de Alan, Maude no descansaría ni un momento.

Maude salió del escenario tras un acalorado aplauso y fue a tomar un poco de aire fresco.

La ciudad estaba llena de luces brillantes, y Maude quería respirar el aire de la ciudad.

–¿Interrumpo? –preguntó Matt mientras se acercaba detrás de ella.

–Sabes que no –respondió Maude.

–Eso no es lo que habrías respondido hace seis meses –le recordó–. Si no recuerdo mal, me dijiste que nunca seríamos amigos.

–En aquel momento era bastante patética –reconoció Maude con una sonrisa en los labios–. Después de lo que ocurrió en el metro tenía muchos prejuicios respecto a ti, y no debería haberlos tenido.

–¿Y ahora? Nunca respondiste la pregunta que te hice en Francia. Si no recuerdo mal te pregunté si podíamos ser amigos.

–Claro que sí –respondió Maude, un poco avergonzada–. Es solo que me sorprendió. Creo que pensabas que estaba saliendo con Thomas Bradfield, y no era así. Bueno, ahora tampoco –añadió nerviosa.

Matt sonrió despacio y con satisfacción.

–Siempre he pensado que no haríais buena pareja.

–Estoy totalmente de acuerdo. Y no me gustaría cenar con «auténtico perdedor, la mitad de guapo que tú», mientras me estás esperando en el Met –

respondió Maude con astucia.

Matt se rio, tratando de ocultar su vergüenza.

–Te lo ha contado, ¿verdad?

–Sí, con todos los detalles –dijo Maude–. Me contó resoplabas y que casi te ahogas en tus lágrimas cuando te diste cuenta de que no vendría.

–Lloré mucho –bromeó Matt–. Simplemente...–vaciló –. Simplemente no sé qué hacer cuando estoy contigo –admitió–. Nunca antes me había sentido así con ninguna otra chica, Maude Laurent. Eres exasperante, orgullosa y testaruda, y te juro que tus ojos a veces son capaces de asesinar con una simple mirada. Podrías conseguir que el tipo más seguro se muriese de miedo.

Maude se rio.

–Tú también eres irritante, ¿sabes? ¿Por qué no me dijiste que me habías esperado en el museo?

–Pensé que habías encontrado el amor en Thomas –admitió Matt avergonzado–. ¿Cómo estuvo el Ambrosia? Estoy seguro de que no fue ni la mitad de bueno que Las Fajitas.

–Eso es verdad –reconoció Maude cautelosamente–. No pude dejar de comparar Ambrosia con Las Fajitas y lo que nos divertimos aquel día.

–¿Incluido lo del picante? –bromeó Matt.

–¡Especialmente eso! –admitió Maude–. La tarde fue de mal en peor cuando escuché en la radio nuestra canción por Thomas y Lindsey. La cena terminó para mí en ese momento. Ya sabes, tú y yo no hemos hablado de eso, pero estaba realmente desconcertada cuando me di cuenta de que nos había robado la canción. Me encanta «Traicionada pero no rota», pero no es lo mismo.

–Sé cómo te sientes –admitió Matt –. Trabajamos mucho en esa canción.

–Tal vez haya una terapia de grupo para cantantes a los que les robaron las canciones –bromeó Maude.

Se rieron juntos, ambos sintiendo un poco de remordimiento.

–Matt, necesito saber una cosa –declaró Maude resueltamente.

–¿Qué? –preguntó Matt, con una expresión de preocupación en su rostro.

–¿Alguna vez Lindsey y tú habéis tenido algo? Quiero decir, sé que no es de mi incumbencia, pero...

–Lindsey y yo nunca hemos salido y nunca lo haremos –aseguró Matt solemnemente–. Eso es lo que intenté decirte nuestro primer día en la sala de creación, pero me dijiste que no te interesaba escuchar nada de mi vida amorosa.

La cara de Maude se sonrojó al recordar su conversación.

–Entonces, ¿por qué la llevaste al baile de verano? –gimió ella –. Te aseguro que esa noche estuve a punto de estrangularla.

–Fui con ella porque me dijo que tú y Thomas estabais juntos y que irías al baile con él.

–Bueno, en realidad no fui con él –refutó Maude abatida –. La noche del baile cuando Thomas me dijo que estaba enamorado de mí. Me di cuenta de que no quería que tú y yo fuéramos solo amigos –admitió lentamente.

–Yo tampoco quiero eso, Maude –respondió volviéndose hacia ella–. Quiero algo más.

Maude dudó y luego se volvió hacia él.

–Matt, ¿podrías venir conmigo a la gira? –preguntó audaz y tímida al mismo tiempo.

Matt soltó un profundo suspiro de alivio.

–Pensé que nunca me lo preguntarías –respondió.

Luego la besó, y las luces relucientes y brillantes que iluminaban la ciudad crearon alegres y rítmicos fuegos artificiales.



EN JULIO, EL ESPLENDOR del verano se había adueñado de la ciudad y con él llegaban las largas y cálidas noches veraniegas, los días calurosos y secos, así como el duodécimo cumpleaños de Ben.

El cumpleaños de Ben había llegado por fin, y era difícil saber quién estaba más emocionado de los Baldwin. A Victoria le encantaban las tradiciones y esta sería su última tradición del cumpleaños de los doce años, así que quería que todo fuera perfecto. También sería la última reunión familiar antes de que Maude y James se fueran de gira. Maude estaba impaciente por saber qué instrumento había elegido Ben. En cuanto a Ben, le gustaba ser el centro de atención. Matt, que siempre había logrado sacarle a Ben todos sus secretos, no tenía la menor idea, como le confesó a Maude esa noche.

–La Sra. Bonnin tenía razón: los hombres no sirven para nada –resopló Maude con fingida desesperación.

Matt simplemente rio y la siguió a la sala de estar donde estaba reunida el resto de la familia. Las luces se atenuaron y se encendieron velas en toda la sala de estar. Ben estaba sentado en una silla en el centro de la habitación. A sus pies había una gran caja oscura.

–Nos hemos reunido aquí para celebrar el duodécimo cumpleaños de Benjamin –anunció Victoria–. Este es un cumpleaños muy especial para ti. Has pasado los últimos meses descubriendo y explorando todo tipo de instrumentos. Pronto descubriremos qué instrumento has elegido, pero primero, debe escuchar la canción de cumpleaños compuesta especialmente para ti.

Victoria se puso de pie y comenzó a recitar:



EN ESTE DÍA ESPECIAL

Estamos todos reunidos aquí
Para iluminar el camino
Cantándote cumpleaños feliz
James se levantó y continuó:
Ya no eres un niño
Ahora no te riño
Pero como soy tu padre
Cuidado no te vayas de madre
Como si fuera una señal Cynthia siguió con una sonrisa:
La música es un regalo
Y a lo largo de este año
Todos los instrumentos has probado
Eso sí, nuestros oídos has dañado
Jazmine se rio, luego se puso seria y cantó solemnemente:
Ahora que has elegido
Nos podrás decir
El instrumento que va contigo
Y el que te hace feliz
Matt dijo simplemente:
No pierdas el seso
Toca con el corazón
Nunca te olvides de eso
Finalmente, Maude respiró hondo y terminó el canto:
Diviértete mucho
Vamos todos a disfrutar
Feliz cumpleaños, Ben
Tu fiesta acaba de empezar

Todos aplaudieron y abrazaron a un radiante Ben mientras le deseaban un feliz cumpleaños.

–Sé que estáis ansiosos por saber qué instrumento he elegido, y no tendréis que esperar mucho más –comenzó Ben cuando todos se calmaron.

–Oh, vamos, Ben, dílo ya –exclamó Jazmine con impaciencia.

–Si no recuerdo mal, nos hiciste esperar bastante tiempo, Jaz –observó su padre.

–Me acuerdo –dijo Ben–. Esperamos tanto que la tarta helada empezó a derretirse.

–Eso no impidió que te comieses dos tercios de ese pastel tu solo –le regañó Cynthia.

–¡No quería que se desperdiciara! –protestó Ben.

–No es el momento de hablar de esto. Ben, por favor, venga –instó Victoria.

Abrió su maletín y sacó su instrumento. Era un largo cuello vertical en forma de barra, en la parte superior había dos clavijas grandes de afinación y, en la parte inferior, una pequeña caja de sonido cubierta con piel de pitón en la parte delantera. Dos cuerdas se unían desde las clavijas a la base.

–¿Qué es eso? –preguntó Jazmine.

–Parece un violín muy fino –observó Cynthia.

–Esto es un erhu –dijo Benjamin–. También conocido como el violín chino. Llevo un par de meses yendo a clase con mi profesora Yu Jong, y ella dice que se me da muy bien –sonrió Ben tímidamente.

–¿Qué vas a tocar? –preguntó Victoria con los ojos brillantes. Le encantaba descubrir nuevos instrumentos.

–Se llama «Balada de la provincia de Henan del Norte», que es una provincia de China.

Colocó con solemnidad el erhu en su regazo en posición vertical y comenzó a tocar. Maude entendió de inmediato por qué se llamaba violín chino. Aunque no se tocaba de la misma manera, su sonido era similar al de un violín.

Observó cómo Ben usaba su mano izquierda para alterar el tono de las cuerdas y su mano derecha para dirigir hábilmente el arco a través de las cuerdas. La balada variaba de sonidos lentos a más rápidos, conservando una melodía pacífica que refrescaba la mente, levantaba el espíritu y podía apaciguar las mentes más inquietas. Todos estaban asombrados mientras escuchaban en silencio y respiraban las encantadoras notas de un instrumento

que había asombrado y anonadado al público durante siglos desde la antigua China.

Maude se acurrucó en el sofá, con una ligera sonrisa en los labios. Desde que había puesto un pie en Nueva York, había descubierto mucho sobre ella misma. Cuando llegó, era una chica francesa de Carvin con un dudoso inglés, no tenía familia, no tenía una identidad real y poseía un conocimiento limitado de la música. Mientras miraba a su nueva familia y escuchaba al erhu de Ben, se sentía viva. Sabía quién era, de dónde venía y que el mundo era rico en ritmos diferentes y que pasaría toda su vida descubriéndolos.

También sintió algo que nunca antes había sentido, una seguridad que nunca antes había experimentado, un conocimiento que le hacía sentirse cómoda.

Estaba en casa.



¡GRACIAS POR LEER *Una francesa en Nueva York*! ¡Espero que te haya gustado! ¡Las aventuras de Maude continúan en *Una estrella en Nueva York*!

¡Sigue leyendo la siguiente página para descubrir noticias exclusivas acerca de Maude Laurent!



Libros de Anna Adams



Serie de libros de LA CHICA FRANCESA:

[A French Star in New York \(Libro 2 de la serie de libros de la chica francesa\)](#)

[A French Princess in Versailles \(Libro 3 de la serie de libros de la chica francesa\)](#)

[A French Diva in New York \(Libro 4 de la serie de libros de la chica francesa\)](#)

[A French Voice in New York \(Libro 5 de la serie de libros de la chica francesa\)](#)

[A French Song in New York \(Libro 6 de la serie de libros de la chica francesa\)](#)

A French Romance in New York (disponible en 2018)

[Burning Bridges \(un relato con personajes de la serie de libros de la chica francesa\)](#)

¡LA SERIE DE LIBROS DE LA CHICA FRANCESA TAMBIÉN ESTÁ
DISPONIBLE EN [PAPEL!](#)



The AMERICAN GIRL IN PARIS Series

[An American Girl in Paris \(Libro 1\)](#)

An American Singer in Paris (disponible en 2018)



También escribí un relato que tuvo lugar en París

[Once Upon a Tag](#)





Banda sonora original

SI TE GUSTÓ EL PASEO de Maude y Matt en Central Park en el capítulo 8, ¡espera a escuchar la composición musical creada especialmente para esta escena tan romántica!

Lo único que tienes que hacer es [registrarte](#) en mi newsletter gratuita y recibirás «El camino de los secretos» de **la banda sonora original de Una francesa en Nueva York** en tu correo electrónico en las próximas 48 horas.



SI HAS DISFRUTADO DE este libro, no dudes en puntuarlo o dejar un comentario en [Amazon](#) o en [Goodreads](#).

¡Mira la siguiente página para conocer más acerca de mí!



Acerca de la autora



NACÍ EN FRANCIA Y ME crié entre Estados Unidos y Francia, crecí enamorada de los cuentos en inglés y francés. Actualmente vivo en París.

Soy la autora de la serie de libros de la chica francesa y de la serie de libros de la chica americana en París. Cuando no estoy escribiendo, disfruto viajando por Europa y Asia, y sueño con poder visitar África. Actualmente, estoy viajando mucho de Francia a Asia para trabajar en una serie de libros de fantasía.

Me gusta conocer la opinión de mis lectores y les contesto **personalmente** a través de esta dirección de correo electrónico:

annaadams333@gmail.com

Si quieres seguir mi **VIDA EN PARÍS** y **mis viajes** puedes añadirme en [Instagram](#) [Facebook](#) y [Twitter](#).

Si quieres recibir noticias exclusivas acerca de la serie de libros de la chica francesa y de mis otros libros, no dudes en registrarte en mi newsletter gratuita a través de mi página web:

www.annaadamsauthor.com